



DARIO FERNANDEZ-FLOREZ

nuevos lances
y picardías de
LOLA
espejo oscuro

Lectulandia

Lola es una hermosa mujer de vida alegre que no tiene demasiados escrúpulos.

Sus veinticuatro años pueden ser muchos más o muchos menos según le convenga: puede ser una adolescente descarada, o una mujer de serena madurez; puede ser ingenua, desgarrada o burlona, apasionada, divertida.

Es una mujer que sabe cómo conseguir de los hombres lo que quiere, ofreciéndoles lo que cada uno va buscando. Puede despertar su admiración o su deseo según lo requiera la ocasión; a ella sólo le importa disfrutar al máximo de la vida, y sabe bien cómo conseguirlo.

Lectulandia

Darío Fernández Flórez

**Nuevos lances y picardías de
Lola, espejo oscuro**

ePub r1.0

Titivillus 11.05.2019

Darío Fernández Flórez, 1971
Original aportado por: Ellie

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Nuevos lances y picardías de Lola

Decidí llamarlo por teléfono y busqué su nombre en la lista. Con pocas esperanzas, porque, antes, no figuraba en ella. Pero ahora sí, aquí estaba, con su dirección completa. ¡Ay! Mucho debían haber cambiado las cosas para no tener ya que ocultarlo, que guardarlo secreto y evitar así llamadas inoportunas. Como la que estaba naciendo de mi precioso dedo al girar el disco en aquel momento.

Tuve suerte, porque sonó su voz. Algo más ronca, sí, pero impaciente, nerviosa, como siempre.

¿Quién es? Diga, diga.

¡Hola! Soy yo.

¿Y quién es yo?

Lola. Tu Lola.

¡Ah! Un momento.

Debió de ir a cerrar alguna puerta, dejando el teléfono. O quizá quiso ganar tiempo.

¿Qué Lola? Vamos a ver.

Lola, espejo oscuro, hombre. ¿No me conoces?

Sí. Tu voz me suena. Pero tú no te llamas Lola.

Ya sí. Y tú tienes la culpa de ello.

Como quieras... Bueno, ¿qué te pasa?

Necesito verte.

¿Verme? Te advierto que no vas a ganar nada con ello.

No pienso pedirte dinero.

La verdad, no lo decía por eso.

Mejor es aclararlo.

¿Eres rica?

¡Vaya! Me defiendo.

Cuánto me alegro.

Hablaba por hablar, claro, pensando mientras tanto en lo de la entrevista.

Bien, ¿dónde nos vemos?

No sé qué decirte.

¿Ya no vas al bar del «Palace»?

Hace años que no voy por allí. Resulta imposible aparcar y me aburre estar dando vueltas.

¿Y si fuéramos a cualquier «whisky a gogó»?

Déjalos para los yeyés. Ya soy viejo.

Entonces, tú dirás.

Le dio unas cuantas vueltas al asunto y, al cabo, se decidió por el bar del «Mildford». Y allí quedamos, a las cinco.

Eché el resto, no lo niego. Me puse el «Balenciaga» azul, azul oscuro, porque ya no tiene un cuerpo para otros colores, y el abrigo negro, con el gran cuello de chinchillas. Maquillándome a fondo, pero con gran discreción, como ahora sé hacerlo, sin olvidar el «Miss Dior», que es mi actual perfume. ¡Ah! Y llevé la pulsera de esmeraldas montadas en platino, porque debe saberse que, con los años, me pasé del oro al platino, mucho más propio de mi actual condición.

Llegué a las cinco y media, pero él no estaba. La cosa me sorprendió, porque fue siempre hombre muy puntual. Escogí mesa, pues, un poco fastidiada al tener que renunciar al efecto de la entrada y pedí un cafelito para calentar el estómago. Mi llegada, como siempre, causó sensación. Pero tan sólo en el barman, los camareros y dos o tres parejas despistadas que se habían metido allí, en aquella hora temprana.

Tardó poco en venir. Bien entonado en elegantes grises, para jugarlos, sin duda, con sus canas. Pero más viejo, más calvo y cojeando más que antes. Aunque siempre delgado. ¡Dios! ¿Qué hará este hombre para no echar grasa a su edad? Pero, en fin, dejemos esto.

Perdona. Madrid está inaguantable y ya no es posible llegar nunca a tiempo.

Pidió una «Coca-Cola», según costumbre, y se acomodó sobre su asiento, quedando un poco torcido, por lo de la pierna.

Oye, estás guapa, pero que muy guapa todavía.

Soy mucho más joven que tú, no lo olvides.

Mucho no. Pero, bueno, no discutamos eso... Y veo que, además, demuestras una excelente situación...

No es mala, no.

Ya había oído decir ciertas cosas.

La gente habla por hablar, y siempre con mala uva. Oye, pídemelo tabaco, por favor.

Para no perder la costumbre.

Encendí un pitillo, con un «Dunhill» de oro, y él bebió un trago de su vaso.

Bien. ¿Qué te pasa?

Ya ves. Quería verte.

¿Y para eso has tardado varios años? ¡Anda! Desembucha pronto. Ya sabes que soy curioso.

Me solté el abrigo, para lucir el «Balenciaga». El escote, que siempre hace su efecto, no falló ahora tampoco. Las chinchillas cosquilleaban mi cara, y mi pelo, siempre ardiente, rojizo, bien cardado por los «Hermanos Blanco» brillaba sus lacas sin exageración.

Además de verte, quería... quería hablar contigo de cosas literarias.

¡No me digas!

¿Te sorprende? ¿No soy, acaso, una criatura tuya?

Pues sí. En cierto modo.

Y, la verdad, me he cansado de serlo.

¡Caray! ¡Qué tono!

Lo dije, sí, tan enérgicamente, que me observó un momento en silencio.

¿Te ha molestado algo de mi libro? Porque, si es así, has tardado mucho en decírmelo.

No me ha molestado algo. Me ha molestado todo. Todo el libro.

¡Vaya, hija! Pues estamos frescos.

Y me ha molestado porque tu Lola soy yo y no lo soy, al mismo tiempo.

Claro. Es lo que suele ocurrir en estos casos.

Y ya que me has lanzado al mundo literario, Lola ha de ser yo. Y yo Lola, ¿comprendes?

No acabo de entender la cosa.

No tengo luces para explicártela. Pero he tomado una decisión y quiero decírtela.

Fumé un momento, recogiendo mis fuerzas, porque no sabía cómo iba a caer la cosa.

Ya que tú me has hecho Lola, Lola, espejo oscuro, he decidido serlo por completo.

Sigue.

Y escribir mi propio libro. El auténtico. El que tú no podrías escribir nunca.

Esto se pone muy interesante, ¿sabes? La rebelión del personaje, etc., etc...

Te advierto que no es cosa de choteo.

Ni mucho menos.

Bien. Pues, como digo, ahora voy a ser yo, yo solita, la que escriba mis cosas. Sin que me las apañe nadie.

¿Y podrás hacerlo?

Ahí te espero.

O sea: que me necesitas.

¿Es que crees que, de no ser así, te hubiera llamado para esto?

Se calló, un poco desilusionado. Porque la vanidad, hasta la muerte.

Está bien. Tú dirás en qué puedo servirte.

Mira, hablemos claro. No he venido a reprocharte nada, aunque pudiera hacerlo. Has tomado de mí lo que has querido, me has dejado los cueros al aire a tu antojo, mezclando muchas cosas, quitando allí, poniendo acá, haciéndome ser de esta manera o de la otra, según tu conveniencia. En fin, jugando conmigo a tu gusto literario, para sacar de todo esto una mujer en la que me siento incómoda. Porque soy yo, sí, soy yo muchas veces, no lo niego. Pero enmascarada. Pues bien, ahora, para que lo sepas, voy a quitarme la máscara.

Allá tú, Lola. ¡Oh!, perdona. Siempre olvido tu verdadero nombre.

Y yo también. Lo olvido muchas veces, como todo el mundo. Tanto libro, tanta película, tanta historia...

Volvió a observarme un momento. Y se me antojó que, esta vez, brillaba en sus ojos, en sus ya casi viejos y cansados ojos, una luz de profunda ternura.

Dime cómo puedo ayudarte.

A mí, ya lo sabes, no se me da demasiado bien la escritura. Aunque he progresado mucho, no creas.

Pues no te aconsejo que te escriba nadie ese libro. Se lo cargaran todo.

Eso mismo pienso.

Oye, mira. Acaso haya una solución.

¿Sí? ¡Qué alegría!

¿Sabes lo que es un magnetófono?

Un chismecillo de esos que ruedan y ruedan, cogiendo todo lo que se dice. Un chivato científico, ¿no es eso?

Algo parecido. Ahora, hija, están muy de moda en la literatura.

¿Sí? Yo creí que lo usaban más bien los espías.

Tú podrías utilizarlo, grabar allí lo que quieras.

Y tú me ordenarías, después, ese lío. ¿No es eso?

Pues sí. No se me ocurre otra cosa.

Pero ¿no le meterás mano a lo que yo diga? Mira que te temo.

Si tú no quieres, no. No le meteré mano.

Vale la pena pensarlo. Aunque, la verdad, no sé si me acostumbraré al chivato.

Te acostumbrarás. Estoy seguro. Se te dan muy bien las palabras.

¿Verdad que sí?

Pruébalo. Hazme caso. Yo te regalaré el magnetófono.

Siempre acepto los regalos.

Después hablamos de otras cosas. Estuvimos un poco como en visita y, al cabo, nos separamos.

Martín el matutero

Ahora no estoy, no, luchando con una pluma «atómica» para escribir mis Memorias, como me saca Darío en su libro, sino cómodamente sentada en un sillón de mi tresillo, con el *whisky* delante y el magnetófono en marcha, silencioso. ¡Cómo cambian los tiempos!

A mí, la verdad, el aparatejo este no acaba de gustarme. Me da como miedo. Porque a una mujer de la vida, como yo, no le conviene un testigo semejante. Yo he dicho «blanco», por ejemplo, y, en cuanto me ha convenido he jurado y perjurado haber dicho «negro», porque ésa es una de las defensas del trato, y porque los hombres son tan tontorrones que, si les gustas, acaban por creérselo todo. De manera que siempre he temido el dejar rastros de mis palabras y, por eso, nunca escribo cartas. Lo de que en esta cintilla de plástico quede, pues, mi propia voz, no me convence. Por lo que voy a llamar a una mecanógrafa, para que, sin salir de casa, copie mis palabras en la máquina y, así, pueda borrarlas yo en la cinta inmediatamente. Ya que de un escrito sin firma me río yo, pero de mi voz charlatana no puedo defenderme.

Por lo demás, también me asusta otra cosa. Darle marcha atrás a las ruedecillas y escuchar esa especie de entre gorjeo y ladrido que sale entonces del aparato y que, por lo visto, es mi voz vuelta del revés. Que se transforma en algo estridente, horrible, que, ya digo, parece salir de la garganta de un exasperado gozquecillo y de un loro histérico al mismo tiempo. Oyéndolo, me entra como una especie de congoja, que me angustia el alma y me corta el cuerpo con un escalofrío.

Sin embargo, he de reconocer que este chisme es muy útil y que, si no fuera por él, no podría seguir adelante en mi empeño. Pues aunque al principio me quedaba fascinada mirándolo, como el pajarillo ante la serpiente, sin poder abrir la boca, ahora, tras unos días de prácticas, ni lo miro y, ayudada por el *whisky*, rajo lo mío y digo cosas que no me atrevería a confiar al más íntimo de los confidentes. Sintiendo después una especie de importancia al escuchar mi voz hablar sola, como si estuviera oyendo las palabras de una película en la que yo fuera la protagonista.

Yo, la verdad, no sé cómo empezar esto, aunque haya tela cortada para rato. Coger el hilo de mi vida sin repetir nada de lo ya dicho y entregado a la curiosidad de la gente. Que, vaya por delante, ha fantaseado lo suyo sobre mi persona. No es que me moleste que hablen de mí, aunque sea bien, como dijo aquél, pues no hay mujer a quien le disguste que se ocupen de sus cosas. Pero ¡vamos!, tampoco hay que despistarse tanto como se han despistado ciertas lenguas enredadoras.

Por otra parte, no ando muy fuerte de memoria. El alcohol y la vida que he llevado me han borrado muchas cosas, dejando otras, por el contrario, como clavadas. Recuerdo, por eso, muy bien, que conocí a Martín allá por el año de 1953, porque este acontecimiento coincidió con los comienzos del acortamiento de las faldas. Cosa que al parecer no ha concluido, ya que muy pronto va a llegar tal mengua hasta el mismísimo culo. Yo lo sentí mucho entonces, y más lo siento ahora, que debo enseñar aún más pierna. Pues ya se sabe que estas extremidades no son lo mejor de mi cuerpo, por tenerlas un tanto torcidillas, creo que de no haber comido lo mío, de niña, en el hospicio de Almería.

Conocí a Martín cuando lo de la falda. Que, ahora me acuerdo, fue, más o menos, cuando la muerte de Stalin, hecho de mucha menos importancia. Es decir, apenas cumplidos por mi parte los treinta, mejor dicho, los treinta y uno. En la flor de la edad. Más guapa y con un cuerpo mejor que nunca. Pero sin un real, pues una inmobiliaria se encargó de liquidar mis ahorros. Por eso les tengo asco a estas empresas, y ya se verá más adelante lo que me ocurrió con los hombres de una de ellas.

Hecha, pues, una mujer de bandera conocí a Martín. Creo que fue una noche en «Riscal», adonde iba, ¡qué remedio!, por entonces y me parece que me lo presentó el mismo Alfonso Camorra que siempre fue amable conmigo. Andaban rodando entonces por allí una película y eso animaba el local hasta la madrugada.

Nuestro conocimiento no tuvo nada nuevo. Fue, más o menos, como todos. Palabras, bebidas, baile y cama, porque Martín era un hombre normal y no presentaba originalidad alguna, al menos en mi terreno. En general, los hombres se mueven con las putas dentro de lo que Juan, otro que fue amigo mío, llamaba pedantemente el área de la putería, que es un área muy limitada, según decía. Yo lo que sí sé es que estos conocimientos son un asco. Pues tan sólo te dejan algún dinero. Por eso, si en este caso lo recuerdo es por las aventuras y complicaciones que surgieron luego.

Martín era ancho, gordo y feo, como su coche. Pero también, como su coche, era bueno. Diré, pues, que tenía un «Volkswagen». Este nombrecito de la marca alemana me lo han escrito, pues yo no fui nunca capaz ni aun de pronunciarlo. El coche tenía un color ahuesado y Martín, con sus grasas, un tono macilento y poco sano. Pero su cara resultaba expresiva y ancha su sonrisa, con lo cual su fealdad podía hacerse incluso agradable. Por lo demás, era hombre alegre, zalamero y tarambana, como se demostrará más adelante.

Aquellos años eran todavía años de estraperlo en España. No se hablaba, como ahora, de exportaciones e importaciones, de turismo y divisas. Ni los periódicos la apestaban a una con esto de los planes de desarrollo y las estructuras económicas. Porque, ¡ay!, después, hasta las putas tuvimos que saber a la fuerza de materias sociales y económicas, para poder ligar con ciertos hombres que tan sólo hablan de estas cosas.

Martín era el dueño de «La Ilusión», una perfumería muy nombrada en ciertos medios madrileños, establecimiento que vivía del contrabando. Pues allí se encontraba siempre el último perfume, la última bisutería o la más elegante de las pijadas parisienses. A un precio muy elevado, claro, pues había que cubrir muchos riesgos. Por eso, la clientela de «La Ilusión» era una clientela muy mezclada, ya que lo mismo se veía ante su mostrador a una elegante marquesa que a una puta de las más tiradas. Incluyendo, también, a esos hombres que giran en torno a la aristocracia y a las putas, gente de más o menos mal vivir, y que, a veces, se confunden en la misma persona.

A todos se los traía Martín de calle. Pues sabía despertar la ilusión del lujo y de la mercancía extranjera como nadie. En cuanto entraba alguna mujer de importancia o algún otoñal caballero, de esos que tienen el bolsillo fácil, surgía Martín de la trastienda de «La Ilusión» y, sonriendo con toda la cara, les encandilaba con su género. En el que, por cierto, había muchas cosas que pasaban por francesas y que estaban hechas en España.

De vez en cuando, Martín desaparecía dos o tres semanas. Los clientes preguntaban por él, pero tenían que resignarse a ser atendidos por un tío suyo, que aseguraba que el sobrino andaba por ahí, en viaje de negocios. ¡Menudos viajes y menudos negocios! Si lo sabré yo, que, poco después de nuestro conocimiento, le acompañé en uno de ellos.

Creo que salimos de Madrid en el mes de marzo. Pasadas las fiestas de Navidad y de Reyes, que dejaron «La Ilusión» medio vacía. Bien abrigaditos, pues, tiramos en el «Volkswagen» carretera de Irún adelante.

Todo estaba nevado y hasta esas miserias traperas de Hortaleza parecían bonitas con el limpio engaño de la nieve. A mí, ya se sabe, me gusta mucho la

tierra y siempre me tiran las carreteras. Por lo que botaba de gusto sobre el asiento del coche.

¿Qué tal vamos, nena?

De miedo.

Y eso que no lo sabes todo. Porque te reservo una sorpresa.

¿Sí?

¿Hasta dónde crees que se llega por esta carretera?

¡Cualquiera sabe! Pero nosotros vamos a Biarritz, ¿no? Estoy loca por conocerlo. Porque, hijo, todos los elegantes te apestan siempre con el Biarritz a vueltas. Además, yo nunca he cruzado la raya.

¿La raya? ¿Qué raya?

Esa que hay en los mapas, hasta donde llega España.

Comprendo, comprendo. Pues vas a dejarla atrás, y muy lejos.

¡No me digas!

Porque hasta el mismísimo París te llevo.

¡Ay!, Martín, que no te creo.

Con tus ojos lo verás.

¿Pero tú te das cuenta de lo que es eso?

Rió satisfecho ante mi ilusión y yo me eché encima de él para comérmelo a besos. El coche dio un bandazo y el hombre tuvo que agarrarse bien al volante para salvarlo sin riesgos.

Cuidado, nena, con tus entusiasmos. Que no está hoy la carretera para bromas.

Es que no puedes imaginarte cómo me pongo al pensar que voy a conocer París, cielo. Estará todo lleno de tiendas. Todito lleno de cosas preciosas.

Muchas hay, paloma, muchas. Pero no podrás entrar en todas, porque no tendré dinero.

No te preocupes. Que ya me basta con que me lleves a verlo.

Muy modosita estás hoy.

¡Ay, Marty! ¡Si vieras cuánto te quiero!

Y era verdad. En aquel momento le quería, porque Martín Marty en la intimidad era generoso y bueno. Apenas me molestaba como macho y me llevaba, carretera adelante, hacia un lugar soñado, lujoso, lleno de novedades. ¿Que el hombre era gordote y feo? ¿Y qué? Como si los guapos trajeran la felicidad o los buenos ratos en esta cochina vida. No, no. A mí que me den feos. Eso sí: simpáticos, arreglados y limpios, como era Martín. Que relucía pulcritudes y, además, con aquello de andar siempre entre perfumes, olía que daba gusto.

Pasado Buitrago, en la subida del puerto, la cosa se puso seria. Una niebla, cada momento más espesa, cruzada por ráfagas de nevisca, obligaba a rodar muy despacio, sobre una carretera escurridiza y helada.

¿Crees que podremos llegar arriba?

Lo intentaremos. Pero debía haberle puesto cadenas a las ruedas.

¿No las llevas aquí?

No, hija, no. Se me olvidaron en Madrid.

Así era Martín. En un día nevado de marzo se le olvidaban las cadenas, teniendo que cruzar el puerto.

En fin, seguimos subiendo muy despacio, viendo cada vez menos y azotado el coche por los vendavales de la borrasca.

¡Coño! Ahora sí que la hemos jorobado.

¿Qué pasa, Marty?

¿No lo ves? ¿No ves ese cachalote?

Un autobús, lento y pesado, trepaba trabajosamente hacia el puerto ante nosotros, apenas entrevisto dentro de la niebla.

Bueno. ¿Y qué? Lo pasas y nada más.

Mira. Mira cómo está la carretera y dime si es posible pasarlo.

La verdad, no. La carretera, ahora completamente nevada, se había estrechado y el autobús era muy ancho.

Pues vamos detrás, despacio.

Ahí está la cosa. Que aunque le meta al coche la primera, anda más rápido que él y lo cogemos muy pronto.

¿Y si paramos?

Si paramos, corremos el riesgo de quedarnos aquí hasta que nos saque alguien, sin poder arrancar. ¡Dios! ¡Cómo habré olvidado yo las cadenas!

Continuamos subiendo despacio, pero acercándonos sin cesar a la trasera del autobús. Martín estaba ya francamente nervioso.

A ver, nena. A ver si con esos ojitos tan preciosos ves el puerto. Porque a este bicho me lo como.

No se veía apenas. Nevaba ya mucho y los árboles pasaban entre la niebla, como fantasmas. De puerto, nada.

Nos echábamos encima del autobús y a Martín, a pesar del frío, le caía el sudor por las anchas mejillas. Le hizo dar al coche como un zigzag para ganar tiempo.

Voy a tener que pasarlo como sea.

No, Marty, no. Que nos quedamos en la cuneta.

Yo no sudaba, porque estaba arrecida por el miedo. Ya nos encontrábamos encima del enorme autobús y dos idiotas nos miraban y se reían dentro.

Seguimos así unos minutos y, de pronto, se ensanchó la carretera y nos encontramos inesperadamente en lo alto de Somosierra. Martín pasó al autobús, cruzó el puerto y, ya cuesta abajo, detuvo el coche.

De buena hemos escapado.

Sacó el pañuelo y, mientras se secaba el sudor, yo eché una larga mirada a la tierra, porque ahora ya no había niebla sobre ella.

Abajo se extendía la gran llanada, medio cubierta por la nieve, asomando sus oscuros barbechos, sus peñas grisáceas y el caserío de sus pueblos silenciosos y fríos. Mientras contemplaba arrobada todo aquello, respiraba hondo, muy hondo, para que el finísimo aire del puerto me metiera sus pequeños cuchillos en el pecho.

Nena, ¡qué buenos colores se te han puesto!

No sabes lo bien que me sientan estas cosas.

¿Sí? Me alegro. Pero yo digo que el campo para los lobos, chiquilla. A mí que no me quiten los Madriles.

Me callé, para no llevarle la contra al hombre y porque, la verdad, no sé qué verán estos madrileños en su Madrid del alma. Yo no digo, no, que la capital no tenga su aquél, pero se me antoja una ciudad incómoda y desangelada. ¡Cómo va a compararse con la preciosa Cádiz, por ejemplo, o con mi mismísima Almería, tan afable, tan pequeñita!

Bueno. Seguimos adelante. Y en Burgos, junto a la estufa de una tasca, nos comimos un lechazo estupendo, bien regado con un rioja que quitaba las penas. Con aquello, claro, mis colores aumentaron. Bebí tanto, que cuando abandonamos la fría ciudad castellana, apenas podía ver las grisáceas torres de su catedral sobre el fondo nevado del castillo. Y en el coche me quedé frita, despertándome en Alsasua, donde Martín paró a echar gasolina.

Buen sueño, ¿eh, guapa?

No ha sido malo... ¡Ay!, mira: los migueletes.

Sí, ¿qué pasa?

Nunca supe por qué, pero siempre me alegra la vista de los migueletes. Tan relimpios con su uniforme azul oscuro y su boina roja, coloradita la cara por la sidra y por el buen chacolí de las tabernas vascas. En cambio a San Sebastián, donde llegamos a poco, lo encuentro soso. Yo, debo recordarlo, soy andaluza, del Sur, de ciudades y de pueblos con calles retorcidas y estrechas. Sucias, si se quiere, pero con alma. Y las calles tiradas a cordel de

San Sebastián, tan limpias que no parecen calles, me aburren y enfrían la imaginación. En cambio a Martín, que era medio vasco, le encantaban.

Paramos en uno de los grandes hoteles de La Concha, cuyo nombre callo por discreción. Es un edificio blanco y grandote, en el que todos, desde el portero hasta la última camarera parecen presumir de trabajar allí dentro. Mas, para mí, resulta muy anticuado, con sus salones y sus techos tan altos.

Aquella noche, los donostiarras andaban muy inquietos, porque cayeron sobre la ciudad unos copos de nieve, pero nosotros dormimos muy bien, una vez que Martín cumplió con sus derechos de hombre. Acababa pronto y ya dije que nunca exigía demasiado.

Por la mañana nos fuimos a Irún, a arreglar los papeles para el paso de la raya. Era un día grisáceo y tristón, y, con la poca nieve, todo estaba embarrado y sucio. El coche chapoteaba en los charcos de una carretera atascada por el tráfico, sobre todo en Pasajes y en Rentería. Olía a pescado y a marea baja, tufo que me da mucho asco.

En Irún paramos el coche ante un pequeño edificio que tenía una alicaída y mojada bandera en su balcón central. Martín entró solo y me quedé en el auto un buen rato.

Yo, la verdad, no tenía entonces pasaporte, por las cosas de mi vida, pero Martín esperaba arreglar mis papeles con sus buenas amistades.

Comenzaba a inquietarme su tardanza, cuando salió y vino hacia el coche. Y, por la alegría de su cara, comprendí que no iba mal el asunto.

Anda, baja.

Espera, espera un momento, Marty. Que a mí estas cosas de la poli no me gustan.

Ya está todo arreglado. Tú habla poco. Sonríe y echa miraditas a todos.

No seas alcahuete.

Y firma lo que te pongan delante.

Lo de la firma no se me da nada bien, ¿sabes?

Haces un garabato, como puedas. Venga ya, no te acobardes.

Bajé, pues, del coche y entré con él en las oficinas. En una de ellas nos atendió un funcionario muy amable, que no hacía más que mirarnos. Firmé lo mejor posible unos papeles y nos dieron un volante, que guardó Martín. Precipitadamente, dando muchas veces las gracias y repartiendo sonrisas, nos largamos de allí y arrancamos el coche.

¿No me traerá esto algún lío?

Te digo que no. Y no le des tantas vueltas.

¿Por qué no me enseñas el papelito que te han dado, anda?

Tú no sabes de estas cosas.

Pero quiero verlo. De veras, Marty.

Lo sacó, malhumorado, de la cartera, mientras conducía, y me lo dio. Yo lo miré y remiré por todas partes y me pareció entender que allí, entre sellos y firmas, me autorizaban a pasar la frontera volviendo en el día.

¿Y cómo voy a volver en el día, si vas a llevarme hasta París, hombre?

Volveremos cuando sea. No hay que hacer caso de estas cosas, que se ponen por ponerlas. En España lo que valen son las amistades, y estate tranquila, que yo te lo arreglaré todo a la vuelta.

No quiero líos con la poli, Marty, ya lo sabes.

Ni yo tampoco. Pero, hija, figúrate que ahora pasas la frontera en regla. ¿Y si durante el día de hoy te pones mala en Francia? Si te ocurre algo que te impide volver por la noche a repasarla. ¿Qué dices?

Eso sí es verdad. Nadie está a cubierto de un accidente, de una enfermedad.

Pues claro. Y yo me ocuparé de traer las pruebas de esa enfermedad, de ese accidente, ¿comprendes? Porque sé hacer bien las cosas. Y, además, tengo buenos amiguetes que puedan ayudarme.

¡Qué liantes sois los hombres!

Mira tú quién habló, guapa.

Me tranquilicé, pues Martín no parecía hombre capaz de dejarla a una tirada. Y, por otra parte, lo de ver París bien valía algunos riesgos.

Martín trajinó lo suyo por Irún, aquella mañana. Tan pronto subíamos unas cuestas y nos parábamos ante una casa de pisos del año de la Nana, como nos acercábamos a la puerta de un chalet vasco. Pero siempre lugares discretos, silenciosos, envueltos por la menuda lluvia, que no paraba.

¿Qué? ¿Cuándo nos vamos? Tengo ganas de cruzar la raya.

Ya acabo.

Menudos jaleos te traes. No paras.

Cosas del negocio. El trabajo, nena.

¿Sí?

¿Qué te crees? ¿Que las cosas las regalan?

¡Cómo voy a creer eso! Pues no las sudo yo poco.

¿Tanto te pesa mi compañía? ¿Tan poco te gusto?

No lo digo por ti, Marty. Bien lo sabes, cariño.

Se puso un poco tierno y tuve que besuquearlo allí mismo, causando el escándalo de dos viejas vascas. ¡Hay que tener un cuidado con la lengua! Porque con los hombres ya se sabe: es muy fácil meter la pata. Y eso que

Martín no me pesaba, no, ya quedó dicho antes. Pero esto de la putería tiene de malo que a escape todos se escaman.

Al cabo, pasamos la frontera.

¡Calma, calma! No te pongas nerviosa.

¡Qué feos son los gendarmes!

Feos, bigotudos y chinchas como nadie. Lo miraron todo y se me antojó que allí Martín no tenía demasiadas amistades. Pues tan sólo les faltó desnudarnos. Pero, en fin, pasamos.

Al otro lado, mi nombre siguió trajinando. Paró en la misma carretera, un poco más arriba de la estación, y entró en un par de casas, mientras yo me aburría en el coche. Por ahora, Francia era igual a España.

Terminó Martín sus trabajos y como con tantas historias se nos había hecho tarde, comimos en una tasca de Hendaya. Allí me animé algo, con un *foie-gras* estupendo y un blanco de Burdeos que me encendió las candelillas del alma. Y, después, ya cayendo la tarde, nos fuimos para Biarritz.

Martín me llevó por la carretera de la cornisa, que bordea la costa vasca. Decía que era la más bonita y que quería enseñármela. Pero, la verdad, de bonita, nada. El mar estaba ceniciento, ruidoso y amenazador. La espuma de sus olas apenas blanqueaba y todo aquello aparecía velado por la llovizna. Para costas, las del Sur, a mí que me dejen de bobadas. Aquellas olitas de espuma juguetona y esos pinos que cría la tierra hasta el mismo borde del agua.

Ya con las luces encendidas, llegamos a Biarritz. Donde paramos en el «Plaza». Nos aviamos un poco, yo me puse guapa, dimos unas vueltas por las calles y nos metimos en un café, a tomarnos el aperitivo. Sí, había buenas tiendas, y, en cuestión de perfumes, hay que reconocer que los franceses se llevan la palma. Pero, por lo demás, aquello no era para entusiasmar a nadie. Todo estaba desierto, tristón, y una acababa por hartarse del agua, menuda y constante, que unas nubes pegajosas te echaban encima. Martín decía que por allí llueve casi siempre y que todo es cuestión de acostumbrarse. Costumbre mala, digo yo, que soy de tierras de secano, bien soleadas por un sol que no descansa.

Cenamos en el «Café de París» y eso sí, la cena fue de miedo. Pues a mí me dieron un pescado con uvas y jamón, que nunca creí que pudieran mezclarse tan exquisitamente. Bebimos lo nuestro y Martín se animó tanto que, a medios pelos, nos acercamos al casino, donde, entre una gran ceremonia, perdimos bastantes francos. De vez en cuando, es cierto, se veían algunas elegancias, pero mezcladas a unas pintas extravagantes y a unas

fachas... Martín me explicaba que era porque estábamos en el invierno y porque en Francia no pasa como en España, donde todo el mundo se arregla para salir a la calle, aunque sea para ir a un mandado hasta la esquina más próxima. En Francia, según él, la gente vestía como le daba la gana. A mí, la verdad, muchos de aquellos franceses y francesas lo que me parecieron era unos guarros que olvidaban el jabón y el agua.

Apenas dormimos aquella noche. Pues la buena cena le espabiló el cuerpo a Martín de tal manera, que no paraba en la cama. Y, tras descabezar un sueñecito en la madrugada, la emprendimos hacia París. Pero no llegamos allí, pues, a pesar de la estupenda carretera, y de ir en un coche bueno, tuvimos un pinchazo y se nos rompió también la correa del ventilador. Por lo cual, medio muertos de frío, paramos en un lugar que se llama Poitiers, donde pasamos la noche. En un hotelito muy lindo, con unos porches preciosos y unas habitaciones enmaderadas que olían a cera y a barniz. Allí, por primera vez, yo me sentí lejos de España, en otro país que me ofrecía unas cosas bien distintas a las que yo estaba acostumbrada. Y, sin embargo, mientras nos acostábamos, Martín, que sabía cosas muy raras, me explicó que hasta allí habían llegado, hace mucho tiempo, los jinetes árabes que invadieron España. Los mismos de Granada y de Córdoba. Con estas historias, aquella noche soñé que yo era una princesa árabe, que vestía la misma ropa que me puse una vez para hacerme una foto en la Alhambra, y que me raptaba un caballero moro. Un hombre guapísimo, muy moreno, con una barbita negra y unos ojos que centelleaban. Pero cuando me desperté, me encontré al pobre Martín, con su corpachón fofo y su carota ancha, que roncaba a mi lado. Así es la vida de las mujeres como yo. Sin esperanza y sin lugar para la imaginación.

Por la mañana, nos entretuvimos un poco viendo la ciudad, que es muy bonita, pues se levanta sobre un alto que domina unos valles muy verdes y muy frondosos, todos cubiertos por una escarcha que tenía unos reflejos fantásticos, como de cuento de hadas. A mí me gustó mucho el tal Poitiers, pues además de este paisaje tan lindo tiene, en una plaza donde había un mercado animadísimo, una iglesia que es una monada. Una iglesia con dos torrecitas y una fachada preciosa, llena de figurillas de vírgenes y de santos, compuestas con mucha sencillez y gracia. Un conjunto tan delicioso que daban ganas de coger aquella iglesia y llevársela una a casa. Me quedé un rato embobada mirándola y le pregunté a Martín si se trataba de algún monumento famoso, pero el hombre no supo decirme nada. Preguntó por allí y le dijeron que aquella era la iglesia de Notre-Dame de no sé cuántos. Nombre que, por

lo visto, abunda mucho en Francia, pues yo he encontrado notre-dames por todas partes.

Seguimos, al cabo, hacia París, carretera adelante. El frío aumentaba y te mordía los huesos. El camino era muy bonito, y bien distinto al paisaje de España. Aquí todo bosques, en lugar de páramos y de ramblazos; grandes ríos, casitas grises con techo de pizarra y unos castillos monísimos, que parecían de juguete y que nada tienen que ver con los ásperos alcázares de Andalucía. Y agua, mucha agua. Yo pensaba que así se podía vivir, con aquella buena tierra y con aquel agua. Y no como en Almería, que para levantar un retorcido almendro o una seca parra hay que sudar años trabajándolos. Está visto que con los países ocurre como con las personas. Hay quien tiene suerte y todo se le da de cara. Y hay quien, por el contrario, recibe la pedrada. Sin que se sepa el porqué de estas diferencias.

Oscureciendo, llegamos a París, ya que allí, en aquel tiempo, cae la noche muy temprano. Según nos íbamos acercando a la capital, crecía el tráfico y Martín gruñía, deslumbrado por los faros de los innumerables camiones. Al fin, apareció en el cielo un resplandor tremendo, como si a lo lejos hubiera algún incendio. Se lo dije a mi hombre y se rió, diciendo que aquello eran las luces de París. Al oírle, me palpitó el corazón y me puse a pensar en lo que sería la ciudad, si ya, desde tan lejos, resplandecía de semejante manera.

Luces sí había las tuyas en la capital de Francia. ¡Y qué bulevares, qué plazas, qué avenidas! Pues de coches y de gente no te digo nada. Madrid, entonces, a su lado era una pobre ciudad provinciana. Pero, en cambio, en París, faltaban el cielo, el aire y el garbo madrileños. Seguían allí la niebla, la llovizna y además, una atmósfera que todo lo ensuciaba. Pero lo que más llamó mi atención fue que, en la calle, la gente, una gente mucho más fachosa y desaliñada que la que circula por las calles de España, iba muy de prisa y no se miraba. En Madrid, ya se sabe, todo el mundo se mira y, si ocurre algo fuera de lo normal, aunque sea que aparezca un tío manejando un pico y una pala, en seguida se paran unos cuantos a mirar lo que hace y cómo trabaja. En París, no. Ya puede caerse un tío muerto en la calle, o suceder cualquier cosa rara, que nadie se sorprende ni se queda quieto un momento, a mirar con curiosidad o con caridad lo que ocurre. Por eso, al pronto, aquel personal se me antojó compuesto por máquinas. Se lo dije a Martín y él me contestó que yo era muy presumida y que lo que no me gustaba era que nadie me mirara y me dijera cosas, como sucedía en España. En esto llevaba el hombre su parte de razón, pues, hija, allí nadie te dice al pasar una burrada.

Paramos en un hotelito de lo que Martín, que parecía sabérselas todas, llamaba la *rive gauche*, la ribera que queda a la izquierda del río, si no lo entendí mal. Aquello más que un barrio de una capital, parecía un pueblecito. Calles estrechas, casas bajas, de dos o tres pisos y todo, eso sí, lleno de existencialistas, que son unos tipos muy divertidos. Los cafés, los restaurantes del barrio estaban animadísimos. Y no digamos nada de las cuevas y otros antros nocturnos donde se bailaba, se saltaba y se gritaba, como en una llamada «Tabú», que tenía mucha fama. La pena era que todo estaba infestado por los americanos y éstos, carecen de gracia.

Esta especie de pueblecito parisiense quedaba, sin embargo, muy cerca del otro París. Del ancho, brillante y populoso. Apenas tenías que cruzar el río por unos puentes y ya te encontrabas en una inmensa plaza, o ante unos edificios grandes y grisáceos, porque a mí me parece que en Francia la mugre abunda mucho y hay portales en los que huele hasta a pis de gato. Bueno, en ese París grande, que debe de ser el París de los negocios, hay tiendas que marean, con sus escaparates. Martín me paseó por la famosa Rué de la Paix, que es una calle corta y no muy ancha, y por una plaza muy bonita, que recuerda, con sus porches, a las plazas mayores de las ciudades de España. Plaza con un nombre difícil, pero fácil de localizar, pues en ella están el «Ritz» y Napoleón, subido en una tiesa columna. A más de estas dos cosas, hay también en la plaza buenas tiendas y varios modistos, o modistas, según se quiera decir, todos de gran fama. Yo, claro está, tanteé a mi hombre, a ver si se dejaba escardar un poco el bolsillo y me compraba algún modelito, pero no hubo forma, pues, la verdad, costaban un ojo de la cara.

Me hinché viendo tiendas y tiendas, sobre todo de ropa y de alhajas, y, al cabo, logré que Martín me comprara alguna bisutería fina, que ya la tengo olvidada, una blusita roja de marroquín, muy mona, y un sombrero precioso, bordado con perlitas y lentejuelas, de un tono rosa que era una maravilla. Después, ya algo calmada mi ansia, le dije que, aunque yo no era mujer de museos, ni de esas bobadas del arte, que me parecen camelos, quería ver la Gioconda. Porque un amigo me había dicho que se parecía a mí, y que tanto ella como yo teníamos un misterio que fascinaba. Me llevó, pues, Martín a un edificio enorme, cuyo nombre se me escapa, y allí, después de dar vueltas y vueltas durante media mañana, me encontré ante el retrato. Que es una pintura pequeña, por lo que no me explico cómo la gente le da tanta fama. Por otra parte, la tal Gioconda es una señora pasada de moda, cursilona y más bien fea, con una sonrisa de conejo, que a mí no me convence. Ni le encuentro misterio, ni belleza. Quizá, tan sólo, una añeja elegancia. Del cuerpo no puedo

hablar, pues apenas se le ve nada. Parece, sí, que no andaba mal de pecho, pero en esta cuestión desconfío mucho. Pues siempre se supo dar el pego en lo que a tetas se refiere y conozco yo una cierta corsetería que le arma dos pitones de miedo a la más destetada.

En cuanto a lo de que la Gioconda se parece a mí, ¡cascaras! Ya quisiera la pobre tener algo de lo que yo tengo en esta carita que me han dado no sé si Dios o el demonio, para que vuelva locos a los hombres.

Bueno, después de tantos trotes, nos íbamos a comer a un buen restaurante, porque, eso sí, Martín, en la mesa, se gastaba los cuartos. Parecía que el tío estaba de montanera, pues hay que ver cómo se cebaba. Yo no digo que la cocina francesa no sea buena, no, porque lo es. Pero tiene mucho de ceremonia y de salsa, como todo lo de Francia. Por eso yo, a veces, sentada ante aquellos lujosos manteles, me acordaba de mis menudos gitanos, de mi ajo blanco y hasta de las simples collejas y espinacas que, con una chispilla de huevo, nos daban en la Cuna. Porque yo, bien se sabe, soy cunera, hospiciiana.

Una noche, Martín me dijo que quería verme muy guapa.

¿Mucho mucho mucho?

Todo lo que puedas, cariño.

No me provoques, Marty. Que mi guapeza es muy larga.

Pues venga de ahí, nena. Y, además, quiero que estés muy simpática con un tipo que va a cenar con nosotros.

¡Alcahuete! ¿Y cómo anda ese tío?

¿De qué?

De qué va a ser, hombre. De estampa.

¡Oh!, pobrecillo. Es un francés corriente.

Tirando a feo. Ya me lo imagino.

Es bajo, paticorto y barrigón. Pero es también un hombre importante en el ramo.

¿El ramo?

Sí, nena, sí. El ramo de la perfumería... Oye, cariño: estamos discutiendo la compra de una partida muy interesante y si el negocio me sale, cuenta con un buen regalo. Ya le tengo echado el ojo.

¿Sí? ¿De veras? ¿Qué es? Dímelo, Marty.

No te lo digo, cielo.

¡Ay!, sí, anda. Que me hace más ilusión, ¿sabes?

Está bien. Se trata de una estola de *renards fumées*. Preciosa.

¿De esos zorros grises que están de moda?

De esos mismos.

Pues vas a ver a tu nena camelando al franchute ése.

¡Cuidado! Que yo sólo he dicho que estés con él simpática. De otras cosas, nada.

Menos mal que, al cabo, lo arregló el tío un poco. Porque a mí cuando un hombre quiere utilizarme para encandilar a otro me cago por lo bajo en su madre. Pues entonces es cuando más cuenta me doy de que ellos me tratan como a una puta y que serían incapaces de decir nada de eso a sus mujeres legítimas, aunque no las quieran. Yo, la verdad, sé que soy una puta. Pero algunas veces, cuando estoy con un hombre simpático y que me trata bien, se me olvida. Por eso me duelen estas cosas.

Me puse guapa. Me eché encima del cuerpo un modelito de terciopelo azul oscuro, con unos tules que dejaban adivinar casi todo el pecho. Y me maquillé como yo sé hacerlo. Antes, había ido a la peluquería, a que me echaran unos polvitos que daban un reflejo dorado al tono rojizo de mi pelo. Y, como estábamos en Francia, no escatimé el «Femme», de Rochas, que no es un perfume para todos los días, pero sí muy apropiado en ciertos casos.

Ya en el restaurante, el efecto fue de miedo. Me miraron varios hombres y una mujer se encandiló también conmigo. En cuanto al pobre *Monsieur*, apenas podía comer. Era aún peor de lo que me había dicho Martín, pues a más de culibajo y gordo lucía una brillante calva. Y una compañera que daba miedo. Una de esas francesas larguiruchas, acaballadas y con gafas, pero con pretensiones de elegancia. Yo, al principio, antes de coquetear con el tío, tanteé con cuidado el terreno. Pero al ver que a la Foulon le tenía sin cuidado el marido, lo mareé bien durante la cena, que, por cierto, fue por todo lo alto, con ostras y unos vinos de miedo. ¡Dios! ¡Cómo beben estos franceses!

Después de cenar, *Monsieur* Foulon, ya embalado, se empeñó en invitarnos al «Lido», que es la sala de fiestas más cara de París. Pues creo que la botella de champña cuesta un ojo de la cara. Y allí fuimos.

Había mujeres fabulosas, no lo niego. Pero yo era una de ellas y vi el deseo y la admiración en muchos ojos, cuando nos sentamos ante una mesa, bastante lejos de la pista, pues todo estaba lleno. No voy, ahora, a descubrir el «Lido», ya que todo el eme va a París y tiene algunos cuartos va a verlo. Pero sí diré que me gustaron mucho las Blue Bells, porque aquel *ballet* era muy bueno, y no como los de las salas de Madrid, que son camelos.

Acabada la primera vuelta del *show* bailamos lo nuestro. Si es que aquello era bailar, en lo que a *Monsieur* Foulon se refiere. Pues al francés le daba lo mismo el ritmo de una conga, de un cha-cha-cha, de un tango o de un bolero. Él lo único que quería era agarrarse bien a mí y frotarse conmigo. Pero como

era más bajo que yo, y tenía una barriguita puntiaguda, ésta le estorbaba sus cachondas intenciones y el hombre pasaba sus apuros para lograr sus restregos. Pero, en fin, con todo ello estaba más contento que unas Pascuas y hasta me chapurreaba unas palabras españolas, que yo apenas entendía. Harta ya de sus risas y de sus bobadas, le arrimaba la cara a su congestionado carrillo y el hombre se estremecía de deseo.

Lo estás volviendo loco me advirtió Martín, mientras bailábamos un mambo.

Tú lo has querido.

Bueno, bueno. Pero no exageres. No sea que tengamos lío.

Y tuvimos lío. ¡Claro que lo tuvimos! Pero no el que Martín imaginaba.

El lío fue un griego que conocía a los franceses y que se acercó a nuestra mesa a saludarlos. Un hombre tan guapo que te cortaba la respiración y te tiraba de espaldas. Yo, a pesar del numeroso personal que llenaba la sala y de las apreturas de la pista de baile, le había echado ya el ojo, dedicándole algunas miradas. Pero, la verdad, sin otras intenciones. Por eso, al pronto, me quedé pasmada cuando se acercó a nosotros y pidió a los franceses que me presentaran.

En seguida, y con toda la cara, me sacó a bailar. Me acuerdo que, para colmo, tocaban *Les feuilles mortes*, un fox lento que me pone muy romántica, con su letra tan bonita y tan triste.

La pista estaba medio a oscuras, velada por el humo del tabaco. Y nunca vi hombre tan guapo. Todo esto, más el sofoco del champaña, me encendió la sangre, y eso que no soy mujer que se encandile fácilmente. Pero tampoco hay en mi vida muchas ocasiones como aquélla, sino todo lo contrario, pues, generalmente, tengo que estar aguantando las ternezitas de un hombre que no me gusta. Total, que ahora fui yo la que me pegué bien al tío, y, así, perdida la noción del tiempo, bailamos un rato.

El griego se llamaba Alexis y, a base de su italiano, pudimos entendernos algo. Me dijo que le gustaba muchísimo la bella *spagnola* y, después de confesarme un poco, me citó en su piso, para continuar allí nuestra amistad. Por lo demás se mostró correcto, quizá demasiado correcto para mi gusto, y se las arregló para ponerme en la mano un papelito con su dirección y la hora de la cita, que era para dos días después, a las cuatro de la tarde. Yo le prometí que iría.

Abandonada ya por el griego, la noche pasó como una de tantas noches más. Hube de aguantar los restregones del francés y el mal humor de Martín,

a quien mis bailes con Alexis le sentaron mal. Pues los hombres son así: con los feos todo, pero con los guapos ni bailar a rusto te dejan.

Dudé mucho, después, si acudir a la cita con el griego. Yo no pisaba mi terreno en París y tenía miedo a meterme en un lío. Que se enterara Martín, se enfadara y me dejara allí, perdida en aquella enorme ciudad, sin dinero y sin poder entenderme con nadie. Por eso, después de darle muchas vueltas, decidí no acudir y dejarle plantado al guapo. Pero la suerte, que todo lo enreda, hizo que Martín tuviera que ausentarse precisamente aquella tarde, advirtiéndome que tardaría un buen rato en volver. Con lo cual no pude resistir la tentación: me metí en un taxi, enseñé al chófer el papelito y allí fui, a la Rué de Sévres, no recuerdo ya a qué número.

El griego era pintor, según me dijeron los franceses, pero sacaba pintando bastante dinero, no como ocurre en España, donde los artistas jamás tienen cuartos. Y vivía en un departamento muy extraño, lleno de cuadros raros, de máscaras negras y de esculturas que retorcían espasmódicamente sus hierros, ignoro por qué. Por lo demás no estaba mal aquello y el decorado debía haber costado lo suyo.

Alexis me recibió amabilísimo y, ¡ay!, más guapo que nunca. Pero, con gran sorpresa mía, no estaba solo, sino acompañado. Y por una señora que no me gustó nada. Arregladísima, elegantísima y enojadísima, pero ya marchita y con una mirada febril en sus ojos demasiado negros.

Nos sentamos en un tresillo, ante unos *whiskies* y yo comencé a sentirme violenta y sin saber qué hacer. Porque ellos dos no cesaban de alabar mi belleza y a mí esas lagoterías a dúo no me convencen. Yo, las cosas claras, había ido allí a encamarme con el griego, a pasar bien la tarde y nada más. Por eso, al poco ralo de estar en visita, viendo que no se iba la mujer y que se habían torcido las cosas, decidí marcharme. Pero no bien declaré mis intenciones, ellos declararon las suyas, sin más rodeos. Que eran las de pasar la tarde encamados, sí, pero los tres juntos.

La cosa me molestó, porque, ¡vamos!, creo ser mujer suficiente para cualquier hombre y, por otra parte, me parece que no tengo cara de que me gusten las mujeres, por decirlo de una manera fina y no con una sola palabra más ordinaria. Pero disimulé como pude la rabia de mi fracaso, ya que con estos tipos hay que andar con ojo, pues, a veces, se ponen como fieras cuando les sale mal la cosa. Ellos no, no se pusieron así. Pero la tía insistió y, viendo que no había nada que hacer, abrió un bolso y echó unos billetes sobre la mesa.

Aquello me indignó. No tengo por qué aguantar los insultos de una guarra francesa, por muy elegante que sea, ni los dengues de un guapo *gigolo* que, al parecer, hacía de cebo para llevarle carne joven a la tía. Por lo cual, me levanté de mi asiento y me dirigí hacia la puerta del piso, tan decidida que no se atrevieron a cortarme el paso ninguno de los dos. Y así salí a la calle otra vez, un tanto sofocada por los *whiskies* y por la indignación.

Cuando volvió Martín ya se me había pasado el sofoco. Venía muy contento, pues el perfumista francés, mi enamorado cacorro, lo había tratado bien. Con lo cual, claro está, tuve que soportar nuevamente los refrotes de su barriguita en un par de ocasiones más, íbamos siempre a cenar a restaurantes caros, eso sí, y una noche nos llevó a una *boite* rusa, donde según él, hasta los camareros eran príncipes o archiduques. Allí, unos cíngaros, que se parecían mucho a nuestros gitanos andaluces, cantaban extrañas y dramáticas canciones al son de unas balalaikas. Después rompían sus copas y armaban mucho jaleo, como en las películas del tiempo de los zares. Aquello me gustó. Bebí mucho y me puse muy triste, pensando las cosas bonitas que había en el mundo y la felicidad que sería gozarlas con un hombre amado a la vera de una. Pero estaba visto que nada podía hacer. La vida me había hecho a mí primero hospiciana y después puta, y cuantas veces intenté dejar de serlo había fracasado. Y si no que se lo pregunten a mi antiguo amigo Juan.

Otro día fuimos a ver un museo donde todas las figuras son de cera. Es cosa de pasmarse. Pues allí hay de todo, reyes, príncipes, Papas, políticos, deportistas, estrellas de cine y hasta criminales como el doctor Petiot. Vestidos con sus trajes y con sus mismas caras. Pero a mí lo que más me gustó fueron unas parejas de imitación que parecen talmente de veras y que están colocadas metiéndose mano y besándose por los rincones. Yo creí que eran de carne y hueso, y todos se rieron mucho con mi sorpresa.

El francés quiso llevarnos también a una sesión de cinema cochon, como él decía. Pero no pudimos ir y yo me alegré, pues ya estaba harta de las cachonderías de *Monsieur Foulon*. ¡Hay que ver lo viciosos que son estos franceses y cómo gustan del regodeo y la pornografía!

Los días parisienses se acababan ya. Antes de irnos, dimos un paseo por el Sena, en un barquito muy mono. A mí me hizo ilusión navegar así por el río, pues nunca imaginé que pudiera realizarse tal navegación. Porque ya se sabe cómo son los de mi tierra. Secos en el verano, mostrando todo un cementerio de piedras y de guijarros calcinados por el sol, y torrenciales en cuanto llueve, llevándose todo por delante. Aquel río manso y caudaloso, lleno de

embarcaciones, desde las que se veían pasar las pobladas riberas, me gustó también mucho.

Al día siguiente, salimos de París, por la misma carretera. ¡Ah! En una caja, cuidadosamente empaquetada, venía con nosotros la estola de *renards fumées* que Martín me había regalado. Porque, con mi ayuda, le habían ido bien las cosas y él era hombre de palabra.

La vuelta hasta Biarritz fue mucho más sosa, porque no había aquella ilusión por ver París, y ya se sabe que las ilusiones son, en esta vida, lo más importante. «La ciudad de la luz», como la llaman, me gustó mucho y estaba encantada de haberla conocido y, sobre todo, por lo que iba a fardar con este conocimiento. Pero, una vez visto, París no me agradaba para vivir y, por eso, estaba contenta con regresar a España. Únicamente, y según íbamos acercándonos a la raya, comenzó a inquietarme la cuestión de mis papeles.

Te acordarás de lo de mi volante, ¿no?

¿De qué volante?

De cuál va a ser, hombre. Del papel que te dieron en Irún para que yo pudiera pasar la frontera.

¡Ah!, sí. Aquí lo tengo.

Pero ya sabes que tan sólo valía para aquella fecha.

Sí. Ya me acuerdo.

Y que, según me dijiste, había que preparar la excusa de una enfermedad o de un accidente.

Tienes una memoria de elefante, hija.

Es que me preocupa, Marty.

Pues no te preocupes, nena. Ya te dije que lo arreglaré de alguna manera.

¡Ay! Aquel arreglo «de alguna manera» me alarmó. Por ello insistí, me puse un poco pesada, no lo niego, tratando de que Martín me aclarara la cosa. Pero tan sólo conseguí evasivas y que el hombre se enfadara.

Paramos aquella noche también en el «Plaza», pues llegamos a Biarritz de un tirón. Cansados de tanto viaje y yo muy disgustada con el turbio panorama, nos metimos en la cama sin apenas cruzar palabra y dormimos hasta la mañana. Nos aviamos, tomamos un bocado en una tasca y, después, Martín se marchó, diciéndome que iba a ocuparse de las cosas y que le esperara en el hotel a las ocho de la noche.

Mientras pasaba el tiempo, di unas vueltas por la ciudad. Estuve en el puerto viejo y en la roca de la Virgen, que me gustó mucho. Aunque me dio cierto miedo, pues aquel mar anda siempre encrespado y rabioso, saltando espumas contra la costa. Visité también el acuario y anduve un rato

callejeando. Hasta que comenzó a caer una especie de calabobos y, harta de mojarme, entré en el «Bar Bosque», un sitio muy elegante, que estaba medio vacío y del que me tuve que largar después de tomarme un cafelito con un buen coñac francés, pues un tío, español, naturalmente, se puso muy pesado conmigo y yo no tenía en aquella ocasión el horno para bolos. Por lo cual, y aunque sólo eran las seis, me marché al hotel, subí a la habitación, me tumbé en la cama y me quedé dormida como una ceporra. Hasta que me despertó Martín.

El hombre parecía algo preocupado y aquello me angustió más.

¿Ocurre algo Marty? Dime la verdad.

¿Algo de qué, cariño?

De lo mío. ¿De qué va a ser?

¡Ah!, claro; es verdad. A los demás que nos parta un rayo, ¿no es cierto?

Allá tú con tus cosas, hombre. Yo nada tengo que ver con ellas. Pero debes cumplir conmigo. No puedes dejarme aquí, tirada.

¿Quién habló de dejarte tirada, vamos a ver?

Tengo miedo, Marty.

Está bien, está bien.

Llamó por teléfono un par de veces y después me dijo:

Mete todo en las maletas, que nos vamos de aquí.

¿Adónde?

Ya lo verás. Y no preguntes tanto. Será mejor.

Llené las maletas, pagamos y dejamos el «Plaza». Martín condujo el coche hacia el faro, se metió por unas calles y paró ante un hotel con un hermoso jardín. Como iba recelosa y toda ojos, vi un letrero en la puerta que decía: «Villa Manon».

Entramos y salió a recibirnos un tío sucio y feo, que nos llevó a una amplia habitación. Dejamos allí las maletas y bajamos a un pequeño bar, donde, ante unas copas de vino ya español, Martín rajó lo suyo con el tío, sin que yo lograra entender una sola palabra, pues hablaban un lenguaje muy raro, que después supe era vascuence.

El bar se fue llenando de españoles y vascos que parecían conocer muy bien a Martín y que no me gustaron, la verdad. No por las miradas que me echaban, pues a eso estoy acostumbrada, sino por la pinta que tenían. Una pinta de gente de mucho cuidado. Algunos iban muy bien arreglados y eran hasta guapos, o me lo parecieron a mí, después de ver a los franceses, pero todos tenían un aquél que asustaba. En fin, pasamos al restaurante, un comedorcito muy arreglado y limpio, y allí una tal Concha, que parecía

conocer también mucho a Martín y que también, ¡ay!, hablaba vascuence con él, nos sirvió una cena muy casera, que yo recibí con mucho gusto, después de tanto menú francés.

Al día siguiente, Martín se levantó temprano y se marchó. Yo me quedé durmiendo casi toda la mañana. Él volvió a la hora de almorzar y me anunció con sequedad:

Ya está todo arreglado.

¡Ah, sí! Eres un cielo, Marty.

Dentro de un par de días te pasarán.

¿Cómo que me pasarán? ¿No vamos tú y yo juntos, como la otra vez?

No. Ahora te explicaré.

Me tienes en vilo.

Pues tranquilízate. Porque aquello que hablamos del accidente o de la enfermedad resulta muy complicado. Hay que presentar papeles, pruebas. En fin, mucho lío.

Ya me lo imaginaba. Pero como tú dijiste que tenías tantas y tan buenas amistades.

Y las tengo, nena, y las tengo. Por eso he encontrado algo mucho más rápido y mejor.

Dímelo.

Dentro de dos o tres días, ya te lo he dicho, te pasarán.

¿Pero quien, Marty, quién?

Un autobús. Un autobús de turistas.

¡No me digas!

Como lo oyes.

¿Y sin papeles?

Sin papeles.

¡Ay!, Marty.

Subirás en Biarritz al autobús y te bajarás en San Sebastián. Tan sólo tienes que esperar a que te avisen aquí.

¿Y si me cogen, qué?

No te cogerán. Tiene uno amistades, ya lo sabes. Y, además, se las paga bien.

Entonces, tú crees...

Es la mejor combinación. Cara, pero buena. Y no pienso decirte más. Porque estas cosas no son para mujeres.

Efectivamente, aunque traté de sonsacarle, no hubo forma de que me diera otros detalles.

¿Y tú qué? ¿Es que ya no nos veremos más?

Sí, tonta, sí. Yo me marcharé de aquí esta tarde, Y tú me esperarás en el hotel de San Sebastián.

Mucho vas a tardar.

Pues no lo sé. A lo mejor estoy ya allí cuando llegues. Pero, si no estoy, me esperas. No tardaré.

Maldita la gracia que me hizo todo esto. Pero ¿qué podía hacer? Obedecerlo y nada más.

Por la tarde, Martín me dio dinero, bastante dinero, porque era hombre generoso. Pesetas y francos, para más comodidad. Y me dijo que en el hotelito nada tenía que pagar. Soy curiosa y traté de averiguar qué clase de gente habitaba «Villa Manon». Pero no hubo forma. Repitió que me avisarían pronto lo del autobús y no logré sacarle una palabra más. Me quedé allí sola, sin mi hombre y sin su coche, pues se fue en él.

No salí aquella tarde de mi habitación. La Concha vino a ver si me pasaba algo. Le dije que no me encontraba bien y le pedí que me subiera una aspirina y un café con leche. Lo hizo y me metí en la cama, sin más. Porque lo que no quería era bajar al comedor ni al bar.

Dormí mal. Soy un poco maniática y le estuve dando vueltas y vueltas a mi situación. ¿Y si fallaba lo del autobús? ¿Y si me cazaban los gendarmes o los carabineros? ¡Santo Dios! ¡Sin un solo papel! En fin, ya de mañana, cogí un sueño acongojado, lleno de pesadillas.

Cuando me desperté eran más de las doce. Y entraba mucha luz. Porque el tiempo había cambiado. Abrí la ventana y un aire tibio y delicioso se metió en la habitación. Mi cuarto daba al hermoso jardín. Me asomé y vi las hojas de los setos de boj, de los laureles, de la yedra que trepaba por la pared, y de los altos cedros, jugosas, con una limpia humedad que relucía al sol. El día era magnífico y, sí, había sol.

Me arreglé, más animada, y bajé al comedor, dispuesta a dar un buen paseo después de llenar el estómago con el menú de la Concha. Tenía apetito y ganas de beber.

Vestida con toda discreción, sin maquillarme apenas, me senté ante una mesita, en un rincón. Pero no me valió. Porque, nada más verme, unos españoles que comían enfrente empezaron a reírse y a bromear. Hasta que uno de ellos se levantó y se me acercó.

¿Qué? ¿Está sola la paloma?

No le contesté. Era un hombre joven y más bien guapo. Uno de esos tipos achulados que presumen de coñear a todo el mundo. Y a mí, la verdad, no me

coñea nadie.

¿Me permite?

Y sin permiso se sentó en otra silla, ante mi mesa.

¡Parece mentira que la hayan dejado sola! A una mujer así no se la puede dejar sin compañía.

A veces, sabe usted, vale más estar sola que mal acompañada.

Los otros españoles de la mesa de enfrente se rieron al oírme. Y al chuleta se le mudó un poco el color.

¿Qué me dice? ¡A que va a resultar estrecha!

Continué comiendo mi costilla de cordero en silencio.

Parece que le damos asco, muñeca. Y, ¡vamos!, no es para tanto. Somos mala gente, es cierto; pero su Martín tampoco es trigo limpio, ¿sabe?

La Concha apareció oportunamente con la fruta. Oyó la frase del tío y le cortó en seco.

Vete a tu mesa, Pepe, y deja a la señora en paz. ¿No ves que la estás molestando?

¿De veras que molesto a... a la señora?

Lo dijo con mala leche, con muy mala leche, pero yo supe contenerme.

Anda, vete. No digas más tonterías.

Bueno, me iré. Esto es lo que tiene de malo el deber dinero a la patrona: que hay que obedecer.

Se levantó Pepe y, tras darle fuego achuladamente a un pitillo, salió del comedor. Y yo pude tomarme una naranja con tranquilidad.

Después de comer, y como cruzaban el cielo unas nubes vaporosas, muy bajas, me puse mi gabardina de nylon estampada en piel de pantera y un pañuelito de seda muy mono, comprado en París, y salí a dar una vuelta. Fui primero hasta el faro y allí me senté un momento, a contemplar la hermosa vista de la playa de la ciudad. Y después bajé por la carretera hacia el centro de Biarritz. A poco, me alcanzó otro español de los de «Villa Manon». Un hombrecillo bajito y redondo, ya entrado en años, con ojos azules y cara de buena persona.

Voy también para abajo. ¿Le importa que la acompañe? No quisiera ser un pelmazo como Pepe.

A mí no me gustan los chulos, ¿sabe?

Lo comprendo. En el fondo, Pepe es un buen chico, se lo aseguro. Pero está mal acostumbrado con las francesas, que se lo comen. Claro, es joven y guapo.

No es mi tipo.

Entonces no le importa que baje con usted. Vive uno tan aburrido.

¿Aburrido? Pues no sé, acaso me equivoque, pero a mí se me antoja que deben ustedes traerse mucho lío, ahí, en «Villa Manon».

Depende. Yo soy más bien un exiliado y estoy esperando a ver si puedo volver a España. A aquella tierra que se ve allí.

Y el hombre señaló hacia una costa lejana, con melancolía.

¿Tiene ganas de volver?

¿Que si tengo? ¡No lo sabe usted bien!

Marchamos un rato en silencio, carretera abajo.

¡Qué hoteles tan bonitos!

Sí. En esta zona los hay preciosos. Muchos son de españoles ricos o aristócratas, que vienen de vez en cuando.

Al cabo, me decidí.

¿Conoce usted a Martín?

Algo.

¿Y... y le cree capaz de una mala faena?

¡Caray! Me compromete usted.

Le ruego que me diga la verdad. Se lo agradecería mucho mucho.

Calló otra vez. Un «Cadillac» negro sonó su bocina, para que le oyéramos pasar.

Depende de a qué faena se refiera usted. Yo creo que Martín es un hombre generalmente bueno. Pero, en cuestiones de dinero, no sé.

No se trata de dinero. Se trata de mí.

¡Ay! En asuntos de mujeres es muy difícil opinar.

Ya en la ciudad, le invite a un café. El español me pareció un hombre sosegado, bondadoso y casi paternal. Y, aunque no me fío de nadie, aquella tarde estaba tan angustiada que me confié. Le dije algo, sólo algo de lo que me pasaba.

Él me tranquilizó. Me aconsejó que esperara unos días, a ver si me avisaban lo del autobús. Añadiendo que si nadie aparecía ya encontraríamos otra solución. A mí lo que me reposó fue el enterarme de que alguna gente pasaba la raya sin papeles y de que el truquito del autobús se repetía sin cesar. Porque, como siempre, todo era cuestión de cuartos. Pobre Martín: había desconfiado exageradamente de él.

Con esto, descansé. Me hice, incluso, más sociable y crucé en varias ocasiones la palabra con los españoles, especialmente con mi amigo, que se llamaba Paquito y era de Espelúy. Un hombre muy mañoso que, para matar el tiempo del destierro, estaba haciendo él solo un reloj de pared, con figurillas

que salían bailando al son de una graciosa música, y con un cuclillo que cantaba las horas. Algo precioso. Andaba terminándolo ya y decía que, en cuanto lo acabara, pasaría a España, después de regalarle el reloj a un tal Juan, del que hablaban todos mucho, como si fuera su jefe, y que no estaba por aquellos días en «Villa Manon». Pues se encontraba fuera, en viaje de negocios. ¡Habría que ver qué negocios, santo Dios!

Un par de días después, la Concha apareció con un muchacho, también vasco, que preguntaba por mí. Y que me indicó que, a la mañana siguiente, debía subirme a un cierto autobús, en la plaza Clemenceau. Me dio bien las señas y yo me quedé muy nerviosa, pensando en lo del paso de la frontera.

Efectivamente, a la hora indicada allí estaba el autobús. Un coche enorme, lleno hasta los topes de turistas franceses. Subí a él y un individuo que debía ser el guía de la expedición me preguntó mi nombre. Se lo dije y me sentó en un lugar que había libre, indicándome en voz baja que me estuviera allí quieta y que no dijera nada hasta llegar a San Sebastián.

Cada momento más nerviosa, me hice un ovillo en mi butaca y así llegamos a la frontera. Allí hubo un cierto revuelo con los gendarmes y, con el rabillo del ojo, pues no me atrevía a mirar de cara, vi que el guía bajaba al puesto los pasaportes de los turistas. Menos el mío que, naturalmente, no existía. También abrieron un par de maletas, por pura fórmula, y, al cabo, arrancó el coche. Cuando me vi cruzando el puente recuperé el aliento, que había estado el pobre huido todo el tiempo. Pero aún faltaban los míos, mis compadres españoles, que era a los que más temía.

Ya en el puesto español, entre carabineros y civiles, el asunto se repitió. Y allí ni siquiera abrieron las maletas. Por cierto que, desde abajo, en la acera de la aduana un civil joven me guiñó un ojo. Pegándome un susto de miedo, pues ya me imaginé que estaba en el lío de mis cosas. Pero después resultó que tan sólo se trataba de un guasa jaranero, que debió tomarme por una turista francesa. Lo cual indica que no era muy despierto, pues yo no me parecía en nada a aquellos pencos que llenaban el autobús.

Cuando dejamos atrás la raya y me vi en Irún, descansé por completo. Tan a gusto quedé, que eché un sabroso sueñecillo, y el guía tuvo que despertarme al parar el coche en una plaza de San Sebastián. Allí me bajaron las maletas y me despedí del hombre con unas efusivas gracias. Pero el guía no abrió la boca y me dijo adiós, con una discreta sonrisa.

Tomé un taxi que me condujo al hotel. ¡Qué hermosura! Ya estaba de nuevo en España. Y con la caja que guardaba mis *renards fumées*. No vaya alguien a figurarse que con aquellos nervios se me había olvidado.

Pasó un día. Pasaron tres, cuatro, cinco días. Y de Martín nada, ni la menor noticia. Aquel hotel tan grande y tan tristón se me venía encima. Para colmo, no paraba de llover, y ahora con un agua más recia que el anterior calabobos. Si me metía en un bar, no tardaban en darme la lata los consabidos moscones. Y tanto cine me aburría.

Ya intranquila, llamé por conferencia a Madrid, a «La Ilusión», y allí, una voz muy seca me preguntó que quién era yo. Dije que una amiga de Martín que estaba esperándolo en San Sebastián y, entonces, el otro me contestó que no sabía nada de él y cortó la comunicación. Al día siguiente, como continuaba sin noticias de mi hombre y el dinero bajaba y bajaba porque el hotel es muy caro, me metí en el rápido y llegué a Madrid por la noche. Vivía yo entonces en un apartamento de la calle de López de Hoyos, que es lo único que la estafa de la inmobiliaria me dejó. Y cuando me vi en mi cama de matrimonio, aunque no fuera casada, claro está, bien calentita y con una bolsa sobre los ovarios, me dieron ganas de darle gracias a Dios. Pero después no lo hice. Porque pensé que si no había Dios era una tontería darle gracias, y que si lo había, como aseguran monjas y curas, debía estar muy enfadado conmigo. De forma que lo mejor era callar y no menearlo, no fuera a venirme algún palo de lo alto.

Reanudé, pues, mi vida madrileña, de la que ahora no es momento de tratar. Volví, sí, a mi cotidiana rutina, esperando tener en cualquier momento noticias de Martín. Pero nada. Ni señales.

En vista de ello, se me ocurrió ir a la perfumería y, con el pretexto de una compra cualquiera, olisquear algo. Allí, en «La Ilusión», estaba el tío de Martín, por cierto muy serio y enlutado. Compré un lápiz de labios y un barniz para las uñas, y al pagar, como quien no quiere la cosa, le pregunté por el sobrino. El hombre, al oírme, tuvo un sobresalto:

¡Ah! ¿Lo conoce?

Sí, somos amigos.

¿Amigos de qué?

¡Qué cosas tiene! De lo que son amigos un hombre y una mujer.

Es que ha venido mucha gente preguntando por él.

Claro. Es un tipo simpático y tiene buenas amistades.

Me observó un momento el vejete, desconfiando. Después, inesperadamente, se dolió:

¡Pobre Martín!

¿Es que... que le ha pasado algo?

Ha muerto, hija. Ha muerto hace unos días.

¡Pero qué está diciendo! No es posible. Si lo...

Siga, siga. Si qué...

Nada. Quería decir que lo vi no hace mucho. Aquí en Madrid, claro está. En «Pasapoga», si no recuerdo mal.

Ya.

¿Y qué le ha ocurrido? Dígame.

Que murió. Ya se lo dije.

¿En Madrid?

No. En el Norte, por San Sebastián.

¡Ah!

¿Por qué le sorprende?

Parecía un hombre tan sano, tan fuerte.

Pues ya ve.

No me atreví a preguntar más, pues el tío me miraba ya con recelosos ojos. Dejé, pues, rápidamente «La Ilusión», sorprendida y llena de pavor. ¡Muerto Martín! ¡Dios! ¡Pobrecillo! Por eso me había dado plantón.

Quería saber más. Pero comprendí que no sacaría ni una sola palabra de las gentes de «La Ilusión», que tenían sus buenas razones para callar. Y, por ello, acudí a un buen amigo de Martín, al que llevé un tanto ajumado a la cama, que es el mejor lugar para sonsacar a los hombres.

Así supe que, metido en un asunto de contrabando, los gendarmes le habían pegado un tiro, cerca de Dancharinea, cuando trataba de pasar el alijo. Martín, por lo visto, mal herido y todo, llegó a cruzar la raya y fue a morir a un pueblo español que se llama Zugarramurdi. Donde lo recogió la familia. ¡Ya podía estar yo esperándolo en el hotel de San Sebastián!

El final de Martín me asustó y se me abrían las carnes pensando que podían haberme cogido a mí también. La verdad es que esta vida nuestra se las trae. Se mete una en un coche con un hombre al que apenas conoces y no se sabe nunca dónde puedes acabar. Pero no hay otra solución. Porque, si te pones a darle vueltas a la cabeza, habría que quedarse en casa, sin poder alternar. ¡Ay, estos hombres! ¡Qué inquietos son!

Lance de los cuatro clientes

Resulta que hice un descubrimiento. Para que vean qué lista soy.

Jugando con el magnetófono, que me divierte más cada día, se me ha ocurrido algo interesante. Contar mis cosas como si se tratara de la heroína de una novela, no como si fuera yo. Me explicaré. En lugar de decir «yo hice, yo fui, yo dije», decir «ella hizo, ella fue, ella dijo». Y hacer lo mismo con los demás, tratarlos como en las novelas.

Probé, pues, y el efecto fue tremendo. Como si utilizara la pantalla panorámica en una película. En vez de contar algo pequeñito, lo mío, por decirlo así, narraba lo de todo el mundo, me metía dentro de las cosas de los demás y las mías adquirían mucha más importancia. Un interés alejado, distante, en el que yo no era yo, sino un ser ajeno, y superior.

Por eso, y para pasar el rato, decidí contar de esta manera unos lances que me ocurrieron hace ya tiempo, recién llegada a Madrid. Y admitir ya el nombre de Lola, aunque yo, en verdad, no me llame así. Porque ahora, Lola soy yo y ella y yo somos una sola realidad. Yo me entiendo y el que quiera entenderme que me entienda también. De manera que vamos a jugar un poco los dos.

Ran, ran, ran, rataplán; ran, ran, ran, rataplán...

Bueno, ya está bien. Deje de hacer el payaso.

Ran, ran, ran, rataplán...

¡Siéntese! Y no moleste más.

¿Pero no ve que estoy tocando el tambor y marcando el paso de la oca?
¿Cómo voy a hacer sentado el paso de la oca? ¡A ver, dígame!

¿Y por qué tiene que hacer aquí el paso de la oca? ¡Qué estupidez!

Sí, sí, ríase. ¿No sabe que los alemanes han entrado en París?

Claro que lo sé.

¡Y, a lo mejor, se alegra usted! Sí, hombre, sí; a lo mejor se alegra.

No nos vendría mal en este país un poco de disciplina germánica.

Con un *quisling* como usted.

¡Venga! ¡Siéntese!

Bien. Me siento porque me sale de las narices el sentarme. Nada más. Por cierto: ¿cómo se llama usted?

No le importa mi nombre.

Aquí todos tenemos uno. Ese que está ahí, callado, leyendo el Ya, es don Antonino. A mí me llaman don Manolito. ¿Y a usted?

Ya le he dicho...

Bueno, tiene cara de llamarse... don Isidoro, por ejemplo, eso es. Y de creerse un alto cargo de un alto Ministerio. ¿Le digo de cuál?

¡Déjeme en paz!

Pues no se lo digo, ya ve.

La alcahueta, entrando oportunamente, corta el parloteo. Retinta, erizada, semeja un pajarraco. Un tordo con la cara chica y el culo gordo.

¡Ay! Este don Manolito de mi corazón.

Diga usted de mis billetes, señora.

¡Vamos, vamos! ¿Para qué los quiere si no es para gozar de la vida?

Eso sí. Hay que gozar de la vida. Y de la muerte, ¿sabe usted, don Isidoro? Hay que gozar de la muerte. A todas horas, a todas horas.

Hombre, no le moleste. Que al señor no le gustan las bromas.

Por eso se las gasto. ¡Ja, ja, ja!

Mejor será que me vaya. Está insoportable. Ha debido empinar bien el codo con su Asamblea.

No, no, por favor. No se levante usted. El negocio es el negocio. Y yo no quiero perjudicar a nadie. Le pido mil perdones. Excúseme.

Sirve la celestina unas copas. Y coloca también sobre la mesa camilla unas olivas y unas saladillas. Don Manolito coge un puñado de chochos y avellanas y se echa después un trago al estómago. Don Antonino deja un momento de leer el periódico y apenas moja los labios en el chato. El bautizado como don Isidoro rechaza todo con un gesto de asco.

El tordo con el culo gordo insiste:

Ande. Anímese. Son de confianza. Aquí, de casa de don Antonino, que tiene lo mejor del barrio.

No, gracias.

A don Isidoro le duele el estómago. O el hígado. A todos los don Isidoros les duele el hígado o el estómago. ¿No lo sabe usted?

Vamos, don Manolito. No empiece otra vez.

Yo es que tengo que echar aquí la tarde. Y, claro, algo he de hacer.

Un poco de paciencia. Un poquito nada más.

Se me acaba ya la Asamblea de Olivareros. Se me acaban las comilonas. Y el empinar el codo, como dice este señor. ¡Ay!, he de volver a Jaén.

Don Antonino baja el periódico y le echa una mirada sobre los lentes.

¡Ah! Está usted en el aceite.

Pues sí. Tengo un cortijillo en Martos.

En Martos y en Porcuna y en Alcaudete. Diga usted, don Antonino, que es el amo de la provincia.

No hay que exagerar.

El aceite anda hoy muy difícil y acaso sería interesante hablar de ello un rato.

Servidor de usted.

Para organizar algún estraperlo, claro. ¡Qué país! No desperdician ustedes ocasión.

No se irrite, don Isidoro. ¿Qué sería de nosotros sin el estraperlo? Piénselo bien.

Denunciarlos a todos, colgarlos a todos. Eso es lo que habría que hacer.

Ahora no está usted en su alto cargo de su alto Ministerio, señor mío. Ahora está aquí. Esperando como nosotros. Aquí.

Bramó por lo bajini el llamado don Isidoro. Que es un braguetero pellejo, pulido y amarillento. Don Antonino, prudente, advierte:

Ya charlaremos en otra ocasión.

La alcahueta retoza culona entre sus clientes, orgullosa de ver nacer en su casa un negocio. Sobre sus lutos, su cara es una máscara blanca, roja y negra. Carmín de labios, carbón de ojos y polvos de arroz.

Llaman a la puerta del piso, con un llamar corto, apocado. La vieja sale, apretando su paso reumático.

¡Ay! Otro más suspira don Manolito. Entra la mujer con un nuevo cliente. Un hombre aún joven, pero desmedrado, encogido, vacilante.

Pase, pase, don Prudencio. Y no se preocupe por estos señores. Son gente discreta y muy principal.

Don Prudencio, al ver el trío, se ha detenido en seco. Y, aturullado, muestra evidentes deseos de escapar.

No, si yo no tengo prisa. Volveré en otro momento.

De ninguna manera. ¡No faltaba más! Usted se sienta aquí y espera un poco.

Pero si yo sólo quiero...

Quieras que no ha de sentarse el nuevo cliente, que lo hace en el borde de una silla. Allí se queda con los ojos bajos y el sombrero de fieltro verderón

sobre las rodillas canijas.

Voy a darle prisa.

Sale la trotaconventos y se produce un tenso silencio entre los hombres. Don Manolito mira y remira con descaro al recién llegado. Y, al cabo, le pregunta:

¿Entonces no es usted otro cliente?

Se sobresalta don Prudencio. Cae al suelo el verde sombrero, y al fin, contesta:

Perdone. No le comprendo.

Como dice que no viene a lo que venimos nosotros.

Sí. Querría hablar un momento con ella. Nada más.

¡Acabáramos! Usted es de los que vienen a hablar. ¿Se da cuenta, don Antonino?

Don Antonino, que ha vuelto a enfrascarse en su Ya, lanza una nueva mirada por encima de sus lentes, recorriendo la cuitada figura de don Prudencio.

Sí. Me la doy.

Don Manolito prosigue la cháchara, siempre indiscreto y comunicativo:

Y, ya que hablamos de ello, dígame, dígame: ¿también paga por hablar?

No sé a que se refiere. Y, además, ¿a usted qué le importa?

Sin enfadarse, amigo. Aquí todos somos pues... pues compañeros. ¿No lo comprende?

Don Prudencio espirita su estampa desmirriada con un penoso esfuerzo de voluntad. Abandona el borde de su silla, se alza y dice, rabiosillo:

Si pago o no pago es cosa mía. Y si hablo o no hablo también. Buenas tardes.

Y, tras lo dicho, se larga precipitadamente, abandonando la sala.

¡Vaya un tío raro! Enfadarse por eso.

Don Antonino meneaba la cabeza, sin abandonar la lectura del diario. El llamado don Isidoro aprieta su boca de escorpión con toda dignidad y don Manolito se queda sorprendido por el enfado del ausente.

Es don Manolito un gordo putañero y comilón, con temblorosa papada e incontenible palique de «Círculo de Labradores» andaluz. Por ello, y teniendo que cerrar el pico en la ocasión, se levanta también, para imitar de nuevo con la boca el redoble del tambor:

Ran, ran, ran, rataplán; ran, ran, ran, rataplán...

Dentro, en la alcoba de Lola, separada de la sala por una puerta pintada de marrón, la joven se hace la dormida, en la cama, ocultando la cara en la

almohada. La vieja advierte, desesperada:

Venga, Lola. No me gibes. Son más de las seis. Se están cansando de esperar.

Lola gruñe y rebulle sobre el amplio lecho. La alcahueta la sacude, impaciente:

Tienes que despertarte ya.

La joven, con voz enronquecida, por el sueño, se vuelve, diciendo:

¿Se cree que no los oigo? Con lo que hablan. Pero no quiero despertar. No quiero que me esperen. No quiero aguantarlos más.

Vamos, no digas tonterías.

La del culo gordo le quita la almohada de un tirón y levanta la sábana que cubre el cuerpo de la joven. Ésta se sienta sobre el lecho.

Está bien, está bien. No hay que achuchar tanto. ¿Dónde están los pitillos? Cualquiera sabe dónde los dejaste anoche.

Reina el desorden en la pobre alcoba. La gran cama funcional ocupa casi todo el espacio, pero además hay allí un par de sillas y un tocador con espejo, en el que los frascos de perfume se mezclan a los botes de cremas, a los peines y cepillos y hasta a varios mechones de pelo. Sobre una de las sillas, espatarra sus piernas de sonrosado espantajo la muñeca pelucona regalada en cualquier sala de fiestas. Sobre la otra hay un arrugado vestido y una caja de bombones. Y por el suelo varias prendas de ropa interior, unos zapatos de vestir, un bolso y unas medias. Al borde de la mesita, una botella de coñac y un par de copas se aprietan contra el cenicero, lleno de colillas.

La alcahueta encuentra, al cabo, en aquel caos, la cajetilla.

Toma. Aquí los tienes... ¡Hala! Arréglate un poco. De prisa.

¡Hala, hala! Como a una bestia.

Perezosa, sienta Lola su desgana ante el tocador, contemplándose en el espejo, mientras bosteza. Después prende un pitillo.

¡Qué pelos, madre, qué pelos!

Péinate un poco y ya está. Ellos no vienen por tus pelos.

¿Cuántos hay?

Tres. Porque uno se ha largado.

¿Pagaron?

¡A ver, hija! ¿Por quién me tomas?

He oído la voz de don Manolita, el de la jeta de cerdo.

Claro. Ya sabes que no para de hablar.

Y la del abacero de la esquina.

También está.

¿Quién es el otro?

El que no tiene nombre. Ese tipo engusanado y serio que se da tanta importancia.

¡No me diga! ¿El cagatintas? No lo aguanto. Usted no sabe cómo se pone aquí dentro.

Calla, calla. Hay que aguantarlo todo.

Trajina la vieja por la alcoba, tratando de ordenarla un poco. Lola continúa arreglándose perezosamente.

Mira, hija. Los principios son malos, muy malos, hay que reconocerlo. No tienes dinero y además eres una menor. Pero, después, cuando tengamos algunos cuartos, cambiarán mucho las cosas. Podremos escoger y en la vida en cuanto puedes escoger ya mandas, ¿sabes, paloma? Tú, con el cuerpo que tienes y lo guapa que te estás poniendo, podrás llegar lejos, muy lejos. Te lo digo yo, que sé mucho de ello.

Le aseguro que me dan ganas de dejar el trabajo. De ser honrada otra vez, ¿comprende?

¡Ay! Honrada, honrada... No se puede ya ser honrada cuando se ha dejado de serlo. Y, además, ¿para qué? ¿Para trabajar en cualquier parte y ganar al mes lo que aquí sacas en una tarde? No seas tonta, hija. Si ya te ñas echado a la vida, debes seguir, sin vacilar. Hacer dinero, mucho dinero. Entonces te lo perdonarán todo.

Es que estoy harta de hombres. Es que no los aguanto. Usted no sabe lo que es esto.

¿Qué sabes tú de lo que yo sé o no sé?

Ahora ya ve. Esos tres pijoteros. Don Manolito tiene los dientes podridos.

Es rico. Y buenas latas de aceite que nos manda en estos tiempos de escasez.

Don Antonino no se lava y hiede a chotuno.

Gracias a su mantequería comemos sin cartilla, muchacha. ¿Qué sería de nosotros sin sus garbanzos, sus judías, sus patatas y su azúcar?

En cuanto al otro... No, no quiero ni pensarlo. El otro, no. Me pondré mala cuando entre. Para que se vaya.

No harás eso, Lolita. No lo harás. Ese tío se me antoja muy peligroso. Creo que manda en alguna parte y podría denunciarnos. Yo no quiero verme entre rejas. Y a ti, ¿te gustaría pasar una temporada en un reformatorio o en un campo? Hay que aguantar, hija, ya te lo he dicho. Hay que aguantar.

Se me levanta el estómago.

Échale una copa de coñac.

Empuña la alcahueta la botella y le sirve a Lola una copa. La joven se la bebe en un par de tragos.

Llénela otra vez.

No debes beber tanto.

Venga, llénela.

Se la llena la vieja, sin más. Después se ocupa de arreglar la revuelta cama.

Anda, chiquilla. Ayúdame a estirar las sábanas y, mientras, te diré una cosa.

¿Buena o mala? No quiero saber más cosas malas.

Buena, mujer. Muy buena, creo yo. Porque barrunto que muy pronto va a cambiar nuestra suerte.

Lola, ya peinada y arreglada, abandona el tocador y ayuda a la alcahueta.

El que más interesa es el que se ha marchado.

No la comprendo.

Cuando un hombre se va como se ha ido ése, es que busca en ti otra cosa. ¿No te das cuenta?

Pues no, la verdad.

¡Ay! ¡Cuánto has de aprender todavía! Mira, hija. Los otros vienen aquí pues a despachar el asunto, como a una cosa más de las que hacen en el día. Como si fueran al bar, al cine o al fútbol. Tú les tienes sin cuidado.

Ya lo sé. No es preciso que me lo recuerde.

Pero el otro, no. El otro es un pobre hombre que busca en ti algo. Algo que ilusione su vida, que le haga olvidar sus fracasos. ¿Vas comprendiendo?

Sí. Creo que sí. Pero está aviao, si cree que yo voy a darle ese algo.

Puede parecer que se lo das sin dárselo.

Mucho sabe usted.

Soy vieja, criatura.

Pero bueno. ¿Quién es ese tío? Porque no me acuerdo.

Un muchacho...

No me haga de reír. Aquí no vienen los muchachos.

Tendrá unos treinta y tantos años.

Será feo, claro.

Mujer, guapo no es. Pero está muy educado.

¿Y de cuartos qué? ¿Cómo anda de cuartos?

Me he enterado de que pertenece a una buena familia del barrio. Y parece ser que tiene algunos enchufillos. Pero lo importante no es eso.

Siga ya.

Lo importante es que a éste, hija, podremos echarle la zarpa coa un poco de mano izquierda. Porque se ha enamorado.

Muy segura está usted. Pero, venga, ¿quién es?

Uno que te escribió una carta muy romántica. Un tal Prudencio. ¿Te acuerdas?

¿Una carta? ¡Ah!, sí, sí. Un tío cursi. Ése debe andar con el culo a rastras.

Que no, que no. Que tiene cuartos.

¡Menudo escuerzo! Bueno, deme otra copa y vamos a empezar. Ya está hecha la cama y quiero despachar pronto a esos cochinos.

Lola desembaraza una de las sillas y se sienta en ella, frente a la puerta que da a la sala, donde esperan los clientes. La joven enciende un pitillo, cruza las piernas y abre un par de botones de su negro pijama. A pesar de la postura, falsa y estudiada, de mujer fatal, Lola resulta sorprendentemente hermosa en aquella triste y pobre alcoba, que parece iluminarse con su belleza y con su juventud.

Ande. Abra ya la puerta.

Compone la celestina su rostro con la más lagotera de sus sonrisas. Y abre la puerta diciendo:

El primero, por favor.

Recibe la vieja a don Prudencio en una sala que muestra, ahora, sus sillas vacías. Y el cuitado respira con alivio al no encontrar allí a nadie.

Pase, pase, don Prudencio. Si viera usted el disgusto de la chica al enterarse de que se había ido.

Es que tenía que hacer unas cosas. Y como sólo se trata de verla un momento.

Pues otra vez me lo dice usted y en paz. Porque aquí será usted siempre el primero. Mientras no quiera ser el único. Bien, póngase cómodo y espere, por favor, un instante, que voy a avisarla.

Lola está contemplándose en el espejo de su tocador, con un gesto de cansancio, cuando entra en su alcoba la regocijada alcahueta.

Ha vuelto. ¿No te lo dije? Esos tipos vuelven siempre.

Pues que vuelva mañana.

No, hija, no. Tienes que recibirlo. Tienes que ser complaciente con este hombre. ¿No comprendes que puede ser tu oportunidad, tu fortuna?

En este momento no comprendo nada. Me duelen los ovarios. ¿No será el raspado del otro día?

Ya veremos eso mañana. Ahora a lo tuyo, muchacha.

Estoy agotada.

Pues haces un esfuerzo, que ya descansarás después. Anda, quítate ese pijama y ponte el camisón rosa. Es un hombre de camisón, no de pijama. ¡Ah! Y encima del camisón, la bata. No sea que lo asustes. ¡Venga, de prisa, hala!

Obedece Lola con aire de cordera resignada. De un armario, saca el camisón y se cambia. La vieja gruñe, poniendo de nuevo orden en la trajinada alcoba.

¡Tantas colillas! ¡Qué puercos son los hombres! No quiero que las vea. Son de mal efecto.

Está usted en todo.

Hay que estarlo, chiquilla. Don Prudencio es persona delicada. Bueno, ya vale. Mañana limpiaré bien todo esto. ¿Qué, ya estás?

Ya estoy.

Alegra esa cara. Que este hombre puede resolverte las cosas. No le des tormento, pues.

Lola, con un gesto de hastío, se sirve una copa. La vieja la detiene.

No. Ahora no se bebe. Voy a abrirle ya la puerta... Pase, pase, don Prudencio.

Se alza el hombre de su silla y entra vacilante en la alcoba. Apocado y tímido, como siempre, parece además poseído ahora por una gran emoción. Lola, con forzada sonrisa, le tiende su mano, que él estrecha efusivamente.

Buenas noches. Siéntate ahí, en cualquier parte. ¿Pero dónde están los pitillos? Nunca los encuentro.

Si... si quiere negro.

No, gracias. Fumo rubio.

Es peor para la garganta. Y para el cáncer.

Eso dicen.

Encuentra la vieja, una vez más, la cajetilla y se la entrega a la joven.

Toma, hija, toma. Y, ahora, les dejo con sus cosas. No olvides, Lola, que don Prudencio es un señor. Un verdadero señor. De los que quedan pocos.

Abandona la alcoba la alcahueta, mientras el hombre le enciende a Lola el pitillo. Después coge de su tabaco negro otro y lo enciende también. Hay un silencio tenso, que la joven prolonga con mala intención. Hasta que don Prudencio lo rompe, con un esfuerzo:

¡Es usted algo maravilloso!

No me llames de usted, por favor. Aquí se tutea todo el mundo. Y es mejor, ¿sabes? Las cosas claras desde el principio, sin que nadie pueda llamarse a engaño.

Pues yo..., yo creo que tú eres un engaño.

¿Yo? ¿Por qué?
Porque no pareces lo que eres.
A lo mejor no soy lo que parezco.
Eso... eso es lo que yo pienso.
Pues no te fíes. Y no pienses demasiado, chati, que no es bueno.
Yo le doy muchas vueltas a las cosas. Y llevo algún tiempo dándotelas a ti. No puedo olvidarte, Lola.
¿Pero dónde me ves?
Vivo en el barrio. Y te encuentro muchas veces. Cuando vas a la peluquería. Cuando andas de compras. Otras... pues te espero, a ver si sales de casa.
¡Qué amor! Me emocionas.
No es cosa de choteo. Es como una enfermedad.
¿Y no tiene cura?
De ti depende.
¿Qué he de hacer? Estoy aquí para complacerte.
Yo no vengo a lo que vienen los otros.
Tú vienes a hablar, claro. Sí, hay hombres que vienen aquí a hablar. A hablar mucho. A echar la miseria fuera de ellos.
Yo no vengo a echar ninguna miseria.
¿Tú qué sabes? Pero habla, cielo, habla. Aunque antes debes decirme cómo te llamas.
Mi nombre es Prudencio. Pero me llaman Pruden.
Pues anda, habla, Pruden.
Es que me dejas como parado. Eres tan cortante.
¡No me digas!
Parece que no crees ni en nada ni en nadie.
Poco creo, poco.
Pues tienes que creer en mí, Lola. Porque, aunque feo e insignificante, puedo salvarte.
¿Qué dices, hombre? ¿Es que vas a retirarme? Soy una mujer cara, muy cara. No lo olvides, bonito.
Quiero ayudarte.
Ayudándote.
No te comprendo.
Digo que algo pedirás a cambio.
Que me dejes soñarte, que me dejes quererte.
Vas a sufrir, Pruden.

Estoy dispuesto a ello.
¿Y a qué más estás dispuesto?
Te daré todo lo que pueda darte.
Los negocios, con la vieja.
¿No es tu tía?
Es mi alcahueta.
¡Qué dura eres!
¿Qué quieres? ¿Que me ponga romántica?
No sé... Me había imaginado otra conversación más bonita. ¡La vida se me antoja una cosa tan fea!
La vida es fea. Muy fea.
Pero tú, sólo tú, entre tanta fealdad, brillas como una piedra preciosa. Resplandeces, Lola.
Se acalora Pruden con la emoción. La joven ha estado observándolo con un gesto de recelo. Al cabo, se alza bruscamente de la cama y se enfrenta con el hombre, que abandona la silla.
¡Basta de choteo! ¿Qué es lo que quieres?
Eso. Que me dejes quererte, que me dejes salvarte.
Lola se quita la bata rápidamente, arrojándola sobre la cama. Y queda en camisón. Un camisón escotado, con encajes que apenas velan su cuerpo joven y suelto.
Mírame bien, hombre. ¿Estás seguro de que no quieres nada más?
No. Ahora no quiero nada más. Sería manchar nuestro primer encuentro.
¿Estás seguro, corazón?
La joven le echa los brazos al cuello, apretándose contra él. Pruden se estremece. Después la abraza con pasión, le besa la cara, el cuello. Mas logra contener el arrebato y vuelve a su actitud encogida y nerviosa. Lola, al darse cuenta, desenlaza sus brazos, se aparta de él y se sienta ante su tocador, donde, mirándose al espejo, se arregla el pelo, mientras dice:
Voy a darte un consejo.
Dime, dime.
Vete y no vuelvas.
¿Lo dices de veras?
Como lo oyes.
Si es por lo del dinero, no te preocupes. Yo..., yo te daré más que nadie. Eso es: más que nadie. Porque te quiero.
Te he dicho que te vayas.
¿Tanto te molesto?

Abatido, Pruden parece al mismo borde del llanto. Lola se vuelve hacia él, enfrentándole su violencia.

Escúchame bien. Voy a decirte lo que no diría a ningún hombre. Y te lo voy a decir una sola vez. Una sola, no te olvides, Pruden.

No me olvidaré.

No quiero hacerte daño. No quiero robarte tu dinero. No quiero aprovecharme de tu debilidad. Engañarte es demasiado fácil. No presumes, no estás hinchado por la vanidad, como los otros. Por eso te digo que te vayas, que no vuelvas. Porque si vuelves...

Soy más fuerte de lo que tú crees. Y he de luchar por ti, para salvarte incluso de ti misma.

¡Imbécil! A mí hay que tomarme y nada más. Ahí, sobre esa cama.

Alza la joven su hermosa estampa, abandonando el tocador. Y, movida por su violencia, arrastra al nombre hasta el umbral de la puerta. La abre y, señalándole las tristes sillas de la sala, ahora solitarias, le increpa:

¿Es que no ves esas sillas? Todos los días se ocupan. Todos los días posa alguien su culo sobre ellas. Son como yo, ¿no te das cuenta?

La voz se le quiebra a la mujer en un sollozo. El hombre se tapa los ojos con un gesto de angustia, mientras grita:

No. No quiero verlas.

Vete ya. Y no vuelvas.

Le empuja Lola con fuerza, haciéndole traspasar la puerta. Pruden recoge tristemente su sombrero de fieltro verderón y abandona el piso.

Bien. Terminó el juego y vuelvo a lo mío. Pero pienso que vale la pena salirse algunas veces de una misma, tomar así las cosas. ¡Qué gusto hablar de una con esta libertad, con esta importancia teatral! ¡Cómo suena el magnetófono! Mas no hay que abusar.

Ahora soy otra vez yo. Yo, Lola lolera, cascabelera. No, cascabelera no. Que me han arrancado los cascabeles uno a uno, para pisarlos, para reventarlos contra el suelo. Soy Lola incunera, Lola trapera, Lola ramera, putaña, puta. La mala, la puerca, la tirada. Pero ¡cuidado!, soy también Lola, espejo oscuro. No Lola Espejo según dicen algunos, como si este «espejo» fuera un López, un García o un Pérez. Yo soy, sí, Lola, espejo oscuro. La que está oscurecida por la oscuridad del espejo. La que está en el misterio, dentro del misterio. La despojada, la desnuda, la cercada con un seto de espinos. La convertida en un desierto, en tierra seca. La que no puede beber.

Yo soy Lola, tu Lola. La que has soñado tantas veces, cariño mío. La que sueñas todavía, cuando te dejas soñar. Lola, tu Lola. Mi cielo, mi vida, mi

amor. Soy tuya, tuya, soy toda para ti. Te adoro, me quemo en tus brazos, ardo en tus besos, muero de ansia cuando me tomas. ¡Ay!, mi carne tuya es. ¡Ay!, mi congoja y mi alegría y mi pensamiento tuyos son. ¡Ay!, mi zozobra y mi cólera y mi rencor, tuyos, sólo tuyos. Vivo por ti y para ti, mi rey. Aliento para que tú me alientes, corazón. Y, si me olvidas, moriré de pena, se me llevará el viento, como una pavesa que un día ardió. Pero no. No me olvidarás, no. Mis brazos enlazarán tu cuello, mi boca apresará tu garganta, mi cuerpo no podrá ser apartado del tuyo, amor. Tómame, tómame sin descanso, hasta que la noche del cansancio descienda sobre los dos. Hasta que la muerte de la carne parezca una muerte cierta y oculte ese resto aún vivo, ese latido aún despierto que vive en el deseo dormido. Lleguemos hasta el fondo, hasta el fondo moribundo, corazón. Y, así, no me olvidarás, no.

Me darás tres, cuatro, cinco billetes... ¿Cuántos billetes me darás? Me darás mucho mucho, todo lo que tengas, ¿verdad? Como el pobrecito Pruden, que todo lo dejó entre mi alcahueta y yo. ¿Que tú no eres un escuerzo, como él? ¿Qué tú eres guapo, fuerte, inteligente quizás? Es igual. Me pagarás. Pagarás mi cuerpo. Pagarás mis caricias. Pagarás mis palabras. Pagarás mi mirarte. Pagarás, pagarás. Ven, aquí te aguardo, en mi salón, a media luz, con mi *whisky*, para soñar un rato los dos. Ven, amor.

«El mirlo blanco, S. L.»

Olvidado el juego anterior, voy a seguir con mis cosas. Si me deja la comezón que tengo. Pues, la verdad, no puedo parar un momento. Desde hace años, vivo con un tósigo y una prisa que no sé adonde voy a llegar. Tengo que ir siempre de aquí para allá; que estar haciendo algo; que comprar cosas, aunque no las necesite y queden después arrinconadas; que charlar con unos y con otros tontamente; que escuchar la radio o ver la televisión. Y hasta darle al *whisky* más de la cuenta. Pero el hecho es que no puedo estar sola, mano sobre mano, como antes estaban las mujeres. Y ahora que, al cabo de los años, podría descansar, he olvidado el descanso.

Los médicos dicen que estoy buena y que no me pasa nada, y el doctor Gándara, al que visito alguna vez por aquello de los nervios, me asegura que esta prisa y esta falta de pausa es cosa de los tiempos. Y para tranquilizarme me receta unas pildorillas sonrosadas, preciosas, que, la verdad, amodorrán un poco los primeros días y después no sirven para nada.

Voy, pues, a emprenderla ahora con lo de «El Mirlo Blanco, S. L.», no porque a mí me interese la tan tristemente famosa inmobiliaria, sino porque traté mucho a sus principales directivos y porque de este asunto nació mi rara amistad con Andrés Diamante, el único varón que, tras unos hechos increíbles, tuve por amigo.

La cosa comenzó con mi conocimiento de Vicente Carlet, Chente para los íntimos. Un valenciano vivísimo, de mucho cuidado, que había escapado de la guerra con más experiencia que nadie y menos fe en el prójimo que nadie, también. Le habían dado un tiro en la cabeza, y parecía habérsela despabilado más que otra cosa, dejándole una cicatriz en la mejilla que no lo afeaba, sino que añadía a su cara un sorprendente interés. Chente era un hombre seco, delgado, no obstante ser valenciano, con unos pequeñísimos ojillos oscuros que lo penetraban todo, un hocico zorruno y una faz enérgica y viril, como tallada en piedra. Cuando yo lo conocí andaba por los cuarenta años, vestía bien, gastaba lo suyo y era un punto fuerte en las salas de fiesta madrileñas.

Creo que fue en «Casablanca» donde le hablé por primera vez, y allá por el año 1953, después de lo ocurrido con el pobre Martín. Me acuerdo, más o menos, de la fecha de nuestro primer encuentro, no porque me ayude la memoria, que me flaquea, como dije, sino porque aquellos días fueron los de la coronación de la reina Isabel de Inglaterra. A ver la cual fueron cuantos madrileños de tono, y de cuartos, se pueda imaginar. Los unos por ser monárquicos y aprovechar la ocasión para demostrarlo, y los otros por ser unos nuevos ricos con pretensiones de elegantes y aspiraciones a escalar algunos peldaños en la vida social. Tipos, en verdad, muy divertidos, que hablan siempre mal de los otros nuevos ricos, de los que son un poco más nuevos y un poco menos ricos que ellos.

Con estas historias de la coronación, el negocio andaba mal, pues tan sólo veía esos jóvenes charlatanes y bailones que rara vez te dejan un beneficio líquido, como dicen los comerciantes. Por eso recibí con gusto la invitación de Carlet.

Me llaman Chente, muñeca. Y así debes llamarme tú.

De acuerdo.

Te conozco de vista.

No es raro. Vengo por aquí.

Yo también. Bueno, yo voy a todas partes. Y en todas partes me divierto lo que puedo.

Haces bien.

¿Qué vas a tomar? ¿Te parece un poquito de champán? Champán francés, por supuesto; porque tú lo mereces.

Te va a costar un ojo de la cara.

¿Para qué los tengo, guapa?

Los tenía para eso y para otras cosas, porque, desde que se sentó a mi lado, sus ojillos me miraban, me desnudaban. Y su hocico se estremecía de placer, olfateando el bocado.

Buenos pechos tienes, muchacha.

No están mal.

Y los enseñas como deben enseñarse. A medias.

Procuro echarle un poco de ilusión a las cosas.

Me estás cayendo simpática. Venga, vamos a bailar.

Bailamos un rato el cha-cha-cha y el conocido bayón y el hombre no lo hacía mal, aprovechando, como todos, el momento. Después volvimos a la mesa y le dimos al champán francés lo nuestro. El brut fue siempre una de mis debilidades, pero no era fácil pescarlo por aquellos años difíciles. De

manera que, copa tras copa, mis ojos se fueron animando y esta tez tan bonita que tengo avivó sus colores, encendiéndose. Por otra parte, debo decir que siempre tuve un buen vino y que no soy de esas que se amargan con los tragos. Nos reímos, pues, un buen rato, lo pasamos fenómeno, y, cuando salimos, lo llevé a la mejor casa que conocía, pues el amigo Chente se me antojó un chorlito digno de cuidado.

Tan pronto entramos en el piso, allá por los altos de O'Donnell, el tío le advirtió a la encargada:

Para toda la noche, ¡eh! Y que no nos moleste nadie la dormida.

Le puso sus billetes en la mano, con una generosa propina, y entramos en la alcoba. A mí, la verdad, no me interesan las tales dormidas, pues, aunque termine tarde el trabajo, me gusta irme a mi casa, lavarme bien y dormir sola la mañana. Pero, con el champán, andaba un tanto animadilla y no dije nada. Me metí en la cama, el hombre pasó al cuarto de baño y, a poco, se me unió bajo las sábanas.

Fue una noche agitada y rara, y por eso me acuerdo de ella. Porque yo soy mujer muy difícil de avivar en la cama. Especialmente cuando esta cama constituye mi trabajo. Pero en aquella ocasión, entre el champán y lo que el tío sabía, que era mucho, me encachondé de veras y no tuve que hacer comedia alguna para dejarlo contento. El hombre se dio cuenta de ello y como era, además, infatigable en estos trotes, no me dejó quieta durante toda la noche. En fin, una de las pocas sorpresas agradables del oficio.

Vencida ya la mañana, dejamos la cama. Antes de abandonar la habitación. Chente sacó de un bolsillo del pantalón un fajo de billetes sujetos con una goma y me tendió cuatro sábanas que me levantaron el ánimo, porque por entonces eran todavía algún dinero. Las cogí y le dije:

Te daré mi teléfono. A ver si me llamas algún día.

¿Pero tú qué te has creído, chica? ¿Que ya voy a dejarte? No, guapa, no. Seguiremos la batalla. Esto es tan sólo un regalito por la dormida. Y para dejar las cuentas claras. ¿A que sí? ¿A que te gustan las cuentas claras?

Hombre. ¡No veas! Con lo que abundan los embarques.

Pues, aquí, de eso, nada.

Ya. Ya lo veo.

Dejamos la casa y nos fuimos a mi piso de López de Hoyos, pues yo quería cambiarme de ropa. No suelo meter a los hombres en mi casa, ya que es metedura que casi siempre trae mala cola, pero dejé que Chente me acompañara. Arriba, mientras me aviaba, el hombre se empeñó en probar la cama y hubo que darle el gusto. Continuaba en forma, pero yo estaba cansada.

Despaché rápidamente el asunto, terminé mi avío y lo saqué de allí en cuanto pude, para que no se me embalara.

Ya en su coche, un «Pegaso» plateado, nos fuimos a la sierra, con el sol de junio en la cara. Comimos muy tarde en «Casa Arias», tomamos café en «La Barranca» y volvimos a Madrid en un crepúsculo precioso, que parecía espolvorear de oro toda la llanura.

Oye, chati. ¿Tú no trabajas?

¿Que no trabajo? ¿Crees que soy rico por mi cara?

Como hoy no es día de fiesta...

¡Qué importa, guapa! Hay días de recoger y días de gastar. Ya tu lado toca el gasto.

Eso me gusta.

Yo soy hombre de negocios, ¿sabes? Y, si me place, puedo dejar mis oficinas. No mucho, claro, pues hay que estar al pie del cañón para que las cosas marchen.

Ya me parecía a mí que no eras un vago. Por eso me extrañaba.

También hay que decir que no todos los días se encuentra una mujer como tú.

Gracias.

Nos metimos en un cine. Cenamos después en un buen figón. Volví a cambiarme otra vez de ropa a mi casa y nos dedicamos a bailar y a darle de nuevo al champán hasta la madrugada. Acabando, claro, en la cama. Pero yo, que había bebido mucho, estaba ya cansada y me cuajaba en sus brazos, sin otras ganas que las de dormir bien mi modorra. Al cabo, el tío que, en verdad, era un hombre de hierro, me dejó descansar y, dando media vuelta, metió la cabeza en la almohada y se puso a roncar estrepitosamente. Como yo no podía coger el sueño con aquellos resoplidos, le alcé algo la cabeza en la almohada, le puse boca abajo y logré que aquel fuelle se callara. Así, pude dormir un rato.

Tuve un mal despertar y estuve vomitando los alcoholes de la jornada. Eché mucha bilis y me quedé después sin fuerzas, tiritando, helada. Como no se me pasaba, quise despertar al tío, pero ¡quia!, no hubo forma de despabilarlo, pues roncaba otra vez con los más grandes resoplidos que he oído en mi vida. Algo malo había de tener aquel hombre.

A base de un café y de un par de aspirinas que me dieron en la casa, mejoré un poco y eché un sabroso sueñecillo. Cuando me desperté, el tío me miraba con guasa, pues eran las cuatro de la tarde y él no se había enterado de mis trajines.

En fin, logré sacarlo de allí y que me llevara a casa. Quiso subir a mi piso, seguro que para volver a las andadas, pero le dije que no me encontraba bien y que no tenía su aguante. Aquello le gustó. Me dio unos cuantos billetes de su arrugado fajo, apuntó mi teléfono y quedamos en que me llamaría.

Dormí lo mío, solita en mi hermosa cama y sin tener que soportar ni lujurias ni ronquidos a mi vera. Porque esta vida, la verdad, harta y, a veces, no hay quien la aguante. Después, ya descansada, pensé que aquel hombre valía la pena y que, si es que me llamaba, habría que dedicarle una especial atención. Era generoso, parecía disponer de un dinero fácil y no resultaba desagradable. Tan sólo aquellos estruendosos ronquidos... Bueno, tendría que aguantarlos alguna vez y ya me las arreglaría yo para que fueran pocas.

Por entonces, las cosas comenzaban a cambiar en España. Tras la guerra, lo habíamos pasado muy mal, no había nada de nada y casi todos los españoles vivíamos del milagro. Tejemanejes, apuros, cartillas, cambalaches, empeños y estraperlos a todas horas. Y, por otra parte, los extranjeros, en lugar de ayudarnos, nos perseguían y hasta la gasolina nos quitaban. Mas cuando conocí a Chente todo era ya cuestión de pesetas. Los precios subían sin cesar y el dinero parecía no valer nada, pero, si no te faltaba, podías vivir bien y mucho más fácilmente. Yo he oído hablar mal de aquella época a varios amigos míos, personas de esas que creen que se las saben todas. Pero puedo dar fe de que, durante esos años, los cuartos corrían que daba gusto. Escarmentada por dos guerras, la gente no ahorraba, gastándose cuanto le entraba en el bolsillo. Bien es verdad que el dinero se encogía sin cesar, pero podías quemarlo a gusto. Y, tras las penurias pasadas, todo el mundo parecía contento, embriagado por aquella existencia mejor, que ya se había olvidado.

Las salas de fiesta madrileñas rebosaban y las putas comenzamos también a cotizarnos más altas, con el aumento de la demanda, especialmente catalana.

Ahora sabemos que aquellos tiempos tan favorables no iban a durar mucho y que a las alegrías de entonces iban a suceder las zozobras de la estabilización y de todas sus monsergas. Mas, por el momento, nadie pensaba en otra cosa que en pasarlo bien gastando sin preocuparse por nada.

Chente se me antojó un tipo de éstos. Ya dije que me parecía más despabilado que nadie y estaba segura de que había encontrado un filón por alguna parte. Filón que, la verdad, podría ser acaso un poquito compartido conmigo, si era cierto que le había entrado por los ojos. Aquellos ojirris tan pequeños, tan vivos, y que sus dineros no eran tan fugaces como los del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van.

Por eso decidí que, si llamaba, cosa insegura, pues estos nombres son caprichosos e inconstantes, habría de informarme mejor de su situación y, si valía la pena, tratar de arrimarme a él, para sangrarle bien el bolsillo.

Llamó, claro que llamó. Se repitió, más o menos, lo de siempre, pues esta vida tiene pocas variaciones, y ya en aquella ocasión lo apreté un poco.

Oye, chati. Tú eres casado, ¿verdad?

Claro. ¿No se me nota?

Pues no mucho, mira.

Porque soy muy independiente, guapa.

Así deben ser los hombres.

Y, además, mi mujer no me comprende.

Eso lo dicen todos, bonito.

A lo mejor es verdad.

Bueno. ¿Y a ti qué te pasa?

Primero, que me gustan mucho las mujeres, sobre todo las jóvenes.

Como tonto que eres.

Y segundo, que estoy harto de trabajar para sostener a tanta gente. A mi mujer, a mis cinco hijos, a una tía vieja que me crió y hasta a otro hijo que se me ha casado a los veinte años y que no da golpe. Todos pidiéndome dinero, siempre dinero. ¡Es un asco!

¡Ay, corazón! Pues yo también voy a pedirte.

Pero tú me haces feliz y ellos no. Se pasan la vida peleándose, cotilleando y, encima, dándome disgustos.

Así es la familia, hombre. Pero algo bueno tendrá, digo yo. Porque, de no ser así, nadie la aguantaría.

Compensaciones, compensaciones. Yo no las veo por ninguna parte.

Pues no creas. Que también vivir sola como yo vivo es bien triste.

¿Triste? El buey suelto bien se lame.

Y por eso tú andas siempre de viaje.

¡A ver! Me las arreglo como puedo.

Entramos en un cine de la Avenida y esto me gustó. Pues el que un hombre casado te lleve a un cine conocido significa dos cosas: que anda desligado de su mujer, que no tiene miedo a que te vean con él, y que comienzas a interesarle para algo más que para llevarte a la cama. Para acompañarle, al menos. Y todo lo anterior vale.

Vimos una película muy buena y muy interesante, que pasaba en África, entre animales salvajes. Ava Gardner estaba guapísima, Grace Kelly muy

mona, aunque muy sosita y Clark Gable de miedo. ¡Cómo me gusta a mí ese hombre! Pero yo no entendí nada de lo que pasaba entre ellos.

Pues había unos hermanos que, la verdad, más que hermanos parecían otra cosa. Y a mí no me gustan los líos feos, que van contra la naturaleza. Total, que me hice un taco con la película, hasta que Chente me explicó que los hermanos no eran tales, sino amantes, pero que la censura, en el doblaje, cambiaba las situaciones y los diálogos, produciendo, con su ñoñería, aquellas monstruosidades. Así, claro, la entendí, y con aquel lío nos reímos mucho. Desde entonces, cuando iba al cine, y mientras duró aquello de los cambios, ponía mucha atención, pues no había que fiarse nunca de lo que los actores se decían, sino de lo que hacían. ¡Menudo choteo!

Más tarde, mientras el tío comía como una lima, porque a pesar de ser tan delgado tragaba que daba gusto, seguí con mi cuestionario, pues hay que aprovechar los momentos oportunos para irse enterando poquito a poco de quién se tiene a la vera.

Bien. ¿Y tú qué haces, corazón?

Ya te lo dije: negocios.

Sucios, claro está. Porque, ahora, todos los negocios son sucios.

¡Hombre! Muy limpios, lo que se dice muy limpios, no son. Pero otra cosa, tampoco. Eso no, nena; eso no.

¿Estás acaso en el transporte?

¿Yo? ¿Por qué lo dices?

¿O traes mulas de Portugal?

No, hija. De mulas, nada.

Entonces será que tienes algún enchufe para permisos de importación.

Oye: sabes mucho.

Y que lo digas.

Pero te equivocas.

¿Pues entonces?

Ando dándole vueltas a una inmobiliaria... Pero ¿qué te pasa, guapa?

Aquello de la inmobiliaria me hizo dar un bote, porque todavía no andaba lejos la estafa que me había arrebatado todos mis ahorros, dejándome tan sólo, como ya dije, con lo puesto y con el piso de López de Hoyos.

Que no me gustan nada las inmobiliarias, cariño.

Sí. Ahora tienen mala fama, es cierto. Pero la nuestra es una inmobiliaria seria, que no ha engañado a nadie.

¡Habrás que verla! Porque tú, hijo, tienes una cara de camandulero bribón que mete miedo.

Se rió. Se rió y se encachondó, porque era hombre que se calentaba a cada momento. Y, claro está, hubo que suspender el interrogatorio y dedicarle algunas de esas ternezas propias del oficio que yo no me explico cómo gustan a los hombres.

Bueno, no quiero insistir en los comienzos de mi trato con Chente, pues, la verdad, yo encuentro estas cosas muy poco interesantes y, aunque los hombres nunca sean iguales, las situaciones de esta vida se repiten, con más o menos variaciones.

Diré, tan sólo, que lo de la inmobiliaria no me gustó, pues andaba enrabiada con estos instrumentos de la estafa. Pero, después, pensé que si le sacaba a Chente el dinero habría una especie de compensación del que me habían sacado a mí. Y como, a la vez, el hombre no me desagradaba, y hasta en algunas ocasiones me divertía, le puse los puntos, no para tenerlo a disposición como una amistad pasajera, sino para encandilarlo, a ver si me retiraba. Pues esto del retiro, con un hombre como él, tenía sus ventajas.

Debo advertir aquí, pues ahora es la ocasión, que, en general, no me gusta que me retiren, en contra de la mayoría de las mujeres de la vida, que sueñan con esta situación. Ante todo, porque hay hombres que en cuanto te dan una cantidad fija todos los meses y te retiran del trato creen que les perteneces. Se hacen muy exigentes y entonces comienzan los celos, las esclavitudes y los disgustos de todas clases, cosas que yo aguanto mal, por mi genio libre, que no tolera tiranías. Y, después, porque, una vez retirada, tienes que prescindir de andar con unos y con otros. Tanto, que si eres mujer de buenas amistades, como yo siempre lo fui, acabas perdiendo dinero.

Pero, con Chente, se me antojó que el retiro tenía grandes ventajas. El ingreso parecía de momento seguro y hay que ver lo que significa darle al cuerpo descanso algún día en casa, cuando no tienes ganas de trabajarlo por obligación. Y, por otra parte, el hombre no parecía celoso y, además, viajaba mucho con aquello de la inmobiliaria. Lo cual significaba que, con un poquito de discreción, yo podría conservar mi libertad y aprovechar los chorlitos que valieran la pena, con sus naturales ventajas económicas.

Conduje, pues, las cosas tan bien hacia mis deseos, que fue el propio Chente quien me propuso, una noche, en la cama, la situación.

Oye, nena, lo vengo pensando hace unos días. Voy a retirarte.

¿Para qué, hombre? Si estamos bien así.

No quiero que vayas con otros.

¿Y tú crees que si me retiras voy a encerrarme en casa?

Nadie trata de eso.

Mira, Chente. De veras; no me gustan los retiros. Siempre traen disgustos y terminan mal.

¿Pero es que no nos entendemos bien tú y yo, muchacha?

Sí, nos entendemos. Pero acaso por no tener ningún compromiso.

Yo te dejaría mucha libertad. Y te daría lo suficiente para que no tuvieras que putear con nadie. ¿Es que eso no vale?

Claro que vale. Pero, a lo mejor, si te echas mi carga encima, acabarás aborreciéndome, como a tu familia.

Ya te he dicho que la cosa es muy distinta. Tú me alegras la vida.

Pues, si vamos a gusto, no cambies las cosas, corazón.

No hay más remedio. Porque te he cogido cariño y si pienso que vas con otros se me revuelven las tripas.

¡Ay! ¡Qué liantes sois los hombres!

Te quiero, nena.

Tú no me quieres, Chente. Te doy gusto y nada más. No confundas las cosas.

A ver si tú vas a conocer mejor que yo mis sentimientos.

¿Sentimientos? No me hagas reír.

¿Por qué no? Ya sabes el antiguo refrán: el cariño verdadero entra por el meadero.

¡Qué ordinario eres, Chente! Dónde habrás aprendido eso.

¡Cualquiera sabe, chica!

Me hice rogar algunos días lo del retiro, sin tratar para nada la cuestión económica. Le presentaba tan sólo los inconvenientes del caso y cuantas más dificultades le ponía más se empecinaba el tío con aquello. Hasta que me hizo una proposición muy generosa y me anunció que si no la aceptaba, no me buscaría más. Tan encelado andaba ya conmigo que no podía tolerar mi trato con otros hombres. El chorlito, pues, había caído, y el buen Chente, a pesar de su experiencia putañera, estaba a mi disposición. Por el momento, claro. Pues yo no soy de ésas tan ciegas que creen que estos entusiasmos duran toda la vida. Durarían un año o dos. Acaso un poco más. En fin, el tiempo suficiente para que el dinero estafado por una inmobiliaria volviera a mis manos desde las cajas de otra, con intereses y todo.

Según imaginaba, el tener un amigo fijo trastornó muy poco mi vida. Al menos en sus comienzos, porque, después, se complicaron las cosas. Chente iba y venía, ocupado en sus negocios, aprovechando bien sus estancias en Madrid, pues ya quedó dicho que era un hombre incansable para la cama. Seguía gastando a modo el dinero y, al retirarme, me regaló un collarcito de

perlas finas que debió costarle lo suyo. Por otra parte, sabía divertirse, alegrarse a tiempo y no ponerse muy pesado. Lo único que no lograba era acabar con sus ronquidos, pues cada noche resoplaba más. Pero yo iba arreglándomelas para no pasar muchas a su lado. Incluso cuando dormíamos en mi piso, tan pronto comenzaba el ruido, abandonaba yo el gran lecho matrimonial y me iba a descansar a la cama de otro dormitorio pequeño que tengo.

Poco a poco, según fue pasando el tiempo y nos fuimos conociendo, mi piso, que mejoró lo suyo con algunos regalos de mi hombre, fue convirtiéndose en lugar de reunión de algunas de sus amistades, especialmente de sus compadres y socios de «El Mirlo Blanco, S. L.», la famosa inmobiliaria. Sobre todo para don Sotero Enríquez del Valle, su consejero-delegado, persona a la que siempre andaba pegado mi Chente.

Don Sotero tendría ya sus sesenta ahítos a la espalda y era un tipo bajito, rechoncho y grisáceo, que debía ser un lañador de toda suerte de enredos, y sabérselas todas. Pues, partiendo de la nada, había hecho millones. No obstante lo cual, o precisamente por ello, por andar con el riñón bien cubierto, don Sotero se abandonaba en el avío. Iba arrugado y mal vestido y, algunas veces, aparecía con una barba rucia, de dos o tres días. A mí, los hombres que no se afeitan diariamente no me gustan, pues toman en seguida un aspecto sucio, abandonado, de paletos, en este Madrid donde, en general, los machos son presumidos y se arreglan lo suyo.

Con barba o sin ella, lo que me llamó la atención de don Sotero fue el tono protector, entre de padre y maestro, que adoptaba siempre para hablar con Chente, que, claro está, ocupaba un lugar más bajo en la escala directiva de la inmobiliaria. Tono que cuando mi amigo se encontraba ausente, adquiriría ya severas advertencias de sermón y reproches de hombre que juzga a un atolondrado mozuelo. Y acaso tuviera una cierta razón el consejero-delegado, pues Chente, en el fondo, tenía algo infantil, algo romántico, a pesar de la dureza de su vida.

Al principio, don Sotero venía a casa sólo cuando estaba conmigo Chente. Pero, después, tomando más confianza, acabó por presentarse en mi piso cuando le venía en gana. Que al parecer le venía muchas veces.

Aquello me dio mal olor y pensé que don Sotero pretendía ponerle al amigo un par de cuernos por todo lo alto. Pero, con gran asombro por mi parte, y aunque me daba cuenta de que yo le gustaba lo suyo al consejero-delegado, éste no pasaba los límites de las naturales bromas. Entonces comprendí que si don Sotero venía era para hablar un rato conmigo, mientras

se tomaba a mi vera un par de *whiskies*. Porque le gustaba mucho rajar a todas horas, darse tono de hombre importante y escucharse más que escuchar a los otros. Éste es, por nuestras tierras, un vicio general y hay hombres que no pueden vivir sin hablar, que tienen que afirmarse así, en el soporte de sus palabras, porque si no se tambalean y caen como pobres peleles que son. Yo le di por el gusto muy pronto a don Sotero, quien, tras escucharse un rato junto a mí se iba sin más, convencido de que yo era una chica muy inteligente y que le comprendía mejor que nadie.

¿Y qué tal se porta Chente? me preguntó don Sotero, una tarde de confidencias.

Bien, muy bien. A veces, lo pasamos bomba.

Me imagino que tú no perderás el tiempo y que aprovecharás la ocasión. Porque lo tienes fascinado, chata.

Mientras dure, don Sotero.

No, no. Si yo no te acuso de ello. Los caprichos se pagan. Además, debo decirte una cosa: desde que se te ha arrimado anda el hombre más sereno.

¿Sí? Me alegro.

Porque ya sabes el defecto de este muchacho: que es muy vehemente, muy atolondrado.

No tanto, don Sotero, no tanto.

Y conste que no es criticarlo, porque se lo digo a él mil veces. Tiene que aprender todavía mucho en los negocios, pues opera demasiado rápido. Ya ves, ahora anda apretado con esa finca que compró en Toledo.

No sé nada.

Hace bien. A las mujeres no debe hablárseles de negocios.

A mí me gustan.

Porque tú eres muy lista, y si fueras hombre...

Pero no lo soy. Bueno; ¿y qué le pasa a Chente con esa finca?

Que todo lo hace a lo grande. Bombea las aguas del Tajo para regarla. Ha plantado diez mil chopos y el otro día me han dicho que se ha gastado un millón en estiércol.

¿Un millón de qué?

De pesetas, chata.

¡Qué barbaridad! ¡Tanto dinero en basura!

Sí, pero él espera sacarle mucho a la finca dentro de unos años.

¿Y usted qué opina? Porque me parece a mí que usted no se equivoca nunca. Y que para usted todas las docenas son de fraile. De trece huevos, don Sotero, de trece huevos.

No tanto, chiquilla, no tanto. Tiene uno un poco de experiencia, eso es todo. Por lo mismo, yo no iría tan rápido como este muchacho. Es valiente, hay que reconocerlo, pero, a veces, el valor resulta muy peligroso y se rompe uno los cuernos por correr demasiado.

Chente no era un muchacho, claro está, pues ya dije que había rebasado los cuarenta. Pero ya se sabe que la vejez no impide atribuir a los demás una juventud que no tienen. Así, muchas viejas te hablan de una «chica» que ha cumplido los sesenta, y así don Sotero llamaba «muchacho» a Chente. ¡Pobres consuelos de la vida, que es, ¡ay!, muy chiquita, muy chiquita!

Por eso te digo que me he alegrado mucho de vuestras relaciones. El hombre necesita un freno, andar con más tiento, y yo creo que tú lo entiendes.

¿De veras?

Además de ser muy bonita, que lo eres, y de tener, hija, un cuerpazo de miedo, tienes también un ángel, una chispa que emboba, chiquilla.

Muy amable.

No, chata, no. No tienes que agradecérmelo. Porque yo digo siempre la verdad. Ya me irás conociendo.

¿También la dice en los negocios, don Sotero?

¡Ah!, no. En los negocios nunca. Pero, así, con los amigos, me gusta ser sincero. Y como estimo mucho a Chente, me complace observar que se entiende bien contigo.

Él se queja mucho de su familia. ¿Es cierto que le da tanta guerra como dice?

Hombre, te diré. Son bastante pesados. Los hijos apenas trabajan y andan todos pidiéndole siempre cuartos. Pero hay que reconocer también que Chente se las trae, porque es un tipo inquieto y aventurero. Que te cuente, que te cuente cosas de su vida.

Ya me ha contado algunas.

¿Te dijo aquello del tabaco?

¿Del tabaco? No recuerdo.

Sí, hija, sí. Cuando pasaba, después de la guerra, coches llenos de hojas de tabaco, de Granada a Sevilla, en las narices de la Guardia Civil.

Ya recuerdo. Y se alquilaba dos putas, una para su compadre y otra para él, que pasaban por sus señoras. Y así, claro, los civiles no desconfiaban.

No me digas que no tiene gracia.

Pues sí, no está mal la idea. Y usted, don Sotero ¿no cuenta nada de sus cosas?

Hija, te diré. Yo soy hombre de otro estilo.

Usted es más señor. Se le ve a distancia.

Yo también las he pasado duras, pero que muy duras, chata. Pero he operado siempre de otra manera. Más seriamente. No sé si me comprendes.

Le comprendo, le comprendo muy bien. Usted debió andar siempre por las altas finanzas.

Y que lo digas, hija. Altas o bajas, según salgan.

Eso, cuando se es un águila como usted, debe de ser lo que más deja.

Depende, no creas.

¡Ay!, si yo fuera hombre en lugar de mujer. Y, para colmo, puta.

No me gusta que te rebajes así, ¿lo oyes? Siempre andas con lo de puta a vueltas.

¿Y qué soy, don Solero, sino una puta? A ver, dígamelo.

Pues mira, hija, cada uno vive como puede. Y tú...

Y yo vivo también como puedo, claro. Como una puta que soy.

Pero no lo digas, muchacha, no lo digas. Está uno aquí, a tu lado, pasando un rato tan agradablemente... A los hombres, se nos olvidan estas cosas.

Pues a mí, no.

Ya lo veo.

Y a ustedes tampoco. Se les olvida de momento, nada más.

Bueno, pues deja disfrutar el momento, guapa.

Mire, si yo ahora le dijera, pongo por caso: «Vamos a la cama, a pasar un rato», usted vendría, me haría un regalito y en paz. A pesar de ser tan amigo de Chente.

Hombre, claro. No me lo digas dos veces.

Y todo ¿por qué? Porque soy lo que soy. Con otra tendría usted, a lo mejor, reparo.

En estas cosas, chata, se tienen pocos reparos, ¿sabes?

Pues nada, si usted quiere...

Lo incité porque sabía que no querría. Algo, vaya usted a saber qué, le impedía encamarse conmigo. ¿Le tendría miedo a Chente? ¿O sería un pudor de hombre gordo y feo? También podía estar muy gastado, tan roído por los vicios que no quería que yo me diera cuenta. En fin, cualquiera sabe. ¡Tantas cosas pueden atascar los caminos de la vida! El hecho fue que el hombre rió, bromeó y presumió. Pero nada más. Y, de pronto, me dio pena, como si fuera un niño pequeño, regordete y bonito, en lugar del viejo feo y derrumbado que era.

Es usted un cielo, don Sotero. Aunque no lo sepa.

Y le di un beso materno en la frente. Con estos prontos que tengo yo sé que cojo fama de loca. Pero no los puedo evitar. Soy así y así seré hasta que reviente.

Todo se fue ordenando y enrutinando. Porque hay que ver cómo tendemos a la rutina, a repetirnos sin cesar. Chente llegaba y comenzaban los paseos, las carreteras, las comidas, las copas, los cines, los bailes y la cama. Hasta la cama se hacía rutinaria y repetía sus caricias, sus fuegos y sus manías. ¡Qué monótona es la vida cuando no hay algo que la encienda interiormente, que la quemee con una ilusión, con un deseo! Pero la mía, en aquel momento, vivía tan sólo pequeñas ilusiones, pequeños deseos, tibias ambiciones que no quemaran. Presumir un poco, vestir bien, hacer algún dinerillo y echarme todos los días unos *whiskies* al estómago que me hicieran olvidar ciertas cosas. Y así iba viviendo, así iba tirando, como dice don Sotero.

Por cierto que éste se pasaba la vida en mi piso y era muy atento conmigo. Allí se reunía con Chente, allí hablaban a todas horas de negocios, descubriendo ya confiadamente sus trapicheos.

Ando un poco asustado, don Sotero. No me gusta demasiado la situación.

¿Y tú eres el hombre valiente? Vamos, vamos, no pierdas los redaños.

¿Qué dice el general?

Él general no dice nada. Ni nada tiene que decir.

Es el presidente del Consejo de Administración.

Por eso mismo, hombre, por eso mismo. Desempeña su papel, ya lo sabes. Y nada más.

¿Pero está enterado de lo de las dobles ventas?

No me gibas, Chente. ¿Para qué voy a enterarlo si eso va a arreglarse muy pronto? Anda, no empieces con tus cabalas. Me parece que los grandes negocios te marean un poco.

A veces, sí. Me pierdo y...

Porque no estás acostumbrado más que a tus pequeñas cosas. Y a los millones hay que perderles el miedo, para sacarles bien el jugo. Anda, chata, sírvenos un par de vodkas con naranja, a ver si recupera éste el aliento.

Les serví los vodkas y, en cierto modo, admiré a don Sotero, que debía de tener unos nervios de hierro.

En cambio, dime: ¿te has ocupado del asunto Diamante?

Sí. Lo tengo ya muy trabajado.

Eso, eso... Me he informado y es cierto. El hombre vale mucho, pero mucho dinero.

Ya se lo dije.

Desconfío, a veces, de tu imaginación. Oye, tú; creo que sería oportuno traerlo aquí un día. Presentarle a la chata y que se encuentre a gusto entre nosotros. Los contactos personales son muy importantes y, a veces, deciden las cosas.

¿Usted Cree? A ver si ésta me pone con él un par de cuernos.

¡Qué cosas dices! Yo no te encuerno con nadie, Chente, bien lo sabes.

No me fío, muchacha, no me fío.

¿Cuernos con ese palomo? No digas cosas raras. Si parece que no pita.

Sí pita, don Sotero. Ya sabe que lo conozco hace tiempo. Lo que sucede es que él es así: tranquilo, sosegado, bueno.

Desconfío de los buenos.

Yo también. Pero no de Andrés.

Hablaron un rato del amigo, al que por lo visto, pretendían sacarle los dineros. Y tanto hablaron de él, que me entró curiosidad por conocerlo.

Le vi pronto en mi piso. Porque los deseos de don Sotero eran siempre órdenes ineludibles para mi Chente. Vino, pues, una tarde, a tomar café con nosotros. Y, mientras los hombres charlaban, pude observarle a mi gusto.

Debo advertir que, en general, no suelo observar a los hombres, a no ser que haya de por medio algún interés. Pero Andrés Diamante llamó mi atención.

Era aún joven, pues debía marchar por la cuarentena. Alto, de pocas carnes y un tanto desgarbado, a pesar de su aspecto distinguido. Ni moreno ni rubio, sino castaño de cabellos y más bien blanco de color. Aunque esta blancura estaba disfrazada por el tostado de quien anda mucho al aire y al sol. Resultaba casi guapo, sobre todo por aquellos ojos celestes, de un azul precioso, inverosímil, que resaltaban sobre su bronceada piel. Tenía también una ancha sonrisa, que descubría unos dientes muy blancos y unas ciertas arruguillas por la cara, que le daban un interés especial.

Nada de esto, sin embargo, fija la estampa de Andrés Diamante. Pues estoy segura de que por el mundo debe de haber muchos hombres que correspondan a esta filiación y que, no obstante, no se parezcan nada a él. Porque lo que le hacía ser lo que era nada tenía que ver con todo esto. Como digo, lo que llamó mi atención, lo que obligaba a la gente a fijarse en él, con una inmediata sorpresa, era su expresión, la luz de su cara. En ella había algo distinto a la de los demás, algo que resulta muy difícil de explicar.

Quiero decir, y a ver si se me entiende, que en Andrés Diamante vivía una quietud, un sosiego que resultaba anormal. Entre aquellos otros hombres maliciosos y chambones, inteligentes para la caza del chollo y maestros en el

enredo utilitario, Andrés aparecía como más tonto. Limpio de escorias, de mocos; sano, fresco y desembozado. Se le antojaba a una que hasta olía bien, que no hedía esa pestilencia que el pudridero de los otros nos trae a las narices. Todo esto, claro es, le creaba una cierta inocencia casi infantil. Parecía, pues, un cordero entre los lobos y, al verle, comprendí que don Sotero le hubiera calificado despectivamente de «palomo», acaso porque él se sintiera un gavilán.

Ya se comprenderá, creo yo, que Diamante no era un hombre físicamente atractivo. A pesar de su distinguida estampa, de sus ojos celestes, de su tez bronceada y de ser más bien guapo, le faltaban gracia, malicia y esa insolencia masculina que tanto nos gusta a las mujeres. Pero poseía otra suerte de atracción. Porque al sentirse tan frágil, tan indefenso, tan inocente, daban ganas de protegerlo y se le quería con un cariño insólito, entrañable, ajeno a los acaloramientos de la pasión.

Y, sin embargo, ¡ay!, pasados unos días, después de aquella tarde, me lo llevé a la cama. Porque, la verdad, fue llevarlo, meterlo en ella, si no a la fuerza, sí forzando la situación.

El hombre andaba ya también por mi piso como Pedro por su casa. Además, había simpatizado conmigo. Y en una cierta ocasión en que yo sabía que íbamos a estar solos, tuve curiosidad por conocer si pitaba o no pitaba, como decía don Sotero. Hubo, cierto es, algunos *whiskies* por medio y un calor que me encendió la sangre. El hecho fue que lo provoqué, lo excité y, según dije, me lo llevé a la cama. Donde, la verdad, cumplió como un hombre, pero con un cumplimiento breve y distraído, sin regodeos. Como quien desempeña una función natural, que no se enreda en desviaciones. A mí, claro está, acostumbrada como estoy a la complicación y al vicio, aquello se me hizo muy corto. Y salté de la cama, la verdad, como si no hubiera pasado nada. Mas, para él, había ocurrido algo por lo visto muy importante, que debió trabajarle después el gusanillo de la conciencia. Porque, al día siguiente, me llamó por teléfono:

Oye: he pensado una cosa.

Tú dirás.

Voy a decirle a Chente lo que..., lo que pasó ayer entre nosotros.

¿Pero qué dices? ¿Estás loco?

Sí. Se lo voy a decir.

El cuerpo se me cortó en un escalofrío. Imaginé el panorama: la bronca, los insultos, la pérdida de una situación que, aunque no era muy divertida, me resultaba cómoda.

¡Por Dios, Andrés! ¡Por tu madre, te pido que no hagas eso!

No estoy a gusto. No tengo más remedio.

¿Pero es que no te das cuenta de lo que va a ocurrir?

Sí. Ya comprendo.

Oye, Andrés, escúchame. No hagas nada sin hablar conmigo antes. Prométemelo. Porque yo también soy parte en este asunto y no creo que tú quieras perjudicarme.

Desde luego que no.

Pues ven, anda. Ven. Lo antes posible.

Y vino, claro está. Traía la cara preocupada y se le sentía a disgusto consigo mismo.

Hemos obrado muy mal.

De acuerdo.

Y toda la culpa es mía. ¡Parece mentira! ¡Engañar así a un amigo! A un hombre que me salvó la vida.

¿Chente te salvó la vida?

Sí. En la retirada de Teruel. Yo estaba herido, con los pies helados. Y no podía moverme. Pero él me arrastró y cargó conmigo más de dos kilómetros. Es un hombre fuerte, muy fuerte. Y valiente. En cambio yo..., pues ya ves: me acuesto contigo.

Bueno, Andrés. Vamos a considerar bien las cosas. Lo primero, que he sido yo quien tuvo la culpa de lo ocurrido. ¡Qué quieres! Me pedía guerra el cuerpo y tú estabas a mi lado. De manera que, tranquilízate, porque de ti no salió la faena.

No debí, en ningún caso...

Por lo demás, la cosa carece de importancia. Yo no soy su mujer, sino su querida. Una puta.

No digas eso.

¿O es que piensas que le soy fiel?

Eso me imaginaba.

Pues no. No lo soy. Cuando se tercia algo que me gusta o me conviene... Ya te lo he dicho: soy una puta. De manera que tú lo que has hecho ha sido acostarte con una puta.

Pero él te quiere.

¿Tú crees?

En cierto modo, sí.

Como se quiere a las putas. A su puta.

Estoy seguro de que no le gustaría todo esto.

Claro que no, hombre. Pero es cuestión de amor propio. Y, de todos modos, si no le gusta, ¿para qué vas a decírselo?

Me quedo más tranquilo.

Eso, en el fondo, es egoísmo. A veces hay que quedarse intranquilo y callarse la verdad. Para quedarte tú a gusto vas a disgustarlo a él. Y vas a perjudicarme a mí, que también soy de Dios. O del diablo.

No hables así.

¡A ver! ¿Cómo quieres que hable? Si con esos escrúpulos y con esas verdades le haces la puñeta a una.

Le apreté bien durante un rato. Y, al cabo, le convencí. Pero me costó sudores de muerte, porque cuando el tío parecía aceptar mis argumentos, volvía otra vez a decir que él no podía engañar a Chente, meter esa mala faena en la confianza y la amistad que había entre los dos. Pero al fin, di con un buen razonamiento.

Mira, Andrés. Ése va a ser tu castigo. Acéptalo por tu pequeña culpa y nada más. Aguántate el disgusto y no le disgustes a él. Piensa más en Chente que en ti.

Está bien. Quizá tengas razón. Aunque para mí resulte muy duro callar la verdad.

Pues, en este caso, te la callas.

Bueno. Me la callaré.

Pasó la borrasca y bebimos amistosamente unas copas. Pero Andrés no olvidaba las cosas.

¿Y por qué lo engañas, mujer? ¿No te da pena? Él tiene ilusión contigo. Ilusión, ilusión... ¿Qué es eso?

Pues ya te lo he dicho. A su modo, te quiere.

Eso no es querer.

Cada uno quiere como puede.

Pues entonces yo también he de querer como puedo, Andrés.

Tienes razón. Aunque tú no quieras.

Ya es tarde para eso.

¿Has querido alguna vez?

Sí. He querido. Pero dejémoslo.

Me gustaría ayudarte. Me gustaría mucho ayudarte. Y acaso pueda hacerlo.

Eres un hombre peligroso, ¿sabes? Entiendes las cosas al revés.

¿No será que yo las entiendo bien y que los demás les dan la vuelta?

No sé. Puede. Pero cuando todo se vuelve del revés, este revés parece el derecho.

Sí, es posible. De todos modos, yo quiero ayudarte.

Lo repitió varias veces, antes de marcharse. Y nunca es malo este ofrecimiento, por parte de un hombre millonario. Aunque sea tan raro como Andrés.

Pasados algunos días me dio otra sorpresa.

Vino a tomar café, porque, eso sí, seguía viniendo a mi piso con toda confianza. Y después de charlar un rato y de reírnos un poco con sus cosas, porque era un hombre que sabía reírse de sí mismo, me dijo:

Te he traído una cosa.

¿Sí? ¿Qué ilusión! ¿Un perfume?

No. No es un perfume.

Sacó la cartera y me alargó un cheque de un Banco madrileño. La cantidad allí escrita me hizo dar un salto.

Pero ¿a qué viene esto? ¿Tú estás loco!

Toma. Cógelo.

No. No lo cojo. Mientras no me expliques a qué se debe este regalo. Porque cincuenta mil pesetas no se le dan a una mujer así como así.

Te las doy para que no tengas que engañar a Chente, como dijiste el otro día que haces.

Mira, Andrés. Me parece que no entiendes bien las cosas. Casi siempre, cierto es, lo engaño por dinero. Pero, algunas veces le pongo los cuernos porque sí. Porque me sale de las narices o me pide cachondeo el cuerpo. De manera que, aunque me des eso, yo no puedo convertirme en una mujer fiel. Ni tengo por qué hacerlo. ¿No lo comprendes?

No quiero que lo engañes.

¡Y dale! Mira que eres pelma. ¡Ea, se acabó! Guárdate eso. Yo soy una mujer libre y no puedo empeñar mi libertad. A otro le engañaría, pero a ti no.

Cógelo. Sin compromiso, anda, sin compromiso.

¿Y entonces?

Así, al menos, no lo engañarás por unas puercas pesetas.

¿Tú qué sabes? Puedo coger este cheque y seguir igual. Aprovechando lo que me salga.

No. No lo creo.

¿Por qué piensas eso?

Porque te voy conociendo.

Tanto porfió, tales cosas me dijo que cogí el cheque, pensando incluso que todo era una broma. Pero ¡quia!, lo cobré como es debido y metí las cincuenta mil leandras en mi cartilla del Monte, que siempre fue el refugio de mis angustias y el amparo de mis ilusiones.

Por cierto que hay que ver cómo somos las mujeres. Después de cobrarlo, una noche que andaba sola y despistada por ahí, me salió un tío viejo y feo, y por mil asquerosas pesetas me fui con él a la cama. Aquello, cierto es, me dejó un mal sabor y ya no volví a aprovechar ningún chorlito. Lo hice, digo yo, para asegurarme a mi misma de que continuaba siendo libre. Pero la cosa, en verdad, me pesó, y cuando me encontraba con Andrés Diamante se me antojaba que le había engañado, con un engaño mucho más innoble que el de ponerle los cuernos a un hombre. Y, al mismo tiempo, me daba coraje sentir ante él esta vergüenza. Yo creo que el tío sabe mucho. ¡Vaya si sabe!

Algún tiempo después de lo del cheque, Diamante nos convidó a una montería, en una finca de «Monte Gordo», en plena Sierra Morena.

Yo conocía de oído estas cosas, y de visto y leído en esas revistas tontas que andan trajinando a una alta sociedad que parece componerse siempre de las mismas personas. Y por si acaso, por si me salían con algunas elegancias, me fui a una tienda de modas y me gasté los cuartos en un equipo completo de montera. Por cierto, que había que ver cómo estaba yo con mi chaquetilla y mi faldita y, sobre todo, con mi sombrerillo verde, emplumado, que aumentaba la gracia de mi cara, aunque me esté mal el decirlo. Pero como lo dijeron todos, por eso lo digo, pues no voy a callármelo.

Chente la gozaba con mis preparativos, pero él bien que tenía su equipo de cazador y un par de rifles que le habían costado un riñón cada uno, pues ya se sabe que, socialmente, el que no cace no es nadie, en esta época.

Si no recuerdo mal, esto fue ya pasado el verano, en los primeros días de un octubre andaluz revuelto por las lluvias del otoño. Allá fuimos, pues, en caravana por la carretera y, cruzando Despeñaperros, nos metimos por un carril lleno de barro. Tanto, que tuvimos que dejar los coches en una venta y continuar por él hasta la dehesa en unos «Land Rover» de Andrés Diamante. «Monte Gordo» es una finca muy grande, que coge parte de la sierra, allá por los ríos Guadalén y Dañador, no lejos de un pueblecillo blanco que se llama Aldeafreda. Y la casa del cortijo es estupenda, pues, conservando su popular apariencia, está llena de lujos y comodidades. A mí me impresionó mucho. No ignoraba lo rico que era Andrés, pero no creía que tuviera una casa tan bonita y tan bien puesta en el corazón de Sierra Morena, que es uno de los corazones que más me gustan de España.

Bueno. Ahora, el cortijo estaba lleno de perros y monteros, pues nos habíamos reunido allí cerca de treinta personas, hombres principalmente. Había un ministro aún joven y presumido, muy simpático y faldero, que, en cuanto me vio, me echó encima los ojos; un gobernador que le decía amén a todo al ministro; un alcalde andaluz, más conocido por sus altas amistades políticas que por su alcaldía; dos o tres financieros amigos de don Sotero; un magistrado del Trabajo, hombre bronco y antipático; algunos militares con mando en la región; un ingeniero de algo; dos ganaderos y varios tipos más que no recuerdo, sin duda porque no ofrecían nada digno de ser recordado.

También, claro está, había algunas mujeres, hijas o señoras de los monteros, un par de ellas por cierto muy bien arregladas, aunque no tan bien ni tan a la última moda como yo. Al pronto, me sentí tensa al encontrarme entre aquel mujerío, y no por nada, pues ninguna podía comparármeme, sino por esto de mi putañera condición, que ya se sabe el reparo que causa en algunas damas remilgadas. Pero Andrés Diamante, que para estas cosas era un cielo, me atendió mucho y me presentó como una joven actriz cinematográfica. Lo cual salvó inmediatamente la situación, pues aquí, en España, si ya eres algo más que puta, en especial actriz, te admiten socialmente, aunque seas más golfa que nadie. Por si esto era poco, Andrés me demostró una gran amistad y como todas eran aduladoras del rico nadie se atrevió a hacerme ningún feo. Tranquila, pues, me dispuse a gozar la montería, rodeada de sierra y de voces andaluzas, que había ido olvidando en los duros secanos de Madrid.

Sí, aquella noche de nuestra llegada me sentí feliz. Tras el asado de pierna de cochino a la naranja, que estaba para chuparse los dedos, el tinto de Valdepeñas y una simpática sobremesa, me llevaron a una habitación monísima, en la que me dispuse a dormir como en mis años mozos. Pero el pelmazo de Chente se empeñó en comprometerme metiéndose después en ella, y ya se sabe lo terco que es este tío en asuntos de cama. Tuve, pues, que aguantarle hasta la madrugada sus ardores y sus ronquidos, que son lo peor. ¡Gajes del oficio!

Al día siguiente, se dio la montería en un lugar ya preparado de la finca. La jornada se anunció con un sol espléndido, refrescado por una brisa serrana que era una delicia. ¡Madre, qué hermosa es a veces la tierra!

Por lo demás, ya se sabe lo alegres que son los preparativos de la caza, con los excitados ladridos de los perros y los ambiciosos nervios de los monteros. Después, eso de estar tanto tiempo quieta en el puesto, sin otra compañía que la del «secretario», me impacientó un poco, pues yo no soy

mujer de tanta espera. Aunque bien es verdad que, en mi oficio, hay que esperar a veces más al chorlito que aquí al venado o al cochino. Pero, a la media hora, te sabes de memoria las yerbecillas del campo y las matas del monte que tienes delante.

El «secretario», tratando sin duda de entretenerme, me estaba contando que don Andrés no tiraba nunca sobre los bichos. Que le gustaban mucho las monterías, invitar a la gente, pero que cuando le pasaba por delante del puesto una pieza, disparaba sólo para espantarla y que la matara otro. Estaba contándome todo eso, con muchas vueltas y revueltas, pues ya se sabe cómo es esta gente, cuando de pronto se pasmó. Indicándome que preparara el fuego. Me eché, pues, la escopeta al hombro y, en seguida, entre unos chaparros, apareció un cochino.

Venía el bicho cerdoso y erizado, venteando inquietudes con el morro al viento. Y se paró un momento ante el puesto.

Tire, tire me ordenó el «secretario», quedamente.

Y yo, sin apuntar apenas, cerré los ojos y, llena de miedo, apreté el gatillo un par de veces.

En verdad, nunca supe bien lo que pasó. Pero, cuando los abrí, pude ver a la bestia espinosa y grisácea arrastrarse por el suelo entre horribles gruñidos, sin poder apenas moverse. Y, a pesar de lo feo que era el cochino, juro que me dio pena contemplar aquellos esfuerzos que hacía con las patas delanteras para huir de allí. Hasta que el «secretario», muy orgulloso con la pieza cobrada, la remató debidamente.

Acabada la montería, hecho el recuento de lo cobrado y encerrados ya los escandalosos perros, nos reunimos ante la gran chimenea de la casa, en la que ardía un buen fuego de jara y romero, pues la noche serrana había refrescado mucho el ambiente. No hay que decir que fui la heroína de la fiesta, pues tan sólo el ministro, ¡qué casualidad!, había cobrado otro cochino. Se celebró, pues, mucho mi puntería y allí, entre unos generosos *whiskies*, se habló después de lo divino y lo humano. Recuerdo, también, que el gobernador intentaba en vano discursar, pero que Andrés no le dejaba. Que el magistrado del Trabajo presumía de cazador, contando unas mentiras tremendas. Que el alcalde era muy gracioso y dicharachero, y que los militares se mostraban muy serios. En cuanto al mujerío, habló poco, pues buenos son los hombres para cederle la palabra, en cuanto se reúnen.

Ahora me viene a las mientes que don Sotero dijo allí que se tenía no la edad de los años, sino la edad de las arterias, cosa que, en verdad, he oído más de una vez. Y que Andrés no estuvo conforme. Para él la edad la señalaba la

imaginación, las ilusiones. Pues mientras uno se imaginaba algo, mientras uno se ilusionaba por algo, se era joven. Otro montero, creo que uno de las finanzas, dijo que se era joven mientras se reía. Y que la edad se echaba encima cuando se dejaba de reír con esa risa espontánea y sincera que le alegra a uno las entrañas. No esa otra risa que se ríe sin ánimo, por hacer algo y para taparse con ella. No era tonto el financiero, no.

Las señoras, claro está, opinaron de otra manera. Pues dijeron que la juventud iba de acuerdo con el peso del cuerpo y que mientras no se engordaba se era joven. Ninguna era gorda, naturalmente, y esto me sorprendió, porque ya se sabe que esta tierra cría hembras caderasas y pechugonas. Yo, por mi parte, me atreví a intervenir diciendo que, a mi entender, había juventud en las ambiciones. En el ardor que uno pone en ellas y en la disposición del ánimo para esforzarse en lograrlas. Mi intervención agradó mucho al ministro, que desde el primer momento me echó los tejos, y me dijo que, sin saberlo, había yo expuesto toda una teoría política. Con estas bobadas, entre risas y discusiones, lo pasamos muy bien y fuimos a la cena más que animados por el copeo.

Yo sentí tener que regresar de nuevo a las tonterías de Madrid, pues ya he dicho cuánto me gusta la tierra. Verla, oírla y olería. Y no estar casi siempre metida entre las malas vistas, los ruidos desagradables y los olores de la capital. Pero hay gustos para todo. Lo digo, porque, unos días después de nuestra vuelta, Chente se empeñó en llevarme a que viera una cierta máquina que había comprado para las obras de la inmobiliaria, gracias a un permiso de importación que el general había conseguido. La máquina estaba socavando el solar donde iba a levantarse un bloque de viviendas y a mí me impresionó mucho saber que, antes de construirse, estaban ya los pisos medio pagados. ¡Qué águilas, madre, eran aquellos tíos!

Fuimos, pues, a verla, en una mañana grisácea del otoño madrileño, que anunciaba ya el próximo invierno. El solar se encontraba por la ribera del Manzanares, en un lugar feo y polvoriento. Y allí, en un hoyo, trabajaba la máquina, con un ruido infernal, ante un numeroso grupo de los mirones que nunca faltan en Madrid y a quienes parece sobrarles siempre el tiempo.

Era un monstruo amarillo, de esos que después se han visto en otras obras, pero que entonces resultaba nuevo. Que, entre el rugir de sus motores, marchaba para atrás, para adelante, abría y cerraba cucharones, se comía la tierra, la vomitaba sobre un camión, como si tuviera vida propia. Pues el tipo que, presumiendo mucho, la manejaba ante la expectación general, más bien parecía dominado por ella.

Bajamos al socavón y Andrés se extasió ante la horrible máquina. Me explicó algunas cosas que el ruido me impidió escuchar y, cogiéndome por el brazo, me empujó hacia ella. Pero, precisamente en ese momento, el gigantesco insecto giró sobre sus ruedas de tanque y, abriendo la bocaza del cucharón, se dirigió hacia nosotros. Comprendo que hice el ridículo, pero, al verlo venir, no pude contenerme, acallar mi grito y salir corriendo hasta encontrarme segura fuera del socavón, entre las risas generales. Porque a mí aquella máquina me dio horror. Y después me enfadé con Chente por haberme llevado a verla. ¡Qué angustia, Dios! Pero a mi hombre le entusiasmaba y la había comprado incluso contra la opinión de don Sotero, que opinaba era un gasto exagerado para la empresa.

Bueno, el hecho fue que hasta soñé con aquello. Quizá por eso, una tarde, se lo dije a Andrés Diamante. Quien, por cierto, comprendió mi horror y no se rió de mi susto como hacían los otros.

Dijo Andrés, y me acuerdo muy bien de ello, que las máquinas acabarían con nosotros, lo cual no deja de ser chusco, ya que las tales máquinas obra nuestra son. Pero él explicó que sí, que es verdad que somos muy listos y que adelantamos mucho por el camino de la invención y de la inteligencia. Lo peligroso, según él, es que, en cambio, avanzamos muy poco en otras cosas y seguimos dominados por nuestros turbios instintos, nuestros rencores y nuestras bárbaras pasiones. Con el peligro de que utilicemos esas maravillosas invenciones para destruirnos en algún mal momento. ¡Vamos! Yo entendí que éramos muy listos por un lado y muy salvajes por el otro. Por lo cual puede resultar muy arriesgado que los salvajes utilicen los frutos de su inteligencia. Eso es lo que creo que quiso decir Andrés, aunque quizá me equivocaba, pues soy una mujer y poco sé de estas cosas tan difíciles.

También se puso Andrés a hablar de la bomba atómica, que por entonces estaba recién nacida y daba a todos mucho miedo, con aquello de la guerra fría. La bomba hacía discutir mucho a los hombres. Pues ya se sabe que en cuanto uno dice una cosa los demás se oponen. En fin, que así íbamos viviendo.

Aparentemente, la situación de aquel grupo de gentes que me rodeaba, y del cual vivía, parecía segura y quieta, pero como la vida no para y el mal nunca duerme, se iba urdiendo ya el enredo que habría de acabar con todo aquello. «El Mirlo Blanco, S. L.», iba mal. ¡Vamos!, mal para los desgraciados que habían picado en el anzuelo de la inmobiliaria, pues para don Sotero Enríquez del Valle, su consejero-delegado, se me antojaba que iba

muy bien, demasiado bien. En cuanto a Chente, se le veía preocupado, intranquilo, como temiendo que algo se le viniera encima.

Los compadres se pasaban la vida en mi piso, y, aunque no hablaban claramente estando yo delante, se les escapaban muchas palabras. Por ello, un día, en un momento oportuno, le apreté bien a Chente, pues, la verdad, me interesaba conocer el trance.

Mal anda «El Mirlo Blanco», ¿no es cierto, corazón?

No va muy bien, muchacha. Pero tú no te preocupes.

Pues claro que me preocupo, hombre. ¿Por quién me has tomado? Te tengo ley, ya lo sabes, y te veo tan disgustado que me disgusto yo también.

Te lo agradezco, nena. Pero quiero decir que, por lo que a ti se refiere, no cambiarán las cosas.

¡Y dale! No creas que soy tan egoísta. Además, si me quisieras un poco, como dices, me confiarías tus preocupaciones.

Los negocios, sabes, dan muchas vueltas. Y ahora estamos en un bache.

Me parece a mí que más que bache es un socavón. ¡Y de los hondos!

¿Por qué lo dices?

Don Sotero habla a veces y yo tengo orejas para escuchar.

Pues él es quien menos debía hablar.

Como que, si no me equivoco, ha vendido algunos pisos dos veces. ¿No es cierto, Chente? Es mejor que no me mientas.

Pues sí. Ha realizado algunas operaciones peligrosas. Pero momentáneamente, para salvar la situación.

Y se me antoja que quien queréis que la salve es Andrés Diamante, con sus millones.

¡Ah! ¿También te has dado cuenta de ello?

Pues claro, hombre. Tonta tenía que haber sido para no dármela.

Bueno. Entonces, ya estás enterada.

De manera que lo vais a estafar. ¡Parece mentira, Chente! Con lo que Andrés te quiere.

No se trata de estafarlo.

A mí no me vengas con cuentos, ¿sabes? Porque conozco la vida y las inmobiliarias. No te creí capaz de hacerle al pobre hombre esa faena.

Lo de pobre vamos a dejarlo. Le sobran los millones. Y, por otro lado, es don Sotero quien...

Manda a la mierda a don Sotero, que ya habrá sacado tajada. Porque ése no se pierde.

Y bien gorda. Y bien gorda, muchacha.

¿Lo ves? Y luego, cuando estalle la bomba, de cárcel nada.

Claro que no. Está bien respaldado y sabe hacer las cosas.

Todo eso me pone negra, te lo digo.

¿No dices también que conoces la vida? Pues ésta es la vida, guapa.

¿Y los que pagaron los pisos, qué? Voló su dinero.

A medias. Ya te digo que estamos tratando de arreglarlo.

Hablamos un rato del asunto, pero ya no dijo Chente nada nuevo. La cosa estaba para mí muy clara y, en realidad, esta conversación no hizo nada más que confirmármela. De todos modos, me puse tan nerviosa y alterada, que Chente acabó por marcharse, muy cabreado por las cosas que le dije. Y es que yo, aunque no me asusto de nada, ni le hago remilgos a nada, creo que no hay derecho a que unos cuantos, que apenas saben hacer la o con un canuto, se enriquezcan así, a base de engañar las ilusiones de la pobre gente. Mira tú lo que habrán sudado algunos el dinero para comprar esos pisos vendidos dos veces. Y todo para engrosar los fondos de aquel cabrón de don Sotero, a quien debían dar público garrote, como dicen que lo hacían antiguamente. Tanto asco le tomé al tío, que él se dio cuenta y se lo dijo a Chente, quien echó la cosa a barullo. Pero el consejero-delegado se quedó muy receloso conmigo y ya no soltó prenda en mi presencia.

Así andábamos, cuando, una tarde, apareció Andrés Diamante por mi piso. Se sentó cómodamente, se tomó una copa y, al cabo, sacó con timidez el famoso cheque.

Pero, vamos a ver, Andrés. ¿Tú qué es lo que pretendes? Porque ya me estás escamando con estos regalos.

Ya te lo dije. Que no tengas necesidad de engañar a Chente.

Eso. Que si lo engaño, no tenga ni tan siquiera un pretexto ante mí misma. El de necesitar dinero. Y que, por tanto, quede de puta reputa.

No. Ya sabes que no. Te tengo, además, mucha simpatía, te lo aseguro, y no debes privarme de la satisfacción de obsequiarte como mereces.

Como merezco, no, Andrés. Porque no merezco nada. Las cosas claras.

Bueno, pues aunque no lo merezcas. Déjate mimar un poco, mujer. No seas tan áspera.

Y si lo rechazo, ¿qué?

Me darías un disgusto, de veras.

Hice un gesto de rechazo y el hombre puso una cara tan triste que me dio la risa y cogí el talón. Porque, además, a nadie le amarga un dulce, la verdad. Y este dulce se llamaba también cincuenta mil pesetas. ¡Cincuenta mil

«pelas» del año cincuenta y tres, que creo era el que entonces corría por los calendarios!

Gracias, Andrés. Te lo agradezco de corazón. Pero te advierto que no te entiendo. No he visto nunca a un hombre dar el dinero así.

Es que yo soy un poco tonto. ¿Todavía no te has dado cuenta?

Pues sí, para qué vamos a negarlo. Un tanto despistadillo ya eres. Ahora mismo...

¿Qué ibas a decir? ¿Por qué te detienes?

Pues que ahora mismo me parece que te vas a meter en un mal lío. Que van a engañarte, vamos.

¿Por qué lo dices? ¿Por lo del «Mirlo Blanco»?

A lo mejor. ¡No dirás que no te aviso!

Pero si ya lo sé, tonta. Ya sé que quieren estafarme.

¿Y...?

Bueno, déjales. Que me estafen. Ellos no saben hacer otras cosas.

Me quedé pasmada, la verdad. El tío veía venirse el enjuague y sin embargo...

Vamos, que les estás tomando el pelo. Porque ellos creen que no te das cuenta de nada y que vas a aflojar la pasta.

Me la doy, claro que me la doy. Y me duele un poco, por parte de Chente. Pero ¿qué quieres que haga?

Pues hablarles como merecen y negarles los cuartos.

Eso sería humillarlos. Y yo, mientras pueda evitarlo, no quiero humillar a nadie.

¿Entonces vas a ser capaz...? Tú estás loco, Andrés.

No estoy loco, no. Es que veo las cosas de otro modo.

¿Deseas tirar el dinero? Quedarte pobre, como tantos.

No es eso, mujer. Me temo que no sabría ganarlo. Nadie me ha enseñado. Yo sólo sé vivir, leer y pensar.

Para mí que piensas demasiado.

Y para mí también.

Aún comprendo que te intereses por Chente. Pero por don Sotero, ¡vamos, hombre! ¡Menudo camaleón!

Tú qué sabes lo que habrá sufrido hasta llegar a ser lo que es, esta basura. Seguramente, de joven estaría lleno de puros ideales, de nobles ilusiones que, a lo largo de su vida, se habrán ido corrompiendo, degradando.

No me lo imagino así.

Pues yo sí. A todo el mundo me lo imagino así.

¿Y tú, Andrés, cómo no te corrompes también?

Pues no lo sé, mujer, no lo sé. Quizá no haya tenido necesidad de luchar por la vida como ellos.

Y por eso les admities todo.

Es posible. En fin, créeme: yo no soy un hombre inteligente y no sé bien por qué hago las cosas.

Pues no se te ocurra ir a un psiquiatra a que te las explique. Porque vas dao.

Ya fui a uno, hace un par de años.

¿Y qué te dijo?

Que estaba inmaduro intelectualmente y que me gustaba demasiado jugar.

¿Jugar?

Sí. Jugar. Como juegan los niños.

¿Y tú crees que acertó?

No sé. Francamente, no lo sé.

A mí no me parece que juegues, Andrés. Se me antoja que no eres tan inocente como pareces. Sino muy complicado.

Quizá. Pero no hablemos tanto de mí. Resulta muy aburrido. Cuéntame de tus cosas, anda.

Le hablé un rato, sí, de mí. ¡Qué menos podía hacer! Le gustaba escucharme y yo, poco a poco, había ido confiándome. Porque, además, no lo niego, me halagaba tener un confidente así, lleno de millones, que podía sacarte de un mal paso, si era menester. Pero nunca, nunca, lo juro por la memoria de mi madre, a la que no conocí, abusé de él.

Así las cosas, la inmobiliaria dio, al cabo, el trueno. «El Mirlo Blanco, S. L.», quebró y el dinero que les entregó Andrés a los compadres tan sólo pudo evitar, de momento, que Chente fuera a la cárcel. Pues ya se sabe que la cuerda se rompe siempre por lo más flojo y mi amigo era el títere de todos. Especialmente de don Sotero que, como suponíamos, había aliñado bien el apaño.

Se armó la gorda, naturalmente. Los papeles trataron mucho el caso y hubo algunos que se atrevieron a protestar de que pudieran ocurrir estas cosas. Mas, poco a poco, el tiempo fue, como siempre, ablandándolo todo, tejiendo su tela de araña y aunque los desdichados que se quedaron sin dinero y sin piso empujaron lo suyo, los otros empujaron aún más. Con lo cual todo quedó en uno de esos pleitos que nunca se acaban y que, en general, sólo producen a los abogados y a los escribanos.

Chente tuvo que malvender la finca y todo lo que tenía, porque ya quedó dicho que no supo cubrirse a tiempo, como su compadre don Sotero, a quien, en una tarde memorable, le solté yo en mi piso todo el veneno de mi mala lengua, que es mucho. Pero él tenía tal jeta que hasta se rió de mis palabras.

Bueno, con todo esto, y como mi hombre se quedó sin una perra vamos, quiero decir que sin poder gastar como antes, porque esta gente no sé cómo se las arregla que nunca vuelve a pobre, yo vi que las cosas iban a cambiar por completo y que, en cualquier momento, dejaría de entregarme el dinero convenido del retiro. Pero, antes de que ocurriera nada, apareció por mi piso Andrés Diamante.

Confieso que cuando venía por allí y me indicaba que deseaba hablarme, ya imaginaba yo, de antemano, que iba a ocurrir algo sorprendente.

Quiero decirte una cosa.

Algo raro, seguro.

Yo no le veo la rareza por ninguna parte.

Bueno, Andrés: tú dirás.

La verdad es que no estaba el horno para bollos.

Yo me sentía muy nerviosa aquella temporada y me daba asco el escarnio que aquellos sinvergüenzas del «Mirlo Blanco» cometían con este nombre, incapaz, al parecer, de defenderse de nadie.

No quiero que dejes a Chente.

Será él quien me deje, Andrés; ¿no lo comprendes?

Eso depende.

No te entiendo.

Yo te daré lo mismo que él te daba. Y, cuando te hable de dejarlo, debes de negarte a ello.

¡Eso es! Y seguir con él por la cara. ¿Pero es que tú te crees que es tonto?

No me lo creo, no. Pero todos acabamos por aceptar lo que nos gusta. Y que sigas con él aunque no pueda darte apenas nada, va a gustarle mucho. Por eso, ya te digo que todo depende de cómo te expliques.

Sigue, sigue.

Le debes decir que te has encariñado con él y que no lo puedes dejar en esta situación. Y que ya arreglaréis cuentas algún día.

Pero esto no es cierto. Y, aunque yo le tengo simpatía a Chente, y hasta algún cariño, no lo quiero como para eso.

Ya te he dicho que yo te pasaré el dinero. La cuestión es que no lo dejes en este momento. ¿No comprendes el daño que podría hacerle?

Es un hombre, Andrés. Y sabrá pasar el mal trago, como tantos.

Si podemos evitarlo...

Lo miré un momento, en silencio. Con su aspecto inseguro, de perro sin dueño; con sus ojos de un líquido azul celeste y con su bondadosa sonrisa, aquel hombre me fascinaba siempre. Pero algunas veces, como aquella tarde, dentro de esta fascinación vivía en mí una cólera provocada por el exceso de su generosidad, por sus desvelos por hacer felices a los demás atropellando todos los hábitos, todas las situaciones auténticas de la vida.

Bueno, vamos a ver, Andrés. Hablemos claro.

¿Es que no lo hago?

Tú, ¿quién te crees que eres, para ir así, detrás de las cosas, arreglándolas? ¿Dios, acaso?

No disparates.

Es que ya me está a mí cabreando que te preocupes tanto por estos dos sinvergüenzas, por estos dos sacapotras que te lagotean la mano para birlarte los cuartos.

Chente no es malo.

Tampoco don Sotero es malo. Nadie es malo para ti.

Y qué quieres que haga si no me lo parecen, mujer. Si veo aún en ellos su perdida bondad.

Pues dejarlos. Dejarlos que se las entiendan como puedan. Dejarlos que paguen sus culpas. Para eso son hombres. Ya te lo dije antes.

Lo de Chente, sobre todo, quisiera evitarlo. Te lo pido como un favor personal.

No se trata de favores. Se trata de que no se puede intervenir en las cosas como tú lo haces. Porque yo no sé si lo que ocurre es que te coñeas de todos.

¡De ninguna manera! No pienses eso. La vida se me antoja como una burla, una burla muy cruel. Por eso, todo el mundo trata de engañarse, para no darse cuenta de ello. Creando una especie de realidad que no existe, que no es. Y, claro, cuando aparecen los dientes de la verdad, pues muerden. Muerden mucho mucho.

Todos estamos llenos de mordiscos. Y no hemos tenido a nadie que nos evite el bocado.

Yo no. A mí no me han mordido nunca.

¿Es posible?

Eso creo.

Será que no te has dado cuenta de ello.

Acaso. Porque soy un poco raro.

¿Un poco? Un mucho, Andrés, un mucho. ¡Ay! Me parece a mí que no marcha bien esa azotea.

De pronto, me entró la risa. Él se rió también, con muchas ganas. Y yo comprendí que estaba vencida. Que, por el momento, haría cuanto le viniera en gana. En efecto, resistí aún cierto rato, por aquello de no dar mi brazo a torcer, pero, al cabo, quedamos convenidos en que le diría lo que deseaba a Chente cuando éste me planteara la cuestión de confianza.

Lo que ocurrió muy pronto, dos o tres días después. Fue, en verdad, un paso de comedia, que recuerdo muy bien.

Cuando estábamos juntos, Chente se puso muy serio.

Tenemos que hablar, muchacha.

¿Tú crees?

Pues sí, desgraciadamente. Ya sabes cómo van mis cosas.

Y, naturalmente, no puedes seguir retirándome.

¿Cómo lo has adivinado?

Hombre, Chente. No creo que haya que ser muy lince para suponerlo.

Pues sí, guapa, sí. Estoy arrancado. No creas que no me cuesta dejarte, pero no tengo otro remedio.

Callé, esperando. Su hocico zorruno temblaba un poco y, claro está, pasaba un mal trance. Por ello, tuvo que hacer un esfuerzo para continuar.

Me has hecho muy feliz esta temporada. Y no tengo que reprocharte ninguna mala faena. Pero debo devolverte tu libertad.

Y que me vaya a putear de nuevo por ahí, ¿no es eso?

No me hables así. No me hables así, muchacha. Porque sólo de pensarlo se me revuelven las tripas.

Sois curiosos, los hombres. Ahora te cojo, ahora te dejo. ¿Le dirías esto a tu mujer, Chente?

No te entiendo.

Claro, yo soy una puta. Tu puta. Se me coge cuando hay cuartos para pagarme y se me deja cuando no los hay. ¿Verdad?

Así es la vida.

Pues, no. Te equivocas, Chente. Así no es la vida. La vida es algo mucho más complicado que lo que tú te figuras y, a veces, pasan cosas y cosas. No voy a dejarte, ¿sabes?

¿Qué dices?

Que seguiré contigo aunque andes mal de cuartos.

Pero muchacha. Si apenas voy a poder darte algo.

Ya me lo darás algún día. Cuando te rehagas. Porque tú pasarás este bache. Ya lo verás, Chente.

¿Tú crees?

Que sí, hombre.

Su rostro, más bien feo, pero agudo y vivaz, expresaba las más contradictorias emociones. Los ojillos, sus ojillos de cerdo receloso, negros como dos granos de café y brillantes como el azabache, desconfiaban. Pero, al mismo tiempo, en sus mejillas arrugadas, enjutas, aparecía una honda satisfacción, un orgullo viril que las ennoblecía.

No. No es posible. No me enloquezcas, guapa.

No se trata de eso, Chente. Se trata de que seguiremos igual hasta que puedas darme lo que creas que merezco.

¿Merecer? Te mereces todo, todo. Pero creo que no va a ser posible continuar así, por la cara. Primero, porque yo no tengo cara para ello. Soy casi viejo, feo y no me siento capaz de chulear a nadie.

No lo tomes por ahí, hombre. Te he cogido cariño y...

De pronto, se emocionó. Se le humedecieron los duros ojos y el tenso labio inferior le tembló un poco.

¿Es cierto eso, muchacha?

¿No lo estás viendo?

Pues sí, no sé. Pero no acabo de creérmelo. Siempre he encontrado junto a mí el interés, empezando por mi familia, y la verdad es que me sorprende que tú salgas con éstas.

Ya te dije que la vida es más complicada de lo que tú te crees.

De nuevo pensó un momento. No era tonto, estaba endurecido por una existencia difícil y no podía tragarse aquello.

No. No puede ser, guapa. Te lo agradezco. Pero no puedo seguir a tu lado y que putees con otros.

No putearé con nadie.

¡Pero, cómo! ¡De dónde! ¿Es que te has creído que soy tonto? ¿Con qué vas a vivir?

Eso es cuenta mía. Tengo algún dinerillo, ya lo sabes, y puedo esperar. En el fondo, es una operación de crédito, nada más.

¿Tanta confianza tienes en mí?

Mucha. Todo pasará, Chente. Estoy segura.

Tengo que pensarlo, nena. Tengo que pensarlo.

Tan emocionado andaba el hombre que se olvidó hasta de llevarme a la cama, según costumbre, y se fue de mi piso a darle vueltas a la cosa.

Cuando volvió, al día siguiente, traía torvo el semblante y el recelo del sentido común le había ganado de nuevo. Lo cual, en verdad, habla mucho en su favor. Pero yo había tratado la cosa con Andrés por teléfono y éste me había pedido de tal manera que lo convenciera que, en cuanto vi a Chente, sin más razones, ya que las razones estaban en contra mía, lo metí en la cama y allí le hice la escena de la mujer apasionada. Lo cual acabó con sus justificadas defensas.

Continuamos, pues, viéndonos y, aparentemente, las cosas seguían igual, excepto en lo de aflojar la pasta. Mas como era una situación falsa, comenzaron a levantarse algunas consecuencias. Consecuencias, en verdad, sorprendentes.

El hombre no se sentía feliz. Aquello de no soltarle los cuartos a una mujer de la vida no le entraba. Destruía su experiencia, su manera de entender las cosas. E, inesperadamente, porque yo no ato aquí cabos ni, la verdad, me preocupa atarlos, Chente se hizo celoso. No lo había sido antes, cuando me pagaba, pero ahora andaba casi siempre abroncado por los celos. Esto quiere decir que no resultaba ya un hombre cómodo y que vivíamos siempre al filo de una desbordada pasión, que se resolvía en unas interminables sesiones de cama que me tenían harta. Con lo cual mi humor se torció un poco y mi lengua se hizo algunas veces venenosa.

Todo esto demostraba, una vez más, que no se debe intervenir para desviar la marcha natural de las cosas. Y así se lo dije a Andrés Diamante, quien, efectivamente, me pidió que aguardara un poco, a ver si se clareaba el oscuro asunto de «El Mirlo Blanco», que seguía su marcha ante los tribunales.

Otra de las manías que le dieron por entonces a Chente fue la de escribir una novela. Como le sobraba tiempo, pues andaba, por el momento, con todo embargado y no podía apenas trabajar, se pasaba largos ratos en mi piso dándole a la pluma y leyéndome lo que escribía. Yo, la verdad, me quedé bizca al ver que aquel hombre duro y realista perdía el tiempo escribiendo un relato de un romanticismo acaramelado y pringoso, que dejaba chiquitas a esas novelas rosas que andan por todos los quioscos. Chente no se daba bien cuenta de esta prosa dulzona, pues, de vez en cuando, soltaba algunas burradas para asegurarse de su realismo, que, claro está, acababan de fastidiarlo todo.

Como él no era del oficio, le costaba un gran esfuerzo adobar aquello. Tanto que, al cabo, acudió a un conocido suyo, profesor de literatura en un Instituto, para que le auxiliara, pagándole una miseria por su colaboración. Pero ya se sabe lo que cobran los escritores. Y el profesor, sobre el texto de

Chente, ponía a lápiz las frases que él creía debían de figurar. Frases que el autor admitía o que borraba con una goma cuando no eran de su agrado.

Lo más curioso fue que las frases del profesor, un hombre ya también maduro y me imagino que baqueteado por la vida, eran, si cabe, aún más románticas que las de Chente, aunque estuvieran mejor escritas. Así, aquellos dos hombres estaban creando un engendro literario amerengado e insoportable. Yo tenía que soportarlo, claro está. Y mucho, pues el profesor acabó por venir también a todas horas a mi piso, a desarrollar allí sus ilusiones literarias. Con lo cual acabé harta de ellos y de su horrible novela, que dudaban titular *La mujer vendida* o *La maldad del mundo*, títulos muy originales, según puede comprobarse.

Mientras tanto, el pleito de «El Mirlo Blanco», dirigidos ahora los estafados por un nuevo y habilidoso abogado, dio algunos pasos adelante, amenazando la libertad de Chente, que ni los cuartos de Andrés Diamante podían ya salvar. Pues quedó dicho que mi hombre hizo aquí el papel de títere en manos de don Sotero, el cual seguía tranquilamente sentado en su sillón de «La Peña», viendo pasar desde la ventana a las chicas guapas por la Avenida, como si no hubiera ocurrido nada.

Por ello, y con los buenos cuartos de Andrés, se decidió que Chente se largara de España. Se fue, pues, a México, desde donde me mandaba postales muy bonitas para informarme de que a su novela le iba añadir una parte mexicana, ya que aquel ambiente era muy novelesco. Y que, probablemente, la titularía *La flor de Acapulco*. En fin, que el tío andaba despistado y que lo mismo le daba tratar de una cursi de Albacete que de una cachonda mexicana.

La situación fue cambiando. Aunque, de momento, yo no tuviera que preocuparme por los cuartos, pues Andrés se empeñó en continuar dándome los mismos dineros, para que no me viera obligada a volver a la vida.

Aquello, en verdad, resultaba chusco y tenía salero, hay que reconocerlo. Yo vivía de un hombre con el que no me acostaba y podía hacer, además, lo que me diera la gana. Esto, claro está, me halagaba pero, al mismo tiempo, me producía una interna inquietud, por ser anormal. Y ya he dicho que a mí me gustan las situaciones definidas y normales.

Por ello, y a ver si así me desengusanaba un poco la conciencia, traté de llevar a Andrés a la cama. Era un hombre a quien yo tenía cariño, ahora no estaba Chente por medio y convertirlo en mi amigo podría quizás arreglar las cosas.

Andrés, al pronto, sacó sus tonterías: que si Chente por aquí, que si Chente por allá. Pero yo le hice ver que todo esto eran historias y que me

sentiría ofendida si me despreciaba como mujer. Yo sabía ya que esto de ofender a la gente le aterraba y en cuanto le apreté un poco el argumento comenzó a acostarse conmigo.

Nunca estuve enamorada de él, pero Andrés despertaba en mí algo que no he sentido por ningún hombre: ganas de cuidarlo, de mimarlo, de hacerle feliz de alguna manera. Pues, a pesar de sus millones, parecía siempre desamparado.

Por eso, y aunque fuera tan desaborío, no me disgustaba tenerlo a mi vera en la cama.

Él le daba muy poca importancia a esta cuestión. Cumplía, sí, como un hombre, ya lo dije, y puedo asegurar qué eran falsos los envidiosos chismes que lo daban por impotente, pero sin complicar cerebralmente el regodeo, como hacen los cachondos. Despreciaba, por fea, la parte animal del hombre, y decía que había que aspirar a convertirse en algo más espiritual, a través de las generaciones. Acaso por ello, cuando nos acostábamos y cumplíamos nuestro deseo me miraba siempre a la cara. Y decía que un rostro tan bello como el mío se embellecía aún más con el placer y era lo único que no resultaba feo en el acto del sexo. Teorías, claro está, porque una se ha dado en ocasiones unos verdes de cama que serían feos, no lo discuto, pero que ya, ya...

Fuimos, pues, amigos. Amigos raros, pero amigos, y yo pude pensar que Andrés me quería a su modo, y me tenía retirada. Pero aquello duró poco, pues las rarezas, según quedó dicho, suelen acabarse pronto.

Yo sabía que Andrés era huérfano y que había heredado su gran fortuna de un tío suyo, que lo adoraba. Pero desconocía que tuviera un hermano y, lo que resultó peor, una cuñada. Pues esta cuñada, una tal Raquel, se había propuesto incapacitarlo legalmente, para tratar de administrarle los dineros. Andrés, claro está, daba ocasión a estas intrigas con su prodigalidad, con aquel tirar los cuartos sin freno que le dominaba muchas veces. Así, la Raquel, que era una alimaña, aprovechó la ocasión de «El Mirlo Blanco» para obligar al hermano a demostrar que había suficientes motivos para la incapacitación, o como se llame.

También quiso meterme a mí en el lío, acusándome de estarle secando el bolsillo, pero aquí no logró nada pues, al parecer, no hay ley que impida el que un nombre se gaste los cuartos con una mujer y se arruine, si le sale de donde salen estas cosas. Con todo ello, Andrés andaba muy trastornado y nervioso, y yo no lograba tranquilizarlo. Porque le dolía mucho esta intriga familiar, ya que a su hermano le había dado precisamente mucho dinero. Pero

los negocios le habían ido mal, pues debía ser un vaina, y la pareja quería disponer a sus anchas de aquella gran fortuna.

Todas estas historias que, por lo visto, venían ya de antiguo, no hubieran logrado nada, de no haberles servido el propio Andrés en bandeja el pretexto para su incapacitación. Pues, a más de tirar el dinero, según su costumbre, le entró de pronto una extraña y escandalosa manía. Allí donde el hombre encontraba un aparato de televisión, armaba la gorda. Agarrando lo primero que se le venía a la mano, la emprendía a golpes con la pequeña pantalla y con lo que hubiera detrás de ella.

Al principio, como había pocos aparatos, las cosas pudieron arreglarse a base de dinero. Pero después, y como la tele comenzara a extenderse, el follón era cada vez más frecuente, porque el hombre no perdonaba aparato, ni público ni privado, con el consiguiente escándalo. Manía rara en un tipo tan sosegado, prudente y tolerante como era Andrés.

Cuando vi que se ponían las cosas feas, hablé francamente con él.

Pero, bueno, Andrés. ¿Qué es lo que te pasa con la televisión? Si no te gusta, no la veas. Pero deja que la vean los demás.

No se trata de gustar o no gustar. Sino de algo mucho más grave, mujer. Porque este invento va a entontecer al mundo.

Sí, los programas son un rollo, con la censura que hay. Y, además, tantos anuncios...

Es el dominio de la necedad por la imagen. ¿No ves la cara de bobo que ponen todos cuando la miran?

La verdad, no me he dado cuenta. Pero allá ellos. Si son bobos o no es cuenta suya.

Yo trato de contenerme. Pero cuando veo un aparato me encrespo por entero y siento la necesidad de destruirlo, como quien mata a una víbora o a cualquier otra alimaña.

Pues estamos aviados, hijo.

La televisión va a cegar la inteligencia a mucha gente, ya lo verás. Muchos muchos empezarán a pensar como les manden desde la pequeña pantalla, a hablar como les hablen, a vivir como vivan los que aparezcan allí. Y, para colmo, entontecidos por el permanente mazazo de la publicidad, comprarán también lo que les ordenen. En fin, un asco.

Debes contenerte, Andrés. Si no, no te quejes después, cuando se aproveche de estas manías tu cuñada.

No sé si lo conseguiré, pues resulta muy difícil permanecer indiferente ante estos crímenes. Pero no me quejaré. Ya sabes, mujer, que yo nunca me

quejo de nada.

Bueno. No logró por lo visto contenerse. Y tras el escándalo levantado por la destrucción del televisor de un conocido casino madrileño, Raquel, es decir, su marido, consiguió que Andrés fuera legalmente reconocido por los médicos e internado en un sanatorio psiquiátrico de la Ciudad Lineal. Llevaba ya allí en tratamiento algunas semanas cuando fui a hablar con el director, a ver si me dejaba verlo.

El director era un médico ya bien entrado en años y con más conchas que un galápago. Me recibió con una sonrisita irónica y suficiente y me preguntó que en concepto de qué deseaba visitarlo.

Pues como amiga, simplemente, doctor. Es lo único que puedo ser para él; una verdadera amiga.

Claro, claro, comprendo. ¡Hay que ver la suerte que tienen algunos enfermos, qué diablos! Porque ya quisiera uno tener amigas como usted.

Gracias por su gentileza. Pero estoy segura de que las tendrá usted mucho mejores.

Le enseñé bien las piernas, que entonces no se mostraban como ahora, y le di una coba fina, pues ya se sabe que yo tengo muchas horas de vuelo. El doctor se derretía y, por ello, me atreví a preguntarle cosas sobre Andrés.

Pero, bueno, doctor. ¿Qué es realmente lo que el pobre tiene?

¡Huy! Eso es muy complicado de explicar, señorita. Pero acaso esta telefobia sea un síntoma más de las profundas pulsiones subconscientes del hombre ante la sociedad tecnocrática y electrónica actual.

Y, con un gran lujo de esas palabrejas tan raras que emplean los psiquiatras, el doctor me desarrolló una complicada teoría que no logré entender.

¿Se curará? ¿Podrá curarse? Porque, al cabo, esto es lo importante.

Yo creo que sí. Para eso estamos nosotros, ¡qué caramba!

¿Pero a qué llama usted curarle, doctor?

A que se quede tranquilo.

¡Si nunca dejó de serlo!

Pues a que no rompa más televisores.

¿Y perderá, acaso, su inocencia, su...?

¿Su inocencia? No la comprendo.

No sé explicarme, doctor. Quería decir si tendrá que dejar de jugar.

Sigo sin entenderla.

Perdóneme. Soy una mujer inculta y torpe y no sé bien lo que digo.

Ya, ya.

Hablamos todavía un rato, pues mis piernas obtenían maravillosos efectos en aquel hombre aburrido por las chaladuras de sus enfermos. Tanto que conseguí, al cabo, que me permitiera ver un momento a Andrés, pues no creía que pudiera dañarle mi visita, ya que, mientras no hubiera televisores por medio, el hombre permanecía tranquilo y no se alteraba jamás.

Me llevaron a un saloncito de esos que huelen a sanatorio desde lejos, aunque traten de aparentar un aspecto hogareño que jamás consiguen. Y, a poco, entró en él Andrés Diamante. Solo, sin enfermero ni guardián alguno.

El hombre estaba algo más delgado, pero sereno y amable como siempre.

¡Cuánto te agradezco que hayas venido! Tengo pocos amigos ahora, ¿sabes?

Parece mentira que digas tú eso.

Pues sí. Desde que no dispongo de dinero... En fin, así ha sido y así será siempre esta vida.

Bueno. ¿Y cómo te encuentras?

¿Yo? Perfectamente. ¿Cómo voy a encontrarme, si no tengo nada, mujer?

Fuiste muy travieso, Andrés. Y jugaste demasiado.

¿Tú crees?

Sí. Ya te lo dije.

Quizá tengas razón. Acaso no se pueda ya jugar sobre la Tierra.

La mirada. La mirada, sí. Desde que entró en el salón le encontré algo nuevo. Y era un mirar triste, perezoso, en lugar de aquella mirada llena de brillantes ilusiones que antes tenía.

Nos vamos haciendo viejos. Y hay que resignarse.

Es cierto. Bueno, pero hablemos de ti. ¿Qué tal te las arreglas?

Como puedo.

He pensado muchas veces en tus cosas, de veras. Y siento muchísimo no poder ayudarte.

No te preocupes por eso.

Mira, no sé por qué, pero te quiero.

Y yo también, Andrés. Te lo aseguro. Por eso me indigna tanto todo lo que te está ocurriendo.

Déjalos, mujer. Ellos no pueden entenderme. Yo estoy al otro lado, ¿comprendes? Y ellos no saben de esto.

No. Muy poca gente sabe de esto.

Tú sí, tú sabes.

Un poquito, un poquito nada más.

Charlamos después unas cuantas tonterías, pues yo no deseaba preocuparlo con palabras serias, pero no logré hacerle reír, a pesar de que antes era hombre de una risa generosa y fácil. Y, pasado un rato, me despedí, prometiéndole volver.

Salí del sanatorio con el corazón encogido por aquella tristeza de Andrés. Y no volví. Entre otras cosas, porque salió pronto de allí.

Antes de sacarlo, claro, le hicieron varias pruebas con televisores. Apagados, encendidos, en el sanatorio y fuera de él. Y ya no reaccionó más. Los miraba tristemente, como desde muy lejos, pero no se alteraba al verlos, ni intentaba su destrucción.

Continuaba incapacitado para administrar su fortuna, que es de lo que se trataba. El hermano, es decir, la chivata de Raquel, manejaba sus bienes y ya se sabe lo que son estas administraciones, con un hombre tan distraído del dinero como Andrés. Por lo visto, le pagaban sus gastos, para que viviera bien, pero le dejaban poco, muy poco dinero disponible.

Algunas veces venía a verme. Charlábamos un rato, pues yo siempre me encontré a gusto a su vera, y nada más.

Seguía con aquella honda nostalgia en la mirada y ya no volvió a jugar.

Tránsito de una monja

El santolio brillaba su grasa verdosa sobre la planta de los desnudos pies de la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora, porque la monja estaba librando la dura batalla del tránsito de la muerte.

La celda, desnuda, pobre, con una mesita en la que, entre dos candelabros, se veían la vasija del óleo, los algodones impregnados en aceite, estaba llena por la comunidad del hospicio, que recitaba el *Miserere mei*, en un murmullo tenebroso, no obstante las velas encendidas que sostenían las monjas en las manos.

Olía mal, muy mal en la celda. A orines, al vómito ocre de la enferma, a barrigas y sobacos mal lavados, al tufo chamuscado de las velas. Y, entre tantos olores, al olor varón del tabacazo negro, de los caliqueños que fumaba en sus partidas de tute arrastrao el capellán de las monjas, don Odón Bocanegra, cuando éste, en el ejercicio de su ministerio, movía su sudorosa humanidad por la celda.

La hermana María de la Caridad de Nuestra Señora estaba tan enferma, tan acongojada por las bascas de la muerte, que no pudo sostener el cirio bendito que la madre superiora intentó ponerle en las manos varias veces. Pero sí logró besar, en un instante de reposo, el crucifijo que el capellán le puso delante. Después, el cura, tras rezar el *Indulgentiam*, se quitó la estola, se sentó junto a la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora y comenzó a prepararla para la próxima muerte, ante el silencio de la comunidad y el chisporroteo de algún pábilo indiscreto.

Recoja el espíritu, alegre el alma, hermana. No codicie la vida, la vida miserable del cuerpo, la vida terrena de este valle de lágrimas. Morir en gracia de Dios no es sino salir de la cárcel, acabar el destierro, para entrar en la gloria. Y piense con san Cipriano: «¡Quién es el que está congojoso de salir de esta vida, sino el que está dudoso en la le y vacío de la esperanza!». La muerte del cuerpo, hermana, es tan buena, que aun a los malos se puede decir que hace un gran bien, porque da fin a sus maldades. Y repita con el Eclesiástico que es mejor el día de la muerte que el día del nacimiento;

porque el nacimiento es puerta de la muerte y la muerte es puerta de la vida que nunca se acaba.

Hubo de interrumpir el capellán sus amonestaciones, porque la enferma, bruscamente, se incorporó en el lecho y soltó un chorro de vómito, entre unas horribles bascas. Allí, tras una seña de la superiora, hube de acudir yo con la palangana, a auxiliar a la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora a vaciar las entrañas.

Yo estaba allí, claro, porque ya se sabe que soy hospiciana. Y que servía para todo en el hospicio. Tenía, por entonces, la mano bien dispuesta y vivo el corazón. Había lavado aquella mañana los pies sucios de la enferma, aquellos pies sobre los que brillaba todavía la grasa del santolio. Unos pies pequeñitos, adelgazados por la enfermedad, que parecían casi infantiles, a pesar de pertenecer a mujer vieja. ¡Vamos!, lo de vieja me parecía a mí, que sentía entonces viejos a los mayores de veinte años, porque era apenas una mozuela, una niña precoz y despabilada por la Cuna. ¿Qué edad tendría la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora? ¿Cuarenta años? ¿Cincuenta, sesenta? No podría decirlo. Pero recuerdo perfectamente su rostro demacrado, su cuerpo sin peso y aquellos ojos turbios, aún vivos, aún animados por una honda y enigmática pregunta.

La enferma iba a morirse. Desahuciada por el médico, devorada por la fiebre y retorcida por el vómito, la hermana estaba en las últimas. Llevaba varios días muñéndose, pero algo parecía impedir su tránsito. Un tenaz agarrarse al resto miserable de vida que aún alentaba aquel pobre cuerpo destruido.

Yo, la verdad, para qué voy a ocultarlo, estaba deseando que diera el último suspiro. Estaba ya harta de limpiar orines, de aguantar vómitos, de escuchar aquel terrible jadeo. ¿Por qué me apretaba a veces tanto, la enferma, las manos? Unas manos que engarfiaban su puro hueso sobre las mías gordezuelas, jóvenes, llenas de vida.

La comunidad, por otra parte, esperaba que aquella dura lucha acabara pronto. Si la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora iba a abandonar este mundo miserable dominado por el pecado y por el demonio para resplandecer en la gloria del otro, ¿por qué no dejarlo ya de una vez? ¿Por qué aquel terrible esfuerzo por respirar, por mantenerse aún viva al filo de la muerte, mediante un tan pobre aliento? ¡Ay, carne miserable, cómo te defiendes hasta el último instante!

En los rostros de las monjas, en el gesto frío de la superiora, adivinaba yo una impaciencia, una prisa por recuperar el orden de aquella comunidad,

trastornado por la moribunda. En cuanto al capellán, don Odón Bocanegra, bien claro se veía que estaba deseando cerrarle los ojos a la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora, ponerle el crucifijo entre las manos muertas y acabar sus amonestaciones. Pero, de momento, hubo de continuar con ellas.

No desmaye, hermana. Tenga confianza en la pasión sacratísima de nuestro Redentor Jesucristo, en el favor de la Virgen María, en el socorro del ángel custodio, en el señor san Miguel y en todos los santos de su especial devoción. Y en la Santa Madre Iglesia Católica, que ha de socorrerla en el trance y librarla de los lazos que aún le tiende Satanás.

¡Satanás! ¡El demonio, el mundo y la carne! La verdad, yo no entendía bien aquello. No comprendía qué temibles lazos podía tenderle Satanás a la moribunda, a aquel pobre cuerpecillo retorcido y miserable. Por otra parte, debo confesar que a mí ya por entonces me daba muy poco miedo el demonio. Y que cuando don Odón clamaba con fuertes voces contra él, desde el púlpito, yo, en lugar de imaginármelo tan horroroso, tan repugnante y deforme como el capellán nos lo pintaba, lo veía en mi imaginación mucho más agradable y malicioso. Tanto, que un día se lo dije al cura en confesión y él me contestó que ése era uno de los peligros del diablo. Aparecer así, en forma atractiva y fascinante. Entonces, pensaba yo, pobre de mí, si se aparece así, ¿por qué se sabe que es tan feo y repelente? Y otro día, en el confesonario, le pregunté a don Odón si él había visto a Satanás alguna vez. Se puso el nombre muy serio y me dijo que sí. Y que yo lo vería también. En lo cual no andaba descaminado el padre, pues en verdad yo creo haber topado con él en más de una ocasión. Y conste que soy poco creyente en estas cosas, pero se encuentra una, a veces, con ciertas criaturas en esta perra vida, que hay que sospechar su presencia.

¡Perra vida! A mí no me lo parecía entonces, no. A mí se me antojaba todo maravilloso, lleno de espléndidas novedades. Al demonio ya he dicho que no lo temía, sino que casi casi, si digo la verdad, estaba deseando conocerle. De la carne sabía poco, muy poco, aunque algo barruntaba ya de este asuntillo y el tal algo fuera, por cierto, muy goloso. Y del mundo tan sólo conocía aquellos paseos dominicales de hospiciana por las calles y por el puerto de Almería. Aquellos barcos, muchos aún veleros, que se echaban a la mar, que se echaban a un mundo que me imaginaba inagotable, lleno de felices sorpresas.

Todo lo que no fuera demonio, mundo o carne resultaba para mí desconocido; porque, en realidad, se nos hablaba tan sólo de estas cosas en el hospicio. Lo otro, el amor, el odio, la felicidad, la desgracia, el dolor, la

angustia, la suerte, la mala sombra, el dinero, la humillación, la miseria y tantas y tantas cosas más que la vida va ofreciendo se ignoraban allí. O quién sabe si acaso se atribuían al demonio, al mundo, a la carne, que eran los tres grandes personajes de las pláticas, de aquellas monjas y de aquellos curas.

La enferma no se moría, no. La madre superiora parecía arrepentida de no haber autorizado al médico a inyectar a la hermana los oportunos calmantes, que no hicieran tan larga y tan terrible aquella agonía. Pero la madre Fe del Sacratísimo Corazón de Jesús pensaba que el dolor era una de las más eficaces maneras de acercarse al Señor, de ganar el cielo, y que cuanto más sufriera la enferma más se aseguraba la gloria. Si dudaba, pues, si comenzaba a dudar era porque, con su agudo instinto directivo, presentía en la celda algún elemento de desorden, algún intento satánico de alterar el tránsito de la muerte. Acaso por ello comenzó a recitar el *Te Deum laudamus*, seguida por la comunidad, que con mano dura gobernaba.

«Bienaventurados son los muertos que mueren en el Señor», dice el Apocalipsis, hermana. Y el Apóstol: «Codicio de ser desatado de ésta, vida mortal, y estar en el cielo con mi Señor Jesucristo». No se esfuerce, pues, en vivir, hermana María. No se obstine en permanecer en este valle de lágrimas, sino que pídale al Señor y a todos los santos, sin olvidar a la Santa Madre Iglesia, que la lleven pronto a la presencia divina. Amén.

El capellán, don Odón Bocanegra, se cansaba ya de amonestar y amonestar a la hermana María en la Caridad de Nuestra Señora. Aquella agonía estaba haciéndose pesada, porque sin duda la enferma se agarraba demasiado a la vida, en lugar de marchar, llena de fe y de alegría, hacia las puertas de la muerte. Por ello, fatigado, repetía sus frases. Sucediendo al dulzón tono amoroso de sus comienzos, un matiz de voz más seco e impaciente. La verdad, debían haberle puesto a la enferma las inyecciones recomendadas por el médico. Ya se lo aconsejó él a la superiora, pero esta madre Fe del Sacratísimo Corazón de Jesús era implacable. Parecía una monja de la Edad Media y no de nuestros tiempos, Señor.

Hacía calor en la celda. Más que calor, ahogo. A los malos olores ya indicados se unía el vaho de tanta gente reunida en una habitación pequeña, al calor de las velas y su luz temblorosa e incierta. Yo, la verdad, estaba comenzando a marearme y a temer que no fuera sólo la enferma la que echara allí la papilla.

Déjese llevar, hermana. Descanse en el Señor. No codicie así la vida insistió, irritado, el capellán. Y tenga bien en cuenta...

Nunca se supo lo que la hermana debía tener en cuenta. Porque, bruscamente, con un esfuerzo que debió reunir todas las energías nerviosas que aún le quedaban, la enferma se incorporó sobre su pobre lecho y con una voz agudísima y desconocida, gritó:

Sí, codicio la vida. Como la codicias tú, tú y tú... Como la codicia usted, padre capellán.

Y con el dedo, un dedo seco como un garfio y tembloroso de desesperación iba señalando a la madre superiora, a otras monjas, al cura Bocanegra. Éste, inclinado sobre la enferma, para amonestarla debidamente, dio un salto atrás sobre su silla.

Se produjo un silencioso estupor. Hasta que, con un alarido, la hermana Purificación del Santísimo Sacramento, que era muy histérica, huyó del cuarto, dando voces por la clausura.

Las otras monjas se santiguaron estremecidas, temblorosas, ante el lecho de la enferma. Y la madre superiora, crispado el gesto, esperó.

Devorada por la fiebre, todo hueso el rostro, vibrándole el cuerpecillo miserable, la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora aún pudo sonar aquella voz estridente que no era la suya:

No quiero morirme, no. No quiero descansar en el Señor. Quiero vivir, comenzar la vida de nuevo. Como esta niña, como esta criatura.

Y, antes de que pudiera escaparme, me engarfió las manos con las suyas. Callando ya y dejándose caer, agotada, vencida, sobre el lecho.

Sosiéguese, hermanas ordenó entonces la superiora. Y aprendan cómo, a través del delirio de la fiebre el demonio habla por la voz terrenal de la hermana María. Pero la enferma está ya en gracia de Dios y nada pueden los últimos esfuerzos de Satanás.

La enferma, sí, en gracia o en desgracia del Señor, que eso debe de ser muy difícil saberlo, había cerrado los ojos y jadeaba sobre las sábanas sudadas. Concentrando toda su fuerza en aquel apretamiento de manos que aprisionaba las mías.

Y tú, niña siguió la superiora, sal de la celda inmediatamente.

Intenté una vez más liberar mis manos, sin lograrlo. Y le hice una seña a la superiora, para que se diera cuenta de mi situación. Entonces la madre Fe del Sacratísimo Corazón de Jesús se acercó a nosotros en un decidido revuelo de hábito y, dando un enérgico tirón, separó las manos. Con ello, la enferma dio un terrible alarido y la madre me ordenó nuevamente que me fuera.

Yo me dirigí hacia la puerta, tardándome todo lo posible, escondiéndome entre las faldas de las monjas. Porque estaba pasmada, fascinada por todo

aquello.

Por eso sé que la agonía duró un rato. Entre las letanías y los salmos que recitaba la comunidad, sonaba aún, de vez en cuando, cada vez más débil, cada vez más lejana, la voz de la hermana María de la Caridad de Nuestra Señora. Hablaba sin sentido, de flores y de pájaros, hasta que se apagó con un inesperado sosiego, acabando su duro tránsito de la muerte.

Días después hubo misas y sermones en la capilla. Y la madre superiora recordó a la comunidad que aunque el Señor no nos abandonara nunca, siempre moriríamos solos, absolutamente solos. Por lo demás, malas lenguas aseguraron que el capellán, don Odón Bocanegra, riñó a la madre Fe del Sacratísimo Corazón de Jesús y le dijo que, en otra ocasión, no dudara en ponerle a la enferma moribunda las inyecciones.

Yo tan sólo puedo decir que jamás olvidé aquello. Y que por eso lo he traído aquí, a este revolver el poso de mis recuerdos.

Lance de amor

No sé por qué, aquella noche me puse guapa. Me vestía por entonces Balenciaga, pues ya se sabe que con Chente y con Andrés Diamante andaba bien de cuartos y yo soy de las que saben echárselos encima. Pero últimamente, a este modista le había dado por hacer unos modelos muy raros, que no favorecían nada. Que si la línea A, que si la línea trapecio, con unos cuellecitos desbocados, «a lo barco», que parecían los peores enemigos de la mujer. Por eso me había hecho un par de modelos en otro y, por cierto, estaba muy satisfecha. Un traje de chaqueta y un vestido de coctel.

Mejor será callar el nombre del modista, pues todos ellos son muy picajosos y se molestan por nada. Tan sólo diré que era ya entonces una de las mejores firmas de la alta costura española y que, si bien tenía una clientela más amplia y menos escogida que Balenciaga, sabía sacar, como hábil artista, más partido de tu belleza. Las malas lenguas decían que de joven había sido sacristán. Y yo, la verdad, no veo el porqué de decir esto con mala lengua, sino con buena, pues haber llegado de sacristán a ser un famoso modista era una muestra de sus grandes méritos con la aguja.

Me puse, pues, aquella noche su modelo, que se llamaba Crepúsculo y que, en verdad, era una maravilla. De un terciopelo azul oscuro, con los hombros desnudos y escotadísimo. Y para velar un poco aquel gran escote que me dejaba más de medio pecho al descubierto, tenía un tul precioso que me envolvía el cuello hasta la barbilla. Con ello, y como yo fui siempre mujer de cuello largo, mi cabeza parecía surgir de entre los tules como una flor.

Hecha, pues, una belleza, me fui a «Casablanca» y me senté en mi acostumbrada mesa, a tomar mi chinchón. Resultaría, acaso, un poco ordinario aquello del anís, pero es que a mí el chinchón me chilla después de comer. Me quita el flato y el olor a cebolla y ajo que tiene mi aliento cuando le doy demasiado al gusto de estas dos cosas de tufo tan persistente. Pero ¡ay, qué buenas son!

Sentada allí, en mi mesa, me sentí un poco tonta, aquella noche. Todo el mundo me miraba y me salieron en seguida varios planes con viejos y con un

gordo más joven. Pero hay que tener mucha paciencia y mucha necesidad para, después de ponerse una así de guapa, irse con un tío viejo, o feo, a quitarse la ropa en cualquier triste casa de citas, o en un pobre piso de ocasión. No, no. Lo que es aquella noche no se iba a quitar así la ropa esta hija de su madre.

Permanecí, pues, un rato sentada y doblé el chinchón, para entretenerme. Después dejé la mesa y me di una vuelta despacio por la sala, para que los hombres me vieran de cuerpo entero y las mujeres rechinaran los dientes de envidia. Entonces me salió un tío joven, alto y guapo, que me invitó a bailar.

Bailamos el bayón, que hacía furor, y yo me lucí bien sobre la pista. Pero, durante el baile, comprendí que de aquel pollo no sacaría nada, ni un alón, pues no era otra cosa que uno de esos bailones que infestan las salas y que, como te descuides, te dejan hecha polvo de tanto bailar. Quiso, sí, invitarme a tomar algo en la barra del bar de arriba, que ya se sabe es más barata que una mesa, y cuando me di cuenta de aquella avaricia lo despaché secamente y me volví a sentar, de nuevo sola. ¡Vamos, hombre! ¡Invitarme a mí, a mí, y tal como iba arreglada aquella noche, a la barra de arriba, como si fuera una putilla de medio pelo! ¡Estos hombres!

Sentada ante mi mesa, me pasé, pues, la noche rechazando cuantos planes me salieron. Y eso que algunos eran aceptables. Pero ya me había cabreado y quería algo mejor, algo un poco distinto a lo de todos los días. Le di, por tanto, bien al *whisky*, tras el chinchón y, a las tres de la madrugada andaba algo mareadilla, pero más guapa que nunca, con ese tono nacarado que adquiere mi piel con el sofoco del alcohol.

Me refresqué un poco en el aseo, a la hora del cierre, y salí de la sala hecha una reina, con el orgullo de haber despreciado unos ligues que hubieran satisfecho a cualquiera de las que estaban trabajando allí. Y, en el portal, tuve la sorpresa.

Un coche maravilloso, largo, descapotable y rojo estaba parado ante la puerta, rodeado por un grupo de curiosos. Y, junto a la abierta portezuela, un hombre alto, joven, guapísimo y no diré descapotable, porque no puede ser, pero algo parecido, esperaba sonriente.

Me quedé un momento pasmada al ver allí una tan estupenda pareja hombre y coche y, una vez recuperado el aliento, continué mi camino, acentuando mis aires de reina. Pero entonces el hombre, enseñando una espléndida dentadura al sonreír, se inclinó ligeramente y con un amable gesto me invitó a subir al coche.

Estaba esperando que salieras.

¿Acaso me conoces?

Te he visto ahí dentro y basta.

En estos casos, y más tal como iba yo arreglada aquella noche, suelo hacerme rogar un poco. Pero en esta ocasión cerré el pico, me dejé de remilgos y subí al coche. ¡Madre, qué asiento! Parecía una butaca.

¡Vaya carro, chico!

Sí, no está mal. Ahora lo verás andando.

Es un «gracias, Manolo», ¿verdad?

No. Lo he traído yo mismo.

¿De muy lejos?

Pues, sí. De bastante lejos.

Puso en marcha el motor y ¡Dios cómo sonó aquello! Parecía un tambor grave y perfectamente retumbado. Tanto, que en el grupo de curiosos taxistas, conserjes, abrecoches, loteros y limpiabotas se produjo un estremecimiento de admiración.

Arrancó, pues, la máquina y, por la calle Barquillo, bajamos a la Cibeles.

Vamos a dar una vuelta, ¿te parece?

Era una noche calurosa de julio y me pareció muy bien. La verdad, con aquel coche y aquel hombre podía una quitarse, si era menester, la mejor ropa del mundo.

Giramos en Cibeles y por Recoletos, la Castellana y Cea Bermúdez nos acercamos a Puerta de Hierro y a la carretera de La Coruña. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo subió el coche la Cuesta de las Perdices!

¿Qué tal?

Maravilloso. No vi nunca un coche como éste.

Claro. Es un modelo único.

Hecho para ti.

Especialmente.

Callé un momento, temiéndome que el tío resultara uno de esos presumidos insoportables. Y que entonces, por mucho coche que tuviera y por muy guapo que fuera, la cosa se fastidiara ya en sus comienzos. Pues yo, bien se sabe, no resisto pretensiones necias de nadie. Pero, afortunadamente, no fue así.

El hombre, que tendría unos treinta años y estaba muy tostado por el sol del verano, inició una conversación sencilla, mostrando una gran simpatía y alabando mucho mi belleza, mientras lanzaba el coche hacia la sierra a unas velocidades increíbles.

¿No vamos demasiado de prisa?

No te preocupes. Nunca pasa nada.

La cosa era como para preocuparse, digo, y a mí no me gusta morir despanzurrada en una cuneta. Pero cierto era que aquella máquina, a pesar de devorar relampagueante la carretera, ofrecía una seguridad sorprendente.

Tú sabrás lo que haces. Al cabo, más vale morir joven y bien vestida.

Sonriendo, me pasó el brazo por los hombros, conduciendo con una sola mano. A mí aquello no me gustó, por lo del volante, pero aguanté mi miedo sin decir nada.

El fresco viento de la sierra agitó un poco el peinado de mis rojizos cabellos y me llevé la mano a la cabeza.

¿Te molesta el aire?

No, no. Después de los calores de Madrid me gusta que me dé en la cara.

De todos modos, si te cansa, dilo. Porque apretamos este botón y el coche se cerrará automáticamente.

¿Es posible?

¿Quieres verlo?

Después. Ahora prefiero el viento.

Pisó más el acelerador y tras cruzar Galapagar como un rayo nos acercamos a la masa inmóvil de la sierra, amoratada por la luna llena. Hasta que, de pronto, bajó la marcha, frenó poderosamente y metió el coche por un camino lateral.

¿Adónde vamos?

Aquí cerca. Ya verás qué sitio tan bonito.

Llegamos pronto y, en verdad, lo era. Había un jugoso prado, unas encinas, unos altos chopos y un arroyuelo que murmuraba sus aguas entre unas piedras.

¿Te gusta?

Claro.

Me bajé, tras dejar los zapatos en el coche, y pisé la yerba. Después fui hasta la orilla del arroyo y, a pesar de mi modelo, me arrodillé y bebí el agua fresca.

¡Qué rica está! ¿No bebes?

Es otra sed la mía.

Se sentó a mi lado y me enlazó la cintura. Después nos besamos con un ansia que me dejó suspensa. Pues yo, cuando doy mi boca, no pienso en el beso.

Sus manos acariciaron mi escote. Entonces yo me alcé y, de un solo golpe, abrí la cremallera del traje, bajé el tul y lo dejé todo sobre la yerba. No

llevaba sostén y, bajo la luna, aparecí cubierta tan sólo por mi braguita negra. Alegre, reí, porque jamás hubiera imaginado que era allí donde la fortuna me iba a desnudar aquella noche.

Las frescas aguas del arroyuelo siguieron murmurando, ajenas a la pasión desenfrenada que enlazaba junto a ellas a una humana pareja.

Un rato después me remojaba yo un poco en ellas. Él también metió las manos en el arroyo y bebió largamente. Yo me puse de nuevo mi modelo y volvimos al coche, en silencio. Lo arrancó y tornamos a la carretera.

No olvidaré este lugar.

Ni yo tampoco.

Para ti no ha sido nuevo.

¿Y tú qué sabes? Las cosas pueden hacerse nuevas inesperadamente.

¿De veras?

De veras.

Creí que íbamos a retornar a Madrid, pero el coche enfrentó su poderoso morro con la sierra. Devorando, como siempre, la carretera, a pesar de las cuestas, el hombre lo paró muy pronto ante la puerta de un gran hotel. Y poco después nos encontramos en una de sus habitaciones, que tenía una terracita preciosa sobre un pinar oloroso y oscuro.

Allí, en aquel cuarto, pasé la noche más loca de mi vida. No me hartaba de entregarme y mi deseo parecía encenderse más en cada entrega... Creo que, por una vez, rechiné los dientes de veras. Que grité, que supliqué, que me arrastré por el suelo como una loca, que hasta pedí que me pegaran, yo, que no tolero que nadie me ponga la mano encima.

Mientras, amanecía. Y la brisa del alba ondulaba los brotes tiernos de los pinos, metiendo en la habitación su olor a resina.

Despertamos tarde. Nos metimos un rato bajo la ducha y, por aquello de mi traje de cóctel, nos hicimos subir la comida. Yo almorcé bien, pues tenía apetito, y bebí lo mío de un tinto muy bueno que nos trajeron. Bajamos después, el hombre pagó y, ante la curiosidad general, nos subimos al coche.

Muy pronto nos vimos en Madrid y yo le dije a mi amigo que me llevara a casa.

¿A casa? ¿Y por qué a casa?

Ya está bien, ¿no crees?

No. No lo creo. No tenemos por qué separarnos. Vamos, a no ser que tengas algún serio compromiso.

Pues no, no lo tengo. Al menos, serio.

Mira tú qué suerte la mía.

No lo sabes tú bien.

Pues entonces no se hable más. Ahora mismo nos vamos al Sur. A la Costa del Sol, por ejemplo.

¿Pero cómo voy a ir así con este vestido? Ya he llamado bastante la atención en el hotel. Déjame que me mude en mi piso, que coja algunas cosas.

Que no, que no... Cuando dos personas como nosotros se encuentran ya no deben separarse.

Puedes subir al piso, si quieres.

No. No quiero. Mira, compramos ahora mismo todo lo que nos haga falta. Y después, ya en la Costa seguiremos comprando cosas.

Así fue. Me llevó a un par de sitios elegantísimos, donde me compró algunos modelos y ropa interior. Pasamos también por una perfumería y surtí abundantemente mi tocador. No faltaron, tampoco, un par de maletas. Tomamos un bocado en una cafetería y refrescamos sin prisas. Y ya oscurecía cuando dejamos el polvoriento seco de Madrid y lanzamos el coche hacia el Sur, atravesando Villaverde. Yo iba monísima, con un traje de chaqueta y un sombrero de paja con una plumita que era una delicia. Nunca, nunca había iniciado un viaje en estas condiciones, tan a lo loco y sin tratar siquiera previamente la cuestión económica.

El viaje fue, para mí, una continua sensación de velocidad. Apenas hablamos, pues el viento aplastaba en la boca las palabras. Me sentí volar, perder el peso de mi cuerpo, mientras él, asegurando poderosamente el volante con sus manos viriles, conducía atento, tras la luz de unos potentes faros. Así cruzamos La Mancha, bajamos la velocidad en Despeñaperros, pasamos un caluroso Jaén y una dormida Granada, nos metimos por Loja y, al quebrar las primeras luces, descendíamos ya la cuesta de la Reina, para entrar en Málaga. Allí, en un bar que abría con el alba, tomamos un chocolate con churros, entre pescadores y marineros. Después seguimos carretera adelante.

¿Qué, vamos a Torremolinos?

No. No me gusta Torremolinos. Te mereces algo más bonito. Ten confianza.

La tengo. Sólo quiero mar, mucha mar, pues el cuerpo me pide agua.

Pasada Marbella, metió el coche por una puerta encalada que abría una avenida de altos eucaliptos agitados por la brisa de la mañana. Esos eucaliptos verdes, alegres, que se dan por Andalucía, tan distintos de los oscuros árboles que cría Castilla. Allí, en la avenida, y de un gracioso edificio, salió un conserje que nos condujo a un *bungalow*, casi oculto por las flores. Después, años adelante, estos moteles se han prodigado mucho, y en todas las calidades

y apariencias, pero entonces eran algo nuevo. Y, sobre todo, aquél había sabido unir a una clase muy confortable un salero especial, que no olvidaba nunca su origen popular. Piedra, ladrillos, tejas, maderas y cal se combinaban, siempre graciosas a la vista.

Bajaron las maletas e inauguramos nuestra casita, primero con unas bebidas frescas y después con una ración extra de cama.

¡Madre, cómo estaba yo! Jamás me creí capaz de aquel ansia, de aquel ardor de mis entrañas.

Al cabo, logré calmarlo y abrazada a mi hombre, que no roncaba, que apenas respiraba un poco fuerte, eché un buen sueñecito. Después, tras un desayuno que nos trajeron al *bungalow*, nos fuimos a la playa, que se extendía al fondo de la avenida de eucaliptos. Era un tanto pedregosa y los guijarros ardían con el sol, pero la mar estaba fresca y transparente, con unas olillas blancas que parecían de juguete.

Estuvimos en ella hasta muy tarde y comimos en el comedor del motel, decorado con barcos y pescados. Comimos más bien poco y nos fuimos a pasar las horas de calor con una siestecita, tras la cual hubo su jugueteo. Caía ya la tarde cuando, sintiendo apetito, salimos de allí y nos acercamos a un ventorro, que tenía un jamón serrano estupendo. Empujando sus tacos con un blanco amontillado de los buenos.

Dimos un paseo, con la fresca, por la carretera y, tras la breve cena, yo caí en la cama como un tronco, durmiendo más de diez horas sin moverme siquiera. Así fue nuestra primera jornada en «Casaflorida», que así se llamaba el lugar, el escondido paraíso.

Al día siguiente, recibimos un recado. El conserje, un andaluz serio, de pocas palabras, que hablaba con la zeta y andaba impecablemente vestido de blanco, nos dijo que el «zeñor» duque deseaba saludarnos y que como se veía imposibilitado aquellos días por una pierna enferma, nos rogaba que fuéramos a visitarlo a su casa, por la tarde, a eso de las ocho.

¿Y quién es el señor duque?

El amo de todo esto. Un hombre muy famoso.

¿Y vive aquí?

Sí. Ahí abajo, orilla de la playa tiene su casa. Vale la pena verla.

Le dijimos que iríamos con mucho gusto a saludarlo y, después, mi hombre me aclaró que, efectivamente, el duque de Esgueva era muy conocido. No sólo por sus escándalos, sino porque siempre andaba metido con pasión en empresas nuevas. Había sido uno de los pioneros del cine español y entonces trataba de animar aquella costa desde un punto de vista

turístico. Vamos, que era eso que ahora llaman un «promotor», pero por cuenta propia, pues en sus empeños se había gastado fortunas enteras.

Con aquellas cosas, la verdad, me entraron ganas de conocerlo y aunque por lo visto era un hombre ya viejo, me arreglé y me puse bonita, para que viera qué mujer andaba ahora por su «Casaflorida». Para mí que ya le habían llegado noticias y que lo sabía muy bien, pues su hotel estaba lleno de gente.

Fuimos andando, ya que el chalet se alzaba junto a la playa, muy cerca de la avenida de los eucaliptos. Era, por cierto, una villa preciosa y, al entrar por la puerta del jardín, se gozaba toda suerte de perfumados olores. Nunca, nunca vi tantas clases ni tal cantidad de jugosas y bien cuidadas flores.

Pasamos a la casa y allí fuimos introducidos por un criado muy puesto, con chaquetilla blanca, que nos condujo a una terraza ocupada por bastante gente. Me llamó la atención que la piscina, que era grande, se metía, por así decirlo, bajo el porche de la casa, lo que nunca había visto y que se me antojó novedad muy original y graciosa.

La gente se reunía por allí, en la terraza y bajo el porche. Algunos se estaban bañando y había mucha animación y una aparente alegría.

El criado nos condujo hasta la butaca del duque, un señor mayor, chato y feo, con pelo blanco y unas cejas enormes, que tenía una pierna extendida. Al vernos, se incorporó un poco, se excusó por no poder levantarse y nos dijo que tenía mucho gusto en saludarnos.

Nos sirvieron en seguida unos *whiskies*, nos sentamos junto al duque y éste nos fue presentando a algunas de sus visitas. Había allí un par de condes, o marqueses, no recuerdo bien, algunos militares y otros amigos. De mujeres, poco. Tres o cuatro, tan sólo, y, para qué vamos a engañarnos, todas putas. A más de una señora mayor, muy cateta, que al parecer era la madre de la querida del duque. Y varios perros. Esos perros degenerados de la aristocracia, que tendrán mucha raza, como ellos, pero que dan asco. La amiga del duque no me gustó nada. Nada más verla, me dio el olor de machorra y ya anduve recelosa toda la noche, pensando si sería ella la que tenía tanto interés en conocernos. Aunque estos viejos viciosos son así. Al cabo de sus días tan sólo les excitan las cosas raras y, por eso, les gustan las lésbicas: para que les cacen carnes nuevas. Ahora que a mí no iba a cazarme nadie. Y mucho menos teniendo un hombre como el que tenía en aquel momento a mi vera.

Este hombre estuvo muy correcto y finústico con el duque, pero se me antojó que también barruntaba algo. Pues nada más hacerse cargo de la situación me miraba con una maliciosa sonrisa en los labios.

También se sentó junto a nosotros uno de los títulos. Un marqués de algo que además era escritor. Me lo dijo, presumiendo mucho, y yo no supe qué contestarle, pues nunca había oído hablar de él. Aunque al parecer era también famoso y sus comedias se representaban en el mismo Madrid. Gordísimo, presumía de gracioso y siempre soltaba esas frases que tan sólo se encuentran en los libros, en el cine o en el teatro, pero que en la vida no se oyen jamás. Porque en la vida, la verdad, se habla casi siempre de bobadas, que se repiten sin cesar: las mujeres, la ropa, los hombres, las chachas (cuando las había), las enfermedades, el tiempo, los deportes, alguna película que otra, la comida y pare usted de contar. Los hombres, por su parte, y a pesar de lo que presumen, son mucho más limitados en su conversación y mucho más cotillas. Si les quitas los coches, los deportes, el dinero, las mujeres y la política los dejas sin saber de qué hablar. Por eso, cuando un tío como el gordo en cuestión se empeña en ser original y decir algo nuevo, las palabras suenan mal.

El hombre vino muy entusiasmado a saludarme, pues dicen que es muy faldero, mas al decirme su nombre y ver que lo desconocía por completo se puso muy serio y comprendí que le había caído mal. Abandonándome, pues, se dedicó a conversar con el duque, que le dijo:

Hago yo más publicidad por la Costa que tú con todos tus artículos.

¡Que disparate!

Los escándalos atraen a la gente. Y la mala vida también. Mira, yo estoy muy contento porque ya empiezan a venir por aquí maricas. Cada año vienen más.

Y mujeres menopáusicas, no las olvides.

Sí. Tienes razón. No es mal ganado ése. Pero van a pervertirnos a todo el mundo.

Que lo perviertan. La perversión es el opio del pueblo.

A mí me da alguna pena. Hay muy buena gente por aquí.

Buena mientras no se demuestre lo contrario. Porque, si tienen ocasión, te degüellan. Acuérdate de la guerra.

Déjame en paz con la guerra, ¡puñeta! Si lo que yo quiero es no acordarme más de ella. ¿O es que tú prefieres vivir teniéndola siempre en la memoria?

Hay que ser consciente.

Pues, mira, yo prefiero olvidar y no serlo.

Desde que le vi, me estaba recordando a alguien, el duque. Y, en aquel momento, lo supe. Sí, era como un león, tenía cabeza de león. Tan chato, con

aquel pelo blanquecino, aquellas grandes cejas, aquel largo vello que le nacía en las orejas. Pero, sobre todo, sus ojos eran unos ojos aleonados, firmes, fosforescentes, capaces de devorarlo todo con la mirada. ¡Lo que debía estar sufriendo allí, tendido y patitioso, aquel hombre tan lleno aún de fuerza! Acaso por ello, me cayó bien el duque y osadamente lo apoyé.

Tiene usted mucha razón. Los malos trances hay que pasarlos y olvidarlos. Y tirar siempre para delante.

Gracias, chiquilla. Pero a mí no me llames de usted. Me gusta que las mujeres guapas me tuteen.

Eso es fácil. Porque, además, todavía vas a dar mucha guerra.

¿En qué se nota?

En los oíos. Eso no falla nunca.

¡Vaya! Es simpática esta chica.

Dejé caer la cosa, porque la amiga del duque se estaba poniendo algo mosca. Por otra parte, se produjo algún movimiento en el grupo. Unos se fueron y otros salieron de la piscina. El gordo, temblándole sus carnosas gelatinas, se tiró en cambio al agua.

Hizo el duque una seña a los criados y éstos trajeron una mesa de juego, una ruleta en miniatura, preciosa, que colocaron a su lado. Después renovaron las bebidas y sirvieron unos canapés variados, calamares fritos, croquetitas y patatas.

El que quiera jugar que se siente. Sin compromiso, ¿eh? Porque aquí cada uno puede hacer lo que le dé la gana advirtió el duque, con la boca llena.

Se sentaron varios, entre ellos mi hombre, y comenzó la partida. A mí me vuelve loca el juego y hubiera dado cualquier cosa por poder echar las fichas sobre el tapete verde. Mi hombre, que era un cielo, debió darse cuenta de ello, pues, a poco noté que una mano buscaba la mía, sobre mi muslo. Al pronto pensé mal, creyendo incluso que el sobón era el duque, pero resultó que era la suya, entregándome unos cuantos billetes. Con los cuales pude comprar fichas en abundancia y ocupar un lugar ante la mesa.

Aquella gente, todos aquellos hombres ya maduros que se agolpaban ante ella, bien diferentes entre sí, tenían sin embargo una ilusión común, un fervoroso empeño: la Costa. Hacer algo grande, algo importante de aquella costa andaluza, que nada tenía que envidiar a los más famosos lugares turísticos. Por ello, mientras jugaban, seguían tratando de sus proyectos, de lo que había comprado el uno o vendido el otro. Del gran hotel que iba a iniciarse en Torremolinos o de los bloques en construcción en Fuengirola. Y así, hablando de estas cosas, saltó la conversación a la compra que un catalán

de Málaga había hecho de «La Honda», la finca rondeña, en no sé cuántos millones de pesetas.

Esta frase me trajo tantos recuerdos que me quedé pasmada un momento. Sí, me acordé de aquellas montañas, cuando era apenas mozuela y fui a la dehesa con los gitanos. De aquel porquero que me prometió regalarme una piel de marta, desvelando con ello mis ilusiones de lujo. En fin, de toda una vida joven, ya lejana. Entonces era una gitanilla caminera y ladronzuela y ahora estaba allí, sentada a la vera de un duque y frente a un marqués, y con un hombre extraordinario que me atendía. ¿Era ahora más o menos que entonces? ¿Qué era yo, en realidad?

Tales preguntas se me aparecían ya entonces con cierta penosa frecuencia. ¿Cuál era mi auténtica naturaleza? ¿Persona o personaje? ¿Ser vivo propio, o ser vivo ajeno, soñado por otro que me manejaba a su antojo?

Yo sólo puedo decir que siempre me he sentido vivir y que, para mí, todo ofrece una viva realidad.

Por ejemplo, la de aquellos hombres que me rodeaban. Tan reales se me antojan que acaso debiera advertir aquí, como suelen hacer los novelistas, que cualquier coincidencia es fortuita, porque ellos son, tan sólo, producto de mi imaginación. Pero ni yo soy novelista ni ellos fueron soñados por mí, porque aquí están algunos, con sus pelos y señales. Por eso, si alguien los reconoce, allá cuentas, porque yo lo único que puedo decir es que son tan reales como yo, como Lola, espejo oscuro. Que, en aquel momento, estaba sentada entre ellos jugando distraídamente y ganando sin cesar.

¡Vaya niña! comentó el duque. No falla una puesta.

No la fallaba, no, tanto que me sentía muy sofocada al ver aumentar mi montón de fichas continuamente.

Te digo que aquí, en esta costa, va a darse la batalla entre la moral y la economía españolas aseguraba un señor de aspecto muy serio, que hablaba un tanto campanudamente.

¿Y quién crees tú que ganará? preguntó el otro, un hombre con bigotito chulo, de militar echado para delante.

¡Hombre, por Dios! Eso no se pregunta. Ganará el dólar, la divisa.

No sé, no sé. El ministro y el obispo parecen decididos a...

Déjate de obispos y de ministros. Cuando el turismo se vuelca sobre un lugar de la Tierra y empieza a dar dinero, la moral se acaba y sólo queda la economía. Ya lo verás.

¿Qué piensas tú, Carlos, que has sido el primero en mover esto?

El duque, jugueteando con una ficha de quinientas pesetas, contestó:

Yo no he creído nunca en la moral. Y, en el fondo, aunque digan lo contrario, son muy pocos los que creen en ella. Ganará el dinero. Ya he dicho que comienzan a venir maricas. Después vendrán los ricos aburridos, los aristócratas errantes, los drogados, los esnobs, todas esas gentes que no saben lo que quieren, pero que se gastan los cuartos. Y se los gastarán bien aquí. Yo no lo veré ya, pero muchos de vosotros asistiréis al furor de esa muchedumbre.

¿Y no estropearán todo esto?

En cierto modo, sí. Porque, al cabo, vendrán también los mediocres. Pero alzarán nuestro país y eso no es moco de pavo, pues bien lo necesita el pobre. ¿O es que tú te crees que puede seguir aumentando esta inflación?

No, claro. Tiene que acabar.

Se pusieron a hablar un rato mal del Gobierno. Oyéndolos, la situación era tan desesperada en España que resultaba ya inevitable la catástrofe económica. Yo, la verdad, debo repetir que desde que tengo uso de razón para estas cosas estoy oyendo a los hombres lo mismo: que la catástrofe nos espera. Pero, después, nunca acaba de llegar. Quizá porque yo no sepa de estas cosas y estemos en plena catástrofe sin que me entere de ello, pero no me lo parece. Porque las catástrofes, digo yo, debe sufrirlas todo el mundo, no sólo los que saben de cuentas, o sea de eso que llaman economía. A mí lo que se me antoja, por las fotos que en los papeles veo de ellos, es que los economistas españoles son unos tíos muy serios, que ignoran la sonrisa. Han debido quemarse las cejas estudiando unos librotos muy gordos, olvidando la calle, la vida de la calle, que se las arregla muchas veces a base del milagro, al margen de todo lo que ellos saben. Por eso, para mí, habría que sacarles alguna vez de sus espesos estudios y hacerles sonreír con la gracia imprevista de la vida.

En fin, para economía la que yo tuve aquella noche. Porque ganaba sin cesar y aunque hice las mayores locuras sobre el tapete verde, a ver si no acaparaba tantas fichas, no hubo manera. La suerte es así, tozuda, caprichosa. Y cuando terminó el juego estaba tan azarada que murmuré algo, como si se hubiera jugado en broma, sin empeñar dineros. Todos se rieron mucho con ello, claro está, porque eran unos caballeros, y cambiadas las fichas, yo me encontré con un buen fajo de billetes en la mano, que, ya digo, guardé muy azarada en mi bolso entre las bromas de aquellos hombres y la envidia de las pocas mujeres.

Vi más veces a estas gentes. Allí y fuera de allí, al correr de los años. Pero, no sé por qué, se me quedó grabado el cuadro. Todos tostados por el sol,

maduros, ambiciosos, activos, junto a la mesa de juego, con la piscina tan próxima, las mariposas nocturnas golpeándose contra las lámparas, el horrible perro boxer babeando babas inagotables, el duque patitieso, los criados elegantes, la hombruna amiga del aristócrata y, entre todo aquello, que tenía su clase, la mamá paleta de la querendona, vestida de negro y abanicándose con un abanico de feria de pueblo.

Bueno. Era ya muy tarde cuando nos marchamos, tras prometer volver por allí. Menos mal que mi hombre había perdido bastante. Por eso, cuando estuvimos en nuestro *bungalow*, saqué el dinero y quise dárselo. Lo rechazó con enfado, por lo cual me quedé con los billetes y, desde entonces, anduve con la preocupación de no perderlos. Pues yo no soy de esos que entregan los cuartos en la recepción del hotel, por si las moscas.

A la mañana siguiente me puse el bikini. Y como por entonces no se veían por las playas, nos fuimos en busca de alguna calilla solitaria. La encontramos, camino de Fuengirola, y allí nos metimos a gusto en el agua. Pero cuando estábamos tomando el sol, surgió, tras unas rocas, una pareja de civiles que avanzó hacia nosotros, como dos insectos verdes coronados por negros relucientes.

Yo me tapé un poco, porque se me comían con los ojos, y mi hombre se incorporó sobre la arena.

¿Qué pasa?

Tengo que denunciarlos por inmoralidad pública.

¡Vaya, nombre! ¿Y dónde estala inmoralidad?

En el traje de baño de esa señora.

¿Y el público? Porque aquí no hay nadie.

Déjese de chanzas. Les hemos observado todo el tiempo desde el cuartelillo con el catalejo.

Como si fuéramos contrabandistas. Me imagino que ese catalejo debe haber sido adquirido para eso. Pero, guardia, a los contrabandistas los deben ustedes ver muy mal, porque todo esto se encuentra lleno de ellos.

¿Qué quiere decir?

Lo que estoy diciendo. Si quiere le llevo ahora mismo a varias casas de Marbella donde se vende de todo.

Es otra cuestión.

No, señor. Está usted equivocado. Según la ley administrativa de 1892, aún vigente, usar de un objeto adquirido a costa del presupuesto con un fin en otra cosa significa una malversación de fondos. De manera que ustedes han incurrido en un delito administrativo vigilándonos con su catalejo.

Eso se lo explicará usted al sargento.

Es un mal asunto para usted, guardia, se lo advierto.

El civil, un cabo si mal no recuerdo, calló un momento. Se le veía preocupado con aquello de la ley de 1892. Era un hombre cuarentón y renegro, velludo y acalorado por el uniforme, que no cesaba de mirarme con ojos rijosos.

Al fin venció sus dudas e insistió en formalizar la denuncia. Mi hombre, entonces, se alzó perezosamente de la arena.

Venga conmigo, cabo. Que le voy a enseñar unos papeles.

Se lo llevó hacia el coche, mientras el otro guardia se quedaba junto a mí. Éste era un jovenzuelo de gesto más tierno.

Parece mentira que se dediquen ustedes a estas bobadas.

Ya ve, señora. Uno, a obedecer.

No quise discutir ni ponerlo en un compromiso al pobre chico, pues ya se veía que no estaba de acuerdo con tanta severidad. Me callé y, a poco, volvió mi hombre con el cabo.

Ya está todo arreglado. No te preocupes, nena.

Me alegro. Porque a mí no me gustan los líos con la autoridad.

Nada, nada. Aquí, el cabo, que es muy amable, ha visto mis papeles y se ha hecho cargo de la situación.

El cabo sonrió con risa de conejo. Y la pareja se marchó por la arena hacia las rocas, reluciendo al sol sus negros.

¿Y esa ley?

Camelo, tonta, camelo.

Nos reímos un rato a cuenta de ello, pero yo no me atrevía a destaparme y a lucir de nuevo el bikini. Con lo cual, y como ya era tarde, dejamos la cala, solitaria, pero bajo la implacable vigilancia de un lejano catalejo.

El asunto de mi bikini debió comentarse en el grupo del duque, porque un par de días después, cuando nos bañábamos en la playa de «Casaflorida», éste nos llamó, desde lejos. Estaba en bañador, tumbado bajo un racimo de sombrillas que semejabán coloreadas setas, jugueteando con una pareja de temblorosos chihuahuas. Un criado le atendía una mesa, sobre la que se desparramaban tapas, botellas, hielo y algunos alcoholes. La querendona se estaba bañando, pero allí, un tanto apartada, se encontraba la mamá, con sus lutos y su abanico de feria de pueblo. Junto al duque, el militar de bigotito chulo tomaba sin prisas un «martini». Hacía calor, mucho calor y se estaba allí muy bien, refrescando bajo las sombrillas.

Ya me han dicho, ya me han dicho lo del bikini... ¿Qué bebéis?

Un vermut.

Yo una ginebra.

Y que no se pone pesado ese cabo, hija. Haberlo dicho y lo hubiera arreglado en seguida éste, que para eso es comandante.

Depende, depende bromeó el militar. Depende de cómo fuera el bikini.

Mira, chiquilla. Lo mejor es que te lo pongas una mañana, para que lo veamos.

¿Y si lo ve el cabo con su catalejo?

Estando el comandante no se atrevería a acercarse.

El militar era un tío simpático, aún joven, que andaba siempre rodando con una estupenda moto, haciendo mucho ruido y causando la admiración de la gente. Pero, como buen militar, tenía unas ideas más tradicionalistas que el duque.

Pronto se verán por aquí bikinis a todo pasto. Como se ven por toda Europa. Nosotros vamos siempre retrasados, pero las cosas acaban por llegar y es tonto oponerse.

¿Tú crees?

¿Que si lo creo? Mira, ¿ves allí a tus hijas? señaló el duque al comandante, apuntando su dedo hacia dos niñas de ocho a diez años, que chapoteaban en el agua de la orilla gozosamente. Pues, si vives, que vivirás, porque eres un tío fuerte, las verás dentro de unos años a las dos en bikini.

No digas eso, Carlos. Porque si se me ponen así delante, del bofetón que les voy a dar las mandaré al otro lado del estrecho.

No tanto, no tanto. Te aguantarás, hombre. Y, además, no le darás esta importancia.

Para ti es que no existe la moral, ya lo sabemos.

Hay que reconocer, para los que creéis en ella, que, al menos, es muy maleable y que lo que hoy condena mañana lo acepta descaradamente. Nada, nada. Lo dicho. Verás a tus dos niñas en bikini. ¡Ay!, mira, me gustaría vivir para recordártelo.

Se rió el duque un rato y después se incorporó, alzándose de su tumbona apoyado en un bastón ortopédico. Los chihuahuas saltaron tras de él al suelo.

¿Dónde vas, Carlos? se alarmó la amiga, que estaba secándose al sol sobre una toalla.

Al agua.

¡Que disparate! No puedes hacer eso.

Ya veremos si puedo o no puedo.

Te lo ha prohibido el médico.

La mamá de la querendona, pasmada por el susto, dejó el abanico en suspenso. Un criado intentó ayudar al duque, pero él lo rechazó con gesto enérgico. Después, se dirigió torpemente hacia la orilla, seguido por los perros. Entró en el agua, soltó el bastón y se tiró entre las pequeñas olas, avanzando mar adentro. El comandante, al verlo, comentó sonriendo:

¡Qué tío! Un día se nos ahoga. Pero no hay quien lo sujete. Y eso que tiene en la pierna una flebitis. Voy a acercarme, por si acaso.

Fue hacia el agua el militar, metiéndose en ella cerca del duque, pero sin intentar ayudarlo. Algunas veces me acuerdo de los dos y de la sólida amistad que unía a hombres tan distintos. Y cuando veo ahora la Costa llena de bikinis, que hasta las niñas más estrechas se lo ciñen al busto, me pregunto si las dos hijas del comandante estarán al otro lado del estrecho.

Calor, mucho calor. Cuando se sabe que cerca hay una ducha fresca y una bebida gaseosa con trochos de hielo, gusta el calor. A mí, al menos, me complace sentir esa torpeza, esa modorra que da el calor y que parece exprimerte el cuerpo en limpios sudores.

Ahora mismo estaba sintiendo un par de gotas correrme por el escote, entrar por el canal de los pechos. Se me antojó que tenía algo más de pecho últimamente. Quizá la buena vida y el buen uso de ellos.

Estaba desnuda, tan sólo con unos coquetos calzones puestos. Mi piel, con el sol de la playa, había adquirido ese color barquillo, un tanto sonrosado, que toma cuando se tuesta y que tanto me favorece. Sentada junto a la puerta del *bungalow*, buscando la corriente, me sentía una mujer estupenda, mientras me barnizaba las uñas de un pie con el barniz de moda.

Mi hombre estaba allí cerca, fumando el oloroso tabaco holandés de su pipa y leyendo un periódico de Málaga. Había un amodorrado sosiego en el aire y se escuchaba el zumbido de los insectos y el lejano ladrido de algún perro. Esto tenía de bueno «Casaflorida». Que los *bungalows* estaban muy separados, no juntos como los de los moteles de ahora. Y que, metidos entre sus macizos de flores, nadie veía a nadie.

De pronto, con un sobresalto, me di cuenta de una cosa:

Oye, corazón. ¡Pero si todavía no sé cómo te llamas! ¡Si seré tonta!

¿Tonta, por qué? Los nombres carecen de importancia.

Pero, vamos, después de tantos días de estar juntos. ¡Qué distraída soy!

Eso me alegra. Cuando nos distraemos así es que andamos cerca de ser felices.

Tú sabes que lo soy.

¿De veras?

Te lo aseguro. Y por primera vez en mi vida. Tú no. Se ve que tú has sido feliz otras veces, que has llevado una vida menos dura.

¡Quién sabe!

Bueno. Pero se me olvidaba otra vez preguntarle cómo te llamas.

Pues no me lo preguntes. ¿Para qué quieres saberlo?

Hombre, no sé. Para acordarme más de ti.

Me tienes siempre al lado.

Pero esto no podrá durar mucho, ¿no es cierto?

¡Qué sabemos!

Bueno, dime tu nombre. ¿Cómo te gustaría a ti que me llamara? Pues, mira, no sé... Javier, Carlos, Fernando. Son nombres bonitos. Me llamo Fernando.

¡Qué casualidad! No lo creo. Que sí. Que me llamo Fernando.

A verlo. Enséñame tu documento de identidad.

No lo tengo.

¿Que no lo tienes?

Pues no.

¿Y cómo es eso?

Ya ves. Me aterra convertirme en un número. El millón ochocientos mil doce, por ejemplo.

Pero, a veces, es necesario el documento.

No lo creas. Todo es cuestión de dinero. Se pagan las multas y se arregla la cosa.

No acabo de creerlo... Oye: te voy a hacer una pregunta indiscreta. ¿Me dejas?

Ya veremos.

Tú no eres hombre de dinero. Ahora lo tienes y te lo gastas, pero no eres rico, ¿no es cierto?

Tienes un olfato de miedo. ¿Cómo lo has adivinado?

En mil detalles. Pero no podría explicártelo. Sólo puedo decirte que los ricos dan mucho valor a los cuartos y que tú los tienes poco en cuenta.

Eres muy lista.

No, tonto. Que sé un poco de esto.

¡Un poco! Un mucho, me parece.

Y, ahora, ¿cómo es que dispones de dinero?

Negocios.

Sucios.

Claro. Muy sucios. ¿Dónde has visto tú negocios limpios?

Algunos presumen de ellos.

Pues mienten. Se puede ganar dinero honradamente y poco a poco con una profesión: ser médico, arquitecto, ingeniero, abogado o cualquier otra cosa.

Pero estos negocios de ahora, estos que se improvisan y dejan dinero rápido son negocios sucios. Te lo digo en serio.

Eso creo yo.

Sigue creyéndolo. Y no dejes que te engañen los que presumen de honestos.

¿Entonces tú eres eso que en las novelas llaman un aventurero? Un aventurero muy guapo, tú lo sabes. Y a quien yo quiero.

¿Nos metemos un ratito dentro, a ver si es cierto?

No, Fernando, no. Si acabamos de dejarlo hace un momento. También hay que hablar un poco algunas veces.

Malo, malo. Cuando se habla es que comienza a bajar la fiebre.

No, no. Si no me quejo... Oye, Fernando: ¿durará mucho esto nuestro?

Durará lo que duremos.

¡Qué enigmático!

No. Durará lo que duremos tú y yo juntos, formando pareja.

Pues yo quisiera que durase mucho.

Y yo también, nena. Yo también, ¿verdad que lo sabes?

Sí, creo que lo sé, Fernando, o como te llames.

Tomábamos unos tacos de jamón serrano, empujados por un tinto de la tierra, en el ventorro de «El Higuerón», cuando llegó el escritor gordo con una gitana de esas que acaban de dejar la lendrera en la cueva para ir a la peluquería de la ciudad. ¡Qué blusa amarilla, rabiosa, y qué falda morada! Saludaron, claro, y les hicimos sitio en la mesa.

¿Qué tomas, hija? le preguntó el gordo a la hembra.

Ese jamoncillo parece que no está mal. Pero además quiero queso. Queso manchego. Y manzanilla.

Sirvió el ventero y, mientras tanto, el escritor nos explicó que la gitana iba a bailar y a cantar en el tablao que el duque Tenía en Marbella. Y que, después, se organizaría un flamenco de los buenos.

Nos comprometió y no hubo más remedio que ir allí, tras la cena. Era una sala de espectáculos, al aire libre, muy mona y graciosamente dispuesta, porque el duque tenía gusto para todo. Y, allí, entre otros números peores, pero que encantaron a la gente del pueblo, la gitana se transfiguró. ¡Hay que

ver cómo ayuda el negro! Y cuando bailó la petenera de «La bella judía», aquella mujer detonante de la tarde, llegó a alcanzar una dramática elegancia.

Después, acabado el recital, fuimos a la casa del duque, a lo del flamenco.

A mí, la verdad, los flamencos me aburren. A pesar de ser andaluza, o precisamente por serlo, se me antojan un espectáculo falso en la mayoría de las veces. Porque es muy difícil que, en alguna rara ocasión, de todo este mediocre barullo, surja la llama de bronce que te quema las entrañas y que te hace conocer la presencia del verdadero cante y del baile jondo. Ese misterio que asoma detrás de las cosas. Ya que, generalmente, todo se queda en palmas, gritos, taconeos y un triste y forzado alboroto que trata de aparentar alegría. He soportado, sí, muchos flamencos en mi vida, pues hay hombres que no conciben una juerga sin organizar uno de ellos, y suelen atragantárseme.

El de aquella noche fue de los peores. La gitana creía que con el vino le vendría el duende y lo que hizo fue dar a todos la lata con una tajada de miedo. En cuanto a los otros elementos, como siempre. Los mismos fandanguillos de Huelva, las mismas bulerías, y tú, hora tras hora esperando lo que no llegaba, lo que con ciertas gentes no puede llegar nunca.

Así se lo dije al escritor gordo. Él me dio la razón y me dijo que aguantaba a la gitana porque quería acostarse con ella. Le critiqué el mal gusto y me contestó que lo que importaba en este caso era que la tía tenía fama de cachonda. Yo le advertí, por decir algo, como hablo casi siempre, que me parecía un tipo cínico.

Y qué quieres tú que yo sea. Con estas gorduras, con los años que ya tengo encima, y lo que he visto y sufrido, pues ¿qué me queda sino hacerme el cínico? Porque, a lo mejor, no lo soy. A lo mejor, hija, estoy lleno de ternura, de amor y hasta de bondad. ¿Pero no crees que haría el ridículo si los manifestara con estas mantecas?

Aquella confesión del hombre me gustó. Se me antojó valiente. Y desde entonces el escritor gordo y famoso me cayó muy bien, en las muchas ocasiones en que nos encontramos en la vida. Porque tenía razón. Lo último, hacer el ridículo. Aunque explote una.

El flamenco acabó muy tarde, pero el duque lo apuró hasta su fin, cuando ya todos estábamos agotados o borrachos. El duque murió poco después, y yo siempre lo recordaré allí, en su preciosa casa, rodeado por sus perros y por sus putas, con su cabeza de león y su pierna tiesa, ya impotente para satisfacer las energías que aún le animaban. Estas personas debían morir de pronto y no así, lentamente, comidos por los piojos que siempre cría la debilidad. Por eso le

tomé asco a su querendona y a la familia de la querendona. Pero ¡ay!, así son las cosas.

Desvelada, sentía a la noche vivir en mi sangre. Estaba allí, tendida sobre la cama del *bungalow*, completamente desnuda, junto al cuerpo también sin ropa de mi amante. Él estaba dormido y su respiración, poderosa y profunda, pero sin ruidos, le alzaba el ancho pecho. Yo me sentía despabilada como nunca y, tendida a su lado, sabía que tardaría en volver a dormirme.

El grillo de todas las noches cantaba nervioso, acerado, sobre el fondo más lejano de otros ruidos. Un mochuelo maullaba su llamada desde una higuera próxima. Y el aroma de los dondiegos, de los jazmines, de las madreselvas, de todas las flores del jardín parecía espesarse con la cercanía del alba.

La noche se sentía como un hervor, como una crepitación misteriosa de aquel mundo de insectos, de aves, de animales desconocidos y de vegetales jugosos y bien regados. De vez en cuando, una ráfaga de caliente terral traía un olor a higos maduros y melosos. Se me antojaba alcanzar aromas que no había apreciado nunca y me sentía despejada, viva, con una desconocida tensión interior que precipitaba la cascada de mi pensamiento y que parecía ofrecerme una sorprendente comprensión de las cosas.

¿Cuánto me duraría aquel hombre? Poco, probablemente poco, porque estas cosas no duran. Y habría que volver a servir la lujuria de los otros con el cuerpo ya muerto y frío, sabe Dios hasta cuándo. Los otros. Nunca mejor son los hombres otros que sobre un lecho de prostituta. Nunca más alejados, más amurallados por los espinosos setos de la lujuria. Cuando un hombre cierra la puerta de la alcoba del trato, yo sufro siempre un espasmo de pánico. Porque las putas estamos para eso, para vaciar el cubo de la basura del deseo. Raro es el hombre que, a nuestro lado, actúa normalmente. Unos tiemblan terribles temores, otros rugen un rencor oculto y hay muchos absolutamente desviados, para los que el sexo resulta un martirio... Aquel hombre de los polvos de talco, aquel otro que sólo se excitaba si una fingía fregar el suelo. Todos, todos torturados por su lujuria, los jóvenes y los viejos. Todos prisioneros, esclavos de sus perversiones. Cosas que, naturalmente, ocultan a sus mujeres o a sus amigas elegantes, porque para eso estamos las putas.

En el hospicio de Almería les llamábamos madres a ciertas monjas. Había una, con la cara llena de granos, que siempre que te alcanzaba te pellizcaba, con un pellizco retorcido y nervioso, que hacía saltar las lágrimas. Otra, en cambio, te besaba con pena, con mucha pena. Y yo no sé qué era peor, si la pena o el pellizco. La mayoría eran mujeres secas, indiferentes, endurecidas

por la vida en comunidad. Y ninguna era tu madre, aunque se les diera ese falso nombre. Ninguna era la madre que te había parido, la que puede tener derecho a pellizcarte y a besarte, a pegarte si se le antoja, que para eso eres sangre de su sangre y carne de su carne. ¿Quién habrá sido mi madre, Dios? ¿Quién habrá sido? Mi padre me tiene sin cuidado; ¡anda y que lo zurzan!, pues hacer hijos es para los hombres cosa de un instante. Pero no quisiera morirme sin besar a mi madre, sin llamarle eso, eso: madre.

¿Cuántas veces se habrá cerrado tras de mí la puerta de la alcoba del trato? ¿Por qué he tenido yo que ser puta? ¿Fue la guerra? ¿Fue lo de aquel tío que me desvirgó en Almería? ¿O es que se nace para puta como se nace para mujer honrada? Porque hay quien resiste y resiste, quien no se entrega, ya lo sé. Y yo, la verdad, resistí poco. Me gustaba el dinero, eso de sacar un billete y poder pagar. Y, además, claro, había que ver mis diecisiete años. Ahora ya no es igual, naturalmente. Quizá sea mejor hembra, acaso encachonde más a los hombres, pero siento mi carne más pesada. Debo estar engordando. Pero tan pronto vuelva a Madrid, ya me encargaré yo de perder peso. No. No quiero grasas. No quiero que se frunza mi vientre ni que me pesen los pechos sobre el estómago.

¿Será verdad eso de la bomba atómica? Si fuera cierto, ¿para qué criar mala sangre con estas cosas? Ahora todo el mundo habla mal del Gobierno por lo de Torrejón de Ardoz, un pueblecito bien tranquilo por cierto. Dicen que se lo han vendido a los norteamericanos por unos dólares y que éstos van a invadir Madrid. Entonces, cuando en Torrejón haya muchos aviones, los rusos tirarán la bomba encima. Y, claro, como Madrid está tan cerca, la palmaremos todos. A mí, la verdad, eso de morir así, en un instante, no me preocupa. ¿Qué mejor muerte que ésa si una ni se entera? Yo lo que temo es a la enfermedad y a la vejez. ¿Habrá cosa peor que una puta vieja? ¡Cualquiera sabe! Quizá sean bulos, porque, aquí, ya se sabe, se habla, se habla incansablemente y se critica siempre al Gobierno, sea el que sea.

Sí. Sería curioso saber cuántas veces se cerró tras de mí la puerta. ¡Hay que ver cómo presumen algunos hombres, fuera! Que si un traje bien cortado, que si una camisa impecable, que si una peluquería de lujo, que si un coche de miedo. ¡Y después, madre, después! Hazme esto, hazme lo otro, por favor, por favor, por favor... No es raro, no, que nos odien los hombres a las putas después de tanta humillación, de tanto desamparo. Aquel de la cuerda, ¿qué? La sacó del bolsillo de su estupendo abrigo. Una cuerda de cáñamo, áspera, dura. Y me pidió que le atara en pelotas con ella a una silla. ¿Para qué? Para pegarle, para escupirle, para echarle otras porquerías encima. Yo, la verdad,

me cabreé, porque estas cosas me cabrean, y le dije que no. Que le fuera a pegar la madre que lo parió. Encima, el tío se encrespó y me dio un latigazo con la cuerda, el cabrón asqueroso. Pero armé un escándalo tal, que vino la alcahueta y el muy cerdo tuvo que marcharse con el rabo, o lo que tuviera, entre las piernas. Aunque quizá fuera peor lo del otro. Lo de aquel tipo de Albacete, cuando yo andaba, de mozuela, con los de las brigadas internacionales. ¿Era un coronel? Sí, creo que sí. Al menos mandaba mucho mucho. Y, eso sí, tenía una gran estampa. Alto, rubio, con los ojos celestes y la piel muy blanca. Pero ¡ay!, nada más cerrar la puerta, se abrazó a mi cuerpo desnudo y se puso a temblar y a lloriquear. Iba para el frente del Ebro, a dar una batalla, y el hombre, creo que era alemán, tenía miedo. Un miedo horroroso, que no podía confesar a nadie, que le pudría el corazón y que allí, entre lágrimas y temores, me confió a mí, a mí, que apenas si tendría diecisiete años. Me dio asco tanta cobardía y estuve muy dura con él. Le dije que si mandaba tanto, que si presumía tanto y no le faltaba nada cuando la mitad de los españoles nos moríamos de hambre, tendría que apencar con la tal batalla y cascar en ella si era preciso, pues así es la vida y no todo el monte es orégano. Pero el tío, dale que dale al lloriqueo y al miedo. Hasta que pedí unos coñacs y le calenté un poco con ellos, pues estaba arrecido. ¿Lo matarían en el Ebro? Nunca lo supe. Ahora quizá me hubiera dado lástima. Porque la verdad es que los hombres viven más solos, más reconcomidos que las mujeres. Las mujeres enseñamos más los bajos fondos del alma, confidenciamos con más facilidad. Pero ellos, con su asqueroso orgullo, con ese fardar que les cierra todas las ventanas de la confianza, viven solos, muy solos.

Así vivía Juan. No. No quiero acordarme de Juan. ¿Por qué querría yo a aquel hombre? Era frío, lejano, vacilante, aunque pareciera lo contrario. ¿Estaba yo ahora más enamorada del que dormía a mi lado? No. Era otra cosa. Juan me obsesionaba, me suspendía el aliento, aunque no pasara nada. Y éste me satisface. Me hace feliz, mientras que aquél me hacía desgraciada.

Acaso me conviniera tener un hijo. Casi todas las putas tienen un hijo. Y yo, claro está, me he quedado muchas veces preñada. Pero tantos raspados quizá me hayan jodido la matriz y cuando quiera tener uno a lo mejor no puedo. No sé. Dicen que con un hijo se vive con más ilusión, se trabaja con más gusto y que lucen más los cuartos. La verdad es que a mí, aunque nadie lo crea, el dinero me da asco. Soy muy interesada, claro, y el que no me paga bien va dado, pero no me impresionan los billetes. Además, te aseguran que ahora de cada cien sólo uno vale de veras. Bueno, a pesar de todo, gusta

tenerlos y gastarlos, gastarlos a lo loco, sin hacer la hormiguita como tantas compañeras que conozco. La prueba es que yo, que he ganado tanto, no tengo un real ahorrado, y quitando el piso... Fuera, fuera los cuartos, estos billetes asquerosos del trato.

Aquellos políticos... Aquéllos sí que soltaban fácilmente los dineros. Porque son un poco como nosotras, las putas. Vivimos aturdidamente, mintiendo siempre, nosotras a los hombres, y ellos a todo el mundo; y, además, recibimos muy de prisa los cuartos, sin trabajarlos a fondo, como otras personas. Aquellos dos políticos eran muy importantes, creo que de los más altos. De esos que salen sin cesar en los papeles con gesto severo y grave. No puedo, pues, hablar de su físico, ya que la gente podría reconocerlos y yo no quiero líos con ellos. Sólo puedo decir que eran bien distintos. Uno, abierto, echado para delante, o al menos lo parecía, porque con ellos nunca se sabe; otro, cauteloso, hipócrita, con aire de beatón de sacristía. Les gusté aquella tarde, a los dos. El primero preparó una cita, abiertamente. El segundo, después de ocultarse todo el tiempo tras una risita de conejo, y de mirarme con un mirar turbio, me puso un papelito en la mano, al estrechármela para despedirse. Fui con el primero, claro. Y me limpié el culo con el papelito cobarde del segundo. Sí, el culo, con almorrana y todo. ¿Por qué tendré yo almorranas? Debe ser cosa del estreñimiento, que yo soy muy estreñida. Tanto que me paso seis o siete días sin hacer de cuerpo. Y después exploto. Ésta es otra de mis complicaciones. Porque cuando noto que voy a explotar y comienzo con los pedos, si estoy en mi casa o en una sala de fiestas, me meto un rato en el retrete, me leo, si puedo, una novela de Corín Tellado, y espero a que salga la mierda de seis días. Pero si estoy como aquí, viviendo en este pequeño y lindo *bungalow* con un hombre que me interesa, no lo voy a apestar desde el cuarto de aseo. Por eso, el otro día, en la playa, me vine corriendo, mientras él se bañaba, y solté a solas la cagada. Después abrí bien las ventanas, lo ventilé todo y volví a la playa. Pero como me vengan las ganas de noche o en otro momento inoportuno, va a resultar muy desagradable. Porque, encima, estos cochinos hombres, cuando se ilusionan con una exigen que se sea una especie de espíritu puro: que no cagues, ni mees. Ni tengas menstruaciones.

Una es un cuerpo. ¡Y menudo cuerpo de treinta y dos años que yo tengo ahora! Aunque también tenga una su espíritu, claro. A veces muy guardadito, no lo niego. Por cierto, que yo no entiendo bien estas cosas del cuerpo y del alma, y eso de que después de la muerte el alma se vaya por ahí y que sea inmortal. He hablado de esto con algunos hombres, sobre todo con el pobre

Andrés Diamante, cuando aún no le había entrado aquella manía de romper televisores. Y nunca saben aclararme las cosas. A mí, si digo la verdad, se me antoja que eso del alma inmortal es un truco de los hombres para no resignarse a morir del todo, a ser pasto de gusanos y nada más. Unos creen, por lo visto, que después de morirse se transforman en una vaca o en otros animales. Un moro que conocí creía en el paraíso de Mahoma. Y, por aquí, se cree mucho en el cielo y en el infierno. Yo no creo en ello porque, si creyera, tendría que pensar que iba a ir de cabeza al infierno. Por otra parte, pienso que, si hay Dios, que yo lo ignoro, tendrá que ser misericordioso. Y que sabrá comprender lo que nadie comprenda, y que sabrá perdonar. Porque, de no ser así, el cielo estará deshabitado y solo, ya que, de los hombres que yo he conocido, y quitando a Andrés Diamante, ni uno podría ir después de muerto a otro lugar que a cocerse y a recocerse bien en el infierno. Pues el que no es un cabrón es un mala leche, y el que no es ninguna de estas dos cosas, pues roba o mata, si se tercia y puede escapar impunemente. En cuanto a lo de los mandamientos, ¿quién los cumple aquí, vamos a ver? Todos andan fornicando o robando, jodiendo al prójimo o queriéndole quitar su mujer, si está buena. Eso de amar al prójimo resulta ya de choteo. Y mira tú que he conocido hombres y hombres... Por eso digo que, sin una gran misericordia divina, el cielo estará vacío y que tan sólo andará por allí algún bobalicón incapaz de malicia.

A mí lo que me parece es que en esto hay que ser humilde, muy humilde. Aguantarse la ignorancia y cargar con lo que venga. Yo pienso que lo más probable es que el día en que me muera comenzará mi pudrición y nada más. Y no me importa. De veras que no me importa acabar de una vez, acabar por completo, sin líos de inmortalidades, ni de premios o castigos en otros mundos, que ya tuve bastantes problemas en éste.

De todos modos, hay que considerar que una se encuentra aquí, sobre esta dura y cruel tierra, sin saber por qué y sin saber verdaderamente qué hace. Por eso, Andrés, que era creyente, y así acabó el pobrecito, decía que alguien tenía que organizar todo este lío y que ese alguien sólo podía ser Dios. Yo no estoy tan segura, porque también hay perros y gatos sobre la Tierra y no creo que nadie se ocupe de ellos. ¿Y qué somos nosotros sino otros animales como los perros y los gatos, aunque algo más listillos? ¿Merecemos, acaso, que haya un Dios sólo para ocuparse de nosotros? Eso se me antoja otra vanidad masculina.

No se crea, por todo lo que estoy pensando, que yo le dé muchas vueltas a estas cosas, ni mucho menos que sea una mujer sabihonda. Pero ya dije que

aquella noche del *bungalow* de «Casaflorida» me sentía rara. Como si alguien le hubiera pegado un frenazo a mi pensamiento, que suele ocuparse de otras cosas más frívolas, y le hubiera metido en estas encrucijadas. Tampoco debe creerse que yo sea una atea de ésas, rabiosillas y rencorosas, que andan por ahí. No. Nada de eso. Yo, entre otras cosas, voy todos los primeros viernes de marzo a Jesús de Medinaceli y soy capaz de quedarme varias horas en la cola, pasmada por el frío, con tal de poder besarle los pies al Señor. Por otra parte, y hay que distinguir, nunca pude escuchar la historia de la Pasión y muerte de Cristo, sin que se me saltaran las lágrimas. No sólo de niña, sino ahora también. Lo siento en mis entrañas, me entra una congoja, un desconsuelo tal que lloro y gimoteo como una tonta. Y es que yo daría la vida por haber conocido a Cristo. Daría la vida por haber nacido en su tiempo, por haberlo visto cruzar por algún camino polvoriento de su Galilea. Yo, entonces, lo hubiera dejado todo, absolutamente todo. Y habría ido tras de Él, sin duda alguna. Soy fácil, no le temo a las llagas en los pies, ni a los piojos, ni a la miseria. Con un tomate, un pimiento, un poco de queso y algo de pan, si se encuentra, puedo sustentarme. Me hubiera ido detrás, sí señor. Y así habría escuchado su voz. Yo me la imagino honda, muy honda, caliente y acaso un poco ronca. Enronquecida por la tristeza. Porque Cristo tuvo que sentirse solo y triste. Solo, muy solo, que la justicia trae soledad y el justo tiene que saberse solitario. Y triste, al verse en esta miseria que somos los hombres. Aunque muriera por salvarnos de nosotros mismos, como dicen los curas. Éstos, los curas, me dan alergia cuando repiten con su voz gangosa las palabras que Cristo debió pronunciar con la suya, tan hermosa. ¡Qué diferencia! Por eso digo yo que me hubiera ido tras de Él. Y aún ahora, pongo por ejemplo, si Cristo pasara por algún camino y yo supiera de cierto que era Él, lo dejaría todo también, sin dudarlo ni un solo instante. Yo, Lola, espejo oscuro, una pobre puta. Nosé, en verdad, por qué lo haría, pero sí sé, lo repito, que me pondría, sin más, en marcha, tras de Él.

Pensando en esta certidumbre escuché un leve pisar de la grava, ante la puerta trasera del *bungalow*. Me alcé de un salto y, echándome la bata, fui a ver lo que pasaba. A la dudosa luz del alba vi que un perro campero andaba revolviendo el cubo de la basura. Con lo cual me volví a la cama. ¡Pobre idiota! ¿Qué te habías atrevido a imaginar? ¿O es que crees que por ti, miserable ramera, va a realizarse un milagro? Pasaron esos tiempos, nena.

Me tumbé de nuevo sobre la cama, desencantada y un poco rabiosa. Tú a lo tuyo, me dije. Y déjate ya de pensar tonterías. Sí, estaba bien, pero todavía me quedaban fuerzas para rebelarme aquella noche. Porque, en realidad, ¿qué

era lo mío? ¿Putear toda la vida? ¿Dejarlo, por el contrario, y ponerme a trabajar honradamente? ¿Tener un hijo? ¿Casarme con algún idiota y hacerme una mujer de derechas? ¿Qué era lo mío, qué?

El grillo ya no cantaba. Los olores de la noche se habían encerrado, con el alba. La mar se encrespaba con la marejada, sonando olas más poderosas. Mi hombre, sin despertarse, dio una vuelta en la cama y puso su fuerte brazo en mi cintura. ¿Qué era lo mío, qué? Me dormí pensándolo y cuando me desperté, ya muy adelantada la mañana, lo hice sabiendo que había dormido mal, pero sin acordarme de nada. Quizás el único rastro que me dejó aquel raro desvelo fue el de un vivo apetito que me hizo engullir velozmente el escaso desayuno que nos traían al *bungalow* cuando se avisaba.

Seguimos en «Casaflorida» algunos días. La mañana entretenida con el baño y la tarde rodando el coche por las carreteras. Así fuimos a la feria de Nerja, donde se empeñaron en enseñarnos unas cuevas muy grandes, pues ya se sabe que en España no faltan. A mí las ferias, la verdad, me aburren y me cansan, pues no soy jaranera de ruidos y barullo, y todos estos festejos populares, ya se sabe lo que son: polvo, tufo del aceitazo de los churros, tiro al blanco y altavoces que te taladran los tímpanos. Por otra parte, en Nerja le dio a mi hombre, que a veces era muy inocentón, por meterse conmigo en uno de esos coches eléctricos que chocan unos con otros, y allí nos estuvimos un rato, acabando con el cuerpo molido a golpes. Después quiso montarse en la noria, pero yo me negué, porque me da vértigo y me mareo. Acababa de comerme un trozo de coco y no quise dar el espectáculo.

Otra tarde subimos hasta Ronda, por la carretera de San Pedro de Alcántara. Esto me trajo muchos recuerdos, pues ya se sabe que de mozuela anduve pisando aquellos caminos, con unos gitanos. No tenía un cuarto, estaba mal comida y sucia, carecía de toda comodidad y, sin embargo, había en mí un brío, una alegría que Madrid se encargó de matarme poco a poco, año tras año, con sus hombres. Yo creo que fueron los hombres, pero ¡vaya usted a saber si no fueron también los años!

Fuimos hasta Algeciras y entramos en Gibraltar. Yo no conocía aquello y en el peñón lo pasé muy bien, comprando infinidad de cosas monas, pues ya quedó dicho lo generoso que era mi hombre. Él me contó, para distraerme, la historia de Gibraltar. Y hay que reconocer, aunque no sea una patrioter, que los tales ingleses son unos caras y que tienen más jeta que nadie. Por eso a mí no me gustan las guerras y nunca pude explicarme bien por qué los hombres llegan a esos extremos y no logran discutir las cosas pacíficamente, sin matarse como fieras. Yo lo digo siempre, aunque se rían de mí, pero estoy

segura de que si mandáramos las mujeres habría, sí, muchas discusiones, muchos insultos y gritos, pero de matarse nada, porque en el fondo somos más conservadoras, y lo que más vale conservar es la piel.

El tiempo, que había sido maravilloso, se torció con un poniente que vino del estrecho. No pude bañarme y, con ello, andábamos algo despistados. Comprendí que se estaban acabando aquellos días tan felices de «Casaflorida» y, efectivamente, en uno de ellos mi hombre dijo que tenía que regresar a Madrid. Yo lo sentí mucho, pues el viaje me daba mala espina, pero me callé, porque, ¿quién es capaz de parar el tiempo? Por eso me metí tristona en el estupendo coche y volvimos a la capital, sucia y polvorienta, en otro viaje relámpago. Vine pensando si mi pareja me llevaría a un hotel, para seguir viviendo juntos, o me dejaría en mi piso. Pues hay que recordar que, desde que nos encontramos aquella noche a la puerta de «Casablanca» no nos habíamos separado.

Fuimos a mi casa, como yo me temía. Me dejó en mi portal, entregó mis maletas al portero, que acudió solícito, y allá se fue en su coche maravilloso, agitando la mano en un gesto de despedida.

Me había dicho que me llamaría por teléfono y que vendría a buscarme. Pero, claro, ya no lo vi más. Nunca más.

Quizá por ello, dudo siempre si aquel sorprendente lance de amor me ocurrió en verdad o fue tan sólo un producto de mi imaginación, de mis más hondos deseos de felicidad. Aquel hombre y su coche, ¿existieron realmente o los produjo mi fantasía, mi sed de algo que se apartara de la rutina de mi vida? ¿No iría a «Casaflorida» con otro tío más vulgar, con un hombre cualquiera? ¡Bah! No quiero saberlo. Lo que vale es que fui feliz y, por tanto, da lo mismo que fuera realidad, con la realidad cotidiana y gris de todos los días, o un fantástico sueño despegado de esa mediocre realidad.

Las trampas de la vida

La primera bofetada me cogió de sorpresa, pues me han pegado pocas veces. El golpe, muy fuerte, me dio en la oreja y parte de la mejilla. Y me dolió tanto, que pensé que me había roto el oído.

El tipo era un cordobés cuarentón, de pelo renegro y ondulado, piel enverdecida por la bilis y un aliento que tiraba de espaldas. Por lo demás, carnoso, chulo, ceceante. En fin, uno de esos lamentables indígenas que con harta frecuencia produce Andalucía. Había pagado una dormida y allí estaba yo con él, encerrada en una alcoba de la casa.

La casa era, por entonces, el burdel más caro y de más postín de Madrid. Tuve que meterme allí porque no estaban las cosas para bromas y, como era menor, pues debía andar por los dieciocho o diecinueve años, si me cogían me amenazaba el campo de Oropesa, que era el terror de todas las putas madrileñas. Allí dentro estaba más segura, pues la dueña tenía muchas agarraderas, nadie molestaba y, además, me había apañado un papel falso en el que yo figuraba con veintitrés años. ¡Veintitrés años! ¡Con aquel cuerpecito en flor y aquella carita de niña que tenía yo por entonces!

Fea, costrosa y grisácea de fachada, con todas las ventanas cerradas por unas impenetrables persianas marrones, la casa era lujosísima por dentro. Alfombras de nudo, maderas riquísimas, taraceadas, espejos por todas partes, un ascensor que parecía un gabinete y cuartos de baño de los más variados colores en todas las alcobas. Cuando entré allí por primera vez me quedé pasmada, pues ni aun en el cine había visto nada parecido. Pero dentro, entre aquel lujo, ocurrían cosas menos bonitas. Y una de ellas me estaba sucediendo a mí, en aquel momento.

El tío, como digo, había pagado una dormida. A mí me asqueaban por entonces las dormidas, ya creo que quedó dicho, pues si malo es tener que soportar los entusiasmos de un cabrón cualquiera durante un rato, mucho peor era tener que aguantarlo toda la noche. Y, por eso, traté de escapar de aquel compromiso, diciendo que no me encontraba bien. Pero la encargada, que se

las sabía todas y que tenía interés por el tipo, lo tomó a mal y hubo que aguantarse.

La cosa, pues, empezó torcida desde el primer momento, y como yo era novata, no me di cuenta de que aquel hombre no era para torceduras. Pero, tonta de mí, en lugar de bailarle un poco el agua y de torearlo como era debido, me puse antipática. Y mi antipatía fue siempre insoportable, vaya eso por delante. Me pongo seca, orgullosa y los hombres se desesperan conmigo.

Eso quería yo. Que aquél se cansara de soportarme y que, después de despachar de mala manera el asunto me dejara en paz toda la noche. Pero ya dije que no tenía experiencia y que me equivoqué por completo.

El cordobés aguantó mis desplantes un rato, dándole sin cesar al coñac. Hasta que, de pronto, sin más palabras, me atizó la bofetada, comenzando con ella una de las peores noches de mi vida.

Apenas repuesta del golpe me exigió ciertas porquerías, que no es del caso detallar. Y como yo me negara a darle el gusto, me dio otra bofetada, en el otro lado de la cara. Yo entonces, hecha una pantera, le mordí con toda mi fuerza en un dedo.

Aquello acabó de fastidiarlo todo. Como el tío vio que iba a gritar, me agarró bien agarrada y me metió en la boca un pañuelo, amordazándome después con otro. Yo me defendí como pude, pero era un cabrón corpulento, fuerte, y, claro, me dominó por completo. Me ató bien atada a una silla de la alcoba, hasta dejarme inmóvil. Y, una vez así, sin prisas y con regodeo, comenzó su faena. Que consistió en molerme a golpes todo el cuerpo.

Yo estaba desnuda y él no se molestó en vestirse. Tan sólo el muy bruto se puso los zapatos, para patearme mejor las espinillas. Y así pasó aquella noche de espanto. Golpes en la cara, golpes en los pechos, golpes en el vientre, patadas en las piernas y los tobillos. No de una vez y todo seguido, que hubiera sido menos cruel, menos sádico, sino racheando, como el mal viento. Porque, de vez en cuando, el hombre descansaba, se tomaba una copa y hasta se tumbaba en la cama a echar un sueñecillo, el muy mala leche, mientras yo tiritaba atada a la silla, sangrando por un labio partido.

Pasó así la noche, pegándome en silencio, fríamente, sin insultarme ni decirme nada, desnudo, velloso, barrigón, y, por la mañana, se duchó tranquilamente en el cuarto de baño, se peinó y vistió sin prisas. Ya bien arreglado, se marchó dejándome atada y diciendo a la encargada que no me molestaran durante un buen rato, pues había gozado mucho con él y estaba muy cansada.

Me quedé, pues, allí un par de horas, hasta que al cabo, vinieron a hacer la alcoba, ya avanzada la mañana. Estaba hinchada, me encontraba muy mal, tenía fiebre y hubo que meterme en la cama varios días, pues, además, con aquellos morados de los golpes, no valía para nada.

Yo, naturalmente, me puse hecha una fiera. Hablaba de denunciar al chulo, de tomar atroces represalias. Pero la encargada, tras dejarme desahogar el mal trance, me advirtió que aquello eran gajes del oficio y que no podía hacer nada. Y que me valiera de experiencia para no ponerme tan antipática, ya que ser puta era ser esclava.

El caso, tras conmocionar a las mujeres del burdel, pasó, como todo pasa. No vi jamás al hombre y, por tanto, no pude saciar mi venganza. Y si lo traigo ahora de nuevo aquí, antes de comenzar un duro episodio de mi vida, es quizá para justificar mi conducta, mi ensañamiento con un hombre débil, atado de pies y manos al deseo que yo le inspiraba. Sí, a veces, una es mala, pero es que se necesita morder en la carne viva, en la misma sangre de la presa, para desahogar los rencores. Y al hombre que le toque, que se rasque el bocado como pueda.

Le tocó, por esta vez, a Baldomero González, harinero, panadero y hombre de negocios. Sucios, como siempre. Y hasta nuestro primer encuentro resultó torcido y desdichado.

Fue por el mes de octubre, creo que del 53, si no me equivoco. El mes de octubre, ya se sabe, suele ofrecer en Madrid unos días gloriosos. Aquél era uno de ellos. Brillaba la calle de Alcalá con un sol radiante y había en el ambiente una dulzura otoñal deliciosa, animada por una tibia brisa del Guadarrama.

Quienes sólo conocen el Madrid irritado, congestionado y turbio de ahora no pueden imaginarse la simpatía, la gracia y la comodidad de aquellos años.

Yo me encontraba con una compañera en la cervecería de Correos, tomándome unas cigalas con unas cañas, pues soy mujer de aperitivo y siempre que puedo lo disfruto. El aperitivo tiene muchas ventajas. No sólo es una ocasión más para cazar al chorlito, sino que calma las ganas de comer y, así, tragas menos después y no echas grasa.

El chico se acercó cuando yo chupaba una pata de la cigala, y me preguntó si le permitía invitarnos. Acepté el convite y después de los consabidos tanteos por su parte y de las debidas aclaraciones por la mía, para que no hubiera lugar a dudas, quedamos en cenar juntos y en irnos a bailar a «Pasapoga», hasta que bajara un poco la cena.

Ésta fue en una tasca muy celebrada cuyo nombre me callo, para no hacerle una propaganda gratuita. Y allí yo la empujé con un tinto que alegraba las entrañas, al que siguieron en «Pasapoga» otros alcoholes. El chico era joven, simpático y guapo, tenía un «Ford Taunus» estupendo y yo me sentía animadilla. Por eso, al marcharnos de la sala, acepté ir a dar en el coche una vuelta, ya que, además, la noche era espléndida, yo me encontraba un poco sofocada y no tenía aún ganas de irme a la cama. Pero ¡ay, Dios!, este cochino trabajo tiene esto de malo: que no puede una confiarse ni un solo momento, y que hay que andar siempre escamada.

El hecho fue que salimos por la carretera de Aragón y que, pasado Barajas, el chico metió el coche por un camino desierto, pues, según él, prefería darse por allí el lote a ir a una casa. A mí, la verdad, esto no me gustó, pues esas cosas son más bien propias de otro tipo de parejas, amantes o novios recachondos, y no trabajo de putas. A mí me gusta la comodidad de la cama, el agua del cuarto de baño y todas las ventajas de una casa. Pero ya dije que se trataba de un muchacho simpático, que yo estaba de buenas y que la noche, sosegada, espléndida, llena de estrellas, invitaba a disfrutarla.

Le di, pues, al hombre lo que quería y no le contrarié en nada, ni me torcí el humor, como me ocurre tantas veces. Así las cosas, el chico puso el motor en marcha. Entonces le pedí que esperara un momento, pues yo tenía muchas ganas de hacer pis y, antes de marcharnos, quería largar en la cuneta una buena meada. Bajé, pues, alcé mis faldas y me acuclillé detrás del coche, a una discreta distancia.

¿Qué ocurrió en aquel momento? ¿Qué mala tentación se apoderó del hombre? No lo sé. Lo que sí sé es que cuando estaba aún agachada, sentí acelerarse el motor y vi al coche dar una brusca arrancada. Corrí tras de él gritando como loca, pero no paraba. Yo seguí detrás y, al cabo, cuando el «Ford» había ganado ya cierta distancia, lo vi detenerse, sacar el hombre un brazo por la portezuela, dejar algo, mi bolso, en el suelo y arrancar de nuevo, perdiéndose ahora por la carretera.

Me quedé, pues, en ella, sola. Este «deporte» era bastante frecuente por entonces entre los chicos jóvenes, que así se ahorran el justo pago de nuestro trabajo y que, además, satisfacían, al parecer, turbios rencores. Los jóvenes son malos clientes para las putas, sobre todo si tienen buena estampa, pues les molesta pagar a las mujeres y creen que todo lo han de conseguir por la cara. Por eso yo anduve tonta aquella noche confiándome en un guapo chico, olvidando la mala leche que tanto abunda entre los hombres.

Recogí mi bolso y, hecha una hiena, como puede suponerse, me puse a esperar el paso de algún coche. Eran las dos de la madrugada y ya dije que la carretera, estrecha y de tercer orden, apenas estaba transitada.

Pasó, al cabo, un camión, pero yo me escondí en la cuneta, no fuera un tío bruto a complicarme las cosas, pues los camioneros no eran entonces como son ahora.

Cruzó después un motocarro, que me dio miedo también. La brisa del Guadarrama se estaba haciendo muy fresca y yo comencé a sentir frío y a darme cuenta de que estaba muy cansada.

Aún tuve que esperar un buen rato. Hasta que apareció otro coche que, por la luz amarilla de sus faros, se me antojó un turismo y, ya harta de carretera, me puse en medio de ella e hice señas para que se detuviera.

Paró el auto. Era un «Citroen», tracción delantera, y lo conducía Baldomero González, un hombre que, para su desgracia, se había retrasado aquella noche en su fábrica.

Subí al coche y, entre lágrimas, le conté un triste cuento. Le dije que estaba por allí en el auto de mi novio y que éste, que era muy celoso, andaba enfadado conmigo. Tanto que, en el colmo de su cólera, me había dejado sola y abandonada. Sin dejar mis hipos y mis lágrimas, porque vi que causaban mucho efecto, añadí algunas consideraciones sobre los hombres. El tío protestó, claro, diciendo que no todos eran iguales y que él hubiera sido incapaz de hacerle una faena semejante a una mujer sola. Debía el hombre andar por los sesenta y ¡vaya usted a saber las que habría hecho en su vida!

Yo, naturalmente, hice que me lo creía y le observé un poco mientras rodábamos hacia Madrid en el «Citroen». No obstante su edad, el tío lucía un pelo aún oscuro, pero con una veta blanca. Esta veta, que resulta tan elegante en algunas gentes, no le quitaba a este hombre el sello de cateto adinerado que dominaba su persona. No era gordo, pero tenía tripa. No era bajo, pero parecía rechoncho. No era feo, pero su vulgaridad física resultaba evidente. Tenía aún sus dientes, pero al reír enseñaba las encías. Unas encías amoratadas, que repelían. Vestía un buen traje de paño gris, pero arrugado y con manchas. Y, sobre todo, tenía una voz santurrona. Con ella, una vez que yo sequé mis lágrimas y acabé con mis hipos, se extendió en algunas reflexiones sobre la vida moderna, criticando, claro está, todo lo joven y alabando las ventajas de su tiempo. ¡Vamos, el mismo disco de todos los viejos!

Me llevó hasta la puerta de mi casa. Allí, al inclinarse sobre mí para abrirme la portezuela del «Citroen», me apretó disimuladamente con el brazo un pecho. Su dureza debió de gustarle, pues, sofocado, me dijo que debíamos

continuar aquella amistad comenzada tan desgraciadamente, y me pidió el teléfono. Se lo di y bajé del coche con prisa, pues el hombre, al echarse sobre mí, me había hecho llegar un tufo sudoroso y poco limpio. Metí, después, la llave en mi puerta y le dije adiós con un gesto. Él se quedó todavía un momento, informándose con el sereno.

Vive una la vida tan atolondradamente que ni me acordaba de él cuando llamó, un par de días después, por la mañana, a eso de las once, que es para mí una hora aún temprana. El tal Baldomero González no me sonaba a nada.

Sí, mujer, sí. El que te llevó a tu casa la otra noche.

¿Qué noche?

La de la carretera. ¿Es posible que ya no te acuerdes de nada?

¡Ah, sí! Perdona. Es que estoy medio dormida, todavía en la cama.

Siento haberte despertado.

Me dormiré otra vez, no te preocupes. Bueno, dime qué quieres.

Ante todo, saludarte. Y, después, enterarme de si se te pasó el sofoco.

Ya lo ves. Ni me acordaba.

¡Y yo que andaba preocupado!

¡No me digas!

De veras. Oye.

¿Qué?

Me gustaría verte.

Ando estos días bastante ocupada.

Por favor te lo pido. Saca un rato para mí.

Veremos.

¿No puede ser hoy?

Imposible.

¿Y mañana?

Acaso mañana. Mira, tú vete a eso de la una por «Casablanca».

¿La una de la madrugada?

Hombre, claro.

Es que yo no frecuento esos sitios.

¡No me fastidies! ¿Tan santo eres?

No tengo costumbre.

¡Vamos!, que no quieres que te vean.

Ya que lo dices...

Pues, oye, entonces, vuelve a llamar dentro de un par de días y veremos de arreglar de otra manera la cosa.

¿Tan difícil eres?

A veces.

Acuérdate de que te saqué de un mal paso.

No me lo recuerdes. ¡Ah! Y llama un poquito más tarde, corazón. Que yo duermo la mañana.

Aquella misma tarde, después de comer en una tasca, andaba yo tomando un cafelito en el «Fuyma» con Poli, Lucho y unas chicas cuando, no sé por qué, se me ocurrió contar lo que me había ocurrido en la carretera. Aquello, naturalmente, dio lugar a una viva discusión, en la que las mujeres dijimos horrores de los hombres y los hombres presentes se defendieron lo suyo, con el mismo ardor.

Bueno. Dejémonos de tonterías cortó Poli. Y dinos cómo terminó aquello.

Al cabo me recogió un coche. Un tal Baldomero González. Por cierto que me ha llamado esta mañana.

¿Cómo dices? ¿Baldomero González?

Así dijo que se llamaba.

¿Es un tío ya mayor? Más bien grueso y con aire de hortera.

Sí. Apenas pude verlo. Pero me parece.

Pues has caído bien, muñeca. ¿Sabes quién es? le preguntó Poli a Lucho.

No caigo. Aunque me suena.

Sí, hombre, sí. Mero González. Fue uno de los del Consorcio. De los panaderos. ¿Te acuerdas?

Ya caigo. ¡Vaya pájaro!

Después de lo del trigo creo que se ha hecho un tragasantos. Y que con las harinas ha amasado muchísimo dinero.

No me extraña, Poli, no me extraña. ¡Porque fue un estraperlo de los buenos!

Poli y Lucho, dos abogados aún jóvenes que trabajaban lo suyo, se pusieron a hablar mal de todo bicho viviente. Hasta que me aburrí y, curiosa, le pregunté al primero:

Pero, bueno. Dime quién es ese tío cacorro.

Un sinvergüenza.

Eso lo sois todos.

No confundas, preciosa. Hay sinvergüenzas y sinvergüenzas. Y debes saber distinguir. Éste es de los que robaron un barco de trigo argentino para sus estraperlos. Mientras aquí andábamos sin pan, ¿comprendes? De manera que ya lo sabes. Como tiene un nombre tan largo, para abreviárselo le llaman Mero.

Anda bien de cuartos, por lo visto.

Millones, nena, millones. Pero es un rcano y no creo que se los saques. Además, ya lo he dicho, está muy metido en la Iglesia.

Millones, lo que se dice millones, no lo s. Pero me parece que va a costarle muy cara mi amistad.

No presumas, corazón, que este to no cae fácilmente.

Veremos. Porque ya me habéis picado el amor propio.

Pues a ello, guapa. Y ya nos contarás.

Mero González llam exactamente a los dos días indicados, y más tarde, para no despertarme. Volvió a pedirme una entrevista y yo volví a citarlo por la noche en «Casablanca». Le apret lo mío, martirizndolo un rato y, al fin, quedamos en ir a dar una vuelta en el coche por la tarde, que es lo que él quería.

Me esper al final de la Avenida del Generalísimo, junto al depósito de aguas, bien embozado en su abrigo y bufanda, aunque el día no era, ni mucho menos, para tanto.

Hacía fresco, s, porque ya se sabe cómo cambia el tiempo en este Madrid de nuestros pecados cuando se acerca el invierno, pero tanta ropa resultaba exagerada. Además, andaba el hombre muy nervioso. Me hizo subir de prisa al «Citroen», sin bajarse, y lo arrancó a escape, metndose por la carretera hacia Fuencarral.

Qu bien! Me llevas al «Mesn»?

No s... Quizá sea mejor no bajarnos.

Tengo ganas de tomar algo, sabes? Porque no he comido todavía.

Es posible? Qu vida llevas!

Mala. Muy mala.

Con lo bonita que eres.

Por eso mismo, hombre. Si fuera fea...

Me había compuesto lo mío aquella tarde, ésa es la verdad. Manicura, peluquería, cuidado maquillaje, sin exageración, para no asustarlo y un abrigoito monsimo de entretiempo, un modelo de alta costura. Pero lo que más importaba estaba debajo. Porque llevaba una blusita rosa pastel, que me va muy bien, desabotonada, sobre unos pechos sueltos que debía dar gloria adivinarlos. Para comprobar su poder, entreabr el abrigo y le mostró mis interiores, ya que el tío sólo quería parar en una carretera solitaria, y meterme all mano, sin riesgo para su reputación. Yo me resistí a ello y gracias a la blusita y a lo de debajo de ella conseguí que me llevara al «Mesn». Fue mi primera victoria.

Entró en el «Mesón» acobardado, mirando a todas partes. Y, ya dentro, se dirigió hacia una mesa rinconera y lejana, donde se aplastó sobre una silla. ¡Qué mierdas, pero qué mierdas son algunos hombres!

Lo dejé recuperarse un poquito, mientras yo pedía una tortilla con jamón serrano y una jarra del tinto de la casa. Y después me quite el abrigo. El efecto fue fulminante. Me devoró con los ojos, se levantó y se apretó el nudo de la corbata que, ya se sabe, es gesto que suelen hacer los hombres cuando toman una arriesgada decisión. Que, en este caso, fue la de sentarse otra vez, acercármeme más y pasarme el brazo por la espalda.

Naturalmente, ahora pude contemplarlo a mi antojo, pues apenas lo había visto la noche de marras, ni aquella tarde en el «Citroen», entrapajado por el sombrero, el abrigo y la bufanda. Y me di cuenta de que el tío también se había compuesto.

Vestía un traje gris claro, príncipe de Gales, llevaba una corbata azul y un suéter verde. Una combinación estridente. Pero lo peor era la camisa rosácea que acentuaba su estampa cursilona y hortera. No resultaba feo, con todo su pelo, sus dientes y su color moreno, un poco verdoso y bilioso. Pero ya dije que al reír enseñaba unas encías amaratas asquerosas. Por lo demás, se había duchado bien y perfumado con una loción dulzona, que no me gustaba, muy propia de este tipo de hombres.

La verdad, cuando me vio con la blusita y se dio buena cuenta de lo que había bajo su fina tela, se quedó sin habla. Cosa que también le ocurrió al camarero folklórico, al traerme la tortilla y la jarra. Éste se hizo el remolón en torno a la mesa y tuve que mirarlo furiosa para que se fuera.

Bueno, hombre: ¿qué me cuentas?

¡Ay! ¡Cómo estás, nena!

No estoy mal, ¿verdad?

¿Mal? ¡De primera!

¿Hasta ahora no te habías dado cuenta?

No pude verte bien antes.

Claro, con el miedo...

No es miedo, criatura, no es miedo. Es que no estoy acostumbrado a estas cosas.

Casado, naturalmente.

Pues sí, casado.

Y con hijos.

Sí.

Y, además, un poquillo beato.

¿Por qué lo dices?

Me lo imagino. Tienes aspecto de ello.

Mujer, soy creyente y cumplo con la Iglesia. Pero tanto como beato, beato...

No me gustan los beatos, te lo advierto. Ni quiero que nadie peque por mi culpa. Ni con el pensamiento.

Pues yo estoy pecando con él desde que te has quitado el abrigo.

La salida me hizo gracia y me amansé algo. Después comencé a comer mi tortilla y a echarme el vino al estómago. Él bebía poco a poco una ginebra.

Bueno, tú dirás.

¿Qué es lo que tengo que decir?

¿No tenías tanto interés en verme?

Mucho. Y ahora tengo más. Quisiera que fuéramos amigos, muñeca.

¿Qué clase de amigos?

La... la que tú quieras.

Te advierto que soy una mujer difícil, no creas.

Me lo imagino. ¡Con ese cuerpo!

Y la carita, qué. ¿Dónde la dejas? Sólo tienes ojos para mis pechos.

Sí. Sólo tenía ojos para mis pechos. Porque era uno de esos tíos recachondos que no le miran a una la cara, aunque sea monísima, como la mía. Estos tipos, en general, son hombres reprimidos, que joden poco y que andan salidos e insatisfechos. Gente incapaz de apreciar la belleza y de enamorarse de ella. La lujuria los domina y andan recalentados por la imaginación. Los conozco, porque en España, y a ciertas edades, abundan mucho... «¡Míralos, míralos bien, mis pechos, amigo, porque te van a salir caros, muy caros, cielo!».

Pues sí, a veces soy mujer difícil. En otras ocasiones no, ya lo ves, porque estoy un poco loca.

A ver si te entra la locura, preciosa. Aunque, claro, nadie pierde la cabeza con un viejo.

¿Viejo, tú? Si debes andar por los cincuenta, hombre.

Y tantos. Muchos tantos.

Mira, te diré una cosa. En serio: no me gustan los hombres jóvenes.

Quizá sean un poquito tontos y no sepan apreciar las cosas.

Y tú, ¿sabes apreciarlas bien?

Creo que sí. A ti te apreciaría mucho.

¿Mucho mucho?

Mucho mucho.

Andaba ya el hombre cachondo con mis monadas. Y viendo que estábamos casi solos y que en un rincón lejano se magreaba una pareja, acercó su cara a la mía para darme un beso en la mejilla. Le dejé hacer, pero en cuanto intentó trabajar mis tetitas con la mano se la retiré con enfado.

De eso, nada, corazón.

Déjame un poquito. Sólo un poquito, por favor te lo pido.

He dicho que no. Las miras y basta. Y si te pones pesado me meto el abrigo.

No, no. Permíteme, al menos, que las mire.

Aviado estaba el tío. Seguramente tendría una mujer gorda, de tetas colgantes y barriga de acordeón.

Aquella tarde no hubo otra novedad, porque, con estas gentes las cosas marchan siempre así, de una manera rutinaria, sin sorpresas. Él, naturalmente, tanteaba el terreno hasta ver adonde podía llegar y yo lo estudiaba a mi modo, para conocer la mejor forma de sacarle los cuartos. Porque con aquel hombre me había entrado como un ansia de hacer daño, como un ansia de venganza, sin saber qué me inspiraba este deseo. Quizás había en él una hipocresía santurrona que me crispaba y, al mismo tiempo, un desagrado que me lo hacía insoportable. Pero, la verdad, otros peores he aguantado sin tanta antipatía ni tanto rencor.

Cuando me llevó a la puerta de mi casa, el tío echó mano al bolsillo, sacó la cartera y me ofreció unos billetes.

Toma. Para que te compres algo.

¡Oye, tío! ¿Pero por quién me has tomado?

Nada. Que quiero hacerte un regalo, mujer.

Guarda esos billetes ahora mismo y a ver si tienes más delicadeza conmigo. Porque te falta mucho que aprender.

¡Qué coño! No creo que esto sea para ofender a nadie.

Depende, hombre, depende. Y menos coños, ¿sabes?

¿También?

También. Yo soy muy delicada, ¿comprendes? A ver si te vas enterando. Vamos, si es que te interesa aguantarme, porque, si no, mira, con no llamarme más, asunto arreglado. Piénsalo bien.

Bueno. Lo pensaré.

Bajé, al cabo, del coche, subí a mi piso y me di una larga ducha. Y eso que apenas me había tocado. El asunto se presentaba, pues, desagradable. Pero, ya quedó dicho, algo me obligaba a hacerlo caer.

Los domingos salíamos a pasear en fila, las hospicianas de Almería. Formábamos en el patio, emparejándonos entre una algarabía de alegre corral. Una monja, generalmente la madre Feliciano de la Santísima Cruz, nos conducía por las avenidas y por los paseos del puerto de la ciudad. Entonces, ya fuera del hospicio, íbamos más seriecitas, guardando la debida compostura.

La gente nos miraba con compasión, deteniendo, incluso, su lento y aburrido paseo para vernos cruzar, como se hace cuando pasa el Ejército, los seminaristas o una procesión. A mí la compasión me revienta, me saca de quicio. Porque no es como la caridad, en la que siempre vive un sentimiento generoso, sino que en la compasión anida el gusano de la superioridad. «¡Pobrecitas!, no son como nosotros, no son como yo. Nosotros hemos tenido padre y madre, somos hijos legítimos, llevamos un apellido con su historia, con su historia de mierda, claro, y ellas, pobrecitas, no saben de dónde salen». Como si lo supiera alguien. ¡Dios! Como si alguien supiera de dónde viene y adónde va.

Algunos domingos nos encontrábamos a un matrimonio que paseaba a sus dos niños. La mujer, gorda, fofa, gigantona. De esas que se creen mujeres de su casa porque limpian mucho, no toleran el polvo, compran barato, saben freír los jureles, hacer un espeso potaje, unas natillas o un arroz con leche, si se tercia la ocasión. El hombre, un calvo prematuro, empleado en Aduanas o en Correos, congestionado por la vida sedentaria y monótona. De esos que hacen algún trabajillo extra en casa, sentados al brasero con yerbabuena, tosiendo un catarro crónico y echando los gargajos en una escupidera dorada. En fin, una mujer honrada y un probo funcionario. Una pareja de derechas, gente de orden, claro está. En cuanto a los niños hijos de padre y madre, hijos de los dos sin duda alguna, porque ella era muy fea, dos visiones. Lavados, relavados y vueltos a lavar. Y el varoncito metido en un traje blanco de marinero, como tan sólo se ven ya por ciertas ciudades de provincias, y la nena en una falda a cuadros estruendosa, más una rebequita verde muy colocadita. Con el pelo estirado y dos coletillas de hija de familia, no de hospiciana como nosotras, que a nosotras nadie tuvo nunca tiempo, ni ganas de hacernos la coleta.

La mamá nos miraba pasar con ojos turbios. El papá los tenía más bien de cordero degollado. Y los nenes nos contemplaban un poco asustados, porque vaya usted a saber lo que sus progenitores les habrían dicho. La familia me cargaba de tal manera que, en más de una ocasión les saqué la lengua al pasar, con gran escándalo de todos ellos. La verdad es que aquellas pobres gentes debían ignorar los placeres de la vida. Y no me refiero al amor, que allí

parecía ausente, sino a otros placeres menores que puede traernos la existencia y que, al cabo, poseen su importancia. El oler bien el campo mojado, recién pasada la tormenta. El mirar y remirar algunos paisajes. El recibir una brisa fresca en la cara. El saberse una más guapa que otras. El llevar buena ropa encima o el conquistar a un hombre que valga la pena. Sí, la vida no es sólo un valle de lágrimas, un lugar miserable, de puro tránsito, como decía el capellán Odón Bocanegra. La vida urde un raro tejido en el que si bien hay lágrimas brillantes, lágrimas ardientes que brillan como perlas, también hay risas, aljófares y corales que nos traen la belleza del vivir, del sentirse palpar, del disponer de un cuerpo abierto a todos los apetitos.

Sé que aquellos paseos dominicales del hospicio de Almería, entre aquellas gentes compasivas que se paraban a vernos pasar, influyeron mucho en mi vida futura y supieron hacerme gozar de muchas cosas que acaso las demás mujeres no aprecien como las aprecio yo.

Mero González debió pensar bien lo de volver a llamarme, porque estuvo varios días sin dar señales de vida. Y ya temía yo haberle apretado demasiado, provocando la huida de un tan cebado chorlito, cuando, una mañana, después de la una, como estaba mandado, me telefoneó. ¡Dios!, pero qué tontos son los hombres. Porque aquél tan sólo tenía conmigo una solución: la de haberme mandado a la mierda y no haber vuelto más. Pero no, allí estaba otra vez al extremo del hilo, con una voz de cacorro, implorando perdón.

He tenido mucho quehacer estos días.

Pensé que ya no me llamarías más.

¿Y por qué esos malos pensamientos?

¡Qué sé yo!

Le dejé venir a tomar café al piso, pues ya iba madurando aquella breva. Por cierto, que le dio bien al coñac francés que un amigo me había regalado, pues se echó tres copas al estómago. Se veía, sí, que Mero González era hombre de coñac. Y que este licor le pegaba mucho, pues hay hombres de *whisky*, de ginebra, de ron, que se emparejan con los alcoholes según su naturaleza o su manera de ser.

Anduvo un par de horas rondando el asunto de la cama, pero sin atreverse a enfrentarse valientemente con él. Porque se sentía inseguro con aquello de no haberme regalado todavía nada. De no haber pagado la puta, quiero decir. Al cabo, intentó aclarar la cosa.

Quisiera tener contigo una atención.

Me parece muy bien. Pues me gustan mucho las atenciones.

Pero como te enfadaste tanto el otro día...

Oye, Mero. Te voy a decir la verdad, aunque te debías dar cuenta tú solo de ella. Yo, bonito, no soy una mujer de billetes.

Ya.

Soy una mujer mimada, regalada por sus buenos amigos. Y si alguna vez merezco tu atención, por ahí tienes muchas joyerías. Aunque debo advertirte que yo no me pongo cualquier cosa encima.

¿Y... tienes algún capricho especial?

A mí me encapricha todo lo bueno, cielo. Puedes estar seguro.

Y después, ¿qué?

¿Qué quieres? ¿Qué te garantice una dormida ante notario?

¡Qué bruta eres, guapa!

Sí, a veces soy algo bruta, lo reconozco. Pero es que tú no tienes idea de cómo hay que tratar a las mujeres.

Ya lo veo, ya. Quizá me haya dedicado demasiado a trabajar, en lugar de divertirme un poco.

A trabajar y a lo otro, ¿no?

¿Qué es lo otro?

Los estraperlos, hombre. Que todo se sabe.

¡Como si eso no fuera trabajar!

Bueno. Dos o tres días después vino con una sortija que le costaría, más o menos, unas quince mil pesetas, pues tenía un brillantito decente, que podía lucirse en alguna ocasión. En vista de ello, lo metí un rato en la cama y procuré encachondarlo bien, dejándole insatisfecho y a media ración. Y como el tío andaba ya en el bote, llamando a todas horas y siempre balando como un borrego detrás de mí, decidí ensayar el truquito de la mercería, a ver si ya estaba madura la cosa, o había que esperar un poco más.

Una tarde, después de desahogarme bien el pecho con un hondo suspiro, me quejé:

¡Ay, Mero! Si tú supieras lo harta que estoy de esta vida.

Lo comprendo, mi cielo. Como que no es para ti.

No lo sabes tú bien.

Me he dado siempre buena cuenta de ello.

Hay días en que no puedo más. Porque yo he nacido para un trabajo honrado. Aunque no te lo creas.

Me lo creo. Todos nacemos para un trabajo honrado. Lo que sucede es que después se tuercen las cosas, y tú verás.

Ahora mismo, mira. Ayer me han hablado del traspaso de una mercería. Ahí, en Conde de Peñalver.

No es mal sitio.

Qué va a serlo, hombre. Casi esquina a Alcalá y Goya. Y me entraron unas ganas locas de tomarla y de trabajar en ella.

¿Por qué no la coges? Tú debes tener tus ahorros.

¿Sí? Pues estás enterado. Podría tenerlos, no lo niego. Con las amistades que tengo y si fuera más puta. Pero no, prefiero no hacer ciertas cosas.

Haces bien.

Tengo algunos ahorritos, claro está, pero no me llegan.

¿Cuánto te piden por el traspaso?

Cuatrocientas mil. Cuatrocientas mil. Mero. Y aparte el género.

Es caro.

Hay que pagar el sitio. Compréndelo.

Sí, claro. Lo comprendo.

Estuvimos dándole un rato vueltas a la cosa, pero el tío no soltó prenda. Yo no volví a mentar la mercería y estuve algún tiempo muy cariñosa con él. Tanto que le tenía embelesado, en una especie de pasmo feliz. Tan feliz que fue él quien me dijo:

Mira, cielo. Estuve pensando en lo de la mercería, ¿sabes?

¡Ah, sí! Yo no quiero acordarme de ella. Si no puedo cogerla, para qué voy a amargarme más.

¿Cuánto podrías poner tú?

Muy poco, Mero, muy poco. Apenas para el género.

Quizá podamos arreglarlo, mujer. Llévame allí.

¡Ay, Mero! No me lo digas, bonito. No me ilusiones para nada. Que me va a dar un soponcio.

Te digo que me llesves allí.

Preparé una entrevista, pues lo del traspaso de la mercería era un hecho cierto, porque yo sé hacer bien las cosas, y el asunto le gustó. Era una tienda muy apañadilla y el sitio realmente estupendo. Por otra parte, en seguida vi lo que Mero sabía de negocios, pues empezó a trajinar al dueño y éste comenzó a bajar el precio, al darse cuenta de que la cosa iba en serio y con un hombre de dinero, dispuesto a pagar a tocateja si era menester.

El asunto, pues, aunque quedó sin decidirse en aquella primera entrevista, marchó bien y yo me vi dueña de la mercería. Tan contenta estaba cuando salimos de ella que me palpitaba el corazón y, ya en el coche, le eché a mi hombre los brazos al cuello.

Cuidado, cielo, que pueden vernos.

Total, que tras algunas gestiones más, el traspaso se firmó en las trescientas mil y que yo apenas tuve que poner unas pocas pesetas para el género. Eso sí, hube de soportar al tío casi todos los días y manifestar a todas horas mi ansia ridícula de vida ejemplar. Que es lo que más gusta a este tipo de hombres, porque así piensan que una sólo va a ser puta con ellos, y con los demás muy honrada y formal. El mío era muy celoso, estaba ya embalado a fondo conmigo y le entusiasmaba mi conversión en mercera. Pero ¡ay!, yo no he nacido para eso, quizá por desgracia mía.

Firmado, pues, el traspaso y a mi nombre, claro está, todos los papeles, dejé pasar unos días, para que Mero desahogara su fiebre de hogar merceril, hasta que, harta ya de cintas, de botones, de hilos y de lanas, me fui a visitar a Epifanio Vallejo, un corredor que corría más que un campeón en estos negocios. El hombre estaba allí, como siempre, sentado ante la mesa de su despacho de la calle de Hortaleza.

¿Qué tal le va, don Epi?

Tirando, hija, tirando. ¿Qué quieres que haga ya?

Todavía puede dar mucha guerra, hombre.

Guerra sí, no lo dudo. Pero veremos de qué clase, porque los años no perdonan, guapa. Bueno, hablemos de ti. Cada día estás mejor, criatura, más mujer.

¿Verdad que sí?

Como te lo digo. ¿Y qué? ¿Me traes otro asuntillo? ¿Otra perfumería?

No, don Epi. Ahora es una mercería.

¡No me digas! ¿Pero qué les das a los hombres?

Mano que tiene una.

Mano y otras cositas, ¿no?

Le expliqué el asunto y le gustó. ¡Cómo no iba a gustarle, si la mercería era un bombón! Y le advertí que yo necesitaba realizar rápidamente el traspaso, dinero en mano, sin plazos de ninguna especie y a base de un mínimo de doscientas mil. Se perdían más de cien mil pesetas, claro, pero no las perdía yo. Don Epi se puso a trabajar. Y como se las sabía todas y tenía muy buenas relaciones en el comercio madrileño, no había cumplido el mes cuando ya se había firmado un nuevo traspaso con la viuda de un coronel de Intendencia que quería meterse a mercera, en las condiciones requeridas y en doscientas veinte mil pesetas. Que, tras el descuento de la comisión del corredor, pasaron inmediatamente a mi cuenta y, de allí, a la cartilla del Monte, que no sé por qué me inspira más confianza. La operación, pues, se terminó con éxito y yo me vi en posesión de una cantidad que, por aquellos

años, tenía su importancia. Sin que me la hubiera dado en mano ningún hombre, que era lo mejor.

Ahora, claro está, quedaba el rabo por desollar; es decir, explicar las cosas, que no era moco de pavo, pues el chorlito se rebotaba y estos rebotes pueden resultar peligrosos. Pero yo tenía ya mi experiencia y, en esta ocasión, puedo decir que bordé la salida. Ante todo, empecé a quejarme de que no me sentía buena. Y Mero, que andaba ya enamorado, se asustó de que pudiera estar realmente enferma. De que una enfermedad cualquiera le hiciera perder aquellos pechos en los que hozaba como un cerdo lujurioso, sin satisfacerse jamás. Por ello, me animó a visitar a un buen doctor, a cuya consulta acudí y todo, y a quien expuse algunos antiguos y crónicos trastornos de matriz. Así obtuve un plan médico que garantizó ante Mero mi delicada situación.

En consecuencia, se convino, naturalmente, que yo no podía ocuparme de la mercería y que pondría allí, como encargada, a una señora que conocía, a la ex coronela de Intendencia. Con lo cual, paré el primer golpe. Algún tiempo después, como seguía quejándome de mis males, le dije a Mero que le había arrendado la tienda a la señora y, de momento, ahí quedó la cosa, pues tiempo y ocasión habrían para hacerle saber que se la había traspasado. El hombre se lo creyó todo, o hizo que se lo creía, porque ya digo que estaba bien pringado conmigo. Estas cosas, claro está, tan sólo pueden hacerse cuando hay esta pringue amorosa por medio, esta ceguera especial que aqueja a ciertos hombres. Porque, de no haberla, el rebotazo puede ser de miedo, por no resignarse el chorlito mansamente al timo. Mero, a más de estar enamorado, era hombre cacorro, de esos que tienen poca experiencia de mujeres y que, cuando pringan en una, aguantan a rondo.

El hecho es que salí muy bien de todo aquello. Tan bien que, para los Reyes siguientes, que se celebraron poco después, saqué a mi hombre nada menos que un abrigo de visón. Abrigo que fui a meterles por las narices al Poli y al Lucho, aquellos abogadetes de la peña del «Fuyma» que picaron mi amor propio diciéndome que no le sacarían nada a este viejo harinero. Pero la saca del visón trajo cola, mucha cola.

Ya en febrero, pasado un mes desde el regalo de Reyes, una voz acaponada y meliflua me llamó una mañana por teléfono. Preguntó muy cautelosamente, primero, por el número y después, al recibir una respuesta afirmativa, dijo que deseaba hablar conmigo.

¿De parte de quién, por favor?

Que se ponga, si puede, que se ponga. Porque no me conoce ni de oídas ni personalmente.

¿No puede decirme qué es lo que desea? La señorita está en el cuarto de baño y no sé si podrá venir.

Pues entérese, hija, entérese. Y dígame a su señorita que se trata de un asunto de suma importancia.

Espere un momento.

Aquella voz confitada no me agradó. Pues había como un regusto de amenaza bajo su almíbar. Quizá fuera lo mejor cortar y dejar descolgado el teléfono, para que no me molestara. Pero como soy muy curiosa y además creo que en los peligros lo mejor es dar la cara, hice como que acudía al teléfono, cambiando un poco la voz.

Dígame, ¿qué desea?

¿Es la señorita?

Sí, sí.

Como parece la misma voz.

Era mi hermana y nuestras voces se parecen mucho. Pero, vamos a ver: ¿usted qué quiere?

Celebrar una entrevista con usted. Y lo antes posible.

¿Para qué?

Eso se lo indicaré personalmente.

¿Y usted quién es? Porque yo no celebro entrevistas con desconocidos.

Bueno, está bien, está bien, le explicaré. Yo soy el director espiritual de don Baldomero González. El padre Yuste. Y tengo necesidad de hablar pronto con usted.

Me quedé pasmada, la verdad. Pues no todos los días la llaman a una los directores espirituales de sus viejos.

Sorprendida, ¿no es cierto?

Pues sí. Un poco.

A ver. ¿Cuándo nos vemos?

¿No podría aclararme la cosa por teléfono?

No, hija mía, no. El asunto es harto delicado para tratarlo así. Tengo que verla cara a cara.

¿Y si no quiero que me vea?

Será mejor que quiera. No voy a comérmela.

Me lo imagino. Pero puede resultarme desagradable conversar con usted.

Procuraremos conservar la serenidad. No voy en son de guerra, sino de paz. Como corresponde a un sacerdote.

Ya. Pero es que, francamente, no veo el objeto de nuestra entrevista.

Lo verá; lo verá. Bien: ¿cuándo puedo ir a visitarla? Porque pienso que no querrá venir al convento, ¿verdad?

Exacto. No me gustan los conventos.

Ni los curas, ni los frailes.

Ya que lo dice...

Entonces, ¿qué?

Si quiere puede venir mañana, a las cuatro.

Iré.

¿Y a usted no le da reparo venir aquí? La gente, ¿sabe?, es muy mala y puede pensar mal.

A un fraile no debe importarle lo que piense la gente, hija mía. Sino lo que piense Dios.

Usted verá.

Hasta mañana, pues.

Adiós.

Le di muchas vueltas a la cosa. En los primeros momentos, llegué incluso a descolgar el teléfono para llamar a Mero a su oficina y armarle la bronca. Pero después fui serenándome y pensé que lo mejor sería escuchar al fraile, conocer qué intención traía, para tomar la determinación oportuna.

A mí, ya quedó dicho, no me gusta la gente de iglesia y mucho menos su intervención en mi vida privada. Y, por otra parte, trato de evitar toda suerte de escándalos. Por eso me puso muy nerviosa la llamada del fraile, porque se me antojó el prólogo a una serie de disgustos que sólo podrían resultarme desagradables. En fin, entre nervios y dudas, llegaron las cuatro de la tarde del día siguiente y allí me encontré yo, vestida de oscuro y muy modosita, dispuesta a recibir al religioso. Que llegó puntual a la cita.

Era un hombre de unos sesenta años, muy pálido, con el pelo rubio y unas pobladísimas cejas, que le formaban un velloso tejadillo sobre los ojos, grisáceos y fríos. Por lo demás, era un fraile, miraba hacia el suelo como un fraile, se movía cauteloso como un fraile y gangoseaba la voz almibarada también como un fraile. Al verle entrar, al tenerlo allí, en mi piso, me quedé pasmada, la verdad.

Pero él parecía encontrarse como pez en el agua.

¿Nos sentamos?

Sí, perdone. Siéntese donde quiera, padre. ¿Quiere que le traiga un café? Vamos, si puede tomarlo.

Claro que puedo, hija. Pero no quiero. De todos modos, gracias.

Pues usted dirá qué le trae por aquí. Porque su visita resulta...

¿Le ha dicho algo a don Baldomero sobre ella?

No. Me ha parecido mejor escucharlo a usted antes.

Determinación muy prudente. Veo que es una chica lista.

A veces tengo que serlo.

Lo comprendo. Bien, vamos al grano, ¿no es cierto?

Sí, es lo mejor. ¿Para qué perder tiempo?

Ya sabe quién soy.

Me lo dijo. El director espiritual de Mero. Vamos, de don Baldomero. Ignoraba que lo tuviera, francamente.

Todo creyente, hija mía, debe tener un sacerdote que le dirija su conducta, que le ayude a resolver sus problemas.

Sobre todo si es millonario, ¿verdad, padre? Porque no creo que los obreros, aunque sean creyentes, lo tengan.

Se equivoca, hija, se equivoca. Ahora están cambiando mucho las cosas.

¿Usted cree? En fin, ¿para qué vamos a discutir eso?

Bien. Rico o no rico, el hecho es que yo vengo aquí como director espiritual de don Baldomero. ¿A qué? No me parece difícil suponerlo.

Más o menos...

Primero, porque este hombre se encuentra en pecado mortal.

Yo también, ¿no es cierto?

También, hija, también. Pero él está casado y tiene una familia.

Y mucho dinero. No lo olvidemos: mucho.

Le da usted demasiada importancia a su fortuna.

¿Y usted no? Pues debía dársela. Porque ya sabe cómo la ha hecho. Y también es pecado robar.

Poco lo quieres, hija.

No es eso, no es eso. Es que parece que, para ustedes, sólo se peca contra el sexto mandamiento. Y, vamos, éste es un caso en el que un hombre se ha enriquecido con el pan del pobre.

Yo no sé nada de cierto.

Pues si es su director espiritual, debe saberlo.

Pero lo que sí sé es que está usted destruyendo una familia. Y eso no puede ser.

Ya salió la familia, claro.

Don Baldomero tiene mujer y tres hijos. Un varón y dos hembras.

¿Les falta algo?

Sí, les falta mucho. El amor de padre, el amor de esposo.

¿Qué edad tiene su señora?

Debe de andar por los cincuenta.

Y será gorda, naturalmente.

Está un poco gruesa, en efecto.

Entonces, ¿cómo quiere usted que le guste como yo, que soy una mujer joven?

Cuando hablo de amor me refiero a un sentimiento más noble que la pasión de la carne, que la lujuria.

Por mí puede seguir teniéndoselo.

No, hija, no. Don Baldomero ha cambiado mucho mucho. Porque usted le ha sorbido el seso.

Se ha cansado de trabajar y el hombre está echando una canita al aire. Tiene derecho.

No lo tiene. Anda distraído, preocupado con usted, se siente pecador, no tiene limpia la conciencia. ¿Y quién lo paga? Primero él, que no está satisfecho de su torpe conducta. Y, después, su familia.

¿Y nadie más?

No la comprendo.

Quiero decir si..., vamos, si no les ha abandonado un poco a ustedes.

Se ha apartado de Dios y ya no practica como antes los santos sacramentos.

No me refiero a eso.

Pues entonces, ¿qué quiere decir?

Francamente. Me pregunto si no les habrá cortado algo la ración. Las limosnas, claro.

Tiene usted una lengua muy descarada, hija.

La vida, padre Yuste, la vida.

Callamos los dos un momento. Hasta el piso llegaba el trajín de la calle. Un coche sonó una bocina irritada. El fraile, pálido y torpón, me miraba sin inteligencia bajo los vellosos tejadillos de sus grandes cejas. Ahora ya no se encontraba allí como un pez en el agua, sino que se le sentía al borde de la cólera. Pero hizo un esfuerzo y logró contenerse.

Bueno. No debemos sofocarnos.

Para eso, lo mejor es que sea usted más concreto.

Está bien. La familia se ha enterado de lo del abrigo de visón. De ese lujoso obsequio que don Baldomero le ha hecho.

¡Ah!, vamos.

Ellos no sabían nada de este... de este...

Lío. Dígalo.

Bien. De este amancebamiento. Ni yo tampoco, porque ya dije que últimamente se había apartado de todos nosotros.

¿Y quién ha sido el chivato?

No la comprendo.

Que quién llevó el cuento.

La casualidad, como siempre. Que el mundo es un pañuelo.

Y que en ese pañuelo hay muy mala intención. Por no decir otra palabra más fea.

La gente se defiende, hija. Y parece ser que alguien de la tienda, de la peletería, que conoce a la señora de don Baldomero, lo dijo todo, punto por punto.

¿No le digo? Y, claro, los pobrecitos, al ver que peligraban sus cuartos...

No lo entiende. Al ver que peligraba él, no su dinero, que suyo es, al cabo. Al ver que peligraba su alma, y hasta su cuerpo, porque don Baldomero está muy enfermo...

¿Sí? Pues no lo parece.

Le dio hace algún tiempo un ataque. Un ataque al corazón. Eso que llaman los médicos un infarto de miocardio.

Lo conozco. Muy frecuente en estos ricachos.

Imagínese que se muere un día aquí. Con usted en el piso. ¡Qué escándalo!

Bueno. Ya saldríamos de ello. No crea que va a asustarme. Me he visto en otras peores.

Y en pecado mortal, hija. ¿Es que no lo comprende? ¿No es usted cristiana, aunque sea una mujer pecadora?

Lo que yo sea o no sea no hace al caso, padre.

Sí lo hace, sí lo hace. Piense, piense sobre ello.

Bueno. Sigamos. La señora, me imagino, fue a buscarle a usted y le mandó aquí con el cuento.

No es cuento. Es la pura verdad.

Ya me enteraré yo.

Pues entérese, entérese, hija mía. Y piense en lo que puede ocurrirle.

Total: que lo que usted pretende, que lo que ustedes pretenden es que yo le deje a Baldomero, ¿no es eso?

Que sepa las cosas, primero, y que después obre según su conciencia.

¿Y si no tengo conciencia, qué?

La tendrá. Tiene que tenerla.

Callamos nuevamente, tras aquel forcejeo. Yo, enterada ya de la situación, me sentía sin nervios, muy tranquila.

Me imagino que eso será todo. ¿O hay algo más?

Eso es todo, en efecto. ¡Ah! Una advertencia. Creo que es mejor que no le diga nada a don Baldomero de esta entrevista.

Mejor para usted, claro.

Mejor para todos, hija.

Dicho lo cual, el fraile abandonó su asiento y, sin más palabras, se marchó de mi piso. Ahora, la verdad, parecía tener prisa.

Aunque no me asusté, le di muchas vueltas a la cosa. Porque cuando las familias de los hombres casados se enteran de sus líos, siempre se defienden y producen sucesos desagradables. Además, en este caso, y por si la familia fuera poco, andaba también esta gente de iglesia por medio. Entre todos, tendrían influencia y aunque yo también tenía mis amigos, en estas guerras sordas una sale siempre perdiendo. Pues nuestra situación está en el aire y todo marcha bien mientras no se produce escándalo. Porque esta sociedad es tan hipócrita que lo tolera todo, siempre que suceda calladamente y en la sombra, aunque para nadie sea secreto. Pero si empiezan las voces y la luz, todo se sofoca y caiga el que caiga.

Y aquí, claro, la única que podía caer era yo. Decidí, pues, hablar del asunto con Mero, aunque el fraile se disgustara. Y, al día siguiente, mientras tomábamos el café en mi piso, abordé de cara el asunto.

Oye, Mero. ¿Sabes quién estuvo ayer aquí?

¡Cualquiera sabe! Me imagino que no sería ningún hombre, porque no habrás olvidado lo que te tengo dicho sobre esas visitas.

Pues sí, es un hombre y, al mismo tiempo... no lo es.

¡No me digas!

Estuvo aquí tu..., tu director espiritual, hijo. El padre Yuste.

¿Y a qué tuvo que venir ese cretino, coño?

El puñetazo cayó sobre la mesita, volcando una taza de café, derramando el azúcar y sonando como la explosión de una bomba. Después, Mero se alzó del sillón agitadamente.

¿A qué tiene ese fraile que meterse donde no le llaman? ¿Es que sabe lo nuestro?

Pues claro, hombre, pues claro. Y tu familia también.

¿Quién se lo ha dicho, puñeta?

Chismes de la peletería donde me has comprado el visón.

No, si ya me lo temía yo. Debí haberlo comprado en otro sitio. Porque ahí conocen a mi esposa.

También tú, pareces tonto.

Desde luego. Con lo que sois las mujeres. Bueno, ¿pero qué quería el padre?

Dice que, ante todo, estás en pecado mortal. Y que has abandonado a tu familia.

Mentira. Eso es una infamia.

Moralmente, afectivamente, se entiende.

También mentira. Yo trato a mi familia igual que antes de conocerte. Y, por cierto, mejor de lo que algunos de ellos se merecen. En cuanto a lo del pecado mortal, será cuenta mía, porque puedo pecar lo que me venga en gana. Ese padre Yuste es un entremetido. Pero ya le ajustaré yo las cuentas, ya.

Tú no vas a ajustarle las cuentas a nadie. Porque te vas a callar y no le vas a decir nada. Sosiégate, Mero. Cálmate, que el asunto es importante.

Claro que lo es. ¡Vaya vida que me espera!

También me dijo otra cosa el fraile.

¿Más?

Sí. No sé cómo decírtelo.

Habla.

Me advirtió que habías estado hace algún tiempo enfermo. Del corazón, creo, y que esto mío no te convenía. Y pretendió asustarme diciéndome que podría pasarte algo, estando conmigo.

¡Vaya con el fraile! Ése me las paga, te lo aseguro, aunque no le diga nada. ¡Pues no me ha sacado pocos cuartos para el convento!

Pero ¿es cierto o no es cierto lo de tu enfermedad?

Estuve enfermo, sí. El infarto, ya sabes. Pero desde entonces me controla mucho el médico y, además, me hago de vez en cuando un buen chequeo. Para tu tranquilidad, te diré que le he hablado al doctor incluso de lo nuestro y que me ha dicho que estoy muy bien y que, mientras no abuse, no hay riesgo.

Es que como abusar, abusas algunas veces, Mero. Para tus años, claro.

Tengo sesenta y cuatro, mujer. No soy tan viejo. Y siempre tuve una salud de hierro. Bueno. Total: que se han movilizado contra nosotros todas las fuerzas vivas, ¿no es eso?

Yo no quiero escándalos, Mero.

¿Y qué es lo que pretende el padre Yuste?

Que no peques más conmigo. Que te deje, para que vuelvas a ellos.

¿Que me dejes tú a mí? ¿Tú a mí? ¿Y que vuelva a ellos? Le habrás echado de aquí, supongo.

Una vez dicho todo, se fue él solito.

¡Vaya bicho!

Bicho no, Mero. El hombre está en lo suyo, defiende lo suyo. Y a ti esto te pasa por ser un tragasantos.

Yo no soy un tragasantos, mujer. Pero, en la vida, hay veces que necesita uno de ciertos apoyos, de ciertas protecciones. Que, por cierto, siempre se pagan caras, muy caras.

Ya lo estoy viendo.

Pero en ningún caso el padre Yuste tiene derecho a meterse en lo nuestro. Anda, dame otro café. Y perdona el puñetazo, porque lo he derramado todo.

¿No te hará daño tanto café y tanto copeo?

No. Tráelo.

Se sentó el hombre de nuevo ante la mesa y se sirvió un coñac abundante. Yo salí un momento a prepararle el café. Cuando volví con él, Mero estaba pensativo, sosteniendo la copa en las manos.

Sabes lo que te digo. Que hay que pensar bien todo esto. No quiero que nadie te moleste.

Sería muy desagradable.

Porque tú no me dejarás, ¿verdad, cielo? ¿No te habrán metido miedo?

No me gustan los escándalos, Mero. Ya te lo he dicho.

No habrá escándalos. Te lo prometo.

Si ya lo sabe tu familia...

Se aguantarán.

Veremos.

Nos callamos los dos mientras tomábamos los cafés. Yo me eché también un poco de coñac al estómago, aunque me sentía muy sosegada y sin nervios.

Hay que considerar bien las cosas. Con tranquilidad.

De acuerdo.

No es que tenga miedo, no. Pero soy egoísta, comodona, y no quiero guerras con tu familia, ni con esos frailes.

¿Entonces, qué quieres, dejarme?

Si las cosas se tuercen, tú dirás, bonito.

No. No me puedes dejar, cielo. Aunque no me quieras. Porque tú no me quieres, ¿verdad?

Hombre, Mero. Soy una mujer aún joven y tú acabas de confesar sesenta y cuatro años. No pretenderás que ande loca por tus huesos.

No lo pretendo, mujer. ¡Cómo voy a pretenderlo! Pero puedes tenerme un poco de estimación, de afecto.

Te lo tengo, Mero, te lo tengo. Te has portado muy bien conmigo. Y aunque sólo sea por eso...

Pues entonces no debes dejarme así, tirado como a una rata, a la primera dificultad.

Antes tenías mucho miedo, corazón.

Tú lo has dicho: antes. Pero después he conocido contigo una cierta felicidad. Y, además, te quiero, cielo. Te quiero mucho más de lo que puedas imaginarte.

No sé, no sé...

Estoy dispuesto a demostrártelo. Y si puedo compensarte estos disgustos con dinero...

No se trata de eso.

Ya lo sé, cariño. Pero también sé corresponder como es debido. Y dinero es lo único que tengo. Lo único que ya me queda.

Inesperadamente, se abría una puerta en la que yo, preocupada por los otros problemas, no había pensado. Por ello, tomé buena nota, pues quizá valiera la pena de explotar aquella oportunidad, aquella vena.

Escucha, mujer. Yo quiero serte sincero en este momento, muy sincero.

Tú dirás.

Soy hijo de un obrero. De un obrero socialista, amigo de Largo Caballero. Mi casa fue un infierno. Policía, cárceles, paro, hambres y miserias. Mi madre estaba tísica, pero tenía que trabajar para darnos de comer a los tres hijos. Asistía a las casas de los ricos, mientras mi padre andaba en la taberna o en la Casa del Pueblo, cuando estaba suelto. De chico, yo odiaba a mi padre. Se me antojaba un vago, un holgazán. Y, además, pegaba a mi madre. Después, de hombre, le he comprendido mejor. Me di cuenta de sus fracasados ideales, de su desesperación. Pero ya era tarde, porque había muerto.

Mero hablaba sordamente, con emoción, prendido a sus recuerdos. Se levantó del sillón y continuó sus palabras paseando por la estancia, mientras yo saboreaba unos nuevos sorbos de coñac.

Anduve algunos años perdido por las escuelas públicas y por el arroyo. Más por el arroyo que por las escuelas. Después me metí de peón, llegué a albañil y Largo Caballero me prometió su ayuda. Pero el socialismo, el socialismo a la española, no me convencía. Allí no había porvenir, allí no había dinero en perspectiva y yo carecía de los nobles ideales de mi padre, que se me antojaban imposibles utopías. Total, para no cansarte: que tras dar

muchas vueltas por la vida, me enrolé voluntario en el ejército de África. Donde tuve la suerte de participar en el desastre de Annual. Allí, en aquella espantosa y caótica retirada, acosados por los moros de Abd-el-Krim, me las arreglé no sólo para escapar con vida, sino para salvársela también a un capitán, herido, a quien conseguí llevar hasta Monte Arruit. Aquel capitán, que llegó a general en nuestra guerra civil, me ayudó cuanto pudo. Por ello, en 1936, cuando se inició la contienda, yo había mejorado ya mucho de fortuna. Pero fue más tarde, con los años de la paz, cuando comencé a ganar dinero en serio. Antes del 36 me había casado con una señorita de pueblo, bien dotada aunque no rica, y ya tenía una hija. Después, después, ya sé que se han dicho muchas cosas feas de mí. Cuando me metí en harinas y organicé la red de panaderías. Pero eran años de estraperlos y yo quisiera saber quién hizo por entonces dinero limpiamente. Yo sólo sé que trabajé mucho, como una fiera, sin descanso, sin dejar escapar ni una peseta; sin escrúpulos, es cierto, pero sin concederme el menor reposo. Así, mis hijos, los nietos de un obrero socialista y de una lavandera tísica van al «Club de Campo» y se han educado en la «Asunción» y en el «Colegio del Pilar». Mientras su padre es abundantemente difamado por la gente. Unas veces con razón, otras sin ella. Pero a mi casa no volverán ni el hambre ni la miseria mientras yo viva.

Se sentó de nuevo, Mero, y vertió en su copa más coñac. Yo le detuve con la mano el gesto.

No bebas tanto, corazón.

Déjame. Me hace falta.

Bueno.

Bebió un par de tragos de la copa y siguió con su tema.

Dirás que para qué te cuento todo esto. Pues ahora voy a explicártelo. Yo, cielo, he disfrutado poco, muy poco la vida. No la he saboreado jamás. De chico, hambre, dolor y miseria. Después necesidad, falta constante de dinero y, por si fuera poco, guerras. Y más tarde, trabajo. Un trabajo agotador, muchas veces arriesgado y nunca brillante, sino sucio, oscuro. Pues bien, puedo decir que desde que te conozco es cuando he conocido también el valor de la vida. Tú me has hecho, si no feliz, pues eso en este caso es imposible, porque yo sé que no me quieres, más dichoso. Me has ilusionado, me has satisfecho sexualmente, me has hecho sentirme a gusto, cómodo contigo. Y aunque los celos me martiricen a veces, porque comprendo que yo no puedo satisfacer a una mujer como tú, hasta ese martirio me hace sentirme vivo, distinto de aquel hombre que sólo servía para trabajar, para sacar dinero de todas partes, aunque fuera de bajo las piedras. Tú sabes, lo hemos recordado

antes, el miedo que yo tenía, al comienzo de nuestras relaciones, de que la gente, de que mi familia se enterase de lo nuestro. Pues ya no lo tengo. Creo que sería capaz de dejarlo todo por ti, porque tú éstas en mi corazón por encima de todo. Y, la verdad, quiero ser egoísta. ¿Tú qué dices, cielo?

Que hay que pensar bien las cosas. Mero. Te agradezco muchísimo tu cariño y que estés dispuesto a dar la cara por mí, pero hay que pensarlo bien, bonito. Porque las cosas se complican y nunca suceden como una se las imagina, sino de la manera más inesperada.

¿Por qué lo dices?

No lo digo por nada. Pero así es la vida y tú debes de saberlo igual que yo.

Estoy acostumbrado a dominar las situaciones, a resolver a mi modo los problemas. Nada más cierto, créeme, que la ley de la jungla, que el fuerte se come al pequeño. Tengo dinero, mucho dinero, no pienso ocultártelo, y repito que estoy dispuesto a que lo disfrutes conmigo.

Veremos.

Hace muchos años, me di ya cuenta de que los ideales no sirven para nada. Si no véase la vida de mi pobre padre. Sólo sirve la fuerza. Por eso, cuando la República, yo me hice de derechas, porque vi claramente que aquí, al cabo, ganarían las derechas. Después, mi amigo el general me ayudó también mucho y, por último, me puse en contacto con el clero, que, con la paz, volvió a ser muy poderoso. Pero nunca fui un tragasantos, como tú dices. Soy hombre poco culto y no sé si hubo o no hubo alguna vez santos. Pero de lo que estoy seguro es de que no se mezclarán en estas asquerosas intrigas nuestras.

Eso pienso yo.

En cambio, naturalmente, creo en el poder del dinero. Vas a ver cómo los callo a todos.

¿A mí también?

Tú debes comprenderme, cielo. Nadie va a molestarte y, además, yo voy a ofrecerte una ocasión de salir definitivamente de esta vida y de poseer una seguridad económica en el futuro. Pero no tomemos decisiones precipitadas, pues quiero que seas tú misma quien se convenza de las cosas.

Seguimos hablando un rato de lo mismo y después se marchó, ya más sereno. Desde luego, había que pensarlo, pues aquel hombre estaba dispuesto a soltar bien los cuartos.

Le di muchas vueltas al asunto. Hasta entonces, y aunque con Mero no se había convenido el retiro como con Chente, porque Mero no sabía de esas cosas, yo estaba prácticamente retirada, pues el hombre me daba más que

suficiente para que yo no tuviera que salir a putear con nadie. Pero por aquello de no perder la libertad, que es lo más hermoso que existe sobre esta tierra miserable, yo continuaba yendo a las salas de fiesta y acostándome con quien me daba la gana. Vivía, pues, muy bien desde que había conocido a Mero y, además, el asunto de la mercería me había traído a la cartilla del Monte una importante cantidad, según quedó dicho. Por otra parte, los regalos se sucedían sin cesar, porque mi hombre abría cada vez más la mano conmigo.

Así las cosas, y gracias a la intervención del padre Yuste que, como suele ocurrir en estos casos, tuvo efectos contrarios a los por él deseados, surgía esta gran oportunidad de hacer algún dinero. A más del halago que suponía para mí el que este hombre tan cobardón y cacorro en los comienzos de nuestro lío, se mostrara ahora decidido a dar la cara y a defender contra todas nuestras relaciones. La verdad, tuve que rectificar mi opinión sobre su comportamiento y, en cierto modo, admirar su valor de enfrentarse con todos para no perderme. Esto agrada a cualquier mujer.

Yo, claro está, pensaba hacerme de rogar mucho la continuación de lo nuestro, aunque sin hablarle del dinero, pues ya veía que él estaba bien dispuesto. Pero el tío, que no tenía un pelo de tonto, tuvo la habilidad de no apretarme nada durante unos días. De dejarme casi sola para que yo pudiera decidir a gusto. ¿Qué iba, entonces, a decidir yo? Pues seguir con él como le diera la gana. Así se lo dije, al cabo, y, para celebrarlo, me regaló una esmeralda que tumba de espaldas y que debió costarle un ojo de la cara.

Por otra parte, mi decisión le puso loco de contento. Dijo que ahora, por primera vez, me consideraba como algo suyo y que, sin exigirme nada nuevo, se iba a ocupar seriamente de mi situación económica. No dándome tan sólo el dinero para el gasto, sino comprándome valores y alguna finquita que saliera en buenas condiciones. Se refería, según creo, porque quería darme la sorpresa, a una casa de la calle de Ferraz, que andaba trajinando desde hacía algún tiempo. ¡Yo casera! Iba a tener narices la cosa.

Vivimos alegres y tranquilos durante algunas semanas. Yo le preguntaba, de vez en cuando, por su situación familiar y por el entremetido fraile y él me decía que todo iba bien y que no merecía la pena perder el tiempo hablando de estas cosas. Pero una mañana tuve una sorprendente y nueva visita.

Andaba yo hecha una pinta, de chiribitos, con la cabeza recién lavada, sin maquillaje y en bata cuando sonó el timbre. No estaba la asistenta, que había ido a un mandado a la tienda, y tuve que abrir la puerta. Allí me quedé

pasmada. Pues tenía delante a un mozuelo de unos dieciocho años que era el mismísimo retrato, en joven, de Mero González.

¿Qué desea? pregunté, cuando recuperé el habla.

Hablar con la señorita.

Soy yo. Pase, pase, por favor.

Pasó al salón y, a la luz del mediodía, pude verlo mejor. Era un chico más bien guapillo, vestido de señorito y que se esforzaba por vencer una extraordinaria timidez. Tanta, que se le veía como desamparado, como asustado de lo que estaba haciendo.

Naturalmente, tú eres hijo de Baldomero. No es preciso que te presentes.

Pues sí. Lo soy.

Bueno. Siéntate. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Un café, una copa?

No, gracias, muchas gracias.

Te traeré un coñac. Te está haciendo falta.

Le serví una copa del coñac francés de su padre, bebió un sorbo y se atragantó. Hubo toses, ahogos y tuve que darle agua.

¡Qué torpe soy! Perdóneme.

Estaba casi temblando, el muchacho. Yo me sentía, por el contrario, muy tranquila y la visita del chico no había encrespado mi ira, sino que su notoria debilidad despertaba en mí una especie de ternura.

Bien, tranquilízate, hombre. Que yo no me como a nadie. Ni soy tan mala como te imaginas.

No, por Dios. Yo no me imagino nada.

Tú vienes aquí porque quieres hablar conmigo. Después de pensarlo mucho mucho.

Eso es. ¿Cómo lo sabe?

Los años, hijo.

Pues sí. Quería hablarle de lo de mi padre.

¿Te preocupa? ¿O vienes en nombre de la familia?

No he dicho nada a nadie.

Has hecho bien y obrado como un hombre. Bueno, pues, tú dirás. Lo único que quiero advertirte es que me has caído bien y que no quisiera pelearme contigo.

No vengo en plan de pelea.

Se echó otro trago de coñac y ahora no se atragantó, ya más tranquilo.

Parecía perder la primera tensión por momentos y si continuaba muy nervioso era porque no sabía cómo empezar aquello.

Perdone que le pregunte una cosa: ¿usted quiere a mi padre?

¿A qué llamas tú querer?

¿Está enamorada de él, o algo parecido?

Mira, hijo. Yo tengo treinta y tres años. Tu padre sesenta y cuatro. Hoy me ves así, con chiribitos, sin maquillaje y en bata. Pero arreglada soy una mujer de bandera, aunque me esté mal el decirlo y aunque a ti, que eres tan joven, te parezca quizá vieja. No. No estoy enamorada de tu padre. Y él lo sabe perfectamente.

¿Y no le importa?

Es un hombre realista.

Entonces, si no lo quiere, ¿por qué está con él? Me gustaría saber la verdad, no lo que dice la gente.

¿Y qué dice la gente?

Que está con él por su dinero. ¿Es cierto?

¡Ay!, muchacho, me pones en un aprieto. Porque no quisiera engañarte, ¿sabes?

¿Entonces...?

El dinero influye, naturalmente, no lo niego. Produce una vida cómoda y a una mujer como yo, que vive de los hombres, le permite no hacer muchas cosas desagradables. Por otra parte, tu padre es un hombre muy generoso, que se porta muy bien conmigo y yo se lo agradezco como puedo. ¿Comprendes?

Voy comprendiendo. Pero debe resultar muy duro andar con un hombre ya viejo como él, sin amor y sólo interesadamente.

La vida no es tan simple como tú ahora crees. Ya lo irás aprendiendo. Y además del amor existen otros muchos sentimientos. En cuanto a la dureza de andar con un hombre ya viejo como él, pero bueno y correcto conmigo, hay cosas mucho más duras, puedes estar seguro.

¿Usted cree que mi padre es bueno?

Conmigo lo ha sido siempre.

Me alegra oírsele, de veras. Porque hay quien dice que es un gángster.

Y tú lo crees, claro.

A veces.

El muchacho las soltaba tremendas. A pesar de su timidez, no se andaba por las ramas. Bueno, pues iba a oírme, porque yo tampoco me ando por ellas y aquello merecía una rotunda respuesta.

Mira, chico. Aclaremos las cosas. Tu padre ha sufrido desde niño una vida muy difícil, que supongo conocerás.

La ha contado muchas veces.

Tu padre tiene necesariamente que contemplar la vida desde un punto de vista muy distinto del tuyo. Como nos hacemos los unos a los otros, como nadie puede vivir en solitario, tu padre se ha ido endureciendo prematuramente, desde niño, perdiendo sus ideales y dándole un valor acaso exagerado al dinero. Ha visto, ha sufrido mucha miseria, el pobre, y no quiere volver a padecerla, ni que la padezcan los suyos. Por ello, es muy posible que haya hecho cosas que a ti te parezcan feas, que se te antojen propias de un gángster. Porque te ha educado, con el dinero producido por esas cosas, por cierto, en un colegio de pago, donde te han dado una moral que él no tiene, que él no puede tener. Como tampoco la tengo yo, ¿entiendes?, porque nadie se ha preocupado de dárnosla.

Quizá tenga razón, pero...

No hay pero que valga. Tú eres un «hijo de papá», y, seguramente, tendrás un coche que te ha comprado él.

Sí. Un «Renault 4-4». Acabo de estrenar mi carnet.

Y mi consejo es que no te atrevas a juzgarlo. Para ti todo ha sido muy fácil. Querido, mimado, enseñado. Tú puedes tener ideales, tú puedes tener una moral. Nosotros no, ¿comprendes?

Hay casos.

Siempre hay casos. Casos excepcionales, que merecen admiración. Pero la mayoría somos vulgarcitos. Insisto: no juzgues a tu padre. Te equivocarás siempre.

¿Usted cree?

Estoy segura. Y ahora soy yo quien pregunta: ¿tú quieres a tu padre?

Hay veces que se me antoja que lo odio. Cuando sé cómo habla de él la gente, cuando me temo que sí, que haya sido un gángster. ¡Me gustaría tanto tener un padre a quien poder admirar! Saberlo fuerte, honrado y admirado por todos.

Sí, claro.

Otras veces lo quiero, estoy seguro, porque me da pena. Comprendo lo que usted dice y me doy cuenta de que le ha tocado representar un mal papel en el teatro de la vida.

Ésa es la verdad. Debes quererlo siempre. Porque, además, le hace falta cariño. ¿Le quieren tus hermanas?

¡Oh!, ya sabe cómo son las chicas. Van a lo suyo y no se plantean problemas. Y, a veces, se avergüenzan de él porque sus compañeras de colegio o sus amigas del «Club de Campo» tienen unos padres más elegantes.

Es triste, muy triste eso.

Sí. A veces el dinero puede volverse en contra y morder como las víboras. Quizá las haya educado demasiado bien a las chicas.

Callamos un momento. Él, cada vez más tranquilo, aprovechó la pausa para sacar una pipa y una bolsita.

Me permite...

Fuma, fuma lo que quieras. Voy a coger un pitillo. Buena pipa, chico. ¿Quién te la regaló?

Mi padre.

¿Ves tú? Siempre tu padre a tu alrededor.

Sí. Eso es lo terrible. Siempre mi padre.

Bueno. Y a todas éstas, nos hemos puesto a hablar y hablar como dos tontos y todavía no me has dicho a lo que venías.

Realmente, no sé bien por qué he venido. Quizás a eso. A hablar de él con usted.

¿Pero no querías conseguir algo de mí? Que lo dejara, por ejemplo.

No me atrevería a pedírselo, si supiera que, entonces, iba a ser muy desgraciado.

¿No te preocupa que se gaste los cuartos conmigo?

Eso, nada. Suyo es el dinero.

Me gusta tu actitud.

No cabe otra.

¿Que no? Pregúntaselo al padre Yuste.

¿Lo conoce?

Vino por aquí una tarde.

¿Es posible? ¿Qué quería?

Meterme miedo para que dejara a tu padre.

Ese hombre es tonto.

Estamos de acuerdo.

Y con unas cejas...

Reímos los dos alegremente. El chico estaba ya confiado y su juventud le retozaba, tras el mal rato.

Usted no sabe lo que le han sacado esos frailes a mi padre.

Ya sé, ya sé. Pero no te preocupes, que algo habrá sacado él, porque no tira el dinero.

Entonces, también saca algo de usted, cuando se lo gasta.

¡Que si saca! Menudo tuno es. Me tienes que ver un día guapa.

Sí. Debe encontrarse aquí a gusto. No me extraña.

Oye, quería preguntarte una cosa. ¿Es cierto que está muy enfermo?

Lo estuvo. Pero ahora se encuentra muy bien. Y el médico dice que está bueno. ¿Le preocupa?

Como está tanto tiempo aquí, me da miedo que, algún día, pueda ocurrirle algo.

No lo creo. Pero si se encontrara mal, me llama a mí el primero. Y convendría que supiera el teléfono del médico. Yo se lo indicaré.

Gracias. De veras te lo agradezco.

Bien. Voy a dejarla.

Mira si tienes algo que decirme. Desahógate.

No. Ya le he dicho que comprendo que aquí descanse. Y me parecería muy egoísta por mi parte, y en nombre de una moral de colegio de pago, como usted dice, perturbarle esa tranquilidad. Por otra parte, creo que usted lo entiende.

Yo también he llevado una vida muy dura. La guerra y tantas cosas que cruzaron mi juventud. No creas que nadie acaba por gusto en puta.

No debí haberlo dicho, desde luego. Pues era muy joven el muchacho. Y mi modo de hablar no es el mejor para un mozuelo bien educado. Por eso, pegó un respingo y después me miró con un velo triste en los ojos.

¿Por qué habla así de usted misma? ¿Por qué se trata tan duramente?

Porque es verdad. ¿Acaso no soy una puta?

Bien. Pero parece que se regodea en recordárselo.

No quiero que haya confusiones.

Debe estar muy desesperada por dentro.

Acaso lo esté. Pero suelo disimularlo.

Hasta que asoma como asomó ahora... Yo que usted, no pensaría tanto en ello.

¿Y tú qué sabes lo que pienso?

Hágame caso.

Hombre, es curioso. Ahora eres tú el que me da consejos.

Me ha sorprendido usted. Yo esperaba encontrar aquí una vampiresa, una devoradora de hombres. Y la he encontrado a usted, que es completamente distinta a lo que yo me imaginaba. La verdad, empiezo a comprender a mi padre.

Pues a ver si sigues comprendiéndolo. Y no lo odies nunca más.

Eso sólo me ocurre cuando pienso que los tipos como él deben desaparecer de la sociedad. Porque son los que la corrompen, los que la degradan.

Pareces un poco revolucionario, para ser un «hijo de papá».

Tengo mis ideales, claro. Eso es lo que mi padre no comprende.

Porque él no puede creer en esas cosas, hombre.

Pues yo sí. Yo creo que hay que mejorar fundamentalmente las estructuras económicas y sociales de nuestra sociedad. Que no existan ciertas cosas. Usted, por ejemplo, es otro producto de nuestro atraso social.

¿Yo, por qué?

En los países adelantados, con un nivel de vida superior al nuestro, no existe la...

La prostitución, quieres decir. Pues dilo, hijo, dilo.

Ya lo ha dicho usted.

Anda, anda; no digas tonterías. Mientras haya viejos con dinero y chicas jóvenes y bonitas dispuestas a aceptárselo habrá mujeres como yo. No te equivoques.

¿Usted cree?

Pues claro, hombre, pues claro.

Bueno. Me voy. Ya le he dado bastante la lata con todas estas historias. Además, no debía hablar de ellas mientras viva del dinero de papá.

Se levantó sin ganas, pues se veía que se hubiera quedado con gusto charlando allí un rato, hablando de sus ideales, de sus proyectos, egoísta, como todo joven. Sin embargo, no lo retuve. Era mejor que se fuese. La entrevista se había dado muy bien, pero podía estropearse en cualquier momento. Y hubiera sido una pena, ya que el muchacho me resultaba simpático.

Le acompañé hasta la puerta.

¡Ah! Una cosa. No pienso decir que he venido por aquí.

Yo tampoco se lo diré a tu padre. ¿Para qué?

Gracias y perdone. Espero que no venga nadie más a molestarla.

No me has molestado. Al contrario, me alegro mucho de haberte conocido. Y ya sabes dónde me tienes.

Lo mismo digo.

Quedamos, pues, muy finos y el chico se marchó ya tranquilo.

Yo, naturalmente, pensé varias veces en lo que habíamos hablado en aquella entrevista. Y acaso por vez primera comprendí la soledad del pobre Mero, que, a base de alzar una arriesgada y trabajada fortuna, que le había costado su reputación, pudo educar bien a sus hijos. Tan bien, que ahora ellos no podían entenderlo e incluso se avergonzaban de él. Era cierto, muy cierto, lo que el chico había dicho: que el dinero puede ser una víbora que se revuelve en contra de uno para escupir su veneno.

Por otra parte, me tranquilicé. Pues me di cuenta de que en la fortaleza enemiga que rodeaba a Mero tenía, al menos, si no un aliado, sí un muchacho comprensivo y amable, que no se había encrespado conmigo por ser la querida de su padre.

Es curioso comprobar cómo el contacto con los otros puede modificar las ideas y hasta los sentimientos de una. Yo, que había despreciado durante algún tiempo a Mero, que había sido despiadada con él, según quedó dicho al comienzo de este lance, ahora lo veía de otra manera, como un hombre nuevo, de mucho más valor, sintiendo incluso por él una afectuosa estimación. Ya no era para mí ni el viejo ni el chorlito, no. Sino Mero, simplemente, con su nombre y con una personalidad que tenía sus cosas buenas. Y, sobre todo, con muchas soledades dentro. Estas soledades parecían acercármelo, despertar en mí un sentimiento parecido a una materna compasión. ¡Pobre hombre! Desde ahora, iba a tratarlo mejor. Él creería que mi cambio se debería al crecido dinero que me daba, pero no era así, palabra. Está visto que en la vida nunca acierta uno. Estamos solos, muy solos, sí, y es muy difícil, por no decir imposible, saber lo que en verdad pasa dentro de los otros.

Días después apareció Mero, una tarde, loco de contento.

Oye, la casa está en el bote, ¿sabes? Vamos a firmar muy pronto la escritura. ¡Mira que tú casera! No me lo imagino.

Ni yo tampoco.

Pero hay más. Ven, asómate.

Me llevó hacia el ventanal que se abre a López de Hoyos y me hizo asomarme.

¿Qué ves, cielo, qué ves?

Qué voy a ver. Lo de siempre.

Fíjate bien. Ahí enfrente. Junto a la acera.

Pues no sé... Un «Mercedes» imponente. ¿Mero, no...?

Sí, hija, sí. Acaban de entregármelo. Conseguí el permiso de importación hace algunas semanas, pero no quería decirte nada hasta que lo vieras.

Es precioso. Tan elegante.

¡Y cómo anda! Estoy encantado.

Lo que estás es tirando la casa por la ventana.

He decidido vivir bien los años que me queden. Trabajar menos y disfrutar a tu lado todo lo posible la vida. ¡Menudos viajecitos vamos a darnos tú y yo en ese coche, cielo! Mira, el primero va a ser a Portugal, a Estoril, que celebra el carnaval dentro de unos días.

¡Ay!, sí, Mero. Eso me entusiasma.

Pues nada, a preparar las maletas. Mañana, que es fin de semana, me voy a Toledo, a una cacería. ¿Y sabes a quién me llevo? A mi hijo. Oye, si tú supieras. Está muy cambiado, muy cariñoso. Antes parecía un juez; ahora es un amigo.

Cuánto me alegro.

A mí me tiene loco este cambio. Pero trato de disimularlo.

Pues no lo disimules, hombre.

Nada, que me lo llevo a cazar perdices.

¿Y qué le ha parecido al chico lo del coche?

Es el único que encuentra bien que lo haya comprado. Pienso dejárselo algunas veces, para que presuma con las amigas.

Total, Mero: que estás de enhorabuena.

Sí que lo estoy. Y tú también, ¡casera!

Daba gusto verle. Alegre, animado, haciendo proyectos para los próximos meses, rejuvenecido por la satisfacción y por el gasto de los cuartos. Así pasamos un rato y después se fue, haciéndome asomar a la ventana para que viera arrancar al «Mercedes», un gran coche negro, en verdad precioso. Todas aquellas novedades me pusieron muy contenta. Empecé a pensar en el viaje y ya me veía en el casino de Estoril, sentada ante el tapete verde y haciendo saltar la banca.

El sábado, que era el día siguiente, me llamó Mero por teléfono para despedirse hasta el lunes, fecha en que pensaba volver a Madrid. Llegó el lunes, llegó también el martes y no tuve noticias suyas. La cosa me extrañó, pero pensé que se había prolongado la cacería y seguí preparando mi ropa para el viaje. Con eso me distraje.

El miércoles estaba prolongando la mañana amodorrada en mi cama, cuando me llamó Paqui, una amiga:

¿Cómo te encuentras?

Yo bien, ¿por qué?

He sentido mucho lo de Mero. De veras.

¿Qué dices? ¿Qué le pasa?

¡Ay!, hija. ¿No has leído la Prensa?

No leo nunca los papeles. Pero, dime, dime, Paqui: ¿qué le pasa?

¿De verdad que no estás enterada?

No. No sé nada. Por mi madre, Paqui, que no sé nada.

Pues lo mejor será que mandes por el periódico y que te enteres. Viene con pelos y señales. A mí no me gusta dar malas noticias.

Y que me esté aquí sola reconcomiéndome mientras me traen el papel. Sé buena, Paqui. Dime de una vez lo que pasa.

Un accidente, hija. Uno de tantos accidentes de carretera.

¿Y él qué, Paqui? ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo está? No. No te calles. Está muy malo, claro. Se ha muerto, ¿no? Cuando te callas...

No sabía que lo querías tanto. Si no no te lo hubiera dicho.

Pero entonces es que ha muerto, claro.

Sí. Murió el lunes.

¡Pobre hombre! Ahora que comenzaba a vivir.

¿Qué dices?

Nada, nada. Anda, explícame lo que sepas, que luego mandaré por el periódico.

Había un camión parado, con avería, al borde de la carretera. Y sin luces, claro.

¡Qué bestias!

Mero debía venir pisándole.

Era un «Mercedes» nuevo.

Dicen que fue un choque de miedo, porque el coche se empotró en los bajos del camión. Quedó machacado.

¿Iba solo?

No. Con su hijo.

¿Y qué le pasó al chico, Paqui?

Muerto también. Ya lo sabes todo. No creía que ibas a impresionarte tanto.

Mero fue muy bueno conmigo. Y el chaval era simpático.

¿Lo conocías?

Lo conocía, Paqui.

Pues te repito que lo siento. Que lo siento de veras. Te llamé para decírtelo, porque nunca pensé que no lo supieras.

Ayer no salí de casa, preparando unas cosas, y ahora estaba durmiendo. De todos modos, gracias.

No somos nada, hija. Está visto. Ni vale tener dinero. Bueno, si quieres algo, ya sabes dónde me tienes.

Gracias otra vez, Paqui.

Colgué el teléfono. Buena caza para la Muerte, buena. El nombre, lleno de vida nueva. El chaval, pleno de juventud, de ideales, de proyectos. Y tuvieron que caer los dos, hermanados por ella, por la Muerte, unidos por la inmovilidad y el silencio, en una oscura carretera. ¡Maldita sea!

En cuanto a mí, estaba visto que no había nacido para casera.

Milagro en la sierra

Bob no telefoneaba y yo seguía adormilada en mi cama. Bob se llamaba Robert Wharton, pero, al parecer, en los Estados Unidos llaman Bob a los Robert, como aquí Pepe a los José, o Paco a los Francisco. En esto, y en todo, Bob era un norteamericano cien por cien. De esos rubios, con el pelo en cepillo, chaqueta clara y una risa sonora y fácil, que ya, la verdad, le hartaba a una, pues en la mayoría de las ocasiones no venía a cuento tanto reír.

Madrid se estaba llenando de soldados norteamericanos de la base de Torrejón, donde, por cierto, todavía no había caído ninguna bomba atómica rusa. Y los dólares, ya lo dije, habían hecho su aparición, porque, con el cambio favorable y lo que las fuerzas aéreas les pagaban, los tíos disponían de bastantes cuartos y se los gastaban bien. Al principio, claro, los norteamericanos de Torrejón se pusieron de moda entre las putas. Concentrados en las salas de fiesta, se reían todos mucho y algunas veces hasta se casaban con la más tirada furcia callejera, con gran asombro del gremio. Madrid, con ese servilismo fugaz que le caracteriza, pareció convertirse en una colonia yanqui, pues hasta las cafeterías y los restaurantes comenzaron a estrenar nombres norteamericanos y palabritas en inglés. Los sábados, la verdad, no se podía apenas alternar con españoles. Los de Torrejón lo invadían todo, en ruidosas bandadas, como los pájaros. Después, con el tiempo, y aunque vinieron muchos más, su moda pasó, pues la gente comenzó a aburrirse de ellos y ellos también moderaron el gasto, porque, hay que reconocerlo, hubo muchos abusos españoles y los hombres ya llegaban a Madrid avisados.

Yo había sufrido una racha muy mala, tras la muerte de Mero. Me impresionó mucho que el padre y el hijo acabaran tan desdichadamente. Y, además, porque la seguridad económica que comenzó a ofrecerme aquel hombre, había, claro está, desaparecido con él. Su episodio, su cruce por mi vida, me dejó algunos cuartos, ya se sabe, pero nada definitivo que me permitiera cambiar mi modo de vivir.

El terrible accidente me produjo un cierto desequilibrio nervioso, pese a que yo no me emocionó fácilmente y a que estoy bien culotada por los malos trances de la vida. Pero aquello fue tan imprevisto, me cogió en un raro momento de sosiego, quizá lleno de esperanzas... No sé. Lo cierto fue que, primero me pasé varios días en casa hecha un mar de lágrimas, histérica perdida. Después me fui sola a Portugal, y nunca lo hubiera hecho, pues resultó un viaje triste y aburrido. Y, al cabo, cuando regresé a Madrid, me entró un tal desenfreno que nunca fui tan puta como entonces. Salía todas las noches, bebía muchísimo y me acostaba sin cesar, con cualquier hombre. Como si buscara febrilmente algo, no sé qué. Algo que aquellas terribles muertes habían despertado en mí. Tan rara me encontraba que ya había decidido ir al psiquiatra cuando conocí a Bob y comencé a mejorar. Dejé, pues, la consulta para otra ocasión.

Los españoles andábamos un poco alborotados por entonces. A unos cuantos les dio por no subirse a los tranvías, ni a los autobuses. Así se protestaba de algo, yo no sé bien de qué, pues nunca fui mujer politiquera, acaso porque todos los políticos me parecen iguales. Pero el hecho es que había en el ambiente como un miedo sin nombre, como la zozobra de ir tirando milagrosamente. Ciertamente era que ya no se veían colas, que el piojo verde había desaparecido, que acabaron los cupos de racionamiento y aquel continuo comer pipas que a mí me ponía negra. Pero aún se cortaba la luz con frecuencia, estaban recientes las sequías y las cosechas eran muy malas. Como siempre, los hombres andaban hablando en toda ocasión, y entre chistes con mala leche, de la catástrofe económica. Oyéndolos, se le antojaba a una que todos nos encontrábamos al borde del abismo, pero que nadie se atrevía a darnos el empujón. Porque nadie, en verdad, quería más guerras ni más revoluciones. Poco a poco, la gente iba mejorando eso que ahora se llama el nivel de vida. Los estraperlistas de la posguerra se estaban convirtiendo, pese a la Fiscalía, en nuevos ricos, y muchos que anduvieron despistados en los primeros años de la paz eran ya funcionarios, empleados, militares o curas, que de todo había. Los de abajo seguían mal, como siempre, pero muchos escapaban de esa baja viniéndose a Madrid y mejorando de condición, a base de trabajo y picardía.

La esperanza eran los norteamericanos. Había que abrazarse a ellos y hacerles bien la pelota. A pesar de aquellas guasas cinematográficas del Bienvenido, *Mr. Marshall*. Todos teníamos detrás algunos dólares. A cambio de muchas cosas, claro está. Yo, véase la muestra, tenía a mi Bob. Aguantando también lo mío. Porque no estaba enamorada de él, pues ni

siquiera me complacía en la cama, ya que el teniente norteamericano se me antojó siempre un tipo de poca personalidad, un hombre de esos que no le traen a una nada nuevo, aunque sea mala la novedad. Pero su compañía me olvidaba un poco la congoja de sentir cómo mi vida se iba quemando rápidamente, ardiendo llameante, sin poder apagarla ni parar el tiempo. Con Bob, ya digo, descansaba. Pero de amores, nada, ni hablar.

Ahora, aquella mañana, y como tantas mujeres madrileñas de la vida, esperaba la llamada de mi aviador norteamericano, metida en mi hermosa cama y medio amodorrada. Deseando que tardara en llamar, para hacer más largo aquel sosiego. Había dormido poco, porque era domingo y los sábados ya se sabe. Bob tenía una guardia hasta la tarde y el duermevela me estaba resultando muy gustoso. Acaso había bebido menos la noche anterior. Sí; eso era. Había que beber menos. Había que hacer un esfuerzo y no darle tanto al trago.

De pronto, medio dormida, empecé a recordar:

¡Para, para!

Y Dieguito paró. ¡Cómo no iba a parar!

El tronco cruzaba la carretera. Un tronco de pino, con todas sus ramas, que impedía pasar. A mí, aquello no me gustó nada, la verdad.

¿Qué hacemos?

Voy a bajar.

No bajes, Diego. Ya verás...

¿Qué quieres? ¿Que nos quedemos aquí toda la noche?

No hemos debido volver tan tarde.

¿Y el pinchazo, qué? ¿Acaso tengo yo la culpa del pinchazo?

Hemos podido volver al pueblo, junto a los guardias. Y no bajar.

Bueno, mira. Algo tenemos que hacer. Quizá podamos mover entre los dos ese tronco y pasar.

¿Pero tú crees que eso se ha puesto ahí solo? ¿De verdad te lo crees? No seas tonto, Diego. Esta mañana, cuando hemos venido, no estaba.

Se ha podido caer.

Sí, hombre, sí. Él solito. ¿Y qué más?

No seas tan cobardica, mujer. Voy a bajarme, a mirar.

Yo no lo haría, Diego. Mientras estemos aquí no se atreverán. Podemos llevar armas y disparar.

No me hizo caso, claro. Arrimó bien el coche al árbol, cambió las luces y se bajó. Después le estuvo dando vueltas al pino y hasta trató de arrastrarlo un poco. Pero, a pesar de sus esfuerzos, apenas lo movió.

Anda, baja tú también. Yo creo que entre los dos podremos echarlo a un lado, ya verás.

He dicho que no me bajo. Que no.

Pero tan pesado se puso que, al cabo, me bajé. Y pasó lo que tenía que pasar. Estábamos tirando de una rama, cuando sonó la voz. Yo, la verdad, la estaba esperando y casi ni me asusté.

¡Quietos! Si se mueven, disparamos.

Nos quedamos quietecitos y dos hombres salieron de los lados del pinar. Uno apuntaba con un fusil y el otro con una pistola ametralladora.

Se acercaron rápidamente y nos cachearon con habilidad. El que a mí me tocó, se demoró más de la cuenta palpándome el pecho.

Esta dura la chica, Zocato. Pero que muy dura.

Anda, déjalo ya. Y tú apaga las luces de carretera y enciende las de población. Vas a poner el coche arrimado a la cuneta.

Diego obedeció en silencio. Después bajó del «Adler».

¡A ver! Echa una mano.

La echó, ¡qué iba a hacer! Y los tres hombres arrastraron el tronco y lo tumbaron en la cuneta, dejando libre la carretera.

Está bien. Ahora, en marcha.

Por vez primera, Diego se rebeló.

¿Adónde nos lleváis?

El dónde no te interesa. Donde podamos hablar.

¿Sólo hablar?

Eso se tratará.

¿Y no podríamos tratarlo aquí?

Para que venga otro coche, ¿verdad? No, hombre, no. Andando he dicho y ni una palabra más.

La voz de Zocato sonó ya impaciente, amenazadora. Echamos a andar.

Primero nos metimos por un carril, entre encinas y chaparros. Menos mal que yo me había puesto zapatos de tacón bajo, pues, si no, no sé lo que hubiera sido de mis piecitos. Pero después cruzamos a campo traviesa, hacia un próximo cerro, plateado por una clara luna de verano.

Bueno. ¿Adónde vamos?

Tú, a callar.

El Zocato se detuvo un momento, a echar tabaco. Su compañero esperó sin fumar.

¿Puedo encender un pitillo?

Puedes.

Y Diego lo encendió.

La guerra había terminado en abril, y yo andaba con aquel hombre ya varios meses. Era un malagueño bajo y regordete, que tenía en Sevilla una fábrica de chales y mantones. No andaba mal de cuartos y me había puesto piso en la calle Palacio Malaver. ¡Mi primer piso! Y eso que apenas tenía yo dieciocho años.

Aquella mañana, Dieguito se había empeñado, en Andújar, adonde habíamos ido para un asunto de su comercio, en que nos llegáramos hasta el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, allí donde aguantaron tanto los civiles de Jaén durante la guerra. Para ello había que atravesar la sierra y, por entonces, las sierras estaban llenas de maquis y de lo que no eran maquis, sino bandoleros, dedicados al secuestro y a saquear. Yo no quería ir y resistí lo que pude, pues aquella excursión se me antojaba una tonta temeridad. Pero el Dieguito, como hombre pequeño que era, se las echaba de valiente y se emperró tanto que tuve que ceder. ¡A ver qué iba a hacer una cuando la tienen entretenida como me tenía él a mí!

El hecho es que fuimos, vimos las ruinas del Santuario, nos llegamos hasta el pantano del Jándula, comimos en una venta y cuando nos volvíamos, todavía con buena luz, tuvimos un mal pinchazo que nos llevó un rato remediar. Se nos echó, pues, la noche encima y ahora pasaba lo que tenía que pasar: que andábamos pateando aquellos cerros de Andújar, con un negro porvenir. La excursión había valido la pena, no lo niego, pues por allí la tierra es divina, pero ahora la íbamos a pagar.

Yo, si digo la verdad, tenía poco miedo. Los hombres no me atemorizan. Sé la carita y el cuerpo que tengo y me las apaño casi siempre para salir bien de sus encrucijadas. Además, ya dije que por entonces tenía dieciocho años y un mirar que derretía a las mismísimas piedras. Por si esto era poco, iba aquel día muy mona, con mi pelo caoba ligero y suelto, vestida con una blusita camisera de seda natural color verde jade y una falda pantalón de hilo blanco. ¡Ya camelaría yo a los maquis, ya! ¿Qué iban a ganar matándome?

A Dieguito, por el contrario, se le veía preocupadísimo. Primero porque era de derechas, claro está, que para eso tenía una industria y el riñón bien cubierto. Y, después, porque si escapaba de lo político no escaparía de pagar. Eso pensaba yo mientras pateaba por allí.

Empezaba a cansarme y a cabrearme. El monte bajo y los chaparros se espesaban cada vez más y clavaban sus agujas en mis piernas. Además, subíamos la cuesta de un cerro y yo no he sido nunca deportista. Había estado últimamente algo pachucha y no me sobraban las fuerzas. Por eso, me paré.

Bueno. No puedo más.

Pues hay que poder, mozuela.

Estoy ahogada con la cuesta y me voy a sentar.

Un momento, nada más. Estamos llegando ya.

Me senté sobre una peña y recobré el aliento, mientras los fumadores echaban tabaco otra vez. Y traté de ver bien al Zocato y a su compañero, pero no pudo ser, porque la luna se había velado tras una nube. De todos modos, ya había podido observar que el Zocato era un hombre de mediana edad, fuerte y decidido, con aspecto de cazador, y que su compañero parecía mucho más joven e iba vestido como un labrador de por aquellas tierras de Jaén. Las caras no las vi, pero no me interesaban demasiado, porque lo que resultara de aquella lamentable aventura no iba a ser cuenta de estos dos hombres, sino de alguien que mandara más. Para mí que el ventero que nos dio de comer un riquísimo cochino había dado también el chivatazo a la partida de nuestra presencia en aquellos lugares. Y por eso nos habían esperado en la carretera.

¡Ay, si nos hubiéramos quedado con los civiles del puesto, como yo quise! Pero estos hombres que se las dan de valientes todo lo joroban con su terquedad.

Venga, que ya falta poco.

Es que si falta mucho, no voy a llegar. No estoy buena y...

Dice que no está buena, ¿eh, Zocato? ¡Y menuda que está!

Tú, Curro, a callar.

Seguimos subiendo el cerro un rato más. El terreno se hacía más pedregoso y yo echaba ya el bofe, de verdad. Hasta que en lo alto sonó una voz de alerta.

Soy yo, el Zocato. Pregunta si podemos entrar.

Entra. Está impaciente ya.

Trepamos aún hasta alcanzar un follaje de robles, que, abriéndose, daban paso a una gran cueva, que parecía el socavón de una mina abandonada. Fuera había un grupo de bestias y caballos, bien atados. Dentro hombres y candiles, y la luz incierta de las pequeñas llamas aceitosas mostraba el rojo infernal del almagre.

Ya era hora, Zocato dijo uno de los hombres, al vernos entrar.

La dama, que se cansaba.

¡Vaya, hombre, vaya! Tú, Rafaelillo, enciende el foco. Que les veamos las caras.

Un chico se precipitó a cumplir la orden, encendiendo un foco de carburo. Las paredes y el suelo parecieron enrojecerse más con su luz lívida y

crepitante. Había allí bastantes hombres, unos quince por lo menos, todos manchados por el rojo mineral. ¡Buena iba a ponerse mi faldita de hilo blanco con aquello!

Por favor, ¿no habría una silla, un banco, algo dónde sentarme? Vengo hecha polvo y no voy a tirarme en el suelo como éstos.

Donde estén éstos, puedes estar tú. Venga, arrimarle un tronco, para que no gruñe.

Me senté, claro está, sobre el tronco, resignada ya, pues estaba tan manchado por el almagre como todo lo demás.

Bueno, Zocato. Da el parte, venga ya.

Pues nada. Llegaron, pararon, el tío bajó del coche tratando de quitar el árbol. Después la hizo bajar a ella, que no quería.

¿No quería?

No. No es tonta la mozuela.

Mejor. Los tontos me joden. Y las tontas más.

Al cabo, bajó. Les dimos el alto y aquí están.

¿Armas?

No.

¿Resistencia?

Tampoco. Parece gente de paz.

A ver, dame los papeles.

El Zocato le alargó al otro los papeles del coche, que debió coger en la carretera y el jefe los miró con atención a la luz del carburo.

Conque, industrial, ¿eh? Y en Sevilla. No está mal. Venga la cartera.

El Dieguito se estremeció. Y sacó el billetero del bolsillo del pantalón.

He dicho la cartera.

No llevo cartera. Me la dejé en Andújar, en otra chaqueta, esta mañana.

¡Vaya, hombre! ¡Qué casualidad!

Lo siento, pero con esos papeles...

Has tirado la cartera en el camino, ¿por qué?

Le aseguro que no.

¿Por qué? Te lo voy a decir yo. Porque llevabas en ella el carnet de Falange. Y tuviste miedo. ¿A que sí?

Le juro...

Cabrón. Si ya sé que tú no eres falangista. Que te has afiliado también por miedo y para chupar. Estás muy gordo tú para ser camisa vieja.

El hombre estaba en lo cierto. Todo era verdad.

Bien, vamos a dejarlo. ¿Sabes quién soy yo?

Pues no.

Rafaelillo, enfócame, a ver si me conocen.

Descolgó el chico de la pared el carburo y enfocó al jefe. Un hombre nervioso, seco, de unos cuarenta años, con pelo crespo y gesto torvo. Llevaba botas altas, una ligera chaquetilla de paño claro y un par de pistolas en el grueso cinturón.

¿Y ahora?

No le conozco a usted.

Soy el Moco. ¿Te suena?

¡Vaya que si me suena!

Creí llegado el momento de intervenir.

¿De veras es usted el Moco? El famoso guerrillero. El héroe de la guerra.

Oye, mozuela. ¿Dónde pasaste tú el follón?

¿Dónde lo iba a pasar, hombre? Del lado del Gobierno. Y no me hice anarquista como usted porque no tenía la edad.

¿Tan joven eres?

Diecisiete años me quité uno, para más ingenuidad.

Y ya liada con este cabrón.

La vida, hombre, la vida.

¿Entonces no eres su mujer?

¿Tengo yo cara de serlo?

No, niña, no.

Habíamos caído en buenas manos. El Moco, ¡válgame Dios! Dieguito temblaba de pavor. Y era para asustarse. Pues el Moco, un tipo famoso de la FAI, había llegado a comandante en la guerra, en la que había realizado toda suerte de audacias y de barbaridades. Después, se había quedado en el maquis de las tierras andaluzas, al mando de una pequeña partida, y hasta la fecha, nadie había podido con él. Era el Moco el terror de la gente de orden, pues tan pronto aparecía por los montes de Córdoba, por la serranía de Ronda, como por la de Aracena, devorando distancias. Los campesinos le ayudaban y se decía que los ingleses, desde Gibraltar, le facilitaban armas para su guerrilla, que era una de las más conocidas. En fin, cosas de aquellos tiempos difíciles, aún enturbiados por la guerra, que acababa de terminar.

De la partida del Moco se hablaba, pues, mucho en aquellas tierras de Andalucía. Por lo demás, el hombre tenía fama de implacable y de caprichoso, como son estas gentes que se echan a vivir fuera de la ley.

Bajo la luz vacilante del carburo, el Moco permaneció un momento, presumiendo. Se veía que estos gestos teatrales compensaban un poco su

incómoda condición de hombre perseguido, de lobo al margen de la manada.

Bien. Déjalo ya, chico. Y tú, hombre, no tengas tanto miedo, que, aunque seas de derechas no te voy a matar.

Ya sé que es usted un hombre justo y yo...

Tú, nada, ¿sabes? Nada. ¡A callar! Tú, como todos los industriales, como todos los capitalistas, estarás explotando a tus obreros, chupándoles bien la sangre. Sanguijuelas asquerosas que sois todos vosotros. Pero poco os va a durar. Aunque nos hayáis vencido, la justicia social llegará. Y ahora, mientras llega, tú vas a pagar. Compañeros, es una pena que esta chica no sea su mujer. Porque no me fío de este marrano.

Murmuraron algunos hombres. Otros aprovecharon la pausa para cambiar de postura, o echar tabaco. El Moco, tras pensar un momento, me preguntó:

¿Cuánto tiempo llevas con él?

Unos meses. Nos juntamos poco después de acabar la guerra.

¿Y está muy enamorado?

Yo qué sé. Pregúnteselo a él.

No necesito preguntárselo. Porque si nos hace una cabronada, le va a pesar. Vamos a ver, Diego: ¿cuánto estás dispuesto a pagar?

Apenas llevo dinero encima, ya lo puede ver.

No se trata de eso. Y no te pases de listo, zanguango, que a mí tú no me la das. Te pregunto que cuánto te vale la vida de esta mujer.

¿La vida?

Pues sí. La vida.

¿Usted sería capaz de...?

Tenemos que vivir, hombre. Tenemos que vivir.

Y nos coges en un mal momento. Sin un real.

¿Debo entonces entender que se trata de un rescate?

Debes entenderlo. Eres muy despabilado, ¿sabes?

¿Me dejarán, pues, irme a buscar el dinero para volver con él?

Te dejaremos. Y además, volverás. Aunque ahora estés pensando en no volver.

Le juro por mi madre que...

No jures tanto. Que se me indigesta el oírte jurar.

Bueno. ¿Cuánto debo pagar?

Si fuera tu mujer, la tarifa serían cincuenta billetes. Cincuenta mil pesetas. Pero, como no lo es, te la voy a rebajar a treinta. ¿Qué os parece, compañeros?

Mucha rebaja es ésa. Porque la gachí está muy bien.

De acuerdo, Manuel. Está muy buena. Pero es su querida y no su mujer. Y estas cosas pesan.

Tiene razón el Moco.

La tiene, sí señor.

Gracias, compañeros. ¡Ea! Quedamos en treinta mil.

Y si no puedo pagarlas, ¿qué?

Pues ya lo sabes. Sintiéndolo mucho, porque la chica me cae bien, tendríamos que dejarla por aquí, al pie de una encina, criando manzanilla. Y después, naturalmente, ocuparnos de ti. Palabra, palabra del Moco, que te mataré. No yo, claro está, que no puedo bajar a Sevilla. Pero alguien se encargará. Y cualquier día, cuando salgas de tu casa de la plaza del Duque, o de otra parte, pues, ¡pim, pam! ¿Comprendido?

Mire usted, Moco. Hablemos con franqueza.

Eso hago yo.

Soy un industrial modesto.

Que tienes coche y querida. Y recién acabada la guerra. ¡Vamos, no encones más!

Trabajo mucho.

¡No me digas! Bueno. Aquí no se regatea. Nosotros te llevamos al coche, te soltamos y pasado mañana vuelves con las treinta mil. Si no vuelves, ya sabes lo que va a pasar. Si vuelves, te llevas a la chica y en paz.

Calló Dieguito y entonces yo, que estaba tragando más bilis que un enfermo de ictericia, entré en la conversación.

¡Tráelas, Diego! Que si tú no puedes pagarlas, las pagaré yo. Venderé la pulsera, la sortija con el brillante, el collar, todo lo que tengo y te pagaré de momento lo que pueda. Y, después, por mi madre que te daré hasta el último céntimo, si lo necesitas. Pero ¡por Dios!, no me dejes aquí, que estos hombres son capaces de todo.

De todo, mozuela, de todo. Tú lo has dicho.

No lo creía yo así, la verdad. Aquellos hombres no me iban a matar, si el Diego no traía las pesetas. Pero hay cosas tan malas como la muerte. Probablemente, me retendrían con ellos algún tiempo, abusarían de mí y me dejarían después hecha unos zorros. No y no. Había que evitar aquello como fuera.

Tengo también mi cartillita del Monte. Diego, yo te pagaré. ¿Volverás, verdad?

Me acerqué a mi hombre y, cogiéndole por un brazo, le enfrenté la mirada. Me fiaba poco de Dieguito. Era un andaluz simpático, bueno para la

juerga y la jarana, pero frívolo, caprichoso y poco serio. ¡Ay, si hubiera sido un castellano, uno de esos señores de más arriba de Despeñaperros! Por ello, le metí la mirada bien dentro de sus ojillos pequeños y huidizos, hundidos en la grasa de sus mejillas. Y lo que vi me inquietó.

Diego, ¡por Dios te lo pido! ¡Por Dios! Si no vuelves y me pasa algo, fíjate la losa que vas a llevar sobre tu conciencia. Total, por unas pesetas.

Son muchas pesetas.

Pero yo te las voy a pagar. Parte inmediatamente, y el resto tan pronto pueda. Por mi madre, Diego. No lo dudes más. Vuelve con el dinero, que estos hombres no te harán nada, si les traes las pesetas, ¿verdad?

Verdad. Si nos paga, no tenemos que molestar más. ¡Ea, Diego! Que no se diga que un señorito andaluz...

Son muchas pesetas y usted perdone. Pero ya le he dicho que soy un modesto industrial.

Lo que tú eres es un rácano y ya me están jodiendo tus regateos. ¿Es que acaso la chica no vale las treinta mil? Y, para colmo, está dispuesta a pagar.

No me fío de esas disposiciones, ¿sabe? Después, soltada la guita, todo cambiará.

Hubo risas entre los hombres, que yo corté con un grito.

¡Venga! ¿Quién tiene pluma y papel? Porque se lo voy a firmar.

¿Serás capaz de admitir eso, muchacho? Cuánto habéis cambiado los hombres advirtió el Moco, socarrón. Andar con papeles con una niña así.

Todos miraban a Dieguito, que parecía vacilar. Al cabo, debió pensar que no estaban las cosas para más regateos, ni que mi firma le iba a garantizar nada. Y se decidió.

Está bien. Pasado mañana las traeré. ¿A qué hora debo llegar?

Ya entrada la noche, a eso de las diez. Tú paras el coche en el mismo sitio, que ya se acercarán. Y ten cuidado con no hacer el chivato, ni prepararnos una encerrona, que te saldría mal. Aquí no estamos todos. Somos muchos más y tenemos la carretera y el monte bien controlados. ¿Entiendes?

Me lo imagino.

Mira, después de pagar, cuando te la lleves, haces lo que quieras. Pero antes, no. Ésas son las reglas del juego y hay que jugar limpio conmigo.

De acuerdo. Y ahora quisiera marchar.

Llévatelo, Zocato. ¡Ah! Si te acuerdas dónde has tirado la cartera, la puedes recoger.

Me acerqué de nuevo al Dieguito, que estaba ya impaciente por largarse de allí. Le eché los brazos al cuello y le pedí, con mi voz más conmovedora:

Diego, amor mío. Ten piedad. No me dejes aquí. Que es asunto muy serio. Date cuenta, hombre.

No te preocupes. He dicho que volveré.

Me besó fríamente, hizo un gesto de despedida y salió del socavón con el Zocato. El Moco movió la cabeza, pensativo, y después ordenó:

Eh, tú, ranchero. Ahora, a cenar.

Trajeron una olla grande del fondo de la cueva. Olía a patatas con pimientos y tomates. Aparecieron también unos chorizos, unos panes y unas botas de vino. Yo, con todas aquellas emociones, tenía un hambre que no veas. Se lo dije al Moco, me dieron de todo y me puse a cenar.

Después de echarme unos buenos tragos de un tinto que parecía de Valdepeñas, me envalentoné, mientras seguía comiendo bien.

¿Sabe usted. Moco? Estoy segura de que aunque no traiga el dinero no me van a matar.

Es mucha seguridad.

Ustedes son incapaces de matar así, en frío, a una chica como yo. A la pobre hospiciana que soy yo.

¡Ah! ¿Eres de la Cuna?

Me he criado en el hospicio de Almería, ya ve. Soy más pobre que cualquiera de ustedes.

Ahora, no. Que ya tienes joyas y una cartilla en el Monte.

Porque me metí a puta y las sudé. Pero, dígame. Moco: ¿usted cree que volverá? Tiene que conocer bien a la gente.

Volverá. Pero no por ti, chiquilla. Ni porque crea que le vas a pagar.

¿Entonces?

Sabe que el cañón de mis fusiles es largo y que le puede alcanzar. Por eso ha tardado tanto en decidirse. Por eso quería regatear más.

No sé, no sé.

¿No te fías?

Yo no me fío de nadie, jefe.

En eso haces bien. Pero no te preocupes, que este hombre es cobarde y volverá.

¡Ah! Otra cosa.

Tú dirás.

Me parece muy mal esa rebaja en mi cotización, la verdad. Me he callado para no perjudicarlo, para no liar más las cosas, pero, ahora que se ha ido, se lo digo. Ustedes, compañeros, ni son revolucionarios, ni son anarquistas, ni nada.

¿Qué dices?

A ver, a ver...

Se removieron todos los hombres, pendientes de mis palabras mientras comían.

Explícate, mozuela. Y ten cuidado con lo que hablas, que tienes una lengua demasiado descarada.

De manera que si al Diego y a mí nos hubiera echado las bendiciones uno de esos curas que tanto odiáis, resulta que yo valdría más. Que habría que pagar más por mi rescate. ¡No digo! Ni revolucionarios ni nada. Tradicionalistas y bien tradicionalistas, es lo que sois ustedes. ¡Ele!

Tiene gracia la gachí.

Algunos rieron. El Moco entre ellos, con una risa aguda, de hiena.

Una esposa es una esposa, mujer. No por las bendiciones, ni por los papeles.

Entonces, ¿por que?

Porque te quiere. Porque no la tienes que pagar.

¡Ah, ya! ¡Como si yo no pudiera querer!

Pero si no te sueltan guita, ¿qué?

No siempre se arrima una a un hombre por los cuartos. De veras lo digo.

Pero una esposa es una esposa.

Sí, ya lo veo. Aunque sea gorda, vieja y fea.

Si es gorda, vieja y fea, aún más.

¡No digo! ¡Anda ya! Tradicionalistas, eso es.

Les hizo gracia, pero, al mismo tiempo, se daban cuenta de que en mis palabras había un fondo de verdad. Y es que en España al menos, en cuanto les tocas la familia, todos los hombres, tengan las ideas políticas que tengan, son reaccionarios y defensores de lo tradicional. Ésa es mi experiencia particular y mira tú que he conocido tíos distintos en mi vida.

Terminamos de cenar con un queso manchego un poquillo picante que me encendió el paladar. Se trataban bien aquellos maquis. Y ya con el hambre y la sed calmadas, empecé a preocuparme por la noche que me esperaba, pues no iba a dormir tirada en el suelo, entre aquella gente acostumbrada a la vida del monte. ¡Ay, no! Yo me había hecho muy delicadita y me gustaba reposar en una buena cama.

No dije de momento nada, pero al ver que la conversación continuaba, comencé a bostezar exageradamente. Al cabo, el Moco se dio cuenta:

¿Tienes sueño, chiquilla?

Mucho. Tantas emociones y tanto andar.

Y el tintorro, que es de los buenos.

¿Ustedes dormís aquí?

Nosotros dormimos donde podemos.

Pero yo no voy a pasar la noche tirada en el suelo, digo yo.

Claro que no. Y no por lo del suelo, niña, que te tendrías que aguantar como cada quisque, sino porque yo no quiero mujeres entre nosotros. Estamos muy cachondos y acabarías por complicar las cosas. No, faldas aquí, no. Porque vienen las broncas.

¿Entonces?

Rafaelillo, coge el mulo y llévala a la ermita. Allí estará segura, con el ermitaño.

Hubo una carcajada general, que aumentó cuando yo advertí que no me gustaban las gentes de iglesia y que iba a darme mucho miedo el pasar la noche sola con el ermitaño.

No te preocupes. Ya verás. Allí, al menos, podrás tumbarte en un camastro. Y el santo varón no te molestará.

No me fío yo mucho de los santos varones.

De éste sí, te puedes fiar. Venga, Rafaelillo: le dices al hermano Jacinto que la trate bien, pero que la encierre y que no la deje asomar las narices al monte, ni abrir la ventana, ni nada. Lo siento, chiquilla, pero has de estar encerrada hasta que pasado mañana mande por ti.

¡No me diga!

Pues sí. Nosotros tenemos mucho que hacer y ya te dije que aquí no puedes quedarte.

Bueno, Moco. A mandar.

Que duermas bien con el hermano Jacinto. Salud.

Salí del socavón, entre las risas de los hombres. Algunos, bien es verdad, me miraban rijosos y comprendí que el Moco tenía razón en apartarme de allí.

Rafaelillo aparejaba el mulo, y mientras tanto, admiré un momento la serena noche serrana.

¿Sabes montar?

Me sostengo.

Pues súbete a esa peña, que voy a poner el mulo junto a ella. Y agárrate bien a mí.

Me subí a la bestia, un mulo fuerte y grandísimo, y me agarré a la cintura del chaval. Después empezamos a cruzar el monte, hacia un lugar más llano.

¿Qué, qué te ha parecido el Moco?

Que es un hombre que sabe mandar.

Y que lo digas. Es tío mío y lo conozco bien. Mi madre era su hermana. Y por ser un poco beata la mataron en Vilches, ya ves. Mi tío anarquista y mi madre... Bueno, que iba a misa la pobre, nada más. ¡Qué asco de guerra, mujer!

Y ahora este hombre, ¿qué va a hacer? Porque, en cuanto pase algún tiempo, lo cogerán.

Eso dice él. Tanto que quiere dejarme en Algeciras con algún dinero para que me las arregle y no me pillen a su lado.

Lleva razón. Porque eres muy joven y tienes la vida por delante. Y aviado estás si te cogen en el maquis. Debes marcharte.

Me da reparo dejarlo solo. No es malo, te lo aseguro. Mira, en la iglesia de Lucena, donde era sacristán, se llevó con él al frente al cura, para que no lo mataran. Y lo tuvo a su lado hasta que una bala lo dejó seco, al padre. Por lo demás, nunca necesita nada, no quiere nada para él.

Eso dice la gente.

Pues es verdad.

¿Y no tiene familia?

Tuvo una mujer y una hija. Se las llevó a Valencia, durante la guerra. Y un día, en un bombardeo, murieron las dos. Entonces mi tío enloqueció. Yo creo que está deseando que lo maten, fíjate.

A lo mejor.

Sí, porque pudo irse a Oran en un barco. Y en lugar de hacerlo les dijo cuatro verdades a los dirigentes y se quedó a organizar por estas sierras el maquis. Tú no sabes lo que es esto.

Me lo imagino.

No paramos jamás. Ahora, en cuanto tu amigo vuelva, nos bajaremos hacia Ronda. En aquella serranía estamos más seguros y vivimos mejor.

Habíamos dejado ya el cerro y el mulo pateaba el llano. Rafaelillo se rió, con una risa joven.

¿De qué te ríes?

Me río porque allí, en Ronda, hay una finca de una señora de Málaga. Una buena señora, debe de ser. De vez en cuando el administrador de la dehesa le dice que hemos secuestrado a mi porquero y que si no paga el rescate le vamos a matar. La señora, horrorizada, da orden de soltar los cuartos y después nos los repartimos nosotros, el porquero y el administrador.

¡Vaya una gentecilla, chico!

Mientras estemos en el monte de algo tenemos que vivir.

Sabes lo que te digo. Que debíais reunir algunos billetes y largaros todos de aquí. De España, quiero decir. Porque, tarde o temprano, os van a liquidar.

Tienes razón. Pero ya te he dicho que él no quiere salir.

Pues tú vete ya.

Sí, acabaré por irme. Ya lo sé. No quiero que me cojan. Y quiero vivir como los demás.

Le apretó bien al mulo, Rafaelillo, y la bestia tomó un trote pesado y navegante, como una barcaza movida por el oleaje.

Mira. Allí está la ermita. La luna, que, vencida ya sobre el horizonte, brillaba de nuevo en un cielo profundo y sin nubes, permitía, efectivamente, divisar, sobre una próxima y dulce loma, la mancha clara de la ermita. Una típica ermita andaluza.

Ya lo veo. Y ahora dime, Rafaelillo. ¿A qué viene tanta coña con el ermitaño?

Ya lo verás.

¿Pero es fraile de verdad?

¡Qué va! Es otro sacristán. Mi tío le salvó por lo visto la vida y le ayuda todo lo que puede.

Pues lo van también a pescar.

No creas. Nadie sabe nada.

¿Y si lo denuncio yo?

Tú no lo denunciarás. Tú no eres una chivata. Mi tío te ha conocido bien.

Quizás.

Además, el hermano Jacinto es muy popular. En la ermita tiene una virgen milagrosa, de esas que han hecho tener hijos a varias mujeres y vienen muchas a rezar. Mira tú qué fanatismo, qué ignorancia, como dice el tío. Pero el ermitaño se forra. Porque le traen de todo y vive bien, sin dar golpe ni penar.

Total: que es un tipo listo.

Ahora lo verás.

Llegamos a la puerta de la ermita, que era mayor de lo que desde lejos parecía. Rafaelillo ató el mulo a un alcornoque que había junto al pozo y llamó.

¡Ave María Purísima! ¿Quién anda a estas horas por aquí?

Soy yo, Jacinto. El sobrino del Moco, Rafaelillo.

Siempre con el Moco a vueltas. ¡Pero ese hombre no descansa jamás! ¿Y qué quieres, chaval?

¡Qué voy a querer: entrar!

¿Vienes solo?

Pues no. Traigo a una mujer.

¡Una mujer! Pero estáis locos, traer aquí una mujer. ¡Una mujer!

Ande, hermano. Abra la puerta y déjenos pasar, que ahora le explicaré.

No abro, no abro y no abro. ¡Ea! Aquí no entra una mujer.

Si es sólo para que la tenga encerrada un par de días en el pajar.

¡Dos días en el pajar! Y me lo dices así, como la cosa más natural.

Dice mi tío que ella no puede quedarse con nosotros. Que somos muy cachondos para poderlo soportar.

¡Digo! Y, por eso, el hermano Jacinto a aguantar.

A usted no le encachondan las mujeres.

¡Descarado! ¿Qué quieres decir con eso?

Que para algo tiene su santidad.

Menos coña, chico, menos coña. Que ya me estoy cansando de todos vosotros. Como sigáis por aquí, nadie va a atreverse a venir. Acabaréis conmigo, ya lo sé.

Poco hemos de molestarle ya.

¿Por qué lo dices?

Porque nos vamos a marchar.

Menos mal.

Pero venga, Jacinto. Abra ya. Que si no me doy la vuelta y en paz. Allá se las entenderá usted con mi tío.

No respondió el ermitaño. Pero no debía querer broncas con el Moco, porque empezó a levantar trancas y a descorrer cerrojos, ya que tenía la puerta de la ermita asegurada como la de una fortaleza. Al cabo, la abrió y, sin decir palabra, nos dejó pasar, volviéndola a cerrar inmediatamente. Después encendió dos velas, sobre un altar.

Era el hermano Jacinto un tipo raro. Con un corpachón carnoso y grande, cubierto con unos ligeros pantalones y una sucia camiseta y, sobre los anchos hombros, una cabeza muy pequeña, gordinflona, de mejillas imberbes y labios sonrosados. Tendría el hombre más de cincuenta años y apestaba a marica desde lejos. Porque en él sólo había redondeces y gestos femeninos de zape sin remedio. Pero, además de a marica, apestaba también a pies, a culo, a toda clase de hedores repugnantes. ¡Buen compañero me habían buscado los maquis, bueno!

La ermita tenía un altar, sobre el que había una virgen pequeña, morenita, muy linda. Ante el altar se veían un par de bancos de iglesia y unas sillas.

El hermano Jacinto nos hizo cruzar la capilla y, empujando una puerta, pasar a una habitación con una mesa, un sucio camastro y algunas sillas más. Una vela de llama vacilante alumbraba el cuarto y se veía que el ermitaño se acababa de levantar.

¡Ea! Sentarse y explícate. Y a ti, hija mía, te pido que no hables o que, al menos, lo hagas muy bajo. Comprende que alguien puede pasar.

Nada, Jacinto, ya se lo he dicho. Que el Moco dice que tenga usted a la chica dos días encerrada. No quiere que la vea nadie y ni a la ventana se debe asomar.

Menos quiero yo que la vean. Por ese lado puedes estar tranquilo.

Confía en usted.

Pues a ver si confía menos y no me busca estos compromisos. Porque esta chica está secuestrada. A mí no me la vais a dar.

Lo está. Nadie quiere engañarlo a usted.

Y si se enteran los civiles, ¿qué?

No se enterarán.

No se enterarán... ¡Ay, hijo! Menos mal que os marcháis ya.

Mi tío dice también que aunque tenga a la chica encerrada que la trate bien.

Claro, como es joven y bonita... Pues aquí, ya lo sabes, sólo la puedo tratar de una manera.

Póngala usted cómoda en el pajar y dele de esos jamones, de esos chorizos y de esas mantecas que le traen las beatas.

Muchacho, las beatas están muy abandonadas.

Y a mí acérqueme el botijo, que rabio de sed.

Salió el ermitaño un momento y Rafaelillo me guiñó un ojo.

¿Qué tal, qué tal?

Menuda faena.

Mejor que allí ya estarás.

Pues no sé.

Dormirás bien en el pajar. Y, además, dos días pasan pronto.

¿Tendrá vino el hermano?

Seguro que tendrá.

Tornó el ermitaño con el botijo. Rafaelillo lo levantó y echó un largo trago.

¡Qué fina es el agua de este pozo! ¡Ah, Jacinto! No deje de darle vino a la chica, que le gusta soplar.

Vaya con la niña. ¿Y tú por qué te imaginas que tengo aquí vino?

Porque lo he catado ya.

Está bien. Miraré a ver si queda alguna bota.

Pues anda, mírela antes de que me vaya, que así lo vuelvo a catar.

Volvió a salir el ermitaño y, a poco, retornó con la bota en la mano. La alzamos todos para gustar un blanco alegre, ligerillo y muy fresco, que entraba solo por el paladar.

¡Menudo vino! Y después se queja usted de las beatas.

Éste no me lo traen las devotas de la Virgen. Me lo da un cortijero de ahí abajo; de Las Viñas. Y, cierto, no está mal.

Bien, sintiendo dejar la compañía, me voy. Ya sabe, hermano. Encerrada, pero tratada como debe de ser. ¿Quiere algo para el Moco?

Que se largue de una vez.

Se marchó Rafaelillo y me quedé sola con el ermitaño. Y, al momento, en voz muy baja, quise afrontar la situación.

Mire, hermano. Yo no quiero molestarle. Pero quisiera pasar estos días lo mejor que pueda ser. Por lo pronto, ¿dónde voy a dormir?

Ven.

Por una puerta que se abría frente a la que conducía a la capilla, me llevó al pajar. La ermita, ya lo dije, era bastante grande y tenía, además, a un lado, una cuadra, donde coceaba una bestia. El pajar era más bien pequeño, recogido, sin ventanas y fresco. Tenía alguna paja en un rincón y varios sacos de grano y de harina, a más de algunos bultos que olían a queso, a tocino y a jamón. Con esto y la proximidad de la cuadra, el pajar estaba lleno de moscas que, al entrar nosotros, interrumpieron su sueño y empezaron a volar.

¡Qué horror! Cuánta mosca.

Esto no es una fonda.

No tiene que advertirlo, no. Y, bueno, ¿dónde me voy a echar? En la paja ni hablar.

Te traeré un par de mantas.

¡Vaya días que me esperan! Ya lo veo, ya.

Y yo qué le voy a hacer. Si quieres que te deje mi camastro...

No, gracias, con lo sucio que está. Traiga las mantas, a ver.

Trajo dos mantas pardas andrajosas, que estaban llenas de polvo. Las sacudí un poco y las puse en el suelo, junto a dos sacos de harina que, al menos, no olían mal. Después, con un saquito de trigo como almohada; preparé lo que iba a ser mi cama y me dispuse a aguantar aquello sin demasiado mal humor.

¿Y aquí es dónde voy a estar encerrada?

Pues, ¿dónde quieres estar? No tengo más que la capilla, mi cuarto y la cuadra. Tú dirás.

Aviada estoy.

Peor estarás si éstos te matan.

No los creo capaces de semejante atrocidad. Además mi hombre les traerá las pesetas.

¿Es de fiar?

Ningún hombre es de fiar.

En eso llevas razón.

Otra cosa, hermano. ¿Y yo dónde... dónde voy a mear?

Ahí tienes un cubo.

Y si necesito hacer de cuerpo, ¿qué?

Pues mira, no sé. Aguántate.

Claro, como que voy a poder aguantar dos días. Yo no soy un espíritu puro.

Lo comprendo, lo comprendo. Pues mira, hija. Echás un poco de harina en el suelo, cagas encima y después tapas la mierda con más harina. Que mañana por la noche, cuando esté bien oscuro, ya la sacarás.

Entonces, si no le importa, hermano Jacinto, mejor será que antes de encerrarme me deje salir un momento a evacuar.

Venga ya.

Salimos del pajar, cruzamos la otra habitación y la capilla, hasta que el ermitaño me detuvo ante la puerta que se abría al monte.

Un momento.

Alzó trancas y cerrojos una vez más y salió a dar una vuelta en torno a la ermita.

Anda, de prisa, sal ya. Métete entre esos árboles.

Me metí por los chaparros que había tras el alcornoque, me bajé mi braguita y me dispuse a evacuar. Oriné bien, pero como la naturaleza gusta en jorobarle a una con sus malos caprichos, por mucho que pujé y repujé no pude cagar. Ya dije que soy estreñida y por eso insistí, pues me horrorizaba que me entraran después las ganas y que tuviera que aguantar el olor de mi mierda encerrada en el pajar.

¿Qué te pasa, chica? Venga ya.

Que no puedo hacer de cuerpo.

Pues déjalo y no te entretengas más.

Lo dejé, claro que lo dejé, porque cuando se me cierra el culo no hay nada que hacer.

Volvimos, pues, a entrar en la ermita y vuelta otra vez a atrancar la puerta, como si aquello fuera un fortín.

No quiero, en verdad, recordar aquella espantosa noche. Comida por los insectos, sintiendo correr y chillar a las ratas por el pajar, con una sed de miedo, consumida la vela que me dejó el ermitaño y contando los minutos hasta que le oí alzarse de su camastro y trajinar por el cuarto. Entonces, con unos discretos golpecitos, lo llamé. Vino y abrió la puerta recelosamente.

¡Por Dios! Déjeme salir de aquí, que me muero. Tenga caridad. No sabe la noche que he pasado.

Ya te he dicho que esto no es una fonda.

Ni la peor posada, hermano.

Es que tú debes de ser muy regalada.

Déjeme ir a su cuarto. Me sentaré en un rincón y no me moveré.

¿No querrás escapar?

Que no, le juro que no. Comprendo que me cogerían. Sólo quiero respirar.

Espera que cierre la ventana. Ahora volveré.

Volvió y me dejó salir a su cuarto que, sucio y todo como estaba, se me antojó ahora un sitio estupendo. Me senté en una silla, como dije, y me bebí medio botijo.

¿Quieres algo para cortar la bilis?

Cuando me refresque un poco. Lo he pasado muy mal. Y eso que no crea, hermano, que yo no soy una señorita del pan pringao. Que, de chiquilla, he trajinado muchos caminos y dormido en cualquier parte. Pero esas moscas, esas ratas del pajar...

Ahora puedes estar un poco aquí, mientras yo rezo mis oraciones en la capilla.

¡Ah! ¿Pero usted reza?

¿Por qué no voy a rezar?

Se marchó un rato. Yo acerqué la silla a la mesa, me eché de bruces sobre ella y estaba tan cansada que me quedé frita. Al cabo, me despertó el ermitaño.

Te he dejado dormir un rato. Pero ahora hay que desayunar.

Andaba ya el hermano cubierto con un pardo y viejo sayal que lo disfrazaba de fraile mendicante. Y me acercó un mal café que había recocado en la cocina, acompañado de unas gachas de harina de almortas, que no estaban mal.

¿Quieres la bota o el botijo?

Deme la bota. Que es mejor para pasar las penas que aún me esperan.

Le di, pues, otro tiento al blanco y con el sueño y el vino me sentí mejor.

Ahora puedes quedarte aquí, hija. Porque yo no voy a salir. Pero, después de comer, te volveré a encerrar. Tengo que ir a un cortijo.

¿No podría dejarlo para otro día?

No. No puede ser.

Le aseguro que me da horror entrar ahí.

Pues no hay otro sitio donde te pueda encerrar.

Fue una larga y aburrida mañana. No apareció nadie por allí y yo le estuve ayudando al ermitaño a componer unos rústicos rosarios que, pasados por la Virgen, vendía a las devotas de la sierra. Según decía el hombre, incluso desde Córdoba venían a por ellos, porque atraían la fecundidad en las mujeres estériles. Yo le pregunté si en todo aquel cuento había algo de verdad y él me aseguró que habían ocurrido varios milagros y que mujeres que no se preñaban jamás habían parido hijos, incluso a una edad madura, después de pedirselo a la virgencita morena, Nuestra Señora de los Robles, que se veneraba en la capilla. Imagen que, por ello, era muy famosa en toda la región. Pero, naturalmente, qué iba a decir el hermano Jacinto, si vivía de aquel trajín.

Con estas cosas, llegó la hora del almuerzo, y no lo hicimos mal, la verdad. Un par de huevos fritos con torreznos, unas tajadas de jamón serrano, tan bueno que parecía de Jabugo, queso y vino a discreción. Yo, no lo niego, empine bien el codo, a ver si así pasaba la tarde más rápida en el pajar.

Apenas terminamos la comida, el ermitaño me dijo que tenía que marcharse. Y que tendría que dejar abierta la puerta de la ermita, por si venía alguna devota, ya que así quedaba siempre por las tardes y sorprendería mucho que la dejara cerrada, sabiendo como sabía que, a veces, acudían a implorar hijos a la Virgen mujeres desde muy lejos. Por ello repitió que no tenía más remedio que encerrarme hasta su vuelta, que sería al caer de la tarde.

Me llevó al pajar y allí, oculto tras unos sacos vacíos, me mostró un agujero que había en la pared y que se abría justamente sobre el altar, disimulado por unos palmitos. Mirando por allí se veían muy bien los bancos y las sillas de la capilla y me pidió, por lo que más quisiera, que si venía alguien tuviera muchísimo cuidado en no hacer el menor ruido, ni toser ni estornudar, para que nadie pudiera enterarse de que había en la ermita otra persona. Yo se lo prometí, pues, al cabo, aquel buen hombre vivía de aquello y no tenía por qué perjudicarlo. De manera que, tras llevarme el botijo conmigo, me metí en el pajar, donde me encerró con todo cuidado. Después le

oí aparejar la bestia en la cuadra y, por el agujero del altar, le vi cruzar ante la puerta abierta de la ermita, en un rucio grandote y tan marrano como él.

Aburrida, acosada por las malditas moscas, me eché sobre las mantas, donde, gracias al vino, me quedé dormida. Hasta que me despertaron unos ruidos de caballerías y unas voces a la puerta de la ermita. Miré por el agujero y, efectivamente, vi a dos mujeres descender de los mulos ante la puerta. Las dos parecían pertenecer al pueblo artesano, aunque una, la más joven, llevaba un traje mejor y mostraba un mayor arreglo en toda su persona. Con aire de mando, decidió, mientras se echaba sobre la cabeza una mantilla:

Mira, Carmela. Tú te quedas ahora aquí fuera, al cuidado de las bestias, que yo tengo que pedirle lo que sabes a la Virgen, y si entras conmigo a lo mejor me la distraes. Después, cuando yo termine, ya entrarás a rezarle una salve.

Como quieras, Dolores. Me sentaré a la sombra y cuando acabes me llamas.

Entró, pues, sola la Dolores en la capilla y se arrodilló en el primer banco, poniendo los brazos en cruz. Ahora que la veía bien, muy bien, me di cuenta de que era una mujer como de unos treinta y tantos años, enjuta y seca, con una negra mirada febril y unas ojeras tremendas. Parecía consumida por un pesar y exaltada por una gran fe en aquel momento, tanto que me dio reparo el mirarla por el agujero, pues parecía que ella, en lugar de implorarle a la Virgen me imploraba a mí. Por lo demás, la Dolores tenía una voz enronquecida por la emoción, con la que hablaba así:

Compadécete de mí, Señora. Dame un hijo que, si no me lo das, mi matrimonio se va a desgraciar. Porque el hombre pide hijos y mi Manuel no se resigna a que yo no se los dé. Tú sabes, Señora, que mi Manuel ha trabajado mucho, pero mucho, y que hoy es el más famoso alfarero de Andújar. Nadie como él para hacer un cántaro, un jarro, una botija. Desde Córdoba, desde Jaén, desde la mismísima Sevilla vienen a por su mercancía, tan famoso es con el barro. Y aunque tiene ya varios operarios a sus órdenes no puede atender los pedidos que le hacen. No le faltan, pues, los cuartos, y, además, no es hombre avaro, que no le guste gastarlos. Pero le faltan los hijos, sí. Señora. Los hijos a quienes enseñar los secretos del oficio; la elegancia de una curva, como él dice, porque es un artista. Y si no tiene hijos conmigo los tendrá con la que sea, que hay muchas lagartas por ahí y él tiene billetes para mantener a quien quiera. ¡Por Dios, Señora, por tu divino Hijo, por su Sagrado Corazón, te pido y te suplico que remedies mi pena, que aplaques mi dolor! Porque yo no vivo pensando en eso. Pensando en que

pasan los años y mi vientre permanece seco, hundido, sin que lo hinche la esperanza alegre de un hijo... Bendita seas, Señora, concédeme este favor, que yo sabré agradecerlo, no hacer nunca daño a nadie y ser siempre buena. Intercede, pues, ante el divino Jesús y dame un hijo, una criatura. Por caridad, Señora. ¡Por caridad...!

Las lágrimas surcaban el rostro moreno de la mujer, que, llorando a moco tendido, bajó los brazos en cruz y se lo tapó con las manos, mientras rezaba fervorosamente, acachada la cabeza.

Cuando la vi así, no sé qué idea me pasó. Por un lado me dio pena de la pobre mujer, por otro me encendió el coraje tanta tontería. Pero yo creo que la culpa de todo la tuvo el vinillo blanco, del que había abusado un mucho en el almuerzo, y el encontrarme allí encerrada en aquel pajar, con las ganas de retozar que tenía. En fin, el hecho fue que cuando la mujer estaba más transportada ante la Virgen, yo arrimé mi boca al agujero del tabique y con una voz suave, como un susurro que viniera del otro mundo, murmuré muy quedo:

Ten fe, mujer. Tendrás un hijo, tendrás un hijo, tendrás un hijo...

Cada vez más bajo y susurrante. Después, miré por el agujero.

El efecto, ¡ay, Dios!, fue tremendo. La mujer, pasmada en su trance, miraba a la Virgen con el rostro desencajado y los ojos fuera de las órbitas. Así quedó un momento, hasta que, recuperándose, comenzó a santiguarse velozmente, poniéndose en pie y saliendo como loca a la puerta de la ermita.

¡Milagro, milagro! Carmela, corre, mujer, corre. La Virgen me ha hablado para prometerme un hijo. Me ha hablado, Carmela. ¿Te das cuenta?

Pero qué disparates dices, Dolores. Ni las vírgenes ni los santos hablan ya en las iglesias. Eso era antes, hija.

Que sí, que sí. Que te aseguro que sí. Que la he oído muy bien. ¡Milagro, milagro!

Cálmate, Dolores, que estás muy nerviosa.

Pero cómo no voy a estarlo, criatura. Si me ha hablado la Virgen. A mí, a mí. Al principio, Carmela, me ha dado como miedo, mucho miedo. Y eso que me habló con una voz dulcísima, muy suave. Claro, con lo pequeñita que es esta Virgen.

Anda, bebe un poco de agua, Dolores, que estás muy acalorada.

Tú no lo crees, Carmela. ¡Ay!, si la hubieras oído: «Tendrás un hijo, tendrás un hijo, tendrás un hijo...». Tres veces lo repitió, y se veía que la voz venía del cielo. Bueno, dame el agua, sí, que estoy muy sofocada.

Se apartó Carmela y volvió con un botijo. Dolores bebió largamente y la otra echó también un trago. Después entraron las dos en la ermita, arrodillándose juntas en el primer banco.

Que sí, que me habló, Carmela. Te lo juro. ¡Milagro!

Miraba la vieja a la Virgen con ojos desconfiados y su mirada recorrió toda la capilla. Después observó a la Dolores, que rezaba nuevamente, moviendo con pena la cabeza.

¿Dónde están los dineros, Carmela?

Aquí los tengo.

Échalos en el cepillo para los pobres.

¿Cuánto echo?

Todo, todo, mujer.

Se alzó del banco la vieja, buscó entre su falda y, sacando unos billetes, los metió en el cepillo que había colgado en una pared, bajo un cartel: «Para los pobres de Nuestra Señora de los Robles». Es decir, para el hermano Jacinto.

Y después volvió junto a Dolores.

Anda, hija. Que va a caer la tarde y tenemos que volver con luz a casa. Porque ya sabes cómo andan estas sierras.

Ya voy, ya voy. Pero me ha hablado, Carmela. A mí, a mí. Y tendré un hijo, ya lo verás. ¡Milagro, milagro!

Sí, mujer, sí. Anda, tranquilízate.

Abandonaron las dos mujeres la ermita, se las oyó montar en las caballerías, y las vi pasar ante la puerta abierta de la capilla. Poco a poco, sus voces se fueron alejando y el silencio del monte reinó de nuevo en el lugar. ¡Bueno, yo me había reído un rato!

Más tarde, con las primeras sombras del crepúsculo, volvió el hermano Jacinto. Venía hecho una fiera y, nada más entrar en la ermita, cerró y atrancó la puerta. Acercándose después a la del pajar y abriéndola violentamente, me gritó:

¿Pero qué has hecho, criatura? Te has vuelto loca.

¿Yo, por qué?

Ahí, por Las Viñas, me he encontrado a dos mujeres de Andújar, que volvían de aquí. Y una de ellas está como loca. Dice que le ha hablado la Virgen, que hubo milagro. Has sido tú. Has tenido que ser tú.

No diga tonterías, hermano. Yo estuve toda la tarde achantada porque, efectivamente, vi por el agujero que había dos mujeres rezando. Y cuidé bien de no hacer el menor ruido, como usted me dijo.

Asegura que la Virgen le ha prometido un hijo.

Mire, hermano. Yo nada tengo que ver con las locuras de sus beatas.

Entonces, ¿tú no has dicho nada?

¡Y dale, hombre! Pero ¿qué quiere usted que diga?

No sé, una broma pesada.

Que no, que no. Lo que pasa es que esa mujer parecía histérica y debió oír lo que no sonaba.

No me fío.

Ande, déjeme salir un poco de aquí y vaya a recoger el cepillo de los pobres, que le han echado allí sus dineros. ¡Fácil manera de ganarlos!

Soy pobre, hija. Pero cuando encuentro alguno más pobre que yo le ayudo, ¿sabes?

Fue rápido a por los cuartos. Que debieron satisfacerle, pues volvió con el humor cambiado. Pero, de todos modos, porfiamos un rato sobre si yo había o no había hablado.

A poco, cenamos, y el ermitaño, que parecía preocupado, me dijo después:

Mira, chiquilla. Mañana, con el alba, te llevo junto al Moco. Yo no puedo esperar a que vengan a buscarte por la tarde. Porque, hayas o no hayas hablado, que eso tú lo sabrás, esa mujer va a levantar tal escándalo con su milagro que, probablemente, mañana vendrán por aquí otras, a cerciorarse de si la Virgen habla o no habla. Y no quiero que estés en la ermita.

Por mí, encantada de salir de aquí. Pero ¿no se enfadará el Moco?

Si se enfada que se enfade. Ya le explicaré yo lo ocurrido y creo que se dará cuenta de todo.

Pues nada, vale. Nos vamos por la mañana.

Antes de que salga el sol. No quiero que te vea nadie.

Pasé otra noche horrible en el pajar. No pegué ojo y aún estaba oscuro cuando abandoné mi encierro para siempre. El hermano Jacinto había aparejado ya el mulo y cocido un poco de café. Así, tras echárnoslo al cuerpo, con un buen trago del botijo, cruzamos el monte hasta llegar al cerro donde se encontraba la partida del Moco, en su mina abandonada y roja.

Asomaba el sol cuando nos dieron el alto. Y el ermitaño se explicó con el centinela. Pasamos, pues, y el hermano Jacinto dio unas voces en la boca del socavón, llamando al Moco. Que salió ajustándose los pantalones con el cinturón y bien a la mano la pistola ametralladora. Al verme con el ermitaño tuvo un gesto de sorpresa.

¿Qué hacéis aquí, a estas horas? ¿Por qué la traes, Jacinto? Ya hubiera ido Rafaelillo a buscarla.

No puedo tenerla hoy en la ermita.

¿Qué le has hecho, niña?

Lo que ha hecho, ella lo sabrá. Pero ayer hubo milagro en la capilla y hoy voy a tener muchas visitas.

Explícate, Jacinto. Que no me gustan los misterios.

Se explicó el ermitaño y el Moco me guiñó el ojo cuando llegamos a lo del milagro. Después, comprendiendo las razones del hombre, admitió que me quedara allí hasta la noche, pues no dudaba que el Diego vendría con los dineros. Así, el hermano Jacinto se marchó muy satisfecho, mientras el Moco me decía:

La cabeza me juego a que fuiste tú, chiquilla. ¡A que sí!

Yo no digo nada.

Pero te ríes, tunanta. Bueno, menudo favor le has hecho. Se va a forrar el tío. Y como ahora se empreñe esa mujer, milagro tendremos. Así, así empiezan estas cosas... Pero, dejemos esto, que hoy tenemos mucho trabajo. Tú te quedarás aquí con el rancharo.

¿Puedo tomar ahora un poco el fresco?

Sí, mujer, sí, puedes. No te apartes, pero haz lo que quieras.

Me senté, pues, allí, en la bocamina, sobre una peña. La mañana estaba deliciosa. Una brisa ligera, con olor a jara, a tomillo y a otras hierbas del monte me acariciaba la cabeza, aún emporcada por los hedores del pajar. Permanecí un rato quieta, disfrutando de ella, hasta que apareció Rafaelillo, trayéndome un plato de migas que había preparado el rancharo.

Ya lo ha contado todo el tío, mientras desayunábamos. Y estamos muertos de risa. ¡Qué ocurrencia, niña, qué ocurrencia!

Yo reía también y seguimos charlando un poco. Al cabo salieron todos los hombres y varios de ellos, la mayoría, montó en los caballos. Observé que se llevaban también un par de mulos sin carga. Nos dijeron adiós y, al despedirse, ya montado en su corcel, el Moco le gritó a Rafaelillo:

Ten cuidado con ella, chico. No sea que te organice otro milagro.

Y, tras estas palabras, se unió a sus hombres y se alejaron todos riendo, muy animados. Al verlos marcharse, a mí, de pronto, me dieron mucha lástima. Serían unos bandoleros, no había duda, pero vaya vida que llevaban. Perseguidos, al margen de la ley, siempre con la muerte al hombro. Porque caerían, sin duda, uno tras otro. Y hasta que cayeran seguirían robando, matando, destruyendo cuanto se les pusiera por delante.

Si oyes tiros, no te asustes. Quizá tengan que asaltar un cortijo para coger provisiones y poder largarnos de aquí con algo que llevarnos a la boca.

¿No digo?

¿Qué dices?

Nada, nada.

Habían quedado tan sólo cuatro hombres allí. El rancharo, Rafaelillo y otro par de tíos que andaban apostados por el monte, vigilando el lugar. El rancharo, un hombrecillo menudo y ya con sus años encima, salió del socavón y se unió a nosotros, echando tabaco.

Bueno. Yo quiero hacer algo. Ayudar en lo que sea. Si hay que coser o que lavar, aprovechar el momento.

Rafaelillo rió con ganas ante mi ofrecimiento.

Éste cose muy bien. Y ya ves cómo guisa. En cuanto a eso de lavar, lo hemos olvidado. Alguna vez, cuando el cuerpo lo pide, nos bañamos en un río y, ¡hala!, la misma ropa encima de nuevo. ¿No es verdad, Salvador?

Verdad es, Rafael.

No sé cómo aguantáis ustedes esta vida.

Se aguanta lo que hay que aguantar, niña.

Lo dijo tan sentencioso el rancharo, que me callé. A poco, sonaron a lo lejos unos tiros.

¿Oyes? Ya se lo dije al Moco. Nadie da ni un grano de cebada, ni un pan, por las buenas. Ya están resistiendo en el cortijo. Habría que matarlos a todos.

A mi tío no le gusta matar por matar.

Ya lo sé, Rafael. Lo conozco mejor que tú. Pero es que nadie da nunca nada. Por eso pasan las cosas.

Cuanto más ricos, ya se sabe.

Sonaron nuevos tiros. Y después todo quedó otra vez silencioso, en la fresca calma de la mañana. Tan sólo lejos, muy lejos, un perro obstinado ladraba.

Ahora, al oír los tiros, vendrán los civiles. Y habrá jaleo.

No te inquietes, chiquilla. Los civiles saben perfectamente que estamos aquí. Pero son pocos, apenas unas parejas, y habría que reunir más guardias para poder con nosotros. Para ello, tienen que concentrar fuerzas. Y, antes de que las concentren, ya nos habremos largado nosotros. Así vamos jugando al ratón y al gato. Hasta que un día nos den una batida en serio y no haya quien escape.

Fue avanzando la mañana y se alzó el calor. Pero en la bocamina se estaba muy bien, pues la tierra echaba un aliento húmedo y fresco por el socavón. Ya

en la hora de la modorra llegó el Moco con sus hombres, trayendo mucha carga en los mulos e incluso en los caballos.

¿Qué tal, Moco?

Lo de siempre. Por aquí somos muy bravos. Resistieron y hubo que tirar.

Ya lo oímos, ya.

Pero, en fin, entramos y traemos de todo. Danos primero de comer, ranchero, que hay apetito, y después prepara las cargas para largarnos mañana, al amanecer. Y que se atienda bien a esos caballos.

Comenzaron a descargar los sacos y los bultos. A dar de beber y de comer a las bestias, entre bromas y risas. Uno de los hombres cantó:

En la gran Sierra Morena,
de tantos delitos capa,
amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda...

A mí, la verdad, me entretenía aquello, como si viera una película del Oeste. Sólo que esto no era una película, sino la mismísima realidad.

Cuando cesó el trajín comimos unos pollos con tomate de los que trajeron del cortijo, y unas peras muy buenas. Todo ello regado con el vino que llenaba un pellejo, un vino fuerte y rasposo. Y después reposamos un poco. Yo, la verdad, según se acercaba la noche, es decir, la hora en que debía tornar el Dieguito con los cuartos, me iba poniendo muy nerviosa. Tanto, que el Moco se apercibió de ello:

—Vendrá, vendrá. No te preocupes, niña. —Al caer la tarde, el Moco envió varios hombres a vigilar un buen trecho de la carretera, por si el Diego había preparado una encerrona. Y, ya oscuro el monte, le dijo al Zocato que bajara y que si llegaba el hombre y traía los dineros en regla que colocaran el coche en un lugar que se veía desde allí y que apagaran y encendieran varias veces los faros. Para que Rafaelillo me llevara entonces.

Y, tras estas órdenes, comenzaron a pasar los minutos y a estirarse la tensa espera.

Por suerte no fue muy larga. Apenas cayó por completo la noche cuando vimos, desde arriba, los guiños de las luces del coche.

¿Ves tú, hija? Ya lo tienes ahí. Aunque ahora y en secreto, te diré que si no hubiera venido nunca te hubiéramos matado. ¿No me crees?

Le creo, claro.

Bien, Rafaelillo, bájala en un mulo, que la muchacha lleva unos días muy cansados.

Mientras el chico aparejaba a la bestia, yo me aparté un momento con el Moco:

Quiero decirle una cosa.

Tú dirás.

¡Váyase, Moco! No espere a que lo cojan. Lárguese a Oran, a África, como los otros.

Me miró un rato el hombre con su dura mirada. Callado, impenetrable. Y, al cabo, su rostro enérgico se ablandó.

No puedo dejarles.

Que se vayan también.

Eso no es fácil.

Déjese de coñas y váyase, Moco.

No puedo, ya te lo he dicho. Y ahora, vete tú. A ver si encuentras un hombre más hombre que ése.

Monté en el mulo y Rafaelillo se puso a mi lado. Hice un gesto de adiós a todos los hombres y empezamos a bajar el cerro con cuidado. Habíamos descendido ya algo, cuando, desde arriba, me llamó a voces el Moco:

Oye, chiquilla... No puedo y, además, no me sale de los cojones.

No le contesté y seguimos bajando.

¿Qué le has dicho, niña?

Lo mismo que te dije a ti. Que se vaya. Que no espere a que lo cojan.

Yo acabaré por irme. Pero él no. Nunca dejará a esos hombres. Además, no tiene ganas de organizarse una nueva vida y prefiere acabarla así. Estoy seguro. Es muy raro, mi tío.

Tiene demasiado orgullo. Como tantos españoles.

Seguimos acercándonos a la carretera y, ya en ella, todo fue muy rápido y sorprendentemente fácil. El Zocato debía tener ya guardados los cuartos, porque me subí al coche, me despedí de él y de Rafaelillo, arrancamos y se acabó mi secuestro. Vi que el Diego estaba torcido, porque apenas me saludó y yo también andaba con mala leche. Por ello, no hablamos durante un largo rato. Cruzamos Andújar, llegamos a Montoro y nos acercamos a Córdoba. Mi corazón, de veras, se había quedado con aquellos hombres de la sierra, con sus vidas criminales y aventureras. ¡Ay, si el Moco hubiera sido más joven, creo que hubiera perdido la cabeza!

Después, los trajines de los días me hicieron olvidarlos a todos. El Diego recuperó el humor, pero yo ni vendí mis pocas joyas, ni le pagué una peseta del rescate. ¡Sólo hubiera faltado eso!

Seguí, sí, unos meses con él. Hasta que, aprovechando una bronca que tuvimos, me vine a Madrid, a iniciar mi vida madrileña. Y él se quedó en Sevilla, con su fábrica de chales y mantones y su figura de tordo. Con la cabeza chica y el culo gordo.

Me revolví en mi cama, con ese regusto cachondón de la pereza. Bob no me llamaba todavía, pues debía continuar la guardia. La verdad, ahora, después de recordar aquellas aventuras serranas, me daba mejor cuenta de que estaba aburrída de mi aviador. Pero ya dije que casi todas las mujeres de la vida teníamos por entonces en Madrid un novio norteamericano y yo no iba a ser menos que las otras. El mío era teniente, más bien guapo, no tenía mala pinta y andaba con un «Chrysler» azulado tan grande que no cabía por las calles estrechas del viejo Madrid. Por lo demás, va me había convencido de lo monótona que resultaba la vida a la vera de aquel hombre. Bailar, comer y beber, rodar por las carreteras a gran velocidad, hacer el amor los sábados o los viernes, según las guardias de Torrejón, y andar siempre con Fred y Susan, con Tom y Grace. Riendo, eso sí, mucho y con el *whisky* siempre al lado.

No voy, pues, a traer aquí mi vida con Bob Wharton, aunque duró cierto tiempo. Porque en mi recuerdo significa un gran vacío, sin olor y sin sabor. Hasta que un día, el hombre se encamó, con unas fiebres. Le hospitalizaron, sin que los médicos norteamericanos, pese a sus muchos adelantos, supieran lo que el teniente padecía. Tan despistados andaban que a mí me dio pena y le llevé un doctor español, el cual, nada más verlo, dijo que sufría unas fiebres de Malta, pues en una de nuestras excursiones había comido queso de cabra. Yo también lo comí, pero como soy del país no me pasó nada.

Los médicos norteamericanos se enfadaron mucho y dijeron que esas fiebres no existían en los Estados Unidos, ni en ningún país civilizado. Y que aquí estábamos sin civilizar.

Palabras que cabrearon al médico español.

Lo cierto fue que el pobre Bob estuvo enfermo algún tiempo y que se quedó hecho polvo. Blanco como el papel y teniendo que andar con dos bastones. Tan pachucho estaba que las Fuerzas Aéreas se lo llevaron a los Estados Unidos, a que se repusiera. Yo no lo vi más, aunque algún tiempo después recibí una postal suya en la que me decía que estaba muy mejorado. Pero no debió volver por aquí, pues se veía que tenía un mal recuerdo de España. ¡Vamos, que coger las fiebres por probar un día queso de cabra!

A mí que no me digan que estos tíos son fuertes, pues aquí está una tomando cuanta leche de cabra se le ha antojado, sin tener fiebres ni bobadas.

Y, a veces, recién ordeñada. O mamándola en la misma teta del animal.

El espejo oscuro

Sola estoy. Las ramblas, los carriles, los cerros, los cráteres, las piedras, las arenas, todo solo. Todo polvoriento, todo dominado por el ocre. Y, arriba, el cielo también quemado y seco, perdido el azul, cegado por un sol turbio, abrasador. Sola estoy. Ni un alma. Ni un animal, ni un perro, ni un pájaro. La tierra sola. Miro. Miro bien. Busco algún lagarto, alguna salamandra. O una culebra. Nada, no hay nada. A ver, debajo de las piedras, acaso un alacrán. Doy vuelta con el pie a un grueso guijarro. No, tampoco hay alacranes bajo las piedras. Tampoco hay la más leve huella de humedad, esa tierra un algo más oscura, un poco más fresca.

Me duelen los dedos del pie. Del pie que dio vuelta a la piedra. Como que estoy descalza. ¡Qué raro! Subo mi mirada por las piernas. ¡Dios, si estoy desnuda! Completamente desnuda. Y mis carnes, tan jugositas, tan sonrosadas, tan prietas, se han puesto también ocre, amarillentas, reseca. ¿Qué hago yo aquí, desnuda y sola en medio de este desierto? Ando y ahora que he descubierto mi desnudez, mi completa desnudez, voy buscando algo con que cubrirme. Al menos esa hoja de parra de las pinturas y las estatuas. Pero no hay parras.

Tanto he corrido que he llegado al próximo cerro, un volcán seco, apagado. Trepo por él. Los pies me sangran, pero trepo.

Señora Lozana: ¿cuántos años puede ser una mujer puta?

Desde doce años hasta cuarenta.

¿Veintiocho años?

Señor, sí, hartarse hasta reventar...

Trepo aún más por el cerro. Echo ya el bofe, cuando encuentro la boca penumbrosa de una cueva. ¡Pero si es la mina abandonada del Moco! Grito: «Moco, Moco...». Nadie sale. No es aquel socavón, no. Esta cueva no está enrojecida por el almagre. Es también terrosa, ocre. Pero entro en ella, porque, así, cubriré con la propia tierra mi desnudez.

No profundiza la cueva. No penetra en el cerro. Es más bien redonda, como un panteón. Y en el frente, justo en el frente de su boca, hay como un

resplandor oscuro. Me acerco, con un salto esperanzado. Pero no, tampoco. Sólo es un espejo, un espejo negro, que refleja la luz de la entrada. Y que ahora, al aproximarme, me refleja a mí. Mejor dicho, a mi cabeza, a mi cara, que queda como suspendida en el aire, sin soporte corporal, cortada por el cuello.

¿Soy yo? ¿No soy yo? Sí, sí, soy yo. Pero distinta a como me creía. Es mi misma cara, cierto, pero perdida en ella toda gracia, todo rasgo de belleza. Es mi propio rostro, pero degradado, roído, seco. Estoy sudando de horror. Entre mis pechos secos me corren gruesas gotas que después cruzan mi vientre y se pierden entre el vello. ¿Qué hago yo aquí. Dios, desnuda ante este espejo? ¡Ah!, ya me acuerdo: «Ahora vemos oscuramente, como en un espejo; mas después veremos cara a cara». ¿A quién? Cara a cara, ¿a quién?

(«La pobreza no es vileza.

Maldiga Dios al primero que tal refrán inventó, y al primero que le tuvo por verdadero...

¿Cómo así a cosa tan común queréis contradecir?

Porque es la mayor mentira que de Adán acá se ha dicho ni formado; antes no hay mayor vileza en el mundo que la pobreza y que más viles haga a los hombres; ¿qué hombre hay en el mundo tan ilustre que la pobreza no le haga ser vil y hacer mil cuentos de vilezas?»).

«Yo era pobre, yo era pobre», grité ante el espejo. Y quise quebrarle, para romperme en él, para no poder contemplar más aquella cara corrompida. Busqué una piedra, pero, en aquella tierra de piedras no la hallé. Y volví a contemplarme en el espejo oscuro, casi negro. Ahora mi cara estaba enturbiada por un velo que parecía suavizar sus duros, sus implacables rasgos. «Yo era pobre, yo era pobre», volví a gritar. Sin abrir la boca, porque en mi imagen nada se abrió. Y el velo se hizo más piadoso, más espeso.

Un dolor agudo taladró mi frente, penetrando mi cabeza hasta la nuca, como un clavo. Mi cara desapareció en el espejo y el velo se convertía ahora en una vaporosa niebla. Comenzó entonces a vislumbrarse otra imagen, que fue surgiendo poco a poco, con una calma angustiosa. Dos pies desnudos, dos pies de hombre cruzados, el uno encima del otro, y clavados con un grueso clavo a un tosco leño. Dos pies ensangrentados y jóvenes.

Al verlos aparecer entre la niebla del espejo, caí de rodillas al suelo. Un suelo con una espesa y blanda capa de polvo. Caí de rodillas primero, revolqué después todo mi cuerpo en el polvo. Lloraba, lloraba gritando al mismo tiempo: «Sola estoy. Soy hospiciana. Soy expósita. No tengo padres, ni abuelos, ni hermanos, ni primos, ni sobrinos, ni parientes de ninguna clase.

No tengo familia. Y soy pobre. Y soy vil por ser pobre. Y busco el dinero porque el dinero cría respeto y a mí nadie me ha respetado nunca. Y tengo ansia de respeto. Pero estoy sola, siempre sola...». Lloraba diciendo estas cosas, gritándolas mientras me revolcaba desesperada en el polvo del suelo y este polvo formaba costras terrosas sobre mi piel mojada por el sudor y por las lágrimas.

Así, en aquel tormento, ante aquellos dos pies desnudos ensangrentados, clavados al leño, que aparecieron en el espejo, me quedé traspuesta. No sé cuánto tiempo dormí, porque el tiempo parecía haberse ido de mi vida. Hasta que una frescura inesperada me despabiló de nuevo.

Sí, al abrir los ojos, vi cómo había cambiado la cueva. Frente a mí ya no se encontraba el espejo, sino una pared húmeda cubierta por la yedra. Las otras paredes estaban agrietadas por el agua, que, rezumando finas venas, corría hacia un suelo también mojado, sin polvo. Y hasta en el mismo aire se notaba la frescura de la humedad.

Pensé en mi desnudez, pero no había por qué alarmarse, pues, ahora, me hallé vestida. Con mis zapatos, con mi faldita, con mi suéter y mi rebeca. Hasta el collarcito tenía puesto en el cuello. Ya no lloraba, no. Y tenía los ojos secos.

Me alcé del suelo y salí a la boca de la cueva. El paisaje jugaba todos sus verdes. Campos de maíz, prados, esbeltos eucaliptos, hayas frondosas, castaños opulentos. Cuando salí de la cueva, espanté a una bandada de jilgueros. Y frente a mí, pacían las vacas y las ovejas, picoteaban las gallinas, batían el barro los patos, hozaban los cerdos y ladraban los perros. El campo estaba sembrado de caseríos y se veían hombres y mujeres afanosos, niños que jugaban y viejos sentados a la puerta de las casas.

Vi una próxima carretera, que cruzaba todo aquel verdor y corrí hacia ella. Pronto se acercó un coche, un coche anticuado, viejo, y le hice señas. Paró a mi lado inmediatamente.

Suba, suba usted, por favor.

Lo conducía un amable anciano. Tenía una larga barba blanca, de un blanco de nieve, y unos bigotes enmarronados por el tabaco. Pero lo más sorprendente en aquel hombre, que no debía ser tan viejo como al pronto parecía, eran los ojos. Unos ojos de un azul pálido, transparente, acuoso, como el agua límpida y remansada de un arroyo. Cuando me miró con aquellos puros ojos, todo mi ser perdió su angustiosa tensión y descansó en aquella mirada.

¿Dónde quiere que la lleve?

No sé dónde estoy, pero debe de ser lejos de mi casa.
No importa, no importa. La llevaré a López de Hoyos.
Pero ¿cómo? ¿Conoce mi casa?

Pues sí. La conozco.

Entonces, ¿a mí también?

También.

Pues yo no recuerdo, la verdad. Y usted perdone.

No se preocupe. Voy a encender mi pipa y ahora mismo la llevo.

Sacó una gran pipa de porcelana y la llenó de tabaco. En la gruesa cazoleta estaba esculpida una cabeza de angelote. Un rostro gordinflón, alegre y sonriente. Después de llenar bien aquella cabeza, el hombre prendió fuego al tabaco, un aroma delicioso llenó el coche, que arrancó inmediatamente.

¿No tiene radio?

Pues no, no la tengo. Lo siento.

No le importe. ¡Me gusta tanto contemplar la tierra! ¡Y aquí es tan bonita!
¿A usted no le gusta?

Sí, a veces me gusta. Pero otras, hija mía...

Tiene razón. Otras es asquerosa.

Asquerosa no. Nada es asqueroso. Equivocado, tan sólo.

Hay mucha maldad sobre la Tierra. Todos somos malos. A su edad, debe usted saberlo.

¡Claro que lo sé! Malos y buenos. También buenos.

A veces, no lo parece.

Porque la bondad está más escondida en el hombre que la maldad.

Demasiado escondida, sí, señor.

Con estas palabras y a la vera de aquel sorprendente anciano, me entró un confiado y gustoso soporcillo que me debió dejar amodorrada un largo rato. Hasta que me desperté en mi cama, bruscamente, en el silencio de la noche.

Miré el reloj, sobre mi mesilla. Las cinco. Me había acostado a las tres y era raro que me despertara, pues suelo siempre dormir de un tirón hasta que ya es de día y los ruidos de la calle suenan algodonosos, a través de mi sueño espeso de la mañana.

Me dolía el ovario. Claro, el mes se acercaba. Encendí la luz y busqué las pastillas. Saqué dos, me levanté, abrí la nevera y las tragué con una soda helada. Eructé a gusto y después, a la cama.

¡Qué sueño más raro! Lo recordaba perfectamente, en todos sus detalles. Y nunca, nunca se me ha olvidado.

La primavera huele a podrido

Cru-cru, cantaba la rana,
cru-cru, debajo del agua,
cru-cru, pasó una señora,
cru-cru, comiendo escarola,
cru-cru, le pidió un poquito,
cru-cru, no le quiso dar.
Cru-cru, cantaba la rana,
cru-cru, debajo del agua.

Agua verde, estancada. Olor a junco, a menta, a hinojo, a adelfa. Olor a charco andaluz. Un calorcillo grato, de primavera.

Canta la rana. Pasa la señora. Va vestida con una falda larga, el corsé estrecha su talle y usa sombrero y sombrilla. A la moda de primeros de siglo. ¿Por qué irá vestida siempre así, la señora? Pero no come, no, escarola. No come nada. Anda remilgada, cruzando la charca por un romántico puentecillo de madera, haciendo aspavientos al recogerse la falda. Y la rana, canta, canta...

El ciego Escorpión, con fama de sacamantecas, recita el «Pasmoso y horroroso crimen de Navapija de las Hoces». El ciego está en la esquina de una calle de Almería. Junto al Escorpión se encuentra la Traía, su barragana. Una hembra sucia y bigotuda, con dos tetas muy gordas bajo la sudada bata y dos grandes pezones apuntando hacia el suelo. La Truja se echa en las cunetas y sobre los guijarros de la rambla con los obreros de la azucarera, pues los romances del Escorpión dan para poco.

Al salir de misa de doce,
don Carlos, el criminal,
le dio un beso a Inés María
y ella le dio una guantá...

Me gustaba lo de la «guantá». A la salida de misa de doce, en la catedral provinciana, entre gentes pías y severas, vestidas con colores oscuros. La

familia del presidente de la Diputación, el alcalde y sus niñas, el ingeniero de Obras Públicas, el delegado de Hacienda, el teniente coronel de la Guardia Civil, el juez, el registrador, el notario, los terratenientes, los ganaderos, los ricos comerciantes, todos los del orden y de las derechas. Don Carlos, el criminal, era uno de ellos, pero poseído por la pasión de Inés María, la hija de un cortijero.

Tras lo de la «guantá», el ciego Escorpión iba revelando, con un sonsonete monótono, enronquecido por el tinto de la tierra, todo el horroroso crimen, ante los chicos pasmados de la calle y algunas mozas bobaliconas, que se estremecían de placer olisqueando la sangre. De vez en cuando se detenía allí también algún jornalero, o un cargador que bajaba para el puerto, y entonces la Trufa le ponía el platillo delante y, a lo mejor, sacaba alguna perra. Los romanees del ciego Escorpión fueron una de las delicias de mi avanzada infancia, cuando, abandonado ya el hospicio, aprendía la vida por las calles de Almería.

Ahora no era una mozuela, no. Estaba despertando en la cama de mi piso y, al revolverme perezosamente en ella, volví también a escuchar a la rana. ¡Dios, qué olores los de aquella charca! Porque yo siempre he apreciado los olores no sólo con las narices, sino con todo el cuerpo. Esos aromas de la tierra y del agua, de los arroyos y de las plantas, de la lluvia y de las noches del secano, de los vientos y de las brisas todas, del calor y del frío, no me entran por la nariz, sino por los poros de todo mi cuerpo, en el que provocan una especie de embriaguez. Un amigo mío, médico, dice que es que yo iba para mujer muy sensual, pero que la putería frustró mis instintos, machacándolos. No sé si acertará, pero mis despertares son siempre así: laboriosos y difíciles, llenos de ensoñaciones, de recuerdos, de cosas que yo no entiendo, pero que encantan a cualquier psiquiatra, si se las cuento. Bien, el hecho es que resulta estupendo oler como yo huelo porque, a veces, en los olores hay más vida que en los sucesos.

Me despertaba, pues, una vez más, en la cama de mi piso de López de Hoyos, algún tiempo después de que se marchara Bob, el de las fiebres de Malta. Debo aclarar que si tantos recuerdos tengo de la cama, es porque ésta no sólo es el lugar de mi trabajo, mi oficina por decirlo así, sino porque también en ella descanso y sueño. Dueña y señora de mis pensamientos, de mis perezas y de mis recachondeos.

Debía andar la cosa, el mundo quiero decir, por la primavera del 1954, pues todas las chicas estábamos muy revueltas con lo de la Wilma Montesi, aquella muchacha que apareció muerta en una playa italiana y que, si no me

equivoco, fue asesinada por entonces. Todos leímos con ansia las noticias del misterioso crimen que permitía publicar la censura en los periódicos y, cuando conocíamos a cualquier italiano, lo achicharrábamos a preguntas. Así fuimos enterándonos, poco a poco, de toda aquella porquería que, como siempre, pringaba a gentes muy importantes, enmascaradas tras su hipocresía. ¡Para que después digan de las putas! Sí, sí... Una, al menos, no engaña a nadie.

Por aquel tiempo giraba yo en la órbita de un alto industrial. Y perdonen la frase, pero es que algo se le pega a una de estas idioteces de la astronáutica, que, por cierto, a mí me tocan las narices. La gente se emboaba con las cápsulas y las fotos de la Luna, tan feas, como si todo esto fuera a traernos algo, a hacernos más felices. Pero, la verdad, el que unos tíos lleguen al satélite y pisen el polvo lunar, no ha de cambiar nada por aquí abajo, ya lo estamos viendo. Todos igual, matándonos. Yo digo una cosa, y vuelvan a perdonarme si no me explico bien, porque esto no es lo mío. Yo digo que, al ver a la Tierra tan pequeñita desde esos aires lejanos, que al verla como una bolilla perdida por esos grandes espacios, debíamos ya, todos los terrestres, haber dejado de presumir tanto. Debíamos, sí, haber comprendido que, como dijo aquél, «no somos nadie» y habernos achicado. No liarnos como nos liamos, no abusar como abusamos en cuanto somos algo, y no matarnos como nos matamos. Vivir en paz, lo mejor posible, sin jorobarnos. Así se lo dije un día a un amigo presumido, que entra en los sitios como si fuera a comerse el mundo: «Chico, qué pequeño debes ser, si es que se te ve desde lo alto». El tío se cabreó y dijo que yo tenía muy mala leche, pero la verdad es que, al menos por el momento, se encogió un poco.

Pues sí, volviendo a lo mío, repetiré que, tras lo del tonto Bob, yo daba vueltas, como un gracioso satélite, en torno a don Rudesindo Ferreiro, una de las altas figuras industriales del país. Quien, a pesar del nombre y de la altura, no era ningún tipo severo y ceremonioso, sino todo lo contrario.

Diré, ante todo, que nadie lo llamaba Rudesindo, sino Sindo o Sindino, según el grado de confianza. El hombre, claro está, era gallego, de un pueblo de la provincia de Orense, de nombre Celanova, ya cerca de la raya portuguesa. Y, como buen gallego, adoraba a su tierra y protegía a sus paisanos generosamente. Porque, desde que conocí a Sindo Ferreiro, comprendí que esa fama del gallego tacaño es uno de los muchos cuentos regionales que andan por España, ya que el hombre soltaba los cuartos como nadie. Lo que ocurre es que en las tierras españolas, como son tan variadas y todos creemos ser los mejores, les echamos siempre mala fama a los demás. Y

si los gallegos son roñosos, los catalanes no piensan más que en el dinero, los murcianos son muy falsos, los andaluces muy ligeros, los castellanos hartos secos y los vasconavarros muy brutos. Las cosas llegan a tal punto, que la mala fama va achicando sus lugares, pues, ya dentro de Andalucía, por ejemplo, el cordobés es malo, el sevillano mentiroso, el granadino avaro, el malagueño vago, el gaditano marica y el de Jaén roncadador constante. Todo mentira, claro, pues si te achicas más, ya dentro de la misma provincia, resulta que para los habitantes de un pueblo los del vecino son el conjunto de todas las malas cualidades que puedan imaginarse.

Mi Sindiño, pues, no era ni roña, ni sucio, ni bruto, ni hipócrita, como dicen que son los gallegos los que han nacido en otras tierras de España. Mi Sindiño tenía una cualidad principal: la de ser un águila. Jamás he visto un hombre más prefabricado, y permítaseme explicarme a mi modo, para hacer dinero, para destilarlo de todas las cosas. Aquello era sencillamente prodigioso. Pues cuanto giraba a su alrededor se convertía en rentable, como ellos dicen. Ellos, claro está, son los financieros. Hasta tal punto que, algunas veces, pensaba que yo, en cualquier momento iba también a rezumar dinero, a resultarle rentable a mi Sindiño. Idea que provocaba en él unas grandes risotadas, pues era hombre más bien risueño, siempre que no hubiera perras por medio, ya que tomaba los negocios muy en serio.

¡Los negocios! ¡Santo Dios, los que tenía aquel hombre! Si yo no sé cómo podía vivir, el pobre, dentro de aquella maraña, de aquel lío de sociedades y empresas. Decían que era uno de los tipos más productivos de España y, a su lado, los ricos que yo hasta entonces había conocido parecían enanos a la vera de un gigante.

Para colmo, el Sindo no era ni viejo ni feo. Debía andar rozando los cincuenta y no tenía mala estampa. Aunque no fuera guapo. Yo, por entonces, había cambiado mucho en mi apreciación de los hombres. Tenía treinta y tres años, ya quedó dicho, una edad muy buena para una mujer que no sea tonta, sabía ya mucho de ellos y el que fueran guapos o feos apenas me impresionaba. Antes, la verdad, cuando era mozuela, valoraba mucho la altura y la guapura de un hombre. Pero, después, cuando me eché a la vida, comencé a apreciarlos de otra manera: el dinero, la inteligencia, la simpatía y la cama. ¡Porque he soportado cada guapo idiota y cada altaricón tímido, que lo mejor es no fiarse de las apariencias!

Las apariencias de Sindo eran más bien vulgares. Tiraba a rubio, le blanqueaban las carnes y no era, ni mucho menos, un hombre interesante. Pero su compañía resultaba agradable, animada y ruidosa. Eso sí, agotaba a

cualquiera, pues no podía estar sin hacer nada. Sin hacer nada útil, que sirviera para algo. Su actitud no pertenecía a ese género tan frecuente que impulsa a ciertos hombres a estar siempre en movimiento, a no parar, a ir de aquí para allá continuamente. No. Sindo hacía cosas, aunque estuviera sentado y quieto, pongo por ejemplo.

No se me olvidará jamás cierta tarde, en mi piso, donde se encontraba con su secretario, el señor Yáñez. Mi piso, debo recordarlo, atrajo siempre mucho a mis amigos. Porque no obstante ser más bien pequeño, lo tengo decorado creo yo que con mucho gusto y resultaba muy confortable. Pinturas cremosas y sedantes, algún papelillo gracioso, muebles cómodos, alegres, y luces bajas. Varios grabaditos monos en su oportuno lugar y algunas vistas de maderas nobles, que reposan mucho los ojos. Esta decoración no fue sólo cosa mía, sino fruto de mi amistad con un hombre de muy buen gusto, que sabía mucho de todo esto. En fin, lo cierto era que mis amigos se encontraban muy bien allí y que dejaban ambientes más lujosos para ir a mi modesto apartamento a tomarse un *whisky* o un café.

Una tarde lo tomaban, acompañado de un coñac, el Sindo con su señor Yáñez. Comenzaba por entonces nuestra amistad y no se había hablado de dinero para nada, porque yo aprendí ya que a ciertos hombres, a muy pocos, ¡eh!, a muy pocos, podía abrírseles un cierto crédito.

Por si las moscas, y como ya habían pasado varias semanas desde nuestro conocimiento, llevé la conversación hacia las joyas y dije que había visto una pulserita de brillantes y platino que quitaba el hipo. Sin pretenderla, naturalmente, pues, la verdad, tres o cuatro semanas de conocimiento no dan derecho a eso. Más bien lo dije para obtener acaso otros frutos más modestos. Y por hablar de algo tan hermoso, que me había impresionado mucho sobre los terciopelos negros del escaparate de la joyería.

¿Dónde la has visto?

En la avenida José Antonio.

Pero ¿en qué joyería?

En «Ranee». Es preciosa.

A ver, Yáñez. Busque usted en la guía.

Yáñez, obediente, cogió la lista de teléfonos y comenzó a buscar.

«Ranee». Aquí está. Tiene dos tiendas. Una en la Puerta del Sol y otra...

Ya ha dicho que es la de la Avenida. Llame y pregunte por ella. Entérese bien de cómo es la joya y que le digan el precio.

No sé si querrán así, por teléfono.

Diga que llama de mi parte.

Telefoneó Yáñez mientras yo, sin saber en qué iba a parar aquello, me encogía en el rincón de mi sofá.

Hubo una larga conversación, un penoso forcejeo con los empleados de la joyería. Sí, la pulsera era aquélla, de brillantes montados en platino, formando eslabones, pero no querían informar sobre el precio. Al cabo, tanto insistió Yáñez que se puso al teléfono el propio joyero, quien soltó ya alguna cifra, al saber quién se interesaba. Tras lo cual el secretario terminó la conversación.

¿Qué? ¿Cuánto?

Dice que anda por las ochenta mil. Pero que podría hablarse.

¡Ochenta mil! Hoy en día eso es algún dinero. Seguramente no las vale.

«Ranee» es la joyería más cara de Madrid, ¿sabes? Acaso en otra más económica...

Tú a callar, rapaza. Bien, Yáñez. Mañana por la mañana vendrá usted a buscar a la señorita a las..., ¿a qué hora? ¿A las doce, te parece?

Para eso todas las horas son buenas.

Y prepare un talón, pero llévelo en dinero. Setenta mil. Ni un billete más. Y mejor si puede ser menos.

Se hará lo posible, don Sindo.

Ya lo sé hombre, ya lo sé. ¿Sabes, rapaza? Este Yáñez me defiende muy bien los cuartos. Mejor que yo mismo. Mucho mejor.

Y Sindo soltó una sonora carcajada. Otros hombres me han llamado nena, chiquilla, muñeca, chata, cielo, vida, qué sé yo; cada uno lo que le salía de la lengua. Sindo me llamaba «rapaza» y, alguna vez, cuando se ponía tierno, pocas veces, pocas, «rapaciña». A mí, claro está, me da lo mismo. Que me llamen como quieran, con tal de que se porten bien conmigo.

A las doce de la mañana siguiente ya estaba esperando. Me había arreglado cuidadosamente. Un modelito negro de Marbel y encima el abrigo de visón, que siempre impresiona.

Yáñez llegó puntual. Bajamos y entramos en el coche, un «haiga» americano conducido por un chófer. El secretario hablaba poco, muy poco. Era un tipo silencioso y suave, también gallego, de un pueblo vecino al de Sindo y que aparentaba unos sesenta años. Su fidelidad y su eficacia eran famosas y más que secretario resultaba un hombre de confianza, que servía para todo lo que su jefe necesitaba.

Poco menos que en silencio fuimos, pues, a la joyería. Allí nos esperaba el propio joyero, que nos hizo pasar a un saloncito muy coqueto, un poco cursilón, como suelen ser estos gabinetes decorados con demasiadas virguerías.

Trajeron la pulsera y yo me la probé repetidamente. Era prodigiosa y jamás había soñado yo en adornarme la muñeca con una joya como aquélla.

Bien, nos la llevamos. Dijo usted setenta, ¿no?

¡Oh, no, señor! Dije ochenta.

No puede ser. Sabemos un poquito de estas cosas, amigo, y, aunque nos guste la joya, no vale las setenta. Usted lo sabe mejor que yo.

Repárese cómo están montados los brillantes en el platino. ¡Qué delicadeza! ¡Qué elegancia!

No le discuto a usted la belleza de la pulsera. Si no la tuviera, no nos gustaría. Le discuto el precio. Setenta mil pesetas son, todavía, mucho dinero, y ya sabe usted que hoy se producen muchas ocasiones para comprar alhajas a buen precio.

No lo dudo, no lo dudo, señor. Pero sin garantía. Y esta joya tiene la de «Ranee», que es la más seria que Madrid puede ofrecerle.

Además, amigo, hay otra cuestión. Otra cuestión muy importante. Que yo voy a pagarle ahora mismo y con dinero, cosa rara en estos tiempos.

Y con tales palabras, Yáñez abrió la cartera que llevaba y sacó unos mazos de billetes. El joyero se impresionó mucho al verlos, pues era cierto que por aquellos años nadie veía los cuartos. Y, tras una larga discusión, en la que Yáñez mostró una tenacidad increíble, nos llevamos la pulsera en sesenta y ocho mil pesetas.

Ya en el coche, Yáñez me entregó el estuche con la joya, sin hacer el menor comentario. Le di las gracias, emocionada, y él me dijo que se las haría llegar a don Sindo. Callamos de nuevo y únicamente, al bajar del auto, a la puerta de mi piso, le noté un cierto tonillo socarrón, al despedirme:

Adiós, señorita. Tenga cuidado y... no la pierda.

Tenía ganas de verte. Y, además, soy tan egoísta que quiero pedirte un favor.

Me alegro mucho de que hayas venido. En cuanto al favor, si puedo, dalo por hecho.

Ya sabes, Andrés, que siempre acudo a ti cuando necesito confiar en una persona. Y ahora me encuentro en una situación un poco delicada. Que puede tener consecuencias importantes para mí.

¿Qué te pasa?

Estaba sentada junto a Andrés Diamante, en el pequeño vestíbulo del hotel donde se alojaba. Un hotel de apartamentos, situado en las proximidades de la plaza de la República Argentina, lugar entonces muy tranquilo y

saludable, oreado por los árboles de El Viso. Ya dije que nos veíamos algunas veces y aquella mañana le había telefoneado, para encontrarme con él.

Te lo diré sin rodeos. Ando ahora con un hombre que parece muy importante y del que quisiera saber todo lo que pueda saberse. Seguramente lo conocerás.

¿Quién es?

Sindo Ferreiro.

¡Claro que lo conozco! Creo que vino a mis monterías de Aldeafreda alguna vez. ¿Te acuerdas cuando mataste allí el cochino?

No he de acordarme, Andrés. Menudo susto me llevé.

¡Qué buenos tiempos aquéllos, qué buenos!

Se puso un poco melancólico y le dejé un momento recordarlos, mientras tomaba unos sorbos de mi café.

Bien. ¿Y qué te pasa con Ferreiro?

Ya te lo he dicho: que ando con él.

No es mala compañía, ¿eh?

Eso quisiera saber. Porque yo desconfío siempre de los poderosos y no estoy acostumbrada a tratar a hombres como él. Ha sido muy amable conmigo, pero soy recelosa y me da miedo tanta largueza. Dime, por favor: ¿qué clase de persona es?

Hombre, no lo conozco lo suficiente como para informarte de su manera de ser. Pero se me antoja un tipo simpático y animado.

Lo es.

Quizás un poco tumultuoso para tenerlo mucho al lado. Pero es que a mí me cansan las personas tan eficaces, tan agitadas.

A mí no, si es que esa agitación tiene sus compensaciones. ¿Comprendes?

Comprendo muy bien.

Dime más cosas de él.

No es un hombre culto, pero no tiene un pelo de tonto. Tampoco es malo. No, eso no. A no ser en los negocios, donde, como todos estos grandes industriales, dicen que es implacable.

Y, a propósito de sus negocios. ¿Es cierto que tiene tantos y tan importantes?

Sí, es cierto. Y creo que todo se lo ha hecho él. Es hijo de un veterinario de un pueblo gallego.

Ya lo sé.

Anduvo trajinando por Vigo antes de la guerra. Cuando ésta comenzó, se fue con la columna gallega, «los mariscos» les llamaban, a liberar Oviedo.

Todas sus empresas las ha montado después.

Otro gángster de posguerra, ¿no?

No, no. Sindo Ferreiro no es un gángster. Es un lince que ha trabajado mucho y que ha aprovechado una coyuntura favorable. Pero no es un estraperlista.

El dinero rápido suele oler siempre mal.

No es tan rápido. Han pasado catorce años, mujer. Y un hombre inteligente y bien dotado para los negocios como él, con un poco de suerte...

Total: que no tiene mala fama.

No la tiene, no.

Me alegro. Porque me cae bien.

Andrés me miró, sonriendo su sonrisa tristonera.

Creo que es muy faldero. Que le gustan todas.

Ya me he dado cuenta. Y estoy tratando de gustarle un poco más que las otras.

Lo conseguirás.

No lo sé. Estos hombres así son inquietos, inconstantes. No me hago ilusiones, pero mientras dure... ¿Tú qué dices?

Aprovéchate. ¿Cómo llamabas tú antes a estos tipos? No me acuerdo. Algo muy gracioso. La caza del... Un pájaro, creo que era un pájaro. ¡Ay, qué memoria!, se me olvida todo.

La caza del chorlito.

Eso, eso es.

Pero este hombre no es un chorlito. Puede ser un pavo bien cebado, más bien.

Reímos los dos. Después callamos un momento, metidos dentro de nosotros mismos.

Bueno. ¿Y tú qué tal marchas, Andrés?

Voy tirando.

¿Pero sales, entras, te diviertes? ¿Y de chicas, qué?

Llevo una vida muy sosa.

¿Tu hermano se porta bien?

Me paga todo lo necesario para vivir y me da un poco de dinero.

¿Poco?

Sí, poco. Quizás haga bien, porque ya sabes cómo soy.

¿Y qué haces, todo el día?

Leo, paseo, me meto en cualquier cine. Voy viviendo.

Sin amigos.

Pocos tengo, pocos. Nadie se ocupa de mí.

Pues lo que es antes, había que ver.

Antes era muy rico, y ahora ya ves.

¡Qué asquerosos somos todos!

Asquerosos no. A veces pienso que alguien, el que sea responsable de todo esto, se complace en hacernos así, incompletos. Yo sé que a mí me falta algo, algo que me impide estar a punto, ser feliz, vivir bien. A ti te ocurrirá lo mismo y a casi todos les sucede igual. Estamos incompletos y nuestra condición humana se me antoja una burla cruel. Pero ¿quién se está burlando, quién?

Nadie, Andrés. Es que somos retorcidos y malos, y no hay nada que hacer.

Todos no. De vez en cuando aparece en la Historia, en la vida, un hombre, o una mujer enteros, acabados. Y, claro, entonces piensa uno: así podríamos ser. ¿Por qué no lo somos? ¿Quién nos ha hecho la mala faena de lanzarnos al ruido de la vida rateando como un fallido motor?

No es bueno darle tantas vueltas a las cosas, creo yo. Se vuelve uno loco.

No hay forma de evitarlo. Ahora me doy cuenta de que yo vivía antes como vivía para no pensar. Quemaba el tiempo, para no cavilar. Pero, ahora, fíjate.

Tenemos que aguantar, Andrés. Prométeme que lo harás. Porque vendrán tiempos mejores, ten la seguridad.

¿Tú crees?

Hay que esperar.

Es admirable que tú digas eso.

Yo no he desesperado nunca, créeme. Quizá sea una loca, una puta, una pobre mujer. Pero vivo siempre una esperanza.

¿De qué?

No lo sé.

Callamos de nuevo. Andrés cogió cariñosamente mi mano.

Resulta sorprendente, pero siempre me das ánimos, mujer.

Si no fuera una puta y tú quisieras, me casaría contigo, Andrés.

¿De veras? ¿Ahora, tal como estoy?

Ahora mismo.

Gracias. Me haces mucho bien.

Besó mi mano tiernamente, mientras yo pensaba que, por una vez, mis palabras me habían salido del corazón.

Lo dejé. Me acompañó hasta la puerta del hotel. Allí pidió un taxi y me despidió. Le prometí volver a verlo pronto. Y cuando rodaba en el coche por

la calle de Serrano me entraron ganas de traerle cualquier día un aparato televisor, para romperlo a gusto con él. ¡Qué habían hecho con aquel hombre, santo Dios!

Volvamos a mi realidad. Mi realidad, en aquel momento, era Sindo Ferreiro y había que olvidar aquella rara exaltación que la presencia de Andrés Diamante me producía.

El gallego parecía interesado conmigo. Al menos lo divertía. Quizá fuera la novedad, que tanto encandila a los hombres, acaso mi carácter encajara con el suyo. El hecho era que me buscaba, me llamaba y pasaba algunos ratos a mi lado. Por lo demás, como era soltero, ¡fijarse bien: soltero!, no tenía que ocultar nuestras relaciones y aquella libertad era estupenda.

Poco después del regalo de la pulsera, me llevó con él en un viaje rápido por Galicia. Digo esto, porque a mí el viaje me impresionó mucho. Yo no sé si fue su vertiginosa rapidez, pues creo que estuvimos en Galicia cuatro días, o el contraste de aquella tierra con la mía, pero la estampa gallega se me quedó grabada en el recuerdo de tal manera que aún sueño algunas veces con sus paisajes, sus ciudades y sus pueblos.

No hay que olvidar, claro está, que yo soy de Almería o, al menos que me crié en ella, pues, como hospiciana, se ignora el lugar de mi nacimiento y la naturaleza de mis padres. Almería, una tierra de secano, despoblada, desértica, en la que se lucha a todas horas contra la piedra y la arena. El agua es lo que más se codicia y todo está preparado para recogerla. En Galicia, por el contrario, la humedad, el agua, es el primer enemigo y los gallegos se defienden de ella. La humedad pudre, encharca, molesta. Los graneros se hacen en alto, sobre unos pilares, algunas casas también y las ciudades y los pueblos están llenos de soportales, para circular por las calles y las plazas sin mojarse. Por lo demás, hay gente por todas partes y el campo está lleno de pequeños cercados, porque la tierra está muy repartida. Las aldeas huelen a mierda de buey mojada por la lluvia, que cae, al parecer, casi continuamente.

En fin, no voy yo ahora a descubrir aquí las bellezas de Galicia, pero sí quiero decir lo que aquella tierra me impresionó, pues las bellezas, por bellas que sean, no le emocionan a uno hasta que las contempla directamente, con sus propios ojos.

El viaje comenzó con un pequeño incidente que le hizo mucha gracia a mi Sindo. Lo de «mi», claro está, es un decir, pues aquel tío no era, por entonces, nada mío, y se repartía con otras mujeres abundantemente.

Nos fuimos en dos coches. En el primero, el «haiga» que me llevó a la joyería, iba el señor Yáñez, con otro empleado de Sindo, que lo conducía. En

el segundo, manejado por el chófer, íbamos Sindo y yo. Este segundo coche, en el que salimos un par de horas más tarde que el primero, no parecía tan moderno, ni era americano. Más bien tenía un aspecto un poco ceremonioso y anticuado, que me hizo fijarme en la matrícula que, por cierto, era actual, de aquellos años. Por dentro tenía el coche una divisoria, con cristales, para aislar su interior, y una tapicería muy seria.

A mí me sorprendió que los empleados de Sindo fueran en el otro coche, mucho más aparatoso, y que nosotros nos metiéramos en aquél. Pero pensé que cada uno tiene sus manías. No obstante, y como soy muy curiosa, en uno de esos momentos en que no sabes de qué hablar, le pregunté a mi compañero de viaje:

¿No te gusta el otro coche, corazón?

¿Cuál? ¿El «Packard»?

Sí. El que va delante.

No es mal coche, no.

Como vas en éste...

Me miró con un brillo tal de guasa en sus ojos astutos que comprendí que algo sorprendente iba a ocurrir. Y que, por lo visto, yo había metido la pata.

Socarrón, Sindo se inclinó hacia delante y corrió el cristal que nos separaba del chófer.

Moncho, por favor. Dile a la señorita la marca de este coche. A mí se me ha olvidado y no puedo recordarla en este momento.

El chófer, impecablemente uniformado, giró un segundo su cabeza para lanzarme la mirada de más desprecio automovilístico que me han dedicado en mi vida. Después, volvió a atender a la carretera, contestando lentamente:

El coche es un «Rolls-Royce», último modelo, señorita.

¡Madre! ¡Qué pasmo! Me quedé sin habla. ¡Yo viajando en un «Rolls»!
¿Era posible?

Sindo me miraba, cada vez con más guasa. Y comprendí que lo mejor era ser sincera.

Oye, por favor. Dile que pare.

¿Qué pare? ¿Y para qué?

Quiero verlo. Quiero verlo bien.

Paramos. Sobre el morro del *capot* vi la marca, porque yo soy muy desconfiada. Y, después de verla, le encontré al coche una especial elegancia.

Francamente, creí que era una guasa. Porque, la verdad, nunca pensé que yo iba a rodar en un «Rolls» por una carretera. ¡Si me vieran mis amigas!

Oye, Sindo: ¿te importaría hacerme un par de fotos junto al coche? Que se vea bien, ¡eh!

Me las hizo, porque llevaba a punto la máquina. Y subimos de nuevo al «Rolls», reanudando el viaje.

Se estuvo riendo un rato.

Ves. Eso me gusta de ti. Otra chica menos lista se hubiera hecho la importante, al enterarse de que viajaba en este coche, como si tuviera un «Rolls» esperándola en todas las esquinas. Tú, no. Tú muestras tu sorpresa, eres espontánea, te bajas, lo miras y remiras y pides que te haga unas fotos, para presumir con tus amigas. Me gusta esa espontaneidad, esa graciosa sencillez que tienes. En el fondo, te mantienes joven, no estás gastada todavía. Esta juventud es rara en las mujeres que viven como tú vives.

¿Tú crees?

Me agradó que me dijera aquello y seguimos charlando animadamente un rato. El tiempo y el coche pasaban rápidos y pronto nos vimos en la Puebla de Sanabria tomando un bocado. Seguimos, después, hasta Orense, adonde llegamos ya encendidos los faros. Allí, en un hotel, nos juntamos con los del primer coche y en un restaurante cenamos a modo. Yo quería emprenderla ya con los mariscos, pero Sindo me aconsejó que esperara a entrar más en Galicia. Por ello, me consolé con un pote gallego de chuparse los dedos, dispuesta a darle gusto al paladar aquellos días, aunque engordara algún kilo. Ya los adelgazaría en Madrid, a fuerza de hambre. El pote, espesillo y bien trabado, con su tocino y su unto, unido al vino tostado del Ribeiro, me hizo caer redonda en mi cama del hotel, donde dormí sola, pues Sindo tenía que madrugar y no me acompañó aquella noche.

En efecto, al día siguiente, cuando espabilé y bajé al vestíbulo del hotel ya aviada, Moncho, el chófer me dijo que don Sindo se había ido en un taxi a su pueblo de Celanova y que el señor Yáñez al de Bande, que era el suyo, en el «Packard». Sorprendida por lo del taxi, le pregunté al chófer si era que el «Rolls» estaba averiado. Lo cual me valió una nueva mirada de desprecio de aquel hombre:

¿Averiado? ¿El «Rolls»? Perdone, señorita, pero se ve que no conoce estos coches.

¿Entonces?

Don Sindo siempre va a su pueblo en taxi. O en coches de menos importancia. Dice que si fuera en el «Packard» o en el «Rolls» le abuchearían los de Celanova. Y que harían bien, por darse tanta importancia.

Pero el señor Yáñez ha llevado el «Packard».

Primero, que un «Packard» no es un «Rolls». Y segundo que el señor Yáñez ha sido el rey del estaño y todos lo conocen.

¿El rey de qué?

Del estaño.

¿Eso que ponen los fontaneros?

Éso.

No sabía yo que valiera tanto.

Pregúntele a don Sindo, pregúntele.

Me disponía a dejar a Moncho para darme una vueltecita por Orense, a ver unos manantiales que manan el agua cociendo, según dicen, cuando apareció el propio Sindo, en su taxi.

Venga, rapaza. Vámonos. Tengo que hacer esta mañana en Vigo.

Nos fuimos en el «Rolls», volando, después de dejar mi hombre recado en el hotel para que Yáñez se le uniera en la fábrica.

¿Qué hace tu fábrica, corazón?

Conservas. Muchas conservas. Esas sardinas en aceite que tanto nos gustan. Ese atún, esas vieiras, esos mejillones... ¡Ah! Tengo la fábrica de conservas más moderna de España. Los barcos cargan directamente en ella.

¿Es que hay mar en Vigo?

¿Que si hay mar? Todo el que quieras. Pronto lo verás.

Y pronto lo vi, ciertamente. Porque el coche volaba por la carretera. Era un mar raro, sosegado, que se metía por la tierra culebreando unas aguas oscuras y frías. Yo no había visto nunca un mar semejante, pero por aquellas costas se repetía el espectáculo.

Dejamos a Sindo en su fábrica y él le dijo a Moncho que me diera una vuelta por Vigo y que volviera después a buscarle. Con lo cual me vi sola en el «Rolls», presumiendo en una ciudad nueva.

El chófer tenía pocas ganas de conducir. Metió el coche por algunas calles, bajó y subió cuestas, me llevó a un alto, con un castillo rodeado de preciosos jardines y cuando bajamos de nuevo a la ciudad me pidió permiso para tomarse un café. Tuve que hacer un esfuerzo para no bajar con él a beberme otro, pues me apetecía mucho. Pero no me atreví a tanta confianza, por si no le gustaba a Sindo, o, quién sabe, al mismo chófer, que era un tipo muy raro, que hacía alarde de guardar conmigo las distancias. Me contuve, pues, y allí me quedé esperando un buen rato que el tío cafeteara a su gusto, metida en el «Rolls», que, por cierto, causaba la admiración de algunas gentes, que se paraban a contemplarlo.

Volvimos a la puerta de la fábrica, donde ya se encontraba el «Packard», y yo, en aquella breve vuelta, pude darme cuenta de que Vigo era una ciudad moderna y laboriosa, donde la gente andaba con prisa y muy afanada, no como en otras más desocupadas provincias. Por lo demás, lo mejor de Vigo era aquella ría tremenda que pasa por delante de su caserío unas aguas continuamente trajinadas por barcos de todas clases. La pena fue que el sol estaba nublado, amenazaba lluvia y el mar aparecía oscuro y un poco siniestro. Al menos para mí, acostumbrada a los azules del Mediterráneo.

Salieron al fin todos los hombres de la fábrica y nos fuimos a comer a un restaurante estupendo. Al entrar, Sindo me cogió del brazo y me dijo que cerrara los ojos y que no los abriera hasta que él me lo indicara. Así lo hice y, unos pasos después, me dio permiso para abrirlos. Los abrí, pues, y, ¡madre mía, qué cosas me encontré delante! Colocados en exposición, sobre una gran mesa, a la entrada del comedor, había los centollos más hermosos que vi en mi vida, los mejores percebes, las nécoras más gordas, las langostas mayores y toda suerte de mariscos, muchos de ellos completamente desconocidos para mí, como esos sabrosos «santiaguños», que llevan la cruz del apóstol en la cabeza.

Tanto me gustaron todos que, ya sentados a una mesa, no sabía qué elegir. Al cabo, me decidí por una nécora y unos percebes. Los otros se tomaron un centollo y unas vieiras, dándome pruebas. Yo no las había catado nunca, y aquel bicho tan gordo no me apetecía mucho, pues se me antojaba algo así como un caracol gigante. Pero, una vez metido sin reparos en la boca, resultaba exquisito, mejor que nada. ¡Para que te fíes de los ojos!

El vino fue también escogido con cuidado. Sindo le colocó un billete en la mano al *maitre* y éste sacó un *sauternes*, que es un blanco francés, de Burdeos, que yo no había probado nunca y me pareció de miedo. Bien viven estos ricos, bien.

Tras la mariscada, aunque tenía ya poca gana, nos tomamos un lacón con grelos, bebiendo, un vinillo rosado. Cerramos la comilona con unas fresas a la naranja y una *mousse* de chocolate, riquísima. Después hubo su café y sus licores. Sindo los acompañó con uno de sus extraños puros. Feos, retorcidos, casi negros, aquellos tabacos apestaban al quemarse. Nadie los quería, pero a él le encantaban los tales toscanos, como los llamaba. Yo, la verdad, les hubiera dado con gusto alguna chupada, para conocer sus ocultos encantos. Pero olían tan mal, que los caliqueños de mi juventud parecían habanos a su lado. Por lo cual, no quise estropear la comida y lo dejé para mejor ocasión. ¡Alguna vez los probaría, vaya!

El sosiego de la sobremesa, el calorcillo de los buenos vinos, me hizo audaz. Y acaso por eso anuncié:

Creo que tenemos un rey entre nosotros.

¿Qué dice la rapaza?

Que tenemos aquí nada menos que al rey del estaño.

El señor Yáñez pasmó el gesto y Sindo soltó una de sus mejores risotadas.

Vaya, ya se enteró la chica.

Todo se sabe, todo se sabe. Las cosas reales no pueden permanecer ocultas.

Al menos por estas tierras, claro. Bien; pues no te equivocas. Porque el amigo Yáñez ha sido el rey del estaño.

Hombre, don Sindo, tanto como el rey...

Pues, sí, señor. ¿Me deja que se lo cuente?

Diga lo que quiera. Pasó tanto tiempo, que ya no me acuerdo.

El señor Yáñez, debo decirlo, era un hombre siempre pulcro y bien vestido, que peinaba su pelo blanco hacia atrás, tenía una elegante estampa y unos suaves gestos de felino. Algunas veces reía y, entonces, asomaba la más sana dentadura que vi en mi vida. Tan sana, tan robusta, que aquellos dientes más parecían pertenecer a un animal que a un hombre. Blancos, poderosos, hechos para devorar presas recién cobradas en la selva, mejor que unos mariscos o un lacón con grelos servidos en la mesa de un restaurante de lujo.

Bien, este hombre ha sido siempre muy listo, muy hábil. Y, en aquella ocasión, se burló de media España.

No hay que exagerar, don Sindo, no hay que exagerar. Yo no me burlo nunca de nadie.

Lo conozco bien, rapaza. Y es capaz de chotearse hasta de sí mismo.

Eso sí. De mí mismo sí. Porque soy un pobre hombre.

Pero, vayamos al asunto. Yáñez tenía en explotación unas minas de estaño, por aquí, cerca de la raya portuguesa. Unas minas sin importancia, en las que trabajaban unos pocos obreros. Y, en Vigo, una oficina y una pequeña fundición. Pues bien, con tan modestos elementos, Yáñez logró acaparar casi todo el estaño español, que andaba, por entonces, alto de precio. ¿Cómo lo consiguió? Pasándose la vida, día y noche, al pie de un teléfono. Sonaba de pronto el timbre y Yáñez se levantaba si estaba durmiendo, abría su fundición, preparaba las cosas y esperaba. A veces poco, a veces mucho. Pero siempre aparecía el camión cargado hasta los topes con el precioso mineral. Entraba en el almacén y, con la ayuda de un par de hombres, muy pronto el estaño fundido llevaba la marca de la explotación de Yáñez. Para salir

después de ser vendido. Fueron muchos los camiones que entraron y salieron de allí, aunque las minas apenas producían. Hasta que alguien se escamó y se acabó el filón. Este hombre, rapaza, manejó muchos millones. Pero los millones también entraban y salían. Entraban en sus cuentas corrientes y salían por las mesas del casino de Estoril. ¿Cuántas veces hizo saltar la banca, Yáñez?

Una. Una vez nada más. Y en la ruleta, en la modesta ruleta.

¡Carallo con la modestia! Pero hizo bien, Yáñez. Los millones eran suyos, sudó para obtenerlos, y, al cabo, se divirtió perdiéndolos, ¿no es cierto?

Hombre, no sé, don Sindo. Porque lo que calla es que me vi metido en un buen lío y que si no llega a ser por usted...

Nada, nada. Tiene talento suficiente para arreglárselas solo y salir de un mal trance. Aunque, claro está, nunca sobran los amigos.

Y aquel estaño. ¿De dónde venía aquel estaño, si las minas...?

Eso no se pregunta, rapaza. Hay que respetar el misterio de los negocios. Como hacían sus amigos portugueses, ¿verdad, Yáñez?

Rieron todos los hombres. Yáñez enseñó al reír su blanca dentadura. Eran tres, los hombres. Pero del tercero sólo supe que se llamaba Celso y que era un apoderado de la empresa.

Bueno, qué: ¿nos vamos para Santiago?

Convendría, don Sindo, que antes...

No me fastidie, Yáñez. No me haga trabajar después de una comida tan agradable. No. No vamos a ir al almacén.

Usted sabrá mejor que yo lo que hace.

Pagó Sindo la cuenta. Pagó mucho, porque aquella comida fue cara. Y salimos del restaurante. Al subir al coche, dijo en voz alta, para que le oyera Yáñez:

Al almacén.

Volvimos a subir y bajar cuestas ciudadanas y volvimos también a encontrarnos junto a la oscura ría, ante una gran nave.

¿Qué, otra fábrica? Te hinchas a tener fábricas.

Esto no es una fábrica. Esto es un almacén de maderas. Y tú vas a tener un poco de paciencia, rapaza, mientras yo repaso unas cuentas. ¡Mira tú las ganas que tengo yo ahora de cuentas!

El dinero, bonito, el dinero. Oye, no tengas prisa, que, mientras tú trabajas voy a echar aquí, en el coche, un sueñecito.

Y lo eché. ¡Vaya si lo eché! Como que tuvieron que despertarme cuando acabaron.

Ya en los coches, rodamos rápidos hacia Santiago de Compostela. La carretera va bordeando la ría de Vigo, que lleva sus aguas casi hasta Pontevedra, ciudad que atravesamos sin detenernos. Se veían ya muchos pazos, que son como los cortijos de esta tierra, sólo que con casas más grandotas, oscuras y húmedas. Son fincas verdes y buenas, pero a mí me entraría la neurastenia si tuviera que vivir en cualquiera de aquellas casonas, medio palacios, medio fortalezas.

Sindo me explicó, durante el viaje, que Galicia había padecido mucho en otros tiempos antiguos, pues no sólo el moro Almanzor llegó con sus ejércitos hasta el mismísimo Santiago, sino que del norte de Europa bajaban en sus barcos unos salvajes guerreros llamados los normandos, los cuales desembarcaban en sus costas y, entrando por la tierra, la saqueaban, matando a todo el mundo. Hasta que un arzobispo y un santo, que está precisamente enterrado en el monasterio de Celanova, pudieron ahuyentarlos.

Con este motivo, Sindo me habló mucho de su pueblo, al que como todos los gallegos, parecía tener mucho cariño. Me dijo que el monasterio en cuestión era grandísimo y que él había vivido varios años dentro, en un colegio de escolapios. Por lo visto, el monasterio había pertenecido en otros tiempos a doña Elvira de Castilla, una infanta más que fresca, que celebraba tales orgías allí dentro que, en una de ellas, se produjo un milagro que la obligó a huir despavorida del profanado lugar. ¡Habría que ver lo del milagro, claro, porque yo, cuando me acuerdo de lo que pasó en la ermita de la sierra...!

Celanova era también muy famosa por ser cuna de un hombre-lobo, un tal Romasanta, que, en algunas noches de plenilunio salía a morder a la gente. Tanto mordió y devoró, que tuvieron que darle garrote. ¡Qué cosas pasan! Pero a Sindo, cuando era chico, lo que más le impresionaba eran las voces y los alaridos que daba un pobre loco, al que su familia tenía encerrado en una habitación de su casa, por las traseras del pueblo. Los chavales iban a escucharlo algunas veces, tratando de ver algo por una pequeña ventana enrejada que tenía la habitación. Nunca lograron verlo, pero aquellos rugidos del loco les atraían terroríficamente. Galicia, según Sindo, fue siempre algo rara y distinta del resto de España. Muchas gentes campesinas creían aún en trasgos, meigas y en la Santa Compañía, que es como decir demonios, brujas y ánimas en pena. ¡Bobadas! Yo sólo le temo a los vivos, que son los que pueden hacer daño.

Con estas cosas se nos hizo corto el viaje y llegamos pronto a Santiago. Nos instalamos en un buen hotel y fuimos a cenar a un lugar típico, porque

esta ciudad es toda ella así, típica y monumental. Yo comí una merluza a la gallega, con «cachelos», y una salsita de ajo y pimentón. Los «cachelos» son patatas cocidas con su piel. Pero ¡qué merluza!, y ¡qué patatas! Si no sonara a injuria para muchos paladares gallegos, yo me atrevería a decir que aquella merluza me gustó más que los mariscos, más que el pote y el lacón, más, incluso, que las empanadas. Todavía se me hace la boca agua al recordarla.

Después de cenar, Sindo se empeñó en que diéramos un paseo, para enseñarme algunas cosas de la ciudad. Se fueron, pues, los otros para el hotel y nosotros, cogidos del brazo y bajo un buen paraguas, nos dirigimos hacia la catedral.

Llovía mucho y, en el silencio de la noche, sonaba un blando burbujeo sobre las grandes losas del suelo. Todas las piedras de la ciudad, piedras oscuras y severas, relucían con el agua. La catedral, rodeada de varias plazas solitarias y calladas, alzaba sus escalinatas, sus pórticos, sus columnas, sus torres. Toda llena de esculturas, de hombres petrificados que parece que te miran, que están esperando algo. A mí, aquella tremenda y oscura mole, tan alta y vigilante, me produjo miedo. Un miedo sin nombre, una pesadumbre, una angustia imprevista y sorprendente. La callé, claro está, y aguanté en silencio todas las vueltas que en torno a la catedral se le antojó dar a Sindo en la noche lluviosa y solitaria. Él me hablaba, entusiasmado por la basílica, por aquella maravillosa pesadilla petrificada que debía reunir las bellezas de su tierra, la historia, la fe y los dolores de su tierra. Pero yo apenas le escuchaba. Hasta que, al cabo, nos apartamos de allí, dimos unas vueltas por rúas antiguas y estrechas, nos cobijamos bajo unos anchos soportales y llegamos al hotel, calados por la lluvia, a pesar del paraguas.

Pensé que yo no estaba acostumbrada a ver aquellas cosas. En mi tierra, las catedrales son mucho más chicas, doradas, alegres, risueñas. Acogedoras como un hogar siempre abierto para todos. Incluso la catedral de Sevilla, que es muy grande, está animada por la femenina Giralda. Pero esta catedral gallega, oscura, mojada, crecida entre plazas y silencios, exigente y amenazadora, parecía acusarme de algo también oscuro y silencioso, que me acongojaba.

Para colmo, aquella noche, aquella terrible noche de Santiago que no olvidaré nunca, se le antojó a Sindo venir a mi habitación, a compartirla conmigo. Tan angustiada estaba, que, por un momento, pensé decirle a mi hombre que no me encontraba bien y que me dejara dormir sola. Pero me di cuenta de que tenía derecho a exigirme el precio de sus larguezas. Que yo no

era una alegre y amistosa compañera de viaje, sino una puta que había de estar siempre a disposición del buen pagador. Y él lo era, mejor que ninguno.

Entró, pues, en mi habitación, contigua a la suya. Yo necesitaba beber y, como ya era tarde, se había retirado el servicio y él mismo tuvo que bajar a por el *whisky*. Me tomé tres o cuatro y, en cuanto comencé a sentirme un poco mareada, me metí en la cama.

Debo añadir que Sindo era un hombre difícil. El trabajo, las mujeres, la buena mesa, los buenos vinos y las grasas parecían haberlo agotado sexualmente. No era un obeso, no, pero tendía a serlo. A mí que me echen hombres delgados y enjutos en la cama, porque son los que saben atender a una mujer y acabar la cosa a su debido tiempo. Los gordos, por el contrario, se quedan como los cochinos, aletargados sobre la marrana por un deseo que se cumple con mucha dificultad.

Repito que Sindo era un hombre complicado y agotador en la cama. Aquella viril energía que mostraba en la vida cotidiana, en los negocios y en el trabajo, se convertía en una lamentable debilidad en el lecho de un placer que se le hacía casi sufrimiento. Era preciso hablarle de cierto modo, encender su carne lentamente, a fuerza de caricias, de imágenes cerebrales y de mimos infantiles. Y, aun así, nunca se lograba satisfacerla por completo. Dejarlo a gusto y relajado, como quedan otros hombres.

La noche de Santiago fue terrible. Sindo tenía ganas, muchas ganas y no podía cumplirlas. Yo estaba cada momento más nerviosa, más angustiada. Pero él, claro es, egoísta, como todos los hombres, y preocupado por sus dificultades, no sintió mi congoja. Así llegamos hasta la madrugada. Y cuando, al cabo, abandonó mi cama y se marchó cauteloso hacia su habitación, me quedé bruscamente dormida, agotada.

Dormí un rato con un sueño de plomo. Después me desperté dando voces, sentada en la cama. Soñando que yo estaba sola en una de las plazas y que la oscura masa de la catedral avanzaba hasta mí, arrastrándose sobre unos pies enormes. Avanzaba la mole, avanzaba, y yo no podía huir, no podía correr, moverme de aquel lugar de la solitaria plaza. Hasta que la catedral llegó a mi lado y me desplomó encima sus piedras oscuras y mojadas, sus figuras acusadoras y sarcásticas.

Mis gritos fueron pocos, por fortuna, y nadie acudió a mi puerta. Volví a dormirme y, ya avanzada la mañana, tuvieron que despertarme para que me levantara. Menos mal que aquel día no había prisas y el mismísimo Sindo, que es un hombre madrugador, que abandona la cama a las ocho, no se levantó hasta las diez. Por eso me dejaron descansar un rato y, tras un par de

café y un baño largo y caliente, pude salir de la habitación repuesta y bien aviada.

La mañana fue dedicada de nuevo a la catedral. Llovía también, las torres se esfumaban en una niebla grisácea y la humedad calaba los huesos. Yo, la verdad, procuré verla poco por fuera, pese a todas sus maravillas, y logré que entráramos pronto dentro. El interior de la basílica, cosa curiosa, no me causó ninguna angustia. Incluso me gustó. Aquellas grandes naves, rodeadas de tantas capillas, resultaban prodigiosas. Y aquel apóstol Santiago, con su esclavina de oro, plata y piedras preciosas, que se encuentra en el tabernáculo del altar mayor me hizo mucha gracia. Tanto que cuando Sindo propuso subir al camarín, para abrazarlo, como hacen los beatos, no puse inconveniente y fui con él. También me gustó mucho el famoso Botafumeiro, el enorme incensario de plata que oscila durante las grandes solemnidades en las naves. ¡Mira tú que, como se caiga algún día, va a morir más de uno!

Pero cuando salí de la catedral, se me paró Sindo en el pórtico de la Gloria y comenzó a mostrarme la escena del Juicio Final y las figuras que representaban los vicios y los pecados, volví a sentir mi zozobra y le dije que tenía allí mucho frío. Abandonamos, pues, la basílica sin que pudiera soltarme todo el rollo y nos fuimos a ver otros monumentos: iglesias, monasterios, la Universidad y algunos palacios preciosos. En verdad que Santiago de Compostela es todo él un monumento y que, al recorrer sus calles y sus plazas parece encontrarse una en otro mundo distinto al de todos los días. Comprendo, sí, que estén orgullosos de su Santiago los gallegos.

Almorzamos en un figón de lujo, en cuya chimenea ardía un buen fuego, que calentó mis entumecidos huesos. Ese día le tocó el turno en la mesa a la empanada, que creo era de lamprea y que me gustó mucho. Yo tenía hambre y comí muy bien, pero sintiendo engordar mis carnes por momentos con aquellos platos.

Sindo estaba de muy buen humor, metiéndose con los de Bande, para bromear con Yáñez que era de aquel pueblo, vecino de Celanova, según quedó ya dicho. Al parecer, los de Bande andan muy orgullosos de una cierta iglesia viejísima que tienen, porque se habla de ella en los libros de historia del arte.

Yáñez contestaba que los de Celanova se ponen tontos con su gran monasterio, El Escorial de Galicia dijo que lo llaman, y con una capilla también muy antigua.

A propósito del monasterio, Sindo contó algo que me hizo gracia.

Por lo visto, cuando él era chico y estudiaba en el colegio de los escolapios, una pareja de novios se iba allí, a lo oscuro, y se metían mano bajo una ventana. Ventana que correspondía a la celda de un padre que estaba harto de sus amorosos suspiros. Tanto que, una noche, sin poder contenerse, arrojó sobre la pareja un gran paquetón envuelto en papeles de periódico, que reventó encima de los pegajosos novios. Entonces él, que era un redicho mancebo de botica, alzó la cabeza y le preguntó, rabioso, al padre:

¿Es envidia o caridad?

Es mierda, hermano contestó el escolapio, cerrando su ventana.

Reímos todos mucho la gracia y yo, al ver a Sindo tan animado y contento, no pude menos de recordar al tipo flojo y quejumbrón que había compartido mi cama la noche anterior. ¡Cómo cambian los hombres, madre!

Tras una larga y animada sobremesa, nos fuimos paseando hasta el hotel, recogimos nuestras cosas y, ya en los coches, rodamos hacia La Coruña. A la que llegamos anocheado.

Yo apenas cené, pues la tal empanada de lamprea me empachó lo suyo, y me fui pronto a la cama, ya que me encontraba muy cansada. Creo que los hombres se acostaron también pronto y Sindo, por suerte, no me buscó aquella noche. Que la dormí de un tirón, despertándome a la mañana siguiente fresca y descansada como una rosa.

Después del desayuno, Sindo anunció que tenía que trabajar y que me dejaría el «Rolls» para que el chófer me diera una vuelta por la ciudad, como hizo en Vigo.

¿Qué, corazón? ¿También tienes aquí una fábrica?

No, rapaza, no. Tengo unos barquitos que me pescan esas merluciñas tan buenas que os coméis los madrileños.

Ya pescarán también otros pececillos, ¿no?

Claro. Sardinas, bonito... Todo lo que puede pescarse por estos mares, que es mucho y muy bueno.

Eres el amo.

Nada de eso. Aquí hay mucha gente poderosa. Yo hice algo, no digo que no, ¿verdad, Yáñez?, pero hay otros que me pueden. Ya verás, después, la boda del pazo.

¿Qué boda?

A la que vamos a ir cuando yo termine. Comeremos allí, ¿sabes?

Eso se avisa, hombre. Para ponerme guapa.

Pues ya estás avisada.

Fuimos a la oficina y allí se quedaron todos. Al bajarse del «Rolls», Sindo le dijo a Moncho:

Llévala a la Torre. No se te olvide.

Me gustó La Coruña. Es una ciudad alegre, alborozada, con sus casas que asoman al mar sus claras galerías, una playa pequeñita y monísima, sin olas, un puerto estupendo y una temperatura deliciosa. Tiene también La Coruña hermosos jardines y una ciudad vieja tranquila y más solitaria, llena de plazuelas y de iglesias. Al cabo, tras dar varias vueltas, el chófer me llevó a la Torre de Hércules, un faro levantado en una punta de la tierra por unos hombres muy antiguos, que subían hasta arriba la leña para prenderla y avisar con su candela a los navíos. Desde la Torre, el panorama es precioso, pues se dominan el mar, la ciudad y las bahías. También me llevó Moncho a otra playa más grande, ya fuera de la ciudad, en la que me entretuve un poco. Volvimos después a La Coruña y mientras el chófer se tomaba en un bar el consabido café, yo anduve por una hermosa calle, viendo unas tiendas. Así pasó parte de la mañana y, a eso de la una, volvimos a la oficina a buscar a los hombres, que salieron en seguida.

Fuimos al hotel, yo me compuse lo mejor posible, pues no había llevado apenas trajes, y me eché encima el visón, aunque la temperatura era suavísima.

Nos metimos en los coches y otra vez rodamos las carreteras gallegas. Cruzamos un pueblo que se llamaba Betanzos y entramos en un valle melancólico y dulce, adornado por todos los frescos verdes de Galicia. Así llegamos al lugar en el que se celebraba la boda.

Era un pazo precioso, un verdadero palacio alzado al borde de un bosque de castaños. Bajo estos hermosos árboles, recién enverdecidos por la primavera, se veían preparadas varias grandes mesas, llenas de gente. En la principal, entre chaqués, hábitos y uniformes, se encontraba la novia, vestida de blanco. Una chica rubia, más bien feílla. Y el novio, un militar alto y moreno, muy guapo.

Sindo fue recibido como un reyezuelo y llevado por el dueño del pazo, que era el padre de la chica, hasta el puesto de honor en la mesa principal. Yo, viendo aquello, me separé de él y me pegué a Yáñez, que, comprendiendo mi apuro, me atendió con delicadeza, llevándome con él a otra mesa menos importante. Allí nos hicieron sitio muy amablemente. Menos mal que me había echado encima el visón, pues hasta un arzobispo lleno de púrpuras había en aquella boda.

La gente estaba muy alegre, ya encendida por unas grandes jarras con vino fresco y animada por unos gaiteros que tocaban esos aires gallegos que todos conocemos. Andaba la comida entonces por los entremeses, que eran, en verdad, los más variados y copiosos que vi en mi vida. Pues a la abundancia de los mariscos y del pulpo, se unía la riqueza de lacones, jamones y toda suerte de embutidos, escabeches, ensaladas, quesos y huevos. ¡Cómo tragaba aquella gente! Yo, la verdad, pensé que tras aquellos ricos principios poco podría comerse después. Pero cuando los entremeses fueron retirados por los mozos y mozas que, vestidos a la gallega, atendían las mesas, apareció algo que me dejó pasmada. Pues no creí que hoy podían suceder estas cosas.

Dos mozos surgieron llevando, sobre una gruesa tabla de castaño, una ternera asada. Tendido sobre la tabla, el animal aparecía completo, rodeado por una copiosa guarnición compuesta de pollos, perdices y palomos, más abundantes patatas, cebollas y zanahorias.

Otro mozo llevaba, detrás, una gran salsera con el jugo del rico asado, que despedía un olor que te hacía la boca agua.

La hermosa pieza fue presentada a los comensales por el cocinero y un aplauso unánime de los invitados premió su labor. Inmediatamente, colocando la tabla sobre una especie de carrito, el cocinero, ayudado por los mozos, comenzó a trincar la dorada ternera, sirviendo la carne con sus guarniciones, en cantidades increíbles. Doy fe de que en aquella comida vi a más de una persona acabar con una tajada enorme de ternera, más un pollo o una perdiz completos. Todo ello acompañado de un pan de pueblo excelente y regado con el alvariño que trajeron los mozos.

Visto cómo tragaba aquella gente, me pareció que la ternera no iba a dar para todos. Y, efectivamente, cuando amenazaba terminarse la pieza, apareció otra tan grande y apetitosa como la primera. A mí me tocó un trozo de esta segunda ternera, más media perdicilla porque no la quise entera y en verdad que nunca he comido un asado más tierno y exquisito. A pesar de lo cual no pude terminar lo que tenía en mi plato.

Poco come su compañera, señor Yáñez comentó un hombre que estaba a su lado.

Es que no es gallega.

¡Bah! Por ahí abajo no se come. Cuatro bobadiñas y se llenó el papo.

Pero en cambio las mujeres tienen mejor tipo, hombre.

Mejor tipo, mejor tipo... No digo que no, porque su compañera es muy bonita, pero a mí, en confianza, no me estorban las carnes. Lo que pasa es qué

usted, señor Yáñez, viene ya muy poco por Galicia. Yo creo que ni se acuerda de mí.

No recuerdo exactamente...

Soy el alcalde de Guitiriz y me tengo llevados muchos ratos pescando el salmón con usted en el Ulla.

Sí, hombre, sí, ahora me doy cuenta. Tiene buena memoria, amigo, porque hace ya sus años. Entonces no era alcalde, claro.

No. Era sólo concejal. Pero no hablemos de años. Ya ve, a esa pareja de novios la he visto yo nacer, como quien dice. Buena boda hace el rapaz. Porque la novia es buena y su padre ya sabe usted.

Ya sé que don Silverio Carballo es una de las mayores fortunas de La Coruña.

Y además un caballero, sí, señor. Todo un caballero.

El alcalde era charlatán, lo cual no le impedía comer a dos carrillos. Así, mientras se daba fin a la ternera, nos contó muchas cosas de don Silverio y compañía. Callándose tan sólo al llegar a nosotros un hermoso trozo de la monumental tarta de bodas, al que siguieron frutas y castañas. Hubo, claro está, su café, sus licores y puros a discreción. Y después la cosa se animó tanto, que se bailó la muñeira al son de las gaitas. El propio Yáñez, con toda su seriedad y su sonrisa de lobo, de tigre o de lo que fuera, me hizo levantarme y dar unas vueltas.

En el baile me crucé con Sindo, que bailaba frente a una señora muy emperejilada.

¿Qué tal, rapaza? ¿Todo bien?

Muy bien. Gracias, Sindo.

Ten cuidado con Yáñez. Porque estos viudos...

Yo, la verdad, me cansé en seguida de dar saltos y Yáñez tuvo que acompañarme a mi silla.

¿Es cierto que es usted viudo?

Claro. ¿Por qué no?

No sé. No me lo había imaginado. ¿Y tiene hijos?

Sí. Y nietos.

¡Madre! ¡Qué hombre tan serio!

Depende.

Ya, ya me lo imagino.

Hay que saber estar en su sitio.

Desde luego. Además, me parece que no le caigo muy simpática, ¿no es cierto?

¿Por qué lo dice?

¡Oh! Cosas. Creo que teme que perjudique a su don Sindo. Y usted lo adora, ¿verdad?

Soy agradecido.

Pues no sufra, hombre. Que no soy tan peligrosa. Ni voy a sacarle muchos cuartos.

¡Oh! El dinero. Tiene para usted y muchas más.

¿Entonces?

Lo veo entusiasmado. Y acaso su salud...

Ya tiene años para cuidarse solo, ¿no cree? ¿O es que está enfermo?

Enfermo, no. Pero tal vez no le convengan ciertos excesos. Trabaja mucho, ¿sabe?

Ya lo veo.

Aquel hombre sabía, sin duda, algo de lo de Sindo. De sus dificultades, de sus esfuerzos para hacer el amor. Sí, es muy posible que todo aquello no fuera sano. Pero yo no iba a rechazarlo, aunque le hiciera daño.

¡Qué bien se cuida, Yáñez!

¿Cómo sigue, mi coronel?

No tan bien como usted, hombre.

Un militar presumido y otoñal, que no me quitaba ojo desde que llegué a la mesa, se acercó a nosotros. Yáñez me presentó y el coronel me dedicó sus mejores gracias, que resultaron bastante patosas, con su cerrado acento gallego. Viendo que apenas me hacía sonreír, las interrumpió advirtiéndome: ¡Ah! Ya están con la queimada.

¿Y eso qué es?

Vengan. Vamos a probarla.

Dos mozos echaban café en una gran olla colocada sobre las brasas de una hoguera. Cuando se calentó y comenzó a olerse su exquisito aroma, vertieron en el oscuro líquido una buena cantidad de aguardiente de orujo. Lo revolvieron bien y le añadieron abundante azúcar. Después prendieron fuego a la mezcla, agitándola con un cucharón, vertiendo el líquido flameante desde lo alto, en la olla. Aquella fuerte mezcla olía muy bien, sobre un fondo de azúcar tostado.

Cuando todo estuvo a punto, los mozos comenzaron a llenar tazas y tazones. El coronel se echó uno al estómago, presumiendo mucho, y Yáñez bebió una taza. Yo probé otra, pero, al primer sorbo, la rechacé diciendo que aquel brebaje era demasiado fuerte para mí. ¡Santo Dios, vaya mezcla! Y eso

que yo no le pongo reparo ni a un chinchón del más seco, ni a un cazalla. Pero la tal quemada parece entrar en el cuerpo abrasando las entrañas.

Con aquel brebaje, la boda llegó a su apogeo. Las gaitas parecían taladrar el aire. Un aire sereno, tibio, quieto. La gente bailaba y sudaba la comida. Yo tuve que sentarme, porque había tragado tanto que el estómago se me venía a la boca. Y allí, sin escuchar las tonterías del coronel, que se había sentado a mi vera, contemplé aquel animado cuadro, bajo el verde y frondoso bosque de castaños, junto a unos helechos gigantes, húmedos y jugosos, que yo no había visto en ninguna parte.

Sindo se nos acercó, impaciente y activo, como siempre.

¿Qué hay, mi coronel? Hermosa boda, ¿eh? Bien, nos vamos, rapaza.

¿Tan pronto, Ferreiro? ¿Por qué no se quedan un poco más?

No podemos, mi coronel. Tenemos que estar mañana en Madrid, sin falta. Y Galicia, ya sabe, por suerte o por desgracia, está siempre lejos.

Nos despedimos rápidamente. El coronel, impresionado por mis amistades y por el visón, me besó, versallesco, la mano.

Subimos a los coches, aparcados en otro lugar, y rodamos de nuevo, ahora hacia Lugo. Ciudad que atravesamos bajo una lluvia fina, mimosa. Ya de noche, y después de cruzar unas grandes montañas, llegamos a Ponferrada, donde, tras una ligera cena, descansamos la alegre jornada.

A la mañana siguiente, antes de las nueve, hora para mí en verdad temprana, ya estábamos continuando el viaje, trepando un nuevo puerto, entre poderosos montes. Hasta llegar a Astorga, donde paramos un momento, pues se me habían antojado unas mantecadas. Después, de un salto, nos pusimos en Tordesillas. Allí comimos y descansamos un rato. A Madrid llegamos ya mediada la tarde. En la Moncloa me despedí de Sindo y dejé el «Rolls» para subirme en el «Packard», en el que don Celso me llevó a mi casa, pues Yáñez se fue con su jefe, que tenía una entrevista con unos norteamericanos muy importantes.

Cuando entré en mi piso, abrí la ventana de mi alcoba y me dejé caer en mi hermosa cama. Y aquel rápido viaje me pareció un sueño, algo irreal, que no podía haber sucedido.

Sus continuos cambios, las ciudades, las aldeas y el paisaje gallego se me antojaban un fruto de mi fantasía. El caluroso Orense, Vigo, tan activo, el alucinante Santiago, la dulce Coruña, el pazo de la boda, y, sobre todo, aquellas tierras gallegas, tan verdes, tan ondulantes, tan melancólicas, me dejaron la vertiginosa estampa de un mundo misterioso, que yo no había

logrado penetrar. Un mundo dominado por la lluvia; por la lluvia agresiva y viril de Santiago o por la femenina y mimosa de La Coruña.

Ya dije que durante los viajes en el «Rolls», Sindo me hablaba con frecuencia de su tierra. De sus supersticiones, de sus fragas encantadas, de sus historias antiguas. Sus palabras, unidas a lo que habían contemplado mis ojos, me hacían sentir lo extraño que para mí resultaba todo aquello. Nunca, nunca más quise volver a Galicia. Porque a tanta belleza, a tanta prodigiosa e increíble belleza, se le unía algo, yo no sé qué, que me daba miedo. Como una dureza implacable, misteriosa, vieja de siglos y siglos, podrida por la lluvia, que se adivinaba incluso tras las dulces miradas de las mozas gallegas. Galicia, sí, debe de ser muy vieja y sin duda sufrió harta soledad, hartos temores y miserias. Acaso por eso parece vivir recelosa, bella como nadie, distanciada y dispuesta a defender su distancia.

Hablé un día con Sindo de todo esto. Torpemente, porque yo no sé explicar bien lo que siento. Al pronto, el gallego se quedó callado. También receloso y hermético. Después me dijo que era natural aquella impresión mía de extrañeza ante Galicia. Porque yo era una mujer mediterránea. Pero que no se explicaba lo del miedo. Ni yo me lo explico tampoco.

Seguimos viéndonos y, una mañana, tras anunciarme su visita, el señor Yáñez se presentó en mi piso.

Bueno, ¿qué le trae por aquí, hombre? Porque usted no pierde el tiempo. Vengo de parte de don Sindo, claro está.

Ya me lo imagino. No soy tan tonta como para suponer que viene por algo suyo, personalmente. Porque ¿a qué iba a venir aquí si no le mandan?

Don Sindo desea que abra usted una cuenta en el «Banco Hispánico Industrial». Y yo le traigo preparados todos los papeles para ello, si me hace el favor de firmarlos.

¿Y para qué quiere don Sindo que abra yo esa cuenta?

Desea ingresarle algunas cantidades.

Muy buen deseo por su parte, lo reconozco. Pero ¿no habría sido mejor que me hubiera hablado él mismo de ello?

Al parecer, no le gusta tratar con usted estas cosas.

¡Qué delicadeza!

No sé si es delicadeza o no, ni me importa. Sólo sé que no le gusta.

Y por eso le envía a usted, que trata la cuestión como uno más de sus negocios.

¿Acaso no lo es, señorita?

Lo es y no lo es. Cosa que usted no comprenderá nunca. Y, además, se lo ruego: no me llame señorita. Porque soy hospiciiana, criada en un hospicio. ¿Se entera, Yáñez?

Lo siento.

Pues no lo sienta, hombre. Que no es para tanto.

¿Entonces, cómo debo...?

Me llama usted Lola y ya está. Lola, a secas.

Pero creo que ése no es su verdadero nombre.

Es el nombre que llevo en el libro. ¿Lo ha leído usted?

Sí. Me lo dio don Sindo.

Y, claro, no le ha gustado.

Pues, verá, resulta hartito escandaloso, ¿no cree?

No. No lo creo. Hay mucho más escándalo en otras cosas. Por ejemplo, en que ahora venga usted con esos papelitos para abrirme una cuenta.

Si no quiere...

Sí, quiero. Es mi oficio, mi trabajo, Yáñez. Pero, a veces, se me encrespa el genio.

No haga más difícil mi situación, se lo ruego. ¿O cree que a mí me gusta venir con esto?

¡Cualquiera sabe! Hay gustos tan raros.

Nadie ha querido ofenderla, se lo aseguro. Pero es que don Sindo tiene sus manías y, por lo visto, le da reparo hacerle regalos en metálico. Y, al mismo tiempo, quiere que disponga usted de algún dinero.

Muy amable. Pero yo dispongo siempre del dinero que necesito.

Ya, ya me imagino que no le faltarán recursos, claro. Pero quizá don Sindo pretenda que no tenga que acudir a ellos.

¿Acaso quiere retirarme?

¿Retirarla? No sé lo que quiere decir con eso.

Pues bien claro está. Que no salga con otros hombres. Que no me meta en otras camas. ¿Lo entiende ahora?

Lo entiendo. Pero a mí no me ha dicho nada.

¿Es celoso su don Sindo?

No creo.

Bueno. Vengan los papeles.

Siento que lo haya tomado así. Y sepa que yo no me meto en esto. Me limito a transmitir su deseo.

Cogí los papeles, las fichas, lo que fuera, y los firmé, aún rabiosa. Tardé un rato en hacerlo, pues soy lenta de escritura, y, mientras tanto, me calmé

por completo. Se los entregué, pues, a Yáñez y le obligué a tomarse un vermut conmigo.

Yo no quiero guerra con usted, Yáñez. Se lo aseguro. Pero es que a veces dice las cosas de una manera...

Le ruego me excuse, si he cometido alguna torpeza. Con eso de andar siempre entre negocios...

Sí, se atrofian ustedes un poco. Y se olvidan de cómo hay que tratar a las mujeres. Incluso a las putas. ¡Ea!, no se asuste usted de mis arranques, porque ya pasó todo.

Me alegro.

Espere, hombre, no se vaya todavía. Aguante usted un momento.

Con mucho gusto.

De manera que don Sindo va a ingresarme en esa cuenta una cantidad. ¿Usted conoce su importe?

Realmente, no sé bien...

Usted lo conoce, Yáñez. Porque es usted quien va a ingresarla a mi nombre. La verdad, soy curiosa y quisiera conocerla yo también. Ahora mismo.

Dudaba Yáñez, pasando un mal rato. Se veía que no deseaba volver a chocar conmigo, que quería complacerme, pero que temía ser imprudente, revelándola. Aunque seguro que tenía ya preparado el oportuno talón.

Bueno, se lo diré. Cien mil pesetas.

Es decir, que para su jefe valgo cien mil pesetas. No está mal, ¿no le parece?

No entiendo de estos tratos. Pero no pienso que don Sindo le ponga a usted precio. Es un obsequio, un obsequio en metálico, para que disponga como quiera de ello.

¿Y a cambio de qué, Yáñez?

No creo que le pida nada.

¿Nada?

Nada nuevo.

¡Ah! Comprendo.

Bueno. No estaba mal la cotización. Nadie me había dado jamás cien mil pesetas, ni aun Andrés Diamante. Porque lo de la mercería del pobre Mero había sido un negociajo. Entregarle a una así, por las buenas, cien mil pesetas era un asunto importante. Y más, si como parecía, iban a seguir ingresándome en cuenta otras cantidades. ¿Por qué, pues, me había irritado tanto, si a veces me ponían mil pesetas en la mano por un rato de cama y las había recibido

encantada? Cosas, cosas raras. Acaso porque Sindo no daba la cara y mandaba a aquel hombre que nunca dejaba de ser un buen empleado. Sin embargo, yo no le tenía antipatía al señor Yáñez. Pues resultaba un tipo original y curioso que me divertía. Por ello, quise rebajar la tensión bromeando un poco.

¿Y qué me dice de Santa Comba, de Bande?

No, no la comprendo.

Sí, hombre, sí. De esa joya que tiene en su pueblo.

¡Oh, ya! Está de broma y se la sigue a don Sindo.

Claro, hombre. A ver si coge la onda.

Pues le advierto que es una joya arqueológica. Una iglesia visigoda.

¿Mejor que el monasterio de Celanova?

Es otra cosa. Más antigua, más meritoria.

Si le oye don Sindo...

Lo sabe igual que yo.

Pero no lo admite. Menudos son ustedes, los gallegos.

Reímos los dos un momento. Sí, al cabo, conseguí que riera aquel hombre tan serio, enseñando su dentadura de fiera.

¿Y luego? ¿Le gustó Galicia?

Me impresionó mucho.

Ya me di cuenta. Aquella noche de Santiago.

¿Qué noche? No le entiendo.

La que pasamos allí. La oí gritar en su cuarto.

Alguna pesadilla. Cené mucha merluza. Ya sabe lo que me gusta.

Gritó de una manera temerosa. Tanto que yo me levanté y, saliendo de mi habitación, fui por el pasillo hasta su puerta. Escuché, por si le pasaba algo, pero ya no repitió los gritos.

No le oí venir.

Fui con mucho tiento.

No lo dudo. Vendría usted como un felino, como un tigre, Yáñez. Porque se mueve como un tigre, ¿sabe?

¡Qué cosas dice!

Pues sí, chillé y chillé. Aquella catedral, oscura y reluciente. Aquellas figuras vigilantes. Aquellas terribles cabezas de piedra.

¿No le gustó la catedral?

Me dio miedo, ¿comprende? No, claro, no comprende.

¡Cosas de mujeres!

Acaso esté en lo cierto. Oiga, y, hablando de otra cosa. ¿Sigue usted tan preocupado por su don Sindo? ¿O ya no me cree tan peligrosa?

Creo que es usted una buena persona.

Pues yo no lo creo. Pero, dígame, Yáñez. ¿Por qué no le preocupan otras mujeres? La duquesa, por ejemplo.

¡Ah! ¿Ya le han venido con el cuento?

Lo sabe todo Madrid, hombre. ¡Cómo no voy a saberlo!

La duquesa es una mujer hermosa. Pero debe andar por los cuarenta y cinco años.

Poco sabe de mujeres. Ésa es una edad que puede ser muy cachonda.

En este caso no lo creo.

¿Y yo? ¿Cree que soy muy cachonda?

Mujer, no sé...

Diga la verdad, sin rodeos.

Usted debe de tener unos treinta.

Eso confieso.

Es muy bonita y está en la flor de la edad. Veo a don Sindo cada día más entusiasmado.

Pues con la duquesa lleva varios años. Algo habrá.

Algo, sí. Pero otra cosa. Ella es grande de España, elegante y aún resulta hermosa. Y también es lista, ¿sabe? Muy lista.

Total, que a usted le gusta. Más que yo, claro.

Son dos cosas distintas. No pueden compararse. Usted es mucho más...

¿Más qué?

No sé cómo decirlo. Más arrebatadora.

Gracias, Yáñez.

Reí con ganas, por aquello del arrebatado. Nadie, en verdad, me lo había dicho y me hizo gracia.

Me gusta cómo cuida usted a su don Sindo. Y, además, que nunca habla mal de él en su ausencia.

Le debo mucho.

Por aquí los favores se pagan mordiendo.

Yo soy agradecido.

A veces me gusta usted. A pesar de sus movimientos de tigre, a pesar de su dentadura de fiera. ¿No me dirá que es postiza, eh?

Nunca supe de dentista.

Pues que Dios se la conserve tan buena. Aunque a veces da miedo.

Creo que a usted le dan miedo muchas cosas: la catedral de Santiago, mis dientes. No es bueno tanto temor.

No. No es bueno.

Hay que quitarse todo eso.

Tenía razón, ¡digo! Pero ¿quién es capaz de quitarse sus angustias, sus zozobras, esos repentinos temores que se apoderan de nosotros sin razón aparente y que, según los psiquiatras, nacen de los pozos del alma y de la noche oscura del cuerpo? No iba a ir por ello a un médico. Porque hay que saber aguantar estas congojas, que son la vida misma, la vida en marcha, que nos va a la vez haciendo y deshaciendo.

Bien, Yáñez. ¿Y la duquesa sabe...?

¿Lo suyo? Seguramente.

Pero no se preocupa. Natural, por una puta más o menos...

Ya le dije que era lista y no suele meterse por medio. Saldría perdiendo.

Además habrá otras, ¿no es verdad?

Cosas sin importancia.

¡Vaya con su don Sindo! ¡Qué tío faldero!

Hace bien. No pierde el tiempo.

Y eso que...

¿Qué?

Nada, Yáñez, nada. Pensaba en voz alta.

Me miró un momento. Sus ojos eran más bien pequeños, con párpados arrugados por los años. Pero sagaces, escrutadores, que parecían pinchar con la mirada.

Don Sindo es un hombre muy hombre. Es natural que le gusten las mujeres.

Claro.

Y a pesar de lo del tiro...

¿Qué dice, Yáñez? ¿Qué tiro?

El que le dieron en la guerra.

¿Sí? Pues no me había dado cuenta. ¿Dónde fue?

Le entró por la cadera. Y la bala llegó hasta... hasta el bajo vientre.

¡Pobre! Mala cosa las guerras.

Mala.

Ahora fui yo quien lo miré. Yáñez era siempre discretísimo, prudente hasta la exageración. Y nunca cotilleaba, ni se permitía personales comentarios.

¿Por qué me ha dicho eso?

Lo qué.

Esto del tiro.

Pues mire, ya ve. No me gustan las confusiones.

No le comprendo.

Don Sindo es un hombre muy fuerte, muy sano, ¿sabe? Pero un tiro es un tiro. ¿Ya entiende?

Entiendo.

¡Cómo lo defendía, madre! No quería que nadie pudiera pensar que Sindo fuera un degenerado, un tipo débil sexualmente o por lo menos, agotado por los excesos. Todo era culpa del tiro y el tiro no era él, sino algo bien ajeno: una bala malintencionada que se le había metido por la cadera y que había destrozado algo en lo que Yáñez llamaba púdicamente el bajo vientre.

La verdad, yo me alegré al saberlo. Sindo me caía bien, aunque en la cama me asqueaba un poco tanta flojedad. Pero un tiro es un tiro, claro. Quizá por ello fuera el hombre soltero.

Era un viernes por la tarde.

Don Carlos no puede más.

Es un pozo de pasiones,
una bestia desatá.

Cuatro criados tenía,
pero a ninguno llamó,
ensilló solo el caballo
y su machete cogió.

Jinete por la dehesa,
hacia las Hoces trotó.
Don Carlos, sangre de hidalgos,
vas a ensangrentar tu honor.

El ciego Escorpión en la esquina de siempre, sigue con su romance, el «Pasmoso y horroroso crimen de Navapija de las Hoces». La calle de Almería es una calle en cuesta, sin aceras, llena de guijarros, calcinada por el sol, roída por las lluvias torrenciales. Sigue el calor, naturalmente. En una morera escuálida, sedienta morera, cantan dos cigarras. Algunas veces los chicos cazaban cigarras. Trepaban a los árboles y con extraordinaria paciencia esperaban a que el insecto, receloso y callado ante su proximidad, reanudara el canto. Así lograban descubrirlas, cogerlas. Después, bajaban a la calle y comenzaba el martirio de las cigarras. Querían obligarlas a cantar, a sonar su ronca carraca. Y como no lo conseguían, frotaban sus patas contra el vientre,

arrancándoselas, quebrándoles el cuerpo, sacándoles una pasta grasienta, hasta que, al cabo, las aplastaban con un iracundo pisotón.

A mí, la verdad, nunca me atrajo aquel destrozo. Los animales, cierto es, no me gustan. Jamás tuve en mi casa ni perro, ni gato, ni jilguero. No siento su compañía, como otras personas. Hay quien dice que tampoco me gustan los niños. Quizá, pues no los necesito. Sola estoy y sola quiero seguir, al menos por ahora. Porque, si llego a vieja, vaya usted a saber las tonterías que haré. A lo mejor acabo con un minino y con una mesa camilla.

Al ciego Escorpión se le posaban las moscas, unas moscas verdosas y brillantes, en las cuencas vacías de los ojos, mientras recitaba su romance del horroroso crimen. Pero no parecían molestarle mucho, pues el hombre estaba recocado por el vino y por el calor. Las mozas bobaliconas que le escuchaban se estremecían con aquello de que don Carlos, el criminal, cogiera su machete. Para matar a Inés María, sin duda. A la honesta Inés María, que rechazaba sus lujuriosos deseos.

Yo me sabía el romance de memoria. Había comprado el pliego amarillo, ilustrado con toscos y expresivos grabados, una mañana en que se me dio bien la venta de billetes de lotería, pero me gustaba escuchárselo al ciego, que tenía una voz ronca, pero muy honda. Tan honda que no parecía nacerle en la garganta, sino en las mismísimas entrañas. ¿Cómo serían las entrañas del ciego, las entrañas de un nombre? Como el mondongo del cerdo, seguramente. O como aquello que echaban las cabras cuando parían.

Fueran como fueran las entrañas de los hombres, había que tener mucho cuidado con ellos. Con los hombres, claro. Al menos eso me habían repetido, año tras año, las monjas del hospicio. Y más, si, como el ciego Escorpión, tenían fama de sacamantecas. Porque los sacamantecas eran como aquellos chicos que aplastaban a las cigarras hasta sacarles del cuerpo una pasta amarillenta.

Por lo visto, el mundo está lleno de hombres sacamantecas. Lo que pasa es que no se les conoce y cuando una se da cuenta de que lo son, está perdida. No puede huir, no puede salvar sus codiciadas mantecas. Y allí se las sacan a una dejándola desmantecada, agujereada, muerta.

Me reí en mi cama pensando si, a lo mejor, Sindo Ferreiro no sería un gallego sacamantecas. No lo parecía, era un hombre que inspiraba confianza. Mas, por eso mismo, había que tener mucho mucho cuidado.

Lo que a Sindo le ocurría era que no soportaba la soledad. Esto, cierto es, le sucede a mucha gente. Sentirse solos les resulta muy penoso y, para

olvidarlo, se echan encima de lo que sea: trabajo, drogas, viajes, peligros, aventuras, lo que sea.

Muchas personas se equivocan cuando achacan al vicio, a la lujuria, esa entrega de los hombres putañeros a las mujeres. Algunas veces, cuando he escuchado en las iglesias los sermones de los curas contra la lujuria y el vicio me han dado ganas de gritar: «No es eso, no es eso». Porque puedo asegurar, ya que tengo una larga experiencia de ello, que rara vez un hombre se mueve dominado por la lujuria cuando se empareja momentáneamente con una puta. Lo que le impulsa hacia ella, es, casi siempre la soledad, el deseo de encontrar compañía. Y el meterse en la cama con una mujer es el mayor gesto de esta ansia de sentirse acompañado que puede revelarse. Después, claro está, si el hombre es hombre y no un marica se termina en lo mismo de siempre. Pero incluso en el goce de la carne, el hombre lo que busca es romper su soledad. ¡Ni vicio, ni narices! ¡Compañía!

¡Pobres hombres! A veces, me dan lástima. Porque hay que ver cómo sufren de soledad. Cómo te buscan, cómo te miran, cómo se arriman con la esperanza de no sentirse solos. Al menos, por un momento. Y cómo vomitan su soledad. Cómo te confían, sin que tú les preguntes nada, sin que venga a cuento, que su mujer no los entiende, que sus hijos no les echan cuentas, que sus amigos son tan sólo amigos de la alegría, del poder o del dinero y que tan pronto enflaquecen las vacas les abandonan, se van a buscar otro amigo con las vacas bien gordas. ¡Pobres hombres, sí! Perdidos, seguros por fuera y vacilantes por dentro, desesperados detrás de sus falsas risas, desnudos dentro de sus máscaras y siempre, siempre, empavorecidos por su soledad.

Hay un refrán que es fruto del miedo y de la mentira. Ese que anuncia corajudamente que «más vale estar solo que mal acompañado». Nunca se dijo nada menos cierto. Porque, en verdad, más vale estar mal acompañado que solo.

Sindo, ya quedó dicho, huía en todo momento de la soledad. Sus negocios, sus múltiples negocios, aquel trabajar incesante, aquel continuo rodar carreteras y aquella especie de corte que le rodeaba y le adulaba, eran recursos para sentirse acompañado. Yo misma, naturalmente, con la novedad de mi compañía, con la ilusión de lo que aún podía resultarle nuevo, era tan sólo una presencia más que le ayudaba a olvidar su soledad.

Estos hombres así, como Sindo, que necesitan echarse para fuera, moverse en una actividad trepidante, que no pueden quedarse solos, mano sobre mano y ponerse a pensar, resultan peligrosos para una mujer. Porque son inconstantes, porque no duran. Había, pues, que aprovecharse bien, que

quemar etapas, pues cualquier día se le acabaría mi novedad y entonces me dejaría donde me encontró.

Pero, claro, aún duraba la ilusión. Y poco después de regresar de Galicia me llevó a Barcelona, donde también, ¡cómo no!, tenía negocios, y desde allí hicimos una breve escapada a la Costa Brava.

Todavía aquello no era lo que ha sido después. Pero ya había en Tossa, en Aiguablava, en S'Agaró y en otras calas algunos hoteles confortables, que facilitaban el pasar unos días deliciosos. En ninguno pudo este hombre detenerse. Ya podía ser el agua azul y clara, los pinos verdes, los pájaros cantores, el tiempo incomparable. A las pocas horas de no hacer nada, don Rudesindo Ferreiro se aburría y había que dejar aquellas maravillas para rodar con el «Rolls» las infames carreteras de la costa en busca de otro lugar donde ocurría lo mismo. Hasta que volvimos a Madrid.

Aquí, en Madrid, se producía, al menos, una pausa y yo descansaba un par de días aquel vértigo. Pero muy pronto se acababa el ocio.

Sindo tenía puesta casa en Madrid. Y, además, unas oficinas.

Su casa era un hermoso hotel, en Puerta de Hierro, lugar que comenzaba a ponerse de moda entre los ricos madrileños. Estaba rodeado por un frondoso jardín, tenía una estupenda piscina y no le faltaba ningún lujo cómodo, según decían. En el hotel vivía Sindo con una tía suya, una señora ya mayor y muy rancia, de esas que se ponen una tiritita negra ribeteada de blanco en el cuello. Esta tía le llevaba la casa y se ocupaba de organizar las comidas, los cócteles y las fiestas que daba el financiero en ellas. Quizá por culpa suya yo nunca entré allí, pues Sindo no me llevó jamás. Vi muchas veces el hotel desde fuera y no niego que me hubiera gustado poderlo ver por dentro, pero no pudo ser.

No dejaba de resultar curioso, e injusto, según creo, que la duquesa entrara allí sin dificultad alguna y que a mí me fuera negado hasta el asomar por la puerta las narices. Aunque la tal duquesa fuera más puta que yo. Pero ya se sabe que aquí, en España, siempre sucede lo mismo.

Las oficinas de Sindo estaban instaladas en un gran piso de la avenida de José Antonio. Un piso tumultuoso y tan agitado como él. Allí, quitando su rico despacho, todo lo demás era feo, cursilón. Pero se veía que el dinero circulaba abundantemente. En las oficinas, claro, estuve varias veces, bien a buscar a mi hombre, bien porque él me llevaba por allí. Pero no me gustaba ir. Siempre, no sé por qué, he odiado las oficinas. Me parecen horribles lugares, al margen de la humanidad. Lo más opuesto a un hogar. A los hombres, natural, les suelen gustar, porque es en ellas donde ganan los cuartos y donde descansan de los incordios de la familia.

Algún tiempo después de regresar de Barcelona, Sindo anunció que iba a meterse en el cine. Por si tenía ya pocos líos, se buscaba uno más.

Cuando me lo dijo, le contesté la verdad. Que la gente cinematográfica estaba medio loca, si no loca del todo, y que iba a llevarse con ella muchos disgustos, a más de perder su dinero. Esto último era poco importante, desde luego, pues tenía mucho y podía darse el gusto de perderlo, pero los líos y berrinches no son buenos para nadie. Por ello, le conté mis experiencias cinematográficas, que ya quedaron expuestas en otra etapa de mi vida. Y le aconsejé que abandonara aquel proyecto.

Pero Sindo es más terco que una mula, que una mula gallega, que son las más tercas de todas, y me replicó que en los últimos años habían cambiado algo las cosas, que el cine español era ya un poco más serio y que él se sentía capaz, sí, señor, muy capaz, de hacer negocio.

Yo le repetí mis dudas, pero precisamente estas dudas mías, que coincidían al parecer con las de otras prudentes personas, picaron su amor propio y le hicieron empeñarse más y más en su proyecto.

Por otra parte, advertía Sindo, él se sentía ya un poco harto de las conservas, de las maderas, de los barcos, de las minas, de las bodegas y de los tejidos, que constituían la base principal de su trabajo, y le aburrían también lo suyo los consejos bancarios. Así, con el cine, cambiaría por completo de ambiente y esto le vendría muy bien. Por lo demás, ya veríamos todos si era o no era capaz de sacar de allí algunos milloncesos.

No quise insistir más, pues si tomaba el cine como diversión había que callarse. Pero aquella novedad me asustó mucho, porque vi al hombre engatusado por alguna actriz italiana, de esas que enseñan las tetas hasta el ombligo. Mucho me temía, ¡ay!, que aquello fuera el fin de nuestras relaciones. Y lo fue, pero, como ocurre siempre, por causas bien diferentes a las que yo imaginaba.

Pocos días después de la dicha conversación, nos reunimos en mi piso con el inseparable Yáñez, para planear el asunto.

Antes de continuar mis palabras, debo advertir algo, pues no quiero líos con nadie. Mis recuerdos, estos recuerdos que estoy resucitando de mi pasado, se refieren ahora, ya lo dije, al año 1954, más o menos. Y si voy a dedicar mis palabras al cine debe quedar bien entendido que se refieren al cine de aquel tiempo, naturalmente. Un cine embarullado y caótico que se prestaba a ciertas combinaciones económicas que hoy serían acaso imposibles.

Reunidos en mi piso, según dije, tratábamos el asunto en una hermosa tarde madrileña del mes de junio. Sindo se manifestaba encantado con aquella novedad.

Fíjese usted bien, Yáñez. El problema está planteado en estos términos: un productor, yo, realiza una película. Para ello ha de disponer de algún dinero. Más bien poco.

¿Poco? Una película normal debe andar ahora por los cinco millones y eso no es tan poco, don Sindo.

No sea usted inocente, hombre. Ese dinero no lo pone el productor, no lo pondré yo.

No entiendo.

Escuche. Existe algo que se llama el adelanto de distribución. Que es lo que le entrega al productor la empresa distribuidora de la futura película, si ésta le gusta.

¿Pero cómo va a gustarle si aún no está hecha?

Le puede gustar el guión, el director, los actores, en fin, el proyecto entero de la película. En ese caso, la distribuidora suelta los cuartos, se arriesga. Pero todavía puede recogerse por el productor más dinero.

¿De dónde?

Del crédito sindical. Un crédito que concede el Sindicato a la vista del presupuesto.

Empiezo a darme cuenta.

No queda aquí la cosa. Existe, además, la clasificación oficial de las películas. Una Junta de Apreciación que, según creo, depende del Ministerio de Industria las clasifica y concede del Fondo de Protección a la cinematografía nacional una cantidad también importante, que varía de acuerdo con esa clasificación.

No me diga más, don Sindo.

Sí, le digo más, Yáñez. Porque manejando bien todo este tinglado, resulta que hay películas que producen un importante beneficio antes de ser estrenadas. Antes de que gusten o no gusten al público.

Increíble.

La cuenta es bien sencilla. Son habas contadas. Vamos a suponer que el presupuesto real de la película es de cinco millones, como usted dice. La distribuidora puede entregar tres o cuatro. Y entre el crédito sindical y la cifra de clasificación se rebasan, a veces, los cinco millones. ¿Qué le parece?

No acabo de creérmelo.

Pues créalo, Yáñez, créalo. Porque he estudiado bien el asunto. Claro, para que la cuenta salga son necesarias varias circunstancias. Primero: hinchar el presupuesto que se presenta al Sindicato, para obtener el crédito. Un presupuesto que será de ocho o nueve millones en este caso.

¿Y pasa?

A veces. Depende de la influencia, de las amistades. Segundo: que la junta clasificadora la clasifique bien.

Ya.

Y, por último, es absolutamente imprescindible que si la película se presupuesta en cinco millones no salga ni una peseta más cara. Aquí, en esto, se encuentra, en verdad, la clave del asunto.

Estaba pensando en ello. Pero esto debe de ser lo difícil.

Sí. Hace falta una mano de hierro para regir los gastos.

Pues aviado vas, Sindo. Tú no sabes cómo es la gente de cine. Ya te lo he dicho.

Me lo imagino, rapaza. Éste es el verdadero problema. ¿Se acuerda usted de Montoro, Yáñez?

¿Aquel abogado que nos ganó el pleito contra Zincosa?

El mismo. Montoro hizo algún dinero, pues tuvo un buen bufete. Y, un día, le embarcaron en el cine. Produjo dos o tres películas modestas y, al cabo, se metió en una de cierta importancia. Un buen guión, un buen reparto y un director genio. Un director genio, repito. No lo olvide, Yáñez.

Los genios son temibles. Sobre todo cuando se lo creen y no lo son.

Que es lo que le ocurría a éste. Pues bien, gracias al genio, la película, presupuestada en unos seis millones, costó diez. Y el pobre Montoro se arruinó. Porque no hay mercado en España para este coste.

Pues aprende en cabeza ajena, Sindo.

¿Tú sabes las cosas que hizo el genio? Te voy a contar una. Una sola, rapaza.

Dime.

Había que rodar una secuencia muy importante, con la protagonista bajo la lluvia. Pues bien, el director genio descubrió que la leche era mucho más fotogénica que el agua. Y comprando grandes cantidades de leche, con unos tanques y unas mangueras hizo que lloviera leche.

¡Qué barbaridad! ¡Cómo subiría el coste!

¡Qué asco! Ustedes sólo piensan en los costes. Yo pienso también en los niños que no tenían leche, que pasaban hambre.

Cierto es, rapaza. Y, además, aquella leche se tiró inútilmente. Porque resulta que si al agua se le mezcla una cierta dosis de cal, el resultado fotográfico es el mismo. Pero el genio se quedó muy satisfecho de su invento. Y el pobre Montoro se arruinó.

¿No te digo? Para que tú veas.

Por eso he rechazado ya a tres genios. Y estoy en conversaciones con un director correcto. De los que saben ajustarse a un presupuesto.

¿Tú crees que hay alguno, Sindo?

Alguno se encuentra, mujer.

Escucha, Sindo, escucha. Tú sabes que yo hice de joven, de muy joven, alguna película. Ya te lo dije. Pero lo que acaso no sepas es cómo viven los directores de cine. Sobre todo los que suenan.

¿Cómo viven, rapaza?

Tirando el dinero, hombre. Vengan coches caros, mujeres de lo mejorcito, viajes, comilonas y juergas. Sastres de primera y todo a base de bien. No sólo bueno, sino ostentoso. Pues a la mayor parte de estos directores les sale una película cada dos o tres años. Y me imagino que ya sabrás lo que cobran por su dirección.

Trescientas o cuatrocientas mil pesetas, según su categoría.

Nunca llegan a cobrarlas todas. ¿Y con una cantidad así, cree usted, Yáñez, que puede llevarse la vida que llevan?

Creo que no, francamente.

Y yo también lo creo, rapaza. Por eso dije que nada de genios y que hay que regir los gastos con mano de hierro. Para ello, necesitamos un hombre de hierro, claro. Y ya lo tenemos.

¿Quién es?

Usted, Yáñez.

¡Por Dios, don Sindo! ¿Quiere acabar conmigo? ¡Si yo no sé una palabra de cine!

Pero sabe usted todo lo que hay que saber.

Me engañarán, don Sindo, me engañarán.

¿Engañarle a usted, a un gallego de Bande? No me haga reír, Yáñez.

Cuando no se sabe de una cosa...

Ni aun así, hombre. Y además, nos vamos a divertir. ¿Te figuras, rapaza, aquí, al amigo, metiendo en cintura a las pelicularas?

A lo mejor le conquista alguna, Sindo. No sería la primera vez.

No se rían ustedes de mí. Que me van a hacer pasar muy malos ratos, ¡carallo!

Desde luego resultaba chusco ver el apuro del pobre Yáñez. Aquello, en verdad, iba a ser una mezcla explosiva. Este hombre tan serio, tan disciplinado, tan trabajador y riguroso. Y, de otro lado, el caos cinematográfico. ¡Qué Sindo! Tenía cada idea... Porque aquello iba a resultar el martirio de Yáñez, que ya soltaba hasta tacos en gallego.

Seguimos charlando un rato y, de momento, quedó decidido el aplazamiento del negocio. Porque se echaron encima los calores madrileños de julio y se dejó todo para setiembre.

El verano no me trajo nada nuevo. Mar, sol y buen aire, como siempre, con los consabidos viajes. Estuve con Sindo algunos días en un hotel de Fuengirola, él se marchó un par de semanas a su tierra con la tía y después hizo un viaje por Europa, tal vez con la duquesa. Yo me entretuve lo que pude en Torremolinos y me fui también un par de semanas a la Costa Brava, que, como dije, me había gustado mucho. En Tossa lo pasé muy bien y tuve mucho éxito entre los indígenas. Pues ya se sabe que se me pone un bronceado precioso, como nacarado, y que en las playas procuro enseñar todo lo bonito que tengo. Los hombres se me comían y tuve todos los que quise, pues entonces comenzaban a acudir los turistas y aún no se habían estropeado nuestras costas. Pero mis hombres fueron eso, hombres de verano, y ninguno me dejó algo nuevo, alguna experiencia memorable. El tiempo los ha borrado con su esponja de mi memoria y no me acuerdo de ellos. Lo pasé muy bien y eso fue todo. Que ya es bastante.

El cine, no hay que olvidarlo nunca, el cine es una industria. Y no me tuerza usted el gesto al oírme, amigo, porque el arte cinematográfico es condición secundaria en una película. A más de que en ello hay mucho, pero que mucho cuento.

Pero ¡por Dios!, don Carmelo. ¿Es que va usted a negar las obras maestras que ha producido ya el cine?

¿Maestras en qué?

En arte, en auténtico arte.

Tengo serias dudas sobre ello. Lo que pasa, claro está, es que ustedes, los autores, los directores y los críticos tienen que hinchar el perro. Y darse una importancia que no les corresponde.

No hay forma de discutir con usted.

Estábamos en el bar del estudio, ante una mesa apartada de la barra y de la animación peliculera. Sindo sonreía socarrón. Yáñez parecía tomar buena nota de todas las palabras y el autor del guión, un novelista de éxito, tenía un

gesto amargo en su rostro joven y delgado. Por su parte, el director mostraba una máscara bobalicona, ajena a todo compromiso.

Usted sabrá lo que dice, don Carmelo. Porque, prácticamente, es el amo.

Y lo era, en efecto. Don Carmelo Vicent, consejero-delegado de «Discinasa», Distribuidora del Cine Nacional, S. A., empresa que controlaba, por aquellos años, casi todo el cine español. Valenciano, menudo, pálido e inteligente, a más de trabajador infatigable, el señor Vicent escogía, rechazaba, daba el visto bueno o deshacía el más bello proyecto cinematográfico de acuerdo con sus gustos, mejor dicho, con sus criterios comerciales, dirigiendo así, al frente de su poderosa empresa distribuidora, el mediocre y desorientado cine español. El señor Vicent tenía, claro está, sus asesores. Gentes vulgares, grisáceas, movidas por los oscuros intereses de las camarillas. Pero el señor Vicent, mucho más inteligente que todos ellos, los escuchaba en silencio, los veía venir cuando él ya estaba de vuelta y, al cabo, hacía lo que le daba la gana. El señor Vicent, naturalmente, se había entendido muy bien, desde el primer contacto, con Sindo. Y no tan bien, cosa sorprendente, con Yáñez, que decía encontrarle inteligente, pero con una inteligencia muy limitada.

No soy el amo, no, amigo Ferreiro. Aunque tenga, no lo niego, alguna influencia. Pero el cine, y sobre todo el cine español, es una empresa muy compleja. Resulta milagroso que salga bien una película. Y, después, están las reacciones del público, siempre misteriosas, irritantes a veces. Tiene que venir usted un día a mi oficina para que le enseñe el fichero comercial de las películas. Lo que han producido, vamos. Amigo, ¡se va a llevar unas sorpresas...!

Iré con mucho gusto. Pero le creo, le creo. Mire, conozco bien el caso de esa película. ¿Cómo se llama, Yáñez?

Canciones del alma.

Ya sabe usted que su realizador es un director experto y veterano, que no ignora los gustos del público. Y que, creyendo conocerlos, vendió la película, una vez acabada, a una distribuidora, por lo que le dieron.

Exactamente, tres millones y medio. Apenas recuperó el dinero invertido en su producción.

La película, claro, no le gustaba. Y daba por seguro su fracaso. Usted sabrá mejor que yo lo que está produciendo.

Va por los treinta y seis millones en este momento.

Es como para tirarse de los pelos.

Por eso, amigo Ferreiro, le digo que nadie, nadie sabe, en verdad, nada de esto.

La lluvia, una tumultuosa y primeriza lluvia de octubre, se estrellaba contra los cristales de las ventanas del bar. La tarde grisácea, sin matices luminosos, avanzaba lentamente. Y los coches, los lujosos coches, entraban y salían por la gran puerta del estudio, que se abría a la avenida madrileña.

Usted sí sabe, don Carmelo. Porque fue usted quien compró Canciones del alma.

Le aseguro que no, amigo Yáñez. Desgraciadamente no la compró «Discinasa». ¡Con lo bien que nos hubieran venido esos millones!

No la compró «Discinasa», es cierto. Pero la compró «Fumosa», La ceja izquierda de don Carmelo Vicent se disparó en un espasmo hacia la frente. Este tic, que le acometía algunas veces, daba a su rostro pálido, menudo y avisado, una inesperada expresión de payaso circense.

Y bien, «Fumosa»...

«Fumosa» es usted también, señor Vicent.

Sueña, amigo Yáñez.

Posee usted el setenta por ciento de sus acciones. Mejor dicho, el setenta coma cinco, exactamente.

La ceja izquierda de don Carmelo descendió ahora lentamente y ocupó su correcto lugar en el rostro. Y la mirada de sus ojos sagaces, huidizos, se concentró acerada sobre Yáñez.

Se lo digo para felicitarle por su acierto, sin otra intención, don Carmelo.

Sabe usted mucho, Yáñez. Pero, a lo mejor, se equivoca.

Amigo Vicent; tenga cuidado con él. Es un gallego de Bande.

¿Y qué pasa con Bande?

Que hasta los gitanos pasan por allí de largo, para que no los engañen.

¡Cosas de don Sindo, hombre!

Se produjo un breve silencio. Don Carmelo encajó al cabo el golpe y Sindo guiñaba los ojos, con un gesto de pilluelo infantil, ante los éxitos informativos de su paisano. Éste había vuelto de nuevo a su modesta actitud, que, ahora, ya no engañaba a nadie. Siempre se me antojó un tipo peligroso Yáñez, y no me hubiera gustado tener que enfrentarme con él.

El autor, que era hombre inquieto y nervioso, se revolvió sobre su silla.

Voy a tener que marcharme a trabajar, don Carmelo. Quiero preparar esa síntesis.

Tómese usted antes un *whisky*. Ayuda mucho, ya se sabe.

Está bien. Gracias.

Trajo el camarero el *whisky* y todos repetimos el trago.

Voy a hacer otra película inspirada en una obra suya, Ferreiro. Y todavía se queja.

Yo no me quejo de usted, don Carmelo. Quede esto claro. Y, además, lo comprendo perfectamente. Tan bien lo comprendo, que no dudo que, a veces, rechaza cosas que personalmente le gustan y que, por el contrario, acepta otras a disgusto.

Puede estar seguro de ello.

Me quejo del sistema. Del criterio puramente comercial que rige el cine español. Aunque ya comience a salir el tiro por la culata.

El nivel medio del espectador es muy bajo y no cabe olvidarlo. Se puede escribir un libro para una minoría, pero no se puede producir una película para personas cultas, refinadas, con buen gusto.

Algún día se podrá.

Es posible. Mas, por ahora, esas películas no dan dinero.

El resultado de todo esto es el mismo de siempre: el sacrificio del escritor, del creador.

Hombre, no exagere.

Usted sabe que no exagero. Porque tiene experiencia y sensibilidad de sobra para saberlo.

A veces, cierto es, hay que encajar las cosas. Cortar aquí, añadir allí, limar, sintetizar.

En fin. Que el guión no lo reconoce después ni su padre.

No tanto, no tanto.

Y el escritor creyéndose uno de los grandes profetas de la Humanidad. Un portador de reformadores mensajes. ¡Vaya guasa!

Es que ustedes, amigos, son hartos vanidosos.

Sí, es cierto. Lo reconozco. Todos hemos padecido nuestra época pura, nuestra etapa reformadora. Sentados ante la mesa de un café o ante la de nuestro cuarto de trabajo, hemos creído que nuestros mensajes literarios iban a conmover al mundo. La novela, el poema, la comedia o el guión desvelarían acaso a esta sociedad conformista, utilitaria y farisaica. Algunos no han llegado a realizar ni siquiera su obra; otros la han visto en los escaparates de las librerías, sobre las tablas de la escena o en las pantallas. Obras generalmente fracasadas, roídas por los prejuicios sociales, por el mal gusto, por esas causas ajenas a la voluntad del autor que tanto pesan en nuestro tiempo. Y la sociedad que iba a conmoverse ante nuestro mensaje ha permanecido tan tranquila, tan aletargada.

La gente quiere vivir sin complicaciones.

No. Eso no es cierto. Todos nos complicamos voluntariamente la vida, porque nos asusta la paz, la ausencia de problemas. Piénselo bien, don Carmelo, y verá la de veces que se ha creado complicaciones, dificultades deliberadamente. Acaso por tener el gusto de resolverlas. Por sentirse vivir resolviéndolas.

Tal vez tenga usted cierta razón.

Pero la sociedad española, y sigo un momento más, sólo un momento dándoles la lata, la sociedad española, que es una sociedad represiva, que se teme a sí misma, se venga de las intenciones rebeldes del escritor, relegándolo a uno de sus últimos lugares. Aquí no se tiene en cuenta al que piensa, al que escribe, al que crea. Todavía está vigente la terrible frase de Larra: «Escribir en Madrid es llorar». Llorar, sí, pero con lágrimas de sangre.

Pues usted no puede quejarse. Porque ha tenido unos éxitos muy poco frecuentes en nuestro país.

Es cierto. Encima, no puedo quejarme. Tengo que dar las gracias a los dioses por haberme favorecido con la fortuna literaria. Y cuando me encuentro con cualquier amigo que es perito en algo, o comerciante en algo, o abogadete de algo, sonreír amablemente si me dice, dándome una palmada protectora en el hombro: «¿Y qué? ¿Tú, con tus novelas?». Como si estas novelas fueran cosas facilonas, que se escriben a lo loco, sentándose algunos ratos ante una mesa.

Estoy con usted. El arte es muy difícil.

Porque usted, don Carmelo, lo ve, lo vive todos los días. Pero esas gentes españolas tienen una idea paternalista del arte. Y le clasifican socialmente a uno como mezcla de vago y de chalao. Bien distinto, ya lo sabe usted, a lo que ocurre en Francia, donde, desde Luis XIV, el escritor es una especie de oráculo, al que se le consulta constantemente sobre innumerables cosas.

También eso me parece exagerado.

Lo es. Pero indica que la sociedad francesa conoce la cultura que ha de acumular un auténtico escritor, su experiencia social y las dificultades que ha de vencer para crear una obra literaria. Y, por ello, le concede su importancia. Y no sólo los franceses... ¿Saben que Stalin leía personalmente muchas obras de los escritores rusos antes de que se publicaran? Para autorizarlas o para rechazarlas, para purgar a su autor o para mimarlo. Sí, él mismo las censuraba. ¿Saben también que Hitler odiaba el libro, que lo odiaba profundamente, y que sólo le gustaba el periódico, entendido como instrumento de mera propaganda? No, probablemente, nada saben de estas

cosas. Ni les importa... Así, entre esta general indiferencia, Baroja se muere en su rincón, sin el Nobel, con más de ochenta años y un centenar de obras a cuestas. Así, Valle-Inclán vivió como vivió...

Hombre, a ese barbas lo conocí yo. Porque era gallego, de Villagarcía. Y hasta leí una de sus obras.

Por ser paisano, naturalmente. ¿Y qué, don Sindo, le gustó?

Los cuernos de no sé quién, se llamaba. ¡Cómo iba a gustarme ese disparate!

Lo comprendo... Bueno, me voy. No quiero entretenerles más con mis bobadas.

Se levantó el autor, se echó al estómago el último trago de su *whisky* y se largó sin despedirse de nadie. Don Carmelo le siguió con la mirada, sonriendo con benevolencia.

Es el mejor novelista joven del momento.

Parece tener un cierto mal genio.

Amigo Ferreiro: lo importante es que tenga alguna clase de genio. Además, no le haga usted mucho caso. Los artistas se muestran siempre desesperados, aunque vivan bien y se diviertan. Como dijo alguien, exponen su alma en el escaparate. Y este escaparate aparece atormentado y revuelto.

¿Son, pues, unos farsantes?

No, nada de eso. Chillan porque, en cierto modo, tienen razón. Aquí en España no ocupan el puesto que socialmente merecen. Se lo digo ahora que no hay ninguno delante.

¿Pero el señor Marsal...?

El señor Marsal es más bien un técnico, gracias a Dios. ¿No es cierto, Marsal?

El director alargó aún más su sonrisa gruesa y cautelosa.

Procuro serlo, don Carmelo. Pero uno tiene también sus momentos de artista, de creador. No cabe otro remedio. Porque la fórmula que une la técnica y el arte es, a mi entender, la que ha logrado las obras maestras cinematográficas.

Pues no nos haga usted una obra maestra, Marsal. No se lo perdonaría.

Rió el director una risa ronca de tabaco rubio y recuperó su máscara y su silencio. No, creo que no había el menor riesgo de que aquel hombre lograra una obra maestra. Ni tan siquiera con talento. Ya se le había buscado para evitar tan terrible riesgo. El autor, claro está, lo sabía. Y sabía también que lo que su guión poseyera de genio o de ingenio iba a ser convertido por Marsal en imágenes mediocres, sin misterio.

A don Carmelo le había gustado el guión. A mí también. Tenía algo dentro y sus personajes lograban comunicarse con una, según se iba leyendo. Y si yo, que soy una mujer inculta, llegaba a entenderlo, quiere decirse que aquella obra no estaba dirigida a una minoría, ni mucho menos.

Siendo también apreciaba el guión. Pero, en cambio, Yáñez no lo entendía. Y es que los gustos de Yáñez...

El plato, muy bien iluminado, resplandecía. Un hombre abandonaba en aquel momento la falsa estancia fingida por el decorado y, al cerrarse tras de él la puerta, la cámara encuadraba a la actriz protagonista, que entonces, debía descargar en un sollozo la tensión dolorosa producida por la anterior escena. Era la séptima vez que la secuencia se repetía y, como en las pruebas anteriores, la voz del director gritó un «¡Corten!», malhumorado y rotundo.

No, el sollozo, el llanto no se producía. Pese a su mejor buena voluntad y a sus repetidos esfuerzos, la Trinaldi sólo lograba expresar unos ridículos pucheros, unas falsas lágrimas de mentol y un gesto tan grotesco que hubiera causado el regocijo de los espectadores de un cine de barrio. Y es que la Trinaldi era una mala actriz, encumbrada a la segunda fila cinematográfica italiana gracias a su espléndida estampa y a la belleza de su rostro. Por otra parte, era tan generosa con sus carnes que las mostraba a todas horas, especialmente su pecho abundante, bien conocido hasta por el más modesto de los electricistas.

Pero el sollozo, ¡ay!, no salía. Y entonces no valían ni la firmeza de sus tetas, ni los ojitos mimosos, ni la boca ávida, ni los ondulantes cabellos, ni nada, nada. Había que llorar y llorar bien.

Carla Trinaldi se acercó al director, que se secaba el sudoroso y pletórico cuello con su pañuelo. Cogió a Marsal del brazo y se lo llevó a un rincón solitario del plato, donde mantuvo con él una nerviosa y rápida conversación. La actriz parecía pedir algo, con vehementes gestos italianos, y Marsal, sin perder su cachaza, se lo negaba reiteradamente, desaparecida del rostro sanguíneo la acostumbrada sonrisa.

Aquello duró un rato ante la expectación de todos y, al cabo, el director pareció tomar una decisión, apartándose de la Trinaldi.

¡Atención! Vamos a repetir otra vez.

Sonó el golpe seco de la claqueta y, ya iniciada la acción, el ronroneo del motor. El hombre abandonó por octava vez la falsa estancia y la cámara se dispuso a encuadrar a la mujer. Pero Marsal detuvo entonces el brazo del operador y, con una rapidez increíble en un hombre grueso y pesado, se

dirigió a la actriz y le cruzó el bello rostro con un par de formidables bofetadas, retirándose después.

La Trinaldi rompió, al cabo, a llorar, con un llanto exagerado e histérico, que pudo recoger la cámara, dando fin a la difícil secuencia.

Pero no acabó aquí la cosa, no. Porque está visto que las mujeres somos muy raras. Y las artistas de cine más. Pues se encontraban también en el plato una actriz alemana y otra francesa que, ante el llanto espasmódico e inacabable de la Trinaldi, rompieron a su vez a llorar histéricamente. Hasta el punto que hubo que suspender el rodaje, pues nadie acababa con aquellos sollozos y aquellas lágrimas del mujerío cinematográfico.

Mujer soy y presumo de ello. Mas puedo decir que encontré todo aquello grotesco y que el llanto de la Trinaldi ni humedeció tan siquiera mis ojos. ¡Mira tú que llorar por eso!

Marsal, muy caballero, se excusó más tarde por las bofetadas. La actriz se las pidió y él se había negado en un principio a dárselas. Pero ella insistió tanto, tanto, y con tales argumentos, que, al fin, decidió probar el método, por ver de salir de aquel atolladero. Y ya que había de abofetearla, lo hizo con ganas, yo creo, pues aquella mujer le estaba dejando mal al elevar el sagrado presupuesto de la película con tantas repeticiones, que gastaban mucha más película virgen de la calculada.

Para mí, la verdad, que el hombre hizo bien en atizarla, pues no se puede ser actriz tan sólo a base de unas buenas carnes y de enseñárselas a todo bicho viviente.

Días después, la Trinaldi creó un nuevo problema. Según ella, tenía que volver a Roma, aprovechando un fin de semana, para casarse con un conocido director italiano.

Con sus monadas, con besitos, pues era muy besucona, había convencido a Sindo. Pero chocó con aquella roca incommovible que era Yáñez, quien apartaba la cara cuando la actriz le acercaba la suya. El contrato la tenía bien amarrada y opinaba Yáñez que si la Trinaldi sufría algún accidente durante el viaje, que la incapacitara para continuar la película, ésta, que ya estaba más o menos mediada, no podría terminarse con otra actriz, resultando perdido el coste de los rollos realizados, un par de millones, según aseguraba. No cabía, pues, a su entender, correr aquel riesgo.

La actriz montó en cólera y echó verdaderas pestes por su linda boca. Según ella, jamás había encontrado un tipo como Yáñez, quien, puesto así, también podría prohibirla rodar en coche por las carreteras de España, los días en que no iba el estudio. Pues más accidentes ocurrían en ellas que en los

viajes aéreos. Yáñez dijo que sí, que tenía razón, y, ateniéndose a su severo contrato, la hacía pasarse las horas en el estudio, aunque no rodase.

En fin, aquello se puso muy feo y la Trinaldi, malhumorada, cada día trabajaba peor. Al cabo, y como aquel matrimonio le interesaba mucho, pasó por una solución facilitada por Yáñez. Hacerse un seguro contra accidentes, a favor de la productora, por un valor de dos millones de pesetas, coste aproximado de la película ya rodada, según quedó dicho. Para ello, claro está, la actriz hubo de pagar una prima muy alta. Cantidad que disminuía lo que cobraba por su trabajo. Pero la pagó sin más discusiones. Se fue, pues, un viernes y volvió un lunes, según ella, casada y feliz.

Pero no había pasado una semana cuando ya andaba preguntándonos por un buen abogado, para que le tramitara el divorcio. Yo, la verdad, creo que hubo cama en Roma, pero no casorio. Porque la tal Trinaldi era una liosa que nos tenía aburridos a todos.

Iba mucho al estudio mientras duró el rodaje de la película. Unas veces me llevaba Sindo, otras me presentaba allí por las buenas. La cosa me entretenía cuando me cansaba del plato me sentaba en el bar, donde siempre había amigos en alguna mesa. Comprendo que el cine atraiga a muchos y que el que se meta en él no quiera ya dejarlo, pues aunque es un trabajo más duro de lo que imagina la gente, envenena con su diversidad y sus trajines, que no dejan tiempo para aburrirse.

Así, el autor del guión y yo charlamos algunas veces y hasta creo que coqueteé un poco con él. Una tarde, después del rodaje, le pedí que me llevara a casa, pues se volvía ya para Madrid.

Salimos del estudio y allí estaban muchos coches aparcados, entre ellos el «Rolls», que me había mandado Sindo. Llamé, pues, al chófer y le dije que podía marcharse, porque iba a volver con el autor. Ése se rió, al ver salir al «Rolls», y enfrentándome con la fila de coches aparcados me pidió que adivinara cuál era el suyo. Le dije que no podía saberlo, pues había muchos, y él, siempre riéndose, me condujo hacia un «Renault 4-4», y me abrió la puerta. Era, claro está, el coche más pequeño de todos los aparcados, y, mientras nos subíamos, el hombre aprovechó la ocasión para encontrar en esta pequeñez un símbolo del lugar ocupado por el escritor en la inculta sociedad española, tema, por lo que se ve, que le traía a mal traer. Y eso que es cierto que era un novelista de éxito, muy presente en las páginas de los papeles.

Le dejé desahogarse un rato y después le pregunté:

¿Qué, qué le parece cómo va la película?

Pues como todas. Un desastre. Pero si su amigo Sindo tiene influencia, como parece, le dejará un par de millones, no se preocupe.

No. Si yo no me preocupo, hombre. A mi los negocios no me interesan.

Menos mal. Porque eso es cosa de mujeres feas, o machorras. Y usted no tiene nada de esto.

Vamos a tutearnos, por favor.

Quizá no le guste a su amigo.

No es celoso. Y, además, no hay nada malo en ello.

Malo, malo... Tampoco habría nada malo en que tú y yo nos fuéramos a la cama ahora mismo. Y es un decir, que conste.

Ya lo comprendo, hombre. Porque sería demasiado rápido.

Hay que ser rápido.

Bueno, ¡venga ya! Dejemos eso. En este momento me interesa más charlar un rato contigo. ¿Sabes que el guión me ha gustado mucho?

¿De veras?

Te lo aseguro. Esa mujer zarandeada por todos los malos vientos de la vida es un personaje interesante, vivo, que se recuerda.

Me estás diciendo lo que más puede agradarme.

Es una pena que la Trinaldi...

¿La Trinaldi? ¿Sólo la Trinaldi? ¿Y dónde me dejas a Marsal, a don Carmelo, a tu Sindo y hasta al mismísimo Yáñez? Pues ya verás, después, los horrores del montaje. Y lo que entre todos hacen de mi pobre guión. Todo ello sin contar con la censura, que es el último suplicio.

¿Quita mucho?

Ahora está en una mala racha. Pero no es el principal enemigo. Los otros son aún peores. Quieren cambiarle a mi guión hasta el título.

Pues a mí me gusta mucho: Balada de una mujer alegre.

Que no es alegre.

Claro.

Quieren llamarla La mariposa, o algo por el estilo. Muy nuevo.

Pero ¿por qué?

Don Carmelo dice que el ochenta por cien de los espectadores no sabe lo que es una balada. ¿Tú lo sabes?

No. Francamente, no lo sé. Algo de canto o de verso, creo yo. Pero aunque no lo sepa suena muy bien. Y eso es lo importante, me parece.

Hay que dejar las cosas un poco en el misterio. Y estas gentes, estas gentes del cine español, lo están convirtiendo en algo sin sorpresas, en algo

mediocre, provinciano, que se ve venir siempre. Ellos son así, hombres sin misterio. ¡Qué van a hacerle!

¿Qué te parece Sindo? Dímelo francamente.

Un tipo organizado para ganar dinero. El cine y otras muchas cosas más le tienen sin cuidado. Se cansará pronto de esto.

¿Y don Carmelo?

Sabe mucho don Carmelo. Pero tiene miedo. Y, la verdad, hay motivos para tenerlo, porque el público español, y aún más el hispanoamericano andan a ras del suelo. Aquí, en las películas, el que arriesga los cuartos es don Carmelo...

Ya lo sé.

En este grupo de hombres, el único tipo interesante es Yáñez.

¿Qué dices, hombre?

Lo que oyes. Yáñez es un enigma. Y me gustaría descifrarlo.

No le agrada tu guión. ¿Lo sabes?

Me lo ha dicho.

Teme un fracaso.

Y tiene razón. Lo será, probablemente.

No eres muy optimista.

No cabe serlo. La película no será mi obra. Será un engendro de todos ellos. ¡Vaya un grupito, guapa!

Y yo, ¿qué te parezco?

¿Puedo decir la verdad?

Puedes.

No creo que seas muy inteligente. Pero te mueven unas intuiciones fascinantes, que arrastran a todos, aunque sean más listos que tú. Por otra parte, bien lo sabes, resultas una mujer estupenda, con una belleza propia, muy al día. Y tienes un sorprendente buen gusto para arreglarte. Clase, hija, clase.

Pues soy hospiciiana.

Lo sabía. Eso confirma lo dicho, porque alguno de tus padres pudo dejarte esa herencia.

Es cierto. Además, mira, me gusta hablar de otras cosas. De lo que hablas tú y otros como tú, quiero decir. No de lo que hablan ellos.

No sólo de dinero, ¿verdad?

Exactamente. Para ellos, para los hombres que me rodean, no hay otro tema. ¡Ay!, acaba una harta.

¿Sabes lo que te digo? Pareces un personaje de novela.

Quizá lo sea.

Estás aquí, a mi lado, más viva que nadie. Pero, claro, no sabemos si la vida es sueño y si no estaremos soñando.

¡Digo! Es una pena, pero no sé nada de nada. Y, la verdad, quisiera saber algo, algo al menos.

¿Lees alguna vez?

Poco. Y bobadas.

Haces mal.

¿Qué quieres que haga? No estoy preparada. Mi destino está ya señalado.

Quizá tengas razón. Yo, aunque me dieran el oro y el moro, no podría hacer otra cosa que lo que hago. Romperme los cuernos contra la novela.

Debe ser apasionante.

Lo es. Cuando se escribe por escribir. Cuando no se escribe para ganar un premio o pensando en el dinero.

Lo comprendo.

La novela es como un mar inmenso. Y el lector como un duro arrecife. Hay que encrespar ese mar, embravecerlo con todos los huracanes de la rosa de los vientos, para que estelle sus olas contra el arrecife, para que vierta sobre él las espumas de su marejada. A ver si así, mordiéndolo, lo desvela por algún tiempo. La novela debe ser insomne. Y ya ves, por aquí, suele producir sueño. Hay quien la utiliza para dormirse por las noches.

¡Qué cosas dices!

Bueno, no me creas. Eso del mar y del arrecife son tan sólo palabras, retórica sonora y ambigua. La verdad es que la novela es algo más hondo, indefinible. Un cajón de sastre enigmático y poroso, en el que cabe todo. Y que para crear una novela hay que sentirse desgarrado y contradictorio. Acompañado y solo. Inocente y malicioso. Tolerante y rebelde. Sí. Hay que descender muchas veces a los infiernos de la condición humana.

Me gustaría vivir como tú. Rebelándome.

¡Ah, no! Yo no vivo así. No me hago ilusiones. Yo, como todos los artistas creadores, vivo devorado por el sistema, digerido por el sistema. Mira, ya ves; ahora tengo que someterme, que ir a escribirles esa síntesis. ¿Tú sabes lo que es una síntesis?

Ni idea.

Pues en el cine llaman eso a coger una obra y estrujarla, para lograr una especie de resumen. De resumen falso y traidor que, irremediablemente, se la carga. El arte literario, lo sabemos todos, no se encuentra en el argumento, en la anécdota. Sino en la manera de contarla. Lo sabemos todos, repito, pero

estas gentes del cine son tan importantes, tienen siempre tanta prisa, que no pueden leer las obras, las novelas. Necesitan sus síntesis. No sé si me comprendes.

Sí. Creo que sí. He leído algunos de esos condensados que publican los norteamericanos.

Otro horror, pues, ahora, como don Carmelo quiere hacer una película de otra novela mía, tengo que destrozarme mi obra y entregarle una síntesis, por la que será conocida y juzgada por varias personas.

Ya puedes tener cuidado con lo que haces.

No. Es igual. Las síntesis son todas malas.

¿Cómo se llama tu novela?

Viento frío en la madrugada.

Me gustan tus títulos.

Se lo cambiarán, no lo dudes. Si es que, al fin, hacen la película.

La harán. Don Carmelo te admira. Habla siempre bien de ti.

Habla bien y paga mal. Es lo suyo.

Estos hombres discuten siempre el negocio, hasta la última peseta. Aunque después sean generosos en otras cosas.

Son capitalistas, claro. Bueno, ya llegamos a tu casa. Siento haberte dado la lata. ¿No me invitas a subir y a tomar una copa?

No. No te invito. Si subieras, nos acostaríamos juntos.

¿De veras?

Estoy segura. Y tienes que hacer tu síntesis.

¡Qué diferencia! Pero, en fin, eres una mujer sólida. Mantienes la disciplina. ¿Y tú, en qué vas a gastar la tarde? Ante la televisión, probablemente.

No. Le tengo cierto asco.

¿Es posible?

Me recuerda a un buen amigo mío, que no podía aguantarla. Y, por eso, le dio la manía de destrozarse cuantos televisores se le ponían delante.

¡Qué tío más estupendo! Me gustaría conocerlo.

Ya no es posible. Murió hace poco. Se fue apagando, apagando, como una llama sin alimento, cuando le impidieron romperlos.

Total: que fue vencido por los televisores.

¡Digo!

¿Lo querías mucho?

Era bueno como nadie.

Bien, me voy. Gracias por tu conversación. Me he sentido acompañado un rato. Y eso es lo que más vale.

¿Mejor que acostarse?

Tal vez. La cama no junta, más bien separa.

Tienes razón. Buenas tardes.

Cerré la puerta del coche y él, acelerando nerviosamente, le dio la vuelta a la calle y marchó López de Hoyos abajo. Me gustó aquel hombre y, mientras subía en el ascensor de mi piso, pensé si no valdría la pena ligar con él una temporada. Para descansar de aquellos tipos tan poderosos y monótonos que me rodeaban.

Estaba sola, en el bar. Él se apartó de la barra, dejó a su corte porque le rodeaba siempre un grupo de aduladores y vino pesadamente hacia mi mesa, con un vaso en la mano.

¿Puedo sentarme aquí?

Pues claro. Encantada.

Sentó su mole a mi lado. Y se bebió casi todo el *whisky* doble. No sólo era corpulento, sino que parecía hinchado, blando. Pero de cerca no resultaba viejo. Más bien quebrantado, insano, humedecido por el alcohol y ahumado por el tabaco.

Tenía a mi vera en aquel momento a Stephen Melville, uno de los directores cinematográficos más famosos del mundo. Uno de esos hombres que ocupan sin cesar las noticias de los periódicos.

Melville era, aquellas semanas, la atracción del estudio. Pues, en un plato vecino al nuestro, rodaba una coproducción interpretada por actores muy conocidos. Mucha gente del oficio acudía a verle rodar y yo misma había ido un día, acompañada por nuestro autor. Los entendidos opinaban que rodaba de una manera genial, en largas secuencias, sin esos cortes continuos de nuestros rodajes y sin esclavizarse demasiado a sus guiones técnicos, improvisando, a veces, prodigiosamente. Y aquel hombre, sí, estaba sentado junto a mí.

¿Qué bebes? ¿*Whisky*?

Sí.

A ver, camarero, más *whisky*. Tráete la botella. Y soda. Y hielo.

Bien, señor Melville.

El camarero se precipitó a complacerle. Todo el mundo, en verdad, se precipitaba siempre a complacerle. Aquello debía resultar fastidioso.

Mientras el camarero ponía todo sobre la mesa, sacó Melville un largo puro del bolsillo superior de su amplia chaqueta y lo encendió rápidamente.

¡Qué día inútil! Ann enferma, los actores adormecidos, todo el mundo perezoso.

Será la tormenta.

No. Seré yo, muchacha, seré yo. Que soy el que tiene la culpa de todo.

¿Usted? Dicen que es usted un genio.

Y tú no lo crees, claro.

Pues mire, la verdad: yo no sé de eso.

Buena respuesta, buena.

Le acometió una brusca risa, que hizo temblar sus mantecas. Hablaba bastante bien el español, pero como lo hablan los norteamericanos. Yo no sabría imitar sus frases y por eso las digo como las diría cualquiera de nosotros.

Sí. Tengo un mal día. Tú pensarás: «Pues aguántatelo y no vengas a darme la lata». Bien, en cuanto me ponga pesado, me lo dices y me marchó.

No se preocupe. Siempre resulta halagadora su compañía.

¿Tú crees? No sé. Y, además, estoy bebiendo demasiado.

¿Por qué bebe tanto?

Grave pregunta. Para contestarla tendría que escribir un ensayo. O unas largas Memorias de mi vida.

Siempre que se bebe más de lo debido es que se quiere olvidar algo.

Se me quedó mirando. A pesar del alcohol, conservaba una luz viva, indagatoria, en sus ojos grises.

Pues sí, tienes razón. Esta mañana me acordé de algo. Y quería olvidarlo.

Échelo fuera. Es la mejor manera de dejarlo atrás. De pasar sobre el recuerdo.

Sabes mucho, ¿eh?

Todos tenemos recuerdos amargos.

Bien. Allá va. Yo soy médico. ¿Lo sabías?

No. ¿Por qué iba a saberlo?

A veces lo recuerdan los periodistas. Pues sí, soy médico. Hice la carrera con entusiasmo y después trabajé en un hospital de San Francisco, en California. Me había casado con una chica de origen italiano, que se me antojaba la criatura más encantadora del mundo. Poco después de casarnos, mi mujer comenzó a sufrir unas crisis terribles de hipoglucemia. De falta de azúcar en la sangre. Algo vital, ¿comprendes?

Comprendo.

Sufría mucho mucho. Y aquello me obsesionó. Estudié, investigué, trabajé con otros colegas. Llegué a saber bastante sobre la enfermedad, publiqué

monografías, las revistas profesionales se ocupaban de mis trabajos. Pero la endocrinología es uno de los mayores misterios del microcosmos, un abismo que produce vértigos, y no logré curar a mi mujer. Ni tan siquiera mejorar. Las crisis, pues, seguían. 040, 030, 020 de azúcar en la sangre. Murió, naturalmente, tras largos sufrimientos. Dejé la Medicina. Nunca más quise saber nada de ella.

Debió ser muy duro, lo comprendo. Pero ha sido bueno hablar de ello.

Esta mañana, uno de los actores tuvo un mareo. Es diabético. Vive a base de insulina y hubo que darle un poco de azúcar. La diabetes, ¿sabes?, es lo contrario de aquello. ¿Por qué todo esto? ¿Por qué unos de más y otros de menos? ¿Quién maneja los hilos del tinglado? ¿Quién se está riendo?

Dio un puñetazo sobre la mesa. Tenía puños de artesano, de hombre que usa sus manos. Sonaron los cristales y un trozo de hielo saltó del cubo al suelo. El camarero acudió solícito a recogerlo. En el bar se interrumpieron todas las conversaciones y todas las miradas se dirigieron hacia nuestra mesa.

¿Desea algo, señor Melville?

El director miró al camarero como si regresara de muy lejos.

No. No quiero nada. Gracias.

Quedamos solos de nuevo.

Perdóname. Soy un grosero. Debía controlarme mejor. Pero estas cosas me descomponen. ¿Tú no te has preguntado alguna vez de dónde vienes, qué haces en este mundo y a dónde vas? A dónde te llevan, mejor dicho.

Claro que me lo he preguntado. Pero yo soy una mujer y no tengo la soberbia de los hombres. No espero que nadie me conteste.

Acaso tengas razón. Hace un par de años hice una película en Asia. En el norte de la India. Allí aprendí el silencio de Buda. Buda no sólo no contesta a las preguntas sobre la naturaleza última de las cosas, sino que hace comprender también a los hombres que hay que renunciar a tales preguntas, que hay que silenciarlas, porque son inútiles. El hombre, según él, no posee el derecho de esclarecer el misterio de la existencia. Y debe aceptar la realidad que se le ofrece, sin sufrir la angustia que provoca el orgullo de querer interpretarla. Todo esto vale para unas mentalidades orientales. Pero nuestra cultura, la cultura occidental se nutre precisamente de esa angustia, que no puede dejar de preguntarse, de clamar sus dudas.

No hay que perder jamás la esperanza.

¿La esperanza? Ni me la nombres siquiera. Es la gran traidora, la Bestia apocalíptica que nos impide suicidarnos a los veinte años. Cuando adquirimos la certeza de que hemos de morir. De morir sin remedio.

No hay que pensar en eso.

No hay que pensar, pero se piensa. De ello se encarga el sentimiento del paso del tiempo.

Que más que correr, vuela.

¡Que si vuela! Mi amigo Ionesco dice que a nuestra edad se envejece diez años en un año, que una hora vale tan sólo unos minutos y que los cuartos de hora ya no existen en el tiempo. Y recuerda el valor, lo largo que se le hacía, de niño, el cuarto de hora del recreo escolar, con sus juegos enteros.

Se echó más *whisky* en su vaso. Y estaba poniéndose el hielo, cuando dos hombres jóvenes se aproximaron rápidamente a nuestra mesa.

Sólo un momento, *Mr. Melville*. Y perdone. ¿Qué proyectos tiene? ¿Cuál será su próxima película? ¿Qué le parece España?

España me parece estupenda. Pero ahora márchense. Estoy ocupado. ¿No se dan cuenta?

¿Algún romance? ¿Es una actriz, la señorita?

La señorita es lo que le da la gana. He dicho que se vayan.

El fotógrafo hizo funcionar el *flash* rápidamente. Melville se levantó, furioso.

A ver, Chris, por favor. Que se vayan.

Dos de sus colaboradores norteamericanos se acercaban ya. Empujaron a los periodistas y nos dejaron de nuevo solos. Melville se sentó pesadamente sobre su silla.

¿Ves? Esto es la fama. Prepárate a salir la próxima semana en alguna revista. ¿Te molesta?

No. ¿Por qué ha de molestarme? Soy una mujer libre.

Me alegro. Bien: ¿cuándo hacemos las pruebas?

¿Las pruebas...? ¿Qué pruebas?

Las que quisiera hacerte un día de éstos.

¿A mí?

A ti.

No. Yo he trabajado ya en el cine. Hace algunos años hice un par de películas. Y, en una de ellas, de protagonista. Aquello me ilusionó mucho. Pero después he comprendido que fue un desastre. Que no sirvo como actriz, vamos.

¿Tú qué sabes? Habría que ver lo que hicieron contigo. Y quizá tú también hayas cambiado. Desde que te he visto, quiero hacerte unas pruebas. Y yo no suelo equivocarme en esta materia.

Y, además, aun cuando no salgan muy mal, ¿qué vamos a hacer con ellas?

Ahora, la verdad, no lo sé. Pero, cuando las vea, podré decírtelo.

No me convence mucho...

Oye, muchacha, yo en esto soy un hombre serio.

Me lo imagino.

Si te hago las pruebas te las enseñaré, primero, a ti sola. Después te diré lo que podemos hacer. Si te parece bien, seguimos adelante. Si no aceptas, te regalo las pruebas y las guardas como un recuerdo. ¿Qué te parece?

Tengo que pensarlo. Las cosas nunca son tan sencillas. Siempre se lían.

Me has dicho que eres una mujer libre.

Lo soy. Pero, a veces, se lían una consigo misma. ¿Comprendes?

Comprendo.

A mí el cine me ilusionó mucho.

Y no quieres ilusionarte otra vez. No temas. Yo te diré la verdad. Yo no tengo cuento, ni tengo por qué tenerlo. Soy ya casi viejo.

Todos tenemos cuento.

Eres desconfiada.

Lo soy.

Bueno. Piénsalo.

Lo pensaré. Y de todos modos gracias. Me doy perfecta cuenta de lo que significa que el director Melville me quiera hacer unas pruebas.

Hizo un gesto ambiguo y se levantó. Estrechó mi mano y se marchó con su vaso, con su andar pesado y lento, como había venido, hacia la barra del bar. A poco, yo dejé la mesa también y me volví a Madrid.

Pensé lo de las pruebas. Y ya había decidido resistir la tentación de hacérmelas, cuando se lo dije a Sindo.

¿Sabes que Melville quiere hacerme unas pruebas?

¿Quién te lo ha dicho?

Él mismo. Tiene interés, parece.

¿Lo conoces?

Todos lo conocen y lo admiran en el estudio. Nuestro autor me llevó un día a su plato, a verlo rodar.

Muy suelta andas tú, rapaza.

Me distraigo lo que puedo. ¿Te molesta?

¿A mí? ¿Por qué va a molestarme? Pero eso de las pruebas...

¿Qué pasa con las pruebas?

Lo encuentro ridículo.

¿Ridículo? ¿Nada menos que ridículo?

Estoy seguro de que no sirves para actriz. Ya tuviste hace años tu oportunidad cinematográfica y fracasaste.

Cierto.

Pero si tienes el capricho de que te hagan ahora unas pruebas, Marsal puede hacértelas.

Marsal, no. Gracias.

Si te las hace Melville habrá su lío, porque ese hombre es todo publicidad. ¿No te das cuenta? Algo querrá sacar con ellas.

¿Qué puede sacar? Dilo...

No lo sé. Que se hable de él, probablemente.

¿Más? Si se habla a todas horas.

Algo habrá, algo habrá... A lo mejor le has gustado personalmente y quiere encandilarte con las pruebas.

Quizá le haya gustado, si, porque yo, Sindo, gusto a mucha gente. Pero, en ese caso, no tendría que molestarse con estas historias.

En fin, tú verás, rapaza. Ya sabes que no quiero meterme demasiado en tus cosas. Pero tampoco he de negarte que me desagrada que te mezcles demasiado con esta gente. A mí el tal Melville me parece un borrachón, un hombre poco serio.

Es uno de los mejores directores mundiales en este momento.

¿Y qué? Tú misma me has advertido siempre de la poca formalidad de estos tipos cinematográficos.

Me refería al cine español de hace algunos años. Bien lo sabes, Sindo. Por otra parte, Melville es un genio.

¡No me hagas reír! ¿Ese tío un genio?

Claro. Para ti sólo son inteligentes y serios los hombres de negocios capaces de ganar mucho dinero. Y de hablar todo el santo día de ello.

No debí haberlo dicho, pero me había puesto un poco nerviosa con su incomprensión. Mi dura frase lo hirió, claro, y, tras un amargo silencio, preguntó lentamente:

¿Yo hablo mucho de dinero?

Pues sí. Tú y los que te rodean.

Y eso, naturalmente, resulta aburrido para una mujer. Sobre todo para una mujer guapa.

Ya que lo dices, Sindo, te diré que cansa. Porque hay otras muchas cosas en el mundo más bonitas y más importantes que el dinero.

Más bonitas quizá. Más importantes no lo creo.

Bueno. No discutamos. Yo sólo quería decirte lo de los pruebas.

¿Vas a hacértelas?

Sí. Creo que sí.

¿Aunque me disgusten?

Ya se te pasará. Porque no hay razón para tal disgusto. No voy a hacer daño a nadie, ni a faltarte con nadie. Simple curiosidad de mujer. Me divierte ver cómo salgo.

Muy bien. No hablemos más de ello. Pero voy a darte un consejo. Que no se entere la gente. Por si salen mal y se ríen, ¿comprendes?

Poca fe tienes en mí, Sindo. ¿Y si salen bien, qué?

No contestó el hombre, que estaba muy rabioso. Sonrió despectivo y se marchó del piso. Como salieran mal las pruebas iba a tener que aguantar mucho mucho. Pero su incompreensión había picado mi amor propio.

Le dije a Melville que estaba dispuesta a realizar las pruebas y, con ese motivo, hablamos un momento en el bar del estudio. La gente estaba comiendo y él tenía un rato libre. Tomamos, pues, café juntos, en una mesa apartada del bullicio, mientras él le daba al coñac lo suyo. De todos modos, estaba más sereno y controlado que el primer día. Aunque siempre poseído por una febril pasión, que se contagiaba muy fácilmente.

Tienes que darte cuenta de que la imagen es la expresión más poderosa que existe. Ante ella las palabras son gastadas formas expresivas que generalmente enmascaran el pensamiento, en lugar de exponerlo. No puede extrañarnos, pues, la crisis actual del lenguaje. Las palabras equivocan, aturden, machacan el silencio, que puede ser mucho más expresivo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

A medias, la verdad. Pero me gusta oírlo.

El poder de la imagen es increíble. Por eso, a mí apenas me interesa el argumento. Si yo encuadro con la cámara una cosa, después de iluminarla intencionadamente, puedo revelar al espectador el misterio de esa cosa. De esa silla, de esa ventana, de ese vaso, de lo que sea. Porque todo tiene su misterio, aunque generalmente no lo veamos. El misterio, ¿sabes?, se halla tras lo visible, en lo que no vemos. Yo, con mi cámara, soy un descubridor y el que siga mi obra en la pantalla se encuentra ante sorprendentes mundos nuevos. Bien. Pues si puedo hacer esto con las cosas, date cuenta de lo que podré hacer con los rostros de las personas. Expresiones insólitas, expresiones en profundidad, no en superficie, misterios y misterios.

Ya tengo ganas de ver mi cara en las pruebas.

Apenas te reconocerás. Será tu cara y, al mismo tiempo, la de la mujer sin máscara que llevas dentro.

¡Qué miedo!

Así, con mis imágenes, yo logro una auténtica comunicación con el espectador. Comunicación de misterio a misterio. Del que yo le entrego y del que él lleva dentro. Porque yo soy brechtiano en esto. No busco que el espectador se identifique con mis personajes, sino que los comprenda. Que los comprenda por la vía del misterio.

¿Y tendré que hablar mucho?

No vas a decir ni una sola palabra. Hoy en día se dobla todo lo que interesa.

Me quita un peso de encima. Porque, con mi acento andaluz...

Bueno. Haremos mañana las pruebas. Las haremos temprano, sin curiosos. Y nadie las verá hasta que tú las veas. ¡Ah!, puedes ponerte todo lo nerviosa que quieras. Para mí es igual. De todos modos, sacaré de ti lo que he visto ya, al conocerte.

¿Qué ha visto? Dígamelo, por favor.

¿Con palabras? No. Te lo dirán mis imágenes.

No dormí en toda la noche y me puse nerviosa. Aunque la seguridad de Melville sosegaba lo suyo. A las ocho de la mañana estaban maquillándose en el estudio. El director subió a verme e hizo rectificar algunas cosas, pues la maquilladora había realizado su trabajo como siempre: con prisa y en serie. Gracias a Melville, mi cara quedó muy bien y bajamos al plato.

Allí estaba todo preparado y no había curiosos. Tan sólo los técnicos, y más bien pocos.

Melville me explicó que, mientras se rodaban las pruebas, él iba a hablarme. Que me diría lo que haría de pensar o de sentir y que tenía que dejar a mi rostro en libertad de expresar aquellos sentimientos, aquellos pensamientos. Pero que no me ocupara de él, que no le forzara a expresarlos, sino todo lo contrario.

Yo, la verdad, no le entendí muy bien, pero cuando se encendieron los focos, sonó la claqueta, comenzaron a rodar y él inició sus palabras, me sentí conducida, fascinada por una fuerza superior, que me hacía sentir arrebatadamente el odio o el amor, la cobardía cotidiana de la vida o el brío de un impulso valeroso, la generosidad o la avaricia, la exigente virtud o la más resentida villanía.

Ignoro, ciertamente, cuánto duró aquello, pues perdí por completo la noción del tiempo. Sólo escuchaba ávidamente las palabras del director, su voz ronca y segura, que me iba renaciendo dentro de mí, movilizando oscuros

instintos en mi alma, que ahora se liberaban dirigiendo mi ser, aflorando en mis gestos, en mi rostro.

Cuando todo acabó, tuve que hacer un esfuerzo para tornar al mundo normal, para recuperar a la mujer de todos los días. Hasta la voz de Melville, hablando ya naturalmente, se me hizo rara, tanto me había penetrado la otra.

Hablamos, por cierto, poco. Me dijo que estaba contento y que me avisaría en cuanto el laboratorio le diera las pruebas. Y se puso a trabajar en su película. Yo salí del plato y me tomé un café en el bar. Después me vine a Madrid en un taxi, me acosté y me quedé dormida, con un sueño espeso y profundo, hasta cerca de las tres. Cuando me desperté me sentí recuperada. Era yo, otra vez.

Cumplió Melville lo prometido, avisándome para que viera con él las pruebas. Y, sentados en la salita de proyección del estudio, sin otro testigo que el operador, se pasó el rollo.

Yo, es curioso, sabía lo que iba a ver. Por ello, no me sorprendió demasiado encontrarme una personalidad nueva, un rostro y unos gestos plenos de significado, de profundidad y no de superficie, como anunció Melville. No estaba muy guapa, la verdad, pero sí infinitamente más interesante. Allí, en mis imágenes, vivía todo un mundo interior y, aunque yo no hablara, quedaban evidentes mis emociones y mis pensamientos. Y estas imágenes eran, por cierto, bien distintas, contrarias, por así decirlo, a las que se obtienen mediante unas fotografías, o a las que tantas veces me habían devuelto los espejos.

¿Qué te parece?

No sé. Estoy un poco aturdida. Y, además, yo no sé juzgar. Ayúdeme usted, por favor.

Bien. No eres muy fotogénica, ya te habrás dado cuenta. Pero tu rostro posee una fuerza expresiva potentísima, llena de atractivo y de interés. Especialmente en su dimensión dramática. Esto es lo que yo vi en ti el primer día. Y lo que es muy difícil de encontrar en un bello rostro de mujer. Tú misma, inconscientemente, enmascaras esta expresión con un falso gesto de frivolidad y de coquetería.

He vivido siempre de los hombres. Y a los hombres les suele gustar eso en las mujeres como yo. Pagan para divertirse.

Los hombres somos un asco, es cierto. Pero sigamos adelante. A mí las pruebas me han gustado. Me han gustado mucho. Son las pruebas de una posible actriz. Tenemos que hablar, pues, seriamente de todo esto. Quiero que me permitas enseñarlas. Aquí y en Italia, adonde voy a enviarlas.

Puede hacerlo. No son malas, ¿verdad? No hago el ridículo.

¿El ridículo? Ya quisieran algunas actrices consagradas...

Entonces yo también deseo que las vean.

¿Quién?

Los míos. Mi amigo, don Carmelo, Marsal. Los que están rodando en el plato vecino al suyo.

Esto me gusta menos. Pero, en fin, no creo que haya riesgo. No saben una palabra de cine. Acaso don Carmelo olfatee un posible futuro financiero. Bien, te daré una copia para que se la pasen, pero prométeme que si don Carmelo te hace alguna proposición, hablarás conmigo antes de adquirir ningún compromiso.

Prometido. No faltaba más.

¡Ah! Y que las vea el autor de vuestro guión. Es el único que sabe algo de esto.

De acuerdo.

Y, ahora, a esperar unos días. Pocos días. Otra cosa: recibe mi enhorabuena.

Gracias. Creo que todo lo hizo usted.

Todo no. Un poquito.

Reímos los dos un momento. Él se fue, como siempre, a su plato, a trabajar. Yo me di una vuelta por el nuestro. Allí, la Trinaldi y Marsal destrozaban el guión. Yo, vistas mis pruebas, me sentía sorprendentemente segura y tuve que hacer un esfuerzo para no mostrar mi vanidad.

Tras un par de días de aparente reposo, comenzó para mí una semana agitadísima, llena de increíbles acontecimientos.

Debo decir, ante todo, que en varias revistas aparecieron las fotos hechas el día en que Melville se acercó a mi mesa. Salí bastante guapa, a pesar del *flash*, y aquello me halagó, pero los textos que las acompañaban eran indignantes. En uno de ellos se me convertía en una actriz italiana que hablaba con el director sobre su próxima película, en otro se trataba de un romance español de Melville, y, en los demás, se disparaba igualmente. El hecho fue que las fotos armaron cierto revuelo en el gremio cinematográfico, que Sindo, que andaba ya cabreado, volvió a enfadarse y que Yáñez torcía el gesto al verme.

Con todo esto, y dada la situación desfavorable, quise demorar la exhibición de las pruebas. Pero no hubo forma, porque al operador del estudio, único testigo de las mismas, se le fue la lengua. Dijo que eran muy buenas, que se trataba de un auténtico descubrimiento y que Melville iba a

ofrecerme un contrato. Todo eran, pues, rumores y cotilleos. Mis amigos estaban muertos de curiosidad con este tole tole, aunque no la manifestaban. Más bien me trataban con un gesto displicente. Hasta que don Carmelo Vicent, más objetivo y concreto, me pidió que le enseñara las pruebas. Con lo cual se reunieron todos una tarde en proyección y se pasaron las mismas. El autor, claro está, fue avisado y le hice sentar a mi vera.

El silencio fue sepulcral, mientras yo ocupaba la pantalla. Al cabo, con mi más frívola máscara, como si se tratara tan sólo de un capricho de mujer, les pregunté su opinión sobre ellas. Sus reacciones, en verdad, resultaron muy distintas.

Antes de declararse, todos esperaron a que Sindó manifestara la suya. Que fue un: «No están mal», pronunciado con desgana, como si todo aquello fuera tan sólo una tontería femenina. Yáñez, siempre eco de su jefe, tuvo un gesto protector y aparentemente comprensivo con mis bobadas. El autor, que ya me había comunicado su entusiasmo en voz baja durante la proyección, me dio una pública y calurosa enhorabuena. Y don Carmelo Vicent... don Carmelo Vicent constituyó la sorpresa para mis dos gallegos:

Muy interesantes, muy interesantes estas pruebas. Amigo don Sindó, si usted me lo permite, quisiera hablar de ellas con esta actriz en ciernes.

¿De veras encuentra usted algo positivo?

Lo encuentro, sí, señor.

Pues muy bien. Que la rapaza hable con usted cuando quiera. Yo no soy un tirano, ni un negrero.

Lo sé, don Sindó, desde que he tenido el gusto de conocerle. Pero las cosas hay que hacerlas correctamente y no me parecía bien hablar con ella sin decírselo antes a usted.

Muchas gracias, amigo. Hable usted y en paz. Nada, nada, veo a la rapaza convertida en una Greta Garbo.

Más joven, don Sindó, mucho más joven.

Rió don Carmelo espontáneamente y rieron también los gallegos con risa de conejo. El autor se quedó algo atrasado conmigo, cuando íbamos hacia el plato, donde Marsal estaba rodando una secuencia importante, que le había impedido acudir a proyección.

Ya lo tengo, ya lo tengo.

¿Pero a quién?

A quién va a ser. A Yáñez. Ya te dije que había algo raro en él.

Bueno. ¿Y qué le pasa?

Es marica.

¿Y eso te parece raro? ¡Vamos, hombre!

Escúchame. Un momento. He conocido a su amiguito. Un pintorzuelo de Orense a quien le ha puesto un estudio en El Viso. Como pintor es una mierda, pero el chico está como para comérselo. En fin, que ya lo tengo.

Déjale que viva. Allá él, si es marica.

De acuerdo. Pero he de defenderme de su avaricia y este descubrimiento me ha venido al pelo. Porque Yáñez quería que cambiara un par de cosas en mi guión. Sabe ya también mucho de cine, hija, y, claro, tenía que demostrarlo.

Te habrás negado.

Traté, primero, de convencerle de la barbaridad que pretendía. Y, al no lograrlo, porque ya sabes cómo es, se me calentó la boca y le dije que había conocido a su Alvariño y que le traía recuerdos suyos.

¿Qué cara puso?

Se quedó lívido y no se volvió a tratar de los arreglos. Además, creo que me va a pagar unas discutidas dietas.

¡Chantajista!

Me defiendo, hija, me defiendo. Oye: ¿qué tal le caen a tu Sindó los maricas?

Mal. Muy mal.

Por eso este tío tiene tanto miedo. Por eso lo tengo, lo tengo... Bueno, ahora, tratando de lo tuyo: ¡jojo con don Carmelo! No te comprometas a nada con él sin hablar antes con Melville. Porque tratará de engañarte. Ya verás cómo quiere llevarte a «Fumosa», como ha hecho conmigo. Algo sucede últimamente en «Discinasa». Nadie sabe lo que es, pero hay cosas, cosas...

Los rumores sobre mi descubrimiento y el futuro contrato con Melville fueron creciendo, hasta el punto de que me abordaron unos periodistas, a los que no dije una palabra, claro está.

Andaba aquellos días Melville rodando unos exteriores fuera de Madrid y mi curiosidad era tanta que convine con don Carmelo una entrevista en «Discinasa», para ganar tiempo y para andar más segura, ya que siempre es mejor no casarse con nadie. Así, pues, me puse un modelito de «Pertegaz», me eché encima el visón, que siempre luce lo suyo, y me perfumé con «Miss Dior». Ya no usaba el «Femme», de Rochas, porque últimamente estaba yo cambiando mucho.

Don Carmelo me recibió versallesco, en un despacho espléndido, que dominaba toda la avenida de José Antonio.

Sí, éste es mi puesto de mando. Desde aquí, como desde el puente de un barco, se domina el mar proceloso de la ciudad.

¡Qué bien habla usted! Bueno, don Carmelo. Ya me tiene aquí.

¿Quiere tomar algo? Un vermut, una cerveza, un *whisky*...

No. Es pronto. Y tengo que cuidarme un poco la línea.

Ahora está perfecta. Pero, claro, lo comprendo. Después de esas pruebas tan satisfactorias.

¿Le han gustado?

Diré la verdad. Yo soy siempre muy franco con los que comienzan. Es mi deber. Son unas pruebas prometedoras, pero no definitivas. En ellas no habla usted.

Cierto.

Y no sabemos cómo dará su voz.

¿Tiene importancia?

Muchísima.

Pues ya ve. Yo creía que con los doblajes... En fin, tonta que es una.

Efectivamente, los doblajes defienden muchas cosas. Pero siempre es preferible...

Calle, don Carmelo. Ahora recuerdo que en las dos películas que hice, va ya para siete años, lo mejor, vamos, lo único bueno, era mi voz, que salió estupenda.

¿Con quién hizo aquello?

Con el pobre don Laurentino Balbín, que en paz descanse.

¿Y quién fue el director?

Ni me acuerdo. Había tal barullo en aquella productora...

Mucho, hija, mucho. Así acabó como acabó. De todos modos: ¿cuáles son los títulos de las películas?

Mire usted, sinceramente. Prefiero olvidar todo aquello. Y que nadie vea tales engendros.

A veces, entre los engendros, salta una chispa de talento.

No creo que allí saltara nada. Allí se trataba tan sólo de esas falsas gitanerías que algunos creen que gustan a la gente. Pero, si va a molestarse en buscarlas, le diré que la película que me tuvo de protagonista se llamaba Belleza gitana. De la otra, la verdad, ni del nombre me acuerdo.

Bien, bien. Acaso tenga usted razón y sea mejor no verlas. Pero, en fin, no nos desviemos. El hecho real y concreto, para qué negarlo, es que me han gustado sus pruebas. Y que advierto en usted un prometedor talento.

Gracias. Muchas gracias.

Como yo ando ahora metido en ciertos proyectos, en muy importantes proyectos, quería hablar con usted. Porque tal vez pueda interesarnos una futura colaboración.

Usted dirá, don Carmelo.

¿No habrá usted adquirido ya algún compromiso, verdad?

¡Oh, no, señor! Soy libre, completamente libre.

Me alegro. No es bueno, en los principios, sacar las cosas de quicio. Es mejor ir lento, lento y seguro.

Como dice el refrán, ¿no es cierto?

Exacto. Los refranes siempre tienen algo dentro.

Lo malo es que los hay para todos los gustos.

Bien. No derivemos. El hecho es que yo tengo serios proyectos con «Fumosa».

¡Ah! ¿No se trata de «Discinasa», o como se llame esto?

No. En este momento, no. «Discinasa» es una gran empresa cinematográfica, muy poderosa, ¡eh!, muy poderosa, y yo he trabajado y trabajo mucho en ella. Ahora mismo estamos en «Discinasa», ya lo sabe. Quiero decir que este despacho corresponde a esta empresa.

Ya.

Pero precisamente por ser tan poderosa, por tener una tan tradicional solera, «Discinasa» es un poco rígida, un tanto lenta. Y existen coyunturas cinematográficas que requieren más audacia, más juventud, más viveza. Por eso me siento interesado por «Fumosa».

Lo comprendo.

Y, hablando claramente, a «Fumosa» quisiera llevarla. ¡Ah!, nada definitivo todavía, porque las cosas no están aún maduras. Pero charlar, estudiar posibilidades, firmar, si acaso, una opción, que la ligara a usted cordialmente a mis proyectos.

No sé lo que es una opción, don Carmelo.

Claro, claro. Usted no maneja este lenguaje tan feo. Y hace bien, muy bien. Bueno, pues una opción es algo así como una preferencia que daría usted a «Fumosa», si se decide a trabajar seriamente en el cine.

O sea: que ya no podría irme con otros.

No es eso, exactamente. En fin, habría que estudiar las condiciones y tendría que aconsejarse usted por algún agente, por algún experto que defendiera sus intereses. Intereses, ¡cuidado!, que yo no voy nunca a perjudicarlo.

Bueno, habrá que pensarlo. Porque todo está un poquillo liado.

¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

Pues mire, la verdad, a Sindo no le gusta mucho esto del cine.

Ya, ya. Me di cuenta de ello.

Y Sindo se porta muy bien conmigo. Es un hombre muy generoso y bueno, y le tengo cariño.

Sí, es la historia de siempre. ¡Estos tipos absorbentes! Ahora es usted su rapaza, algo que tiene al lado, que le gusta, que le divierte. Algo en lo que refleja su personalidad propia. Y, claro, si triunfa usted en el cine, se acabó la rapaza, la muñeca, para jugar con ella en los momentos de ocio.

Exactamente, don Carmelo. Es usted muy listo, pero que muy listo.

Ya conoce usted aquello de que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Otro refrán, hombre.

Otro, sí. Pero voy a decirle algo más. Voy a meterme tal vez en camisa de once varas, si me lo permite.

Métase, métase.

No es asunto agradable. Pero debo ser muy sincero, muy sincero. Porque usted me interesa.

Para «Fumosa».

Eso es. Para «Fumosa». Bien; debo decirle que el estar... estar... ligada a un hombre tan poderoso como don Sindo, acaso sea más, más, digamos rentable, que trabajar en el cine español, que lograr un cierto éxito en el cine español. Seguramente sí, será más rentable, ¿para qué vamos a engañarnos? Pero en la vida social no existe sólo el dinero.

Me alegra el que se dé usted cuenta. Porque hay quien no lo advierte.

Ahora, ¿cómo diría yo?, socialmente, para la sociedad española, quiero decir, usted, hija mía, es la amiga de don Sindo. Nada más. Y perdóneme que se lo diga sin disimulos.

Siga, siga.

Pero si trabaja en el cine, ya no será eso, tan sólo. Será una actriz. Una actriz con su nombre, con su personalidad, que podrá tener, además, los amigos que quiera. Y, entonces, se le abrirán unas puertas que ahora le están absolutamente cerradas.

Sí, don Carmelo. Tiene toda la razón. Siempre lo dije. Ahora soy una puta, sólo una puta. Y, después, no lo seré.

Dicho un tanto brutalmente, así es.

Como le digo, lo he sabido siempre.

Además, esas puertas a que me refiero pertenecen a los salones de una aristocracia esnob, de una alta burguesía esnob, en la que se me antoja sería usted muy bien recibida. Por su belleza, por su personalidad y por su gracia. Y creo, también, que se encontraría usted en ese ambiente como pez en el agua.

Eso no lo sé. Porque soy una mujer inculta.

Ya aprenderá, ya. Estoy seguro de ello.

Entonces, usted, don Carmelo, en mi lugar, se jugaría el riesgo de perder a un hombre como Sindo.

Andaría con tiento, hija, con mucho tiento, para no perderlo. Pero si fuera preciso, absolutamente preciso, me lo jugaría. Sin dudarle ni un solo momento.

Lo pensaré. Gracias por su consejo. Pero hay algo más... Y es que yo pienso, no sé cómo decirlo, me expreso mal, lo comprendo. Pero quiero también ser franca con usted.

¿Qué ocurre? Dígalo.

Pues que esas pruebas tan satisfactorias, como usted dice, han sido hechas por Melville.

¿Y qué? No la entiendo.

Melville es un director muy bueno.

La ceja izquierda de don Carmelo Vicent saltó disparada hacia lo alto de su frente, con su tic circense. Permaneció allí un momento; después bajó lentamente.

Si no me equivoco, quiere usted decir que teme no alcanzar la misma calidad de actriz con otros directores.

Eso es. Tengo una mala experiencia del cine español.

«Fumosa» no es «Balbín Films», amiga mía. Precisamente, vamos a cuidar mucho la dirección de las películas. Y aquí, en España, también hay directores buenos. Pocos, es cierto, pero los hay. Esté segura de ello.

Usted sabrá más que yo de esto.

Confíe en mí. Y ahora, perdóneme. Tengo una mañana muy cargada de trabajo y he de dejar su grata compañía.

Se alzó don Carmelo de su cómodo sillón y estiró su menuda y nerviosa figura. Me acompañó, cortés, hasta la puerta de su claro despacho y salí de «Discinasa» para mezclarme con el tráfico agitado de la avenida. La entrevista me había aclarado algunas cosas, cosas que yo presentía, y me alegré de haber estado allí, charlando un rato con aquel hombre agudo e inteligente, que ya me valoraba no sólo como a una buena mujer, sino

también como a una futura actriz, capaz de interesar al público cinematográfico. Por lo demás, no me había comprometido a nada y podía esperar la vuelta de Melville con más sosiego.

Lo que me preocupaba, en verdad, desde el dichoso asunto de las pruebas, eran mis relaciones con Sindo. Hasta el momento, había logrado eludir una clara explicación, porque yo quería ganar tiempo, esperar a que volviera Melville de rodar sus exteriores y me hablara concretamente de sus proyectos. Todo quedó con Sindo en algunas indirectas que no sé por qué se llaman así, pues suelen ser bien directas, agrias y desagradables, que yo no contesté nunca, y, después, tuve la suerte de que un problema urgente reclamara su presencia en Vigo. No estaba, pues, Sindo, aquellos días en Madrid y yo podía moverme con plena libertad.

En cuanto a su satélite, Yáñez, andaba huidizo y rencoroso, sin duda por el descubrimiento del autor. El hombre, es un decir lo de hombre, claro, temía que Sindo conociera sus aficiones, pues estaba harto de haberle oído tronar contra los maricas. A mí, lo de Yáñez me tenía sin cuidado. Allá él con sus amores. Pero siempre era mejor tenerlo cogido y acobardado para que no metiera las narices en los asuntos de los demás, según tenía por costumbre.

Así las cosas, y antes de que volviera Melville, el director Marsal me pidió una entrevista. Resultaba divertido, la verdad, eso de que ahora todo el mundo sintiera la necesidad de hablar conmigo. Yo no había simpatizado con Marsal, ni lo había tratado apenas, pues era hombre cauteloso y de pocas palabras, que no soltaba prenda ni discutía jamás con nadie. Asentía generalmente a las opiniones ajenas, sobre todo cuando eran expresadas por los poderosos, daba su coba y andaba siempre enmascarado tras una sonrisa ancha y bobalicona, absolutamente inexpresiva. A mí me trataba como se trata a la amiga del dueño de los cuartos, sin concederme otra importancia. Pero, un día, me dijo que había visto las pruebas y que deseaba hablar conmigo.

Como en el estudio era imposible una conversación privada y como tampoco quería llevarlo a mi piso, pues ya digo que no me caía demasiado bien el tío, lo cité en una cafetería de la calle de López de Hoyos. El rodaje de la película había ya terminado y aunque les quedaba trabajo de estudio, Marsal podía abandonarlo de vez en cuando.

Nos reunimos, pues, en la cafetería, a la que acudió muy elegante. Era hombre que vestía muy bien y hasta en aquellos años de penuria nacional llevaba paños ingleses en sus trajes.

Perdóname que te haya molestado, pero tengo verdadero interés en charlar un momento contigo.

Marsal tuteaba a casi todo el mundo, especialmente a los que para él éramos jóvenes. Tenía muy buenas relaciones, pertenecía, por lo visto, a una distinguida familia y ya se sabe que en ciertas clases sociales se tutea por costumbre. Pero yo, desde que iba dejando la vida, procuraba olvidar el obligado tuteo.

Bueno. Pues usted dirá, señor Marsal.

Por favor, hija. No me llames de usted y mucho menos señor Marsal. Me haces polvo, porque no soy tan viejo.

Perdone. Pero no tengo confianza.

No quieres tenerla. Ya, ya me doy cuenta de que no te caigo simpático.

No es eso, hombre. Es que...

Anda, déjalo. Y llámame como quieras. Es lo mejor. Pero, en fin, no deseo entretenerme.

Usted dirá.

He visto las pruebas.

Ya me lo dijo el otro día.

Son extraordinarias. Increíbles, prodigiosas.

¿Tanto, tanto?

Tanto.

¿Y bien...?

Al verlas, me he creído en la obligación de hablar contigo.

Pues dígame lo que sea.

No es fácil. Porque quiero ser muy sincero.

No me extraña. Ahora, de pronto, todo el mundo quiere ser muy sincero conmigo.

No comprendo.

Siga, siga. Al asunto.

Como quieras. Las pruebas, naturalmente, me han sorprendido.

Para una putilla, amiga del productor, no están mal, ¿verdad?

¿Mal? En ellas se muestra una actriz de primer orden, en potencia.

Eso dicen. Pero yo no acabo de crérmelo.

Y como yo tengo ciertos proyectos...

A lo que veo, el cine español vive de proyectos.

Por desgracia, nada más cierto. En fin, quisiera saber si has tomado alguna decisión, si tienes firmado ya algo o si todavía eres libre.

Soy libre. Y acaso no deje de serlo.

Sería un error. Tienes unas dotes excepcionales. Pero, permíteme que, ante todo, te hable un poco de mí, de mis trabajos cinematográficos. Me conoces y ya sabes que no soy hablador.

Cierto.

Ahora necesito serlo.

Pues venga eso.

Voy a cumplir los sesenta y tengo hechas treinta y dos películas de largo metraje.

No está mal.

Algunas de ellas han logrado verdaderos éxitos. Pero, en su mayoría, son malas, muy malas.

Cuando usted lo dice...

Una de las peores es la que estamos acabando.

Menos mal que lo reconoce.

Esa hiena de Yáñez se ha cargado con su avaricia las mejores secuencias. Y, además, la Trinaldi. Pero, en fin, ¿para qué hablar de todo eso? La película va a ahorrar más de trescientas mil pesetas de su inicial presupuesto, que es lo que interesa a esos gallegos. Yo he cumplido y todos contentos.

Para eso le buscaron, ¿no es cierto?

Para eso me buscan siempre. Para que todo salga ajustado, pobretón, canijo. Para que no haya la más pequeña originalidad, el menor brote de genio. A esto le llaman hacer cine.

Ya lo veo.

Yo, de joven, cuando comencé a dirigir, estaba lleno de ambiciones. Me estudié a Dreyer, a Von Sternberg, a Lubistch, a Eisenstein, a De Mille, a Griffith, a Rene Clair, a todos los grandes directores de mi tiempo. Hice, incluso, un laborioso fichero, lleno de secuencias célebres, de novedades y de aciertos de los maestros. Todavía lo tengo. Pero jamás, jamás, entérate, he podido utilizar sus técnicas, ni sus ideas en ninguna de mis treinta y dos películas. Y hoy, hoy, date cuenta, me buscan porque soy honrado, porque cedo siempre, siempre, y me ajusto al presupuesto. Con la angustia, además, con la terrible angustia de temer estar haciendo mi última película, mi última película, y que ya nadie me va a buscar después ni para eso.

Se le había encendido la cara a Marsal y había perdido su bobalicona sonrisa. Su rostro, un rostro gordinflón, infantil, parecía más bien cercano al puchero, al gimoteo desconsolado. El hombre me dio pena, en verdad, porque me sorprendió su dramática franqueza.

No debió usted ceder tanto. No debió acobardarse de esta manera.

Tú no conoces a nuestros productores, a nuestros distribuidores, a nuestros actores. Te trituran, te aplastan.

Hay que defenderse, hombre.

Yo no soy ningún genio. Lo sé. Y no tengo cara para presumir de ello. Por otra parte, pertenezco a una familia que tiene sus principios éticos, y no quiero estafar, arruinar a nadie deliberadamente. No soy un aventurero, no, como tantos. Y nunca podré serlo.

Total: que equivocó el camino. Que nunca debió meterse en el cine, ¿no cree?

No. No lo creo. He podido hacer varias películas buenas, muy buenas, pero no me han dejado hacerlas. Por eso, al ver tus pruebas, sentí el ansia de rodar algo grande, algo que merezca la pena. La pena de luchar, la pena de estudiar, de ensayar, de matarse trabajando. Con una actriz así, todo es posible.

Gracias, Marsal. Si pudiera, me gustaría ayudarle en esa gran obra. Pero temo no poder hacerlo.

Tú no sabes, claro. Tú no sabes. No hay actores en España. Las estrellas actuales sólo son más o menos guapas. Todas son tonadilleras o cupletistas emboscadas. Sirven, si acaso, para el tecnicolor, pero, de actrices, nada. Tal vez, sí, haya un par de excepciones. Pero a una de ellas, con eso de que tiene mucho temperamento, la han convertido en un ser desafortunado, imprecante, que grita en todas las situaciones. Y, además, no retrata. En cuanto a la otra, es actriz, sí, no lo discuto, y guapota, pero está gorda y no hay gordura que perdone la cámara. Pues, ¿y los actores? Galanes más que maduros, del año cuarenta. Anticuados, llenos de resabios teatrales. Sólo tenemos niños. ¡Niños, eso sí, niños! ¡Ah! Y un grupito de directores jóvenes, que teorizan a todas horas, pero que cuando llega el momento de la verdad hacen películas pedantes, que tan sólo gustan a ciertos críticos y que arruinan al productor. Yo, de veras, cuando salgo por ahí fuera y voy a cualquier festival cinematográfico, me abochorno, se me cae la cara de vergüenza. Porque llevamos años y años de retraso.

Dicen que es culpa de la censura.

Tiene su parte de culpa, claro está, porque resulta equivocada e injusta y porque nos aísla, además, de muchas realizaciones interesantes, manteniendo así la ineducación del público. Pero no pueden atribuírsele otras cosas. Algún día, cuando la censura cambie, porque tiene que cambiar necesariamente, veremos a quién se le echa la culpa de la mediocridad del cine español, de toda esta vergüenza.

Se había excitado mucho, el hombre. Tan callado, tan contenido siempre, parecía estallar ahora, allí, junto a mí, en aquella mesa de la cafetería.

Por eso, la otra tarde, al ver tus pruebas... En fin, ya te lo he dicho: ¡qué posibilidades cinematográficas!

Pues yo todavía no me he decidido. Vivo bien, no me falta nada y el cine me produce una gran desconfianza. No soy una de esas chicas tontas capaces de todo por salir en la pantalla. Acaso porque ya me vi en ella, y muy mal, por cierto.

No debes reservarte tu talento. No tienes derecho a ello.

¿Usted cree, de veras, que es cuestión de talento?

El dar bien en la pantalla, el ser actriz, es un conjunto de condiciones que rara vez se encuentran reunidas en la misma persona.

Quisiera hacerle una pregunta, Marsal. ¿Me promete contestarla lealmente?

Procuraré hacerlo.

¿Qué le parece Melville?

¿Como director o como persona?

Como director.

Quedó callado un momento. Después me miró como miran ciertos perros. Con ojos tristes y con una mirada que parece venir de muy lejos.

Lealmente, Marsal. Se lo ruego.

Es muy bueno. Hay que reconocerlo.

¿Un genio?

¡Hombre! Tanto como un genio, no sé. Pero tiene mucho talento. Algunas veces, a mi juicio, resulta desmesurado en exceso. Yo, claro, voy por otro camino. A mí me convence más la medida, lo perfecto. Por eso Lubistch se me antoja el gran maestro.

No sé a quién se refiere, pero no importa. La cuestión es otra. Si Melville me hiciera una oferta interesante, en firme, ¿usted qué me aconsejaría?

¿Hacer algo con él, en Italia, en su próxima película?

Eso.

No lo dudaría, hija. Ni un momento. Nunca tendrás una oportunidad como ésta. ¡Ah! Pero, eso sí, después volvería. En ningún caso iría a Hollywood.

¿Ni con Melville?

Ni aun con él. Te machacarían. Mira, ¡déjame que te explique! Ahora va a producirse, ya se está produciendo, la era del cine italiano. El triunfo de su neorrealismo. Porque a ellos les ocurre lo contrario que a nosotros. Tienen guionistas, directores, actores y, para colmo, unas actrices sensacionales como

mujeres y capaces de llenar un papel sin hacer el ridículo. Han salido de la nada, que es de donde salen las actrices, no de la copla o de las candilejas. Por eso te aconsejo que hagas lo que puedas en Italia y que, después, vuelvas. Aquí, con un poco de suerte, serás el ama.

Lo pensaré.

Yo levantaría para ti, estoy seguro, algo importante. Tengo muy buenas relaciones, conozco los gustos del público, y, si tú vienes ya con tu aureola de éxitos en Italia, podríamos hacer juntos algo interesante. Si es que confías en mí, claro. No soy un genio, te lo repito, pero conmigo y con un buen guión me comprometo a un triunfo absoluto.

Tendré en cuenta todo esto.

Vete a Italia, no lo dudes.

Todavía no me ha dicho nada Melville.

Te lo dirá. Sé a quién ha mandado las pruebas. Y vuelve mañana de rodar sus exteriores.

Veremos, pues.

Salimos de la cafetería. Él se marchó en su coche. Yo quería andar un poco. En las horas tardías de la mañana, mi barrio es muy trajinado y populoso. Me gustaba mezclarme con aquellas gentes tan afanadas, ¡sabe Dios en qué afanes! Con aquella juventud picara, desgarrada y alegre, con aquellos viejos que no llegarían a conocer el austero plan de estabilización, que aún no había asomado su agrio gesto. Por entonces, circulaba cada vez más dinero y todo subía, sí, peligrosamente. Pero cada quisque se las arreglaba para ir tirando mejor o peor. Dependía, claro está, de la importancia del estraperlo, o de los permisos de importación, que todo lo dominaban. Comenzaba, cierto es, a vivirse a lo loco, sin pensar en el mañana, que para eso se habían pasado las moradas. Los seriales radiofónicos de Sautier Casaseca pasmaban a la gente, Bobby Deglané, amanerado y dulzón, y Matías Prats, atronador y viril, llenaban los altavoces. El fútbol apasionaba. La saeta rubia, que así llamaban a Di Stefano, y el robusto Kubala eran los amos. La televisión, tras unos principios difíciles, se difundía arrolladoramente, a pesar de sus ridículos programas.

Pasé ante un cine. No recuerdo la película que sus carteleras anunciaban. Seguramente un tecnicolor, quizá de aquellos que exhibían el pecho desnudo de Víctor Mature. O de una actriz «atómica» italiana, a base de buenas ubres y de una cintura ajustada. Por un altavoz, Luis Mariano cantaba, porque aunque se acababa Machín todavía no habían llegado ni el Volare de Modugno, ni la peste de Paul Anka. La verdad era que, disponiendo de

algunas pesetas, la gente se divertía y podía permitirse el lujo de llegarse al «Lara», a ver morir a Rivelles en La muralla. Yo fui, también, y, claro, salí harta. Porque nadie se muere así, con tanta elegancia y pulcritud como se mueren los cómicos. Se muere oliendo mal, entre bascas y podre. Pero el público, con tanto almíbar, lloraba y salía descansado. Porque las verdades no gustan a nadie y todos queremos olvidar lo que en realidad pasa.

Mas, volvamos a lo mío. ¿Valdría la pena dejar a Sindo por aquellas tonterías del cine? No sabía qué hacer, la verdad, aunque lo más importante de todo fuera el salir de la vida, el salir de puta, vamos.

Melville me llamó por teléfono. Y como no había vuelto Sindo, cité al director en mi piso, ya que una entrevista en el estudio hubiera liado aún más las cosas, pues el tole tole de los cotilleos no cesaba.

Vino el director a mi casa, ya caída la tarde, acabado el rodaje. Le serví un buen café, pero conociendo sus gustos, le puse delante una botella de un buen *whisky*. ¡Dios, cómo bebía aquel hombre!

No era un tipo que perdiera el tiempo y, al parecer, el alcohol no nublaba su inteligencia. Por ello, fue al grano desde el primer momento, tras los habituales saludos.

Bien. Las pruebas han gustado en Italia y estoy autorizado para hacerte una oferta. En firme, ¡eh! Nada de nebulosos proyectos.

Así me gusta.

Estamos dispuestos a firmar el contrato para darte el segundo papel de mi próxima película, La primavera huele a podrido.

¡Vaya título!

Es un estupendo guión de Ennio Fabrizi. Te gustará. Pero lo esencial es que este segundo papel femenino que te ofrecemos resulta importante. Acaso más que el de la protagonista.

¿Quién es ella?

Una actriz francesa. Guapa, con mucho sexy, pero mediana actriz.

¿Por qué hace el papel, entonces?

La película es una coproducción francoitaliana y la actriz está consagrada. Pero tú puedes y debes destacar sobre todos.

¿Y los actores?

Buenos. Italianos, y los italianos casi siempre son buenos. Y, ahora, tratemos el asunto económico.

Le aseguro que, en este caso, es lo de menos.

Ya lo sé, ya lo sé... Pero eso no debes decírselo a nadie. A nadie, entérate. Y buscar un agente que luche por tus dineros.

Usted me ayudará, ¿no es cierto?

Ahora sí; pero después tendrás que arreglártelas sola.

Bien. ¿Cuánto me pagan?

Una cantidad en liras que, en pesetas, serán unas doscientas mil, más o menos. Para empezar y con un segundo papel, es importante. La mitad de esta cantidad se te abonará al firmar, el resto al acabarse el rodaje de la película. ¡Ah! Hay también unas dietas de unas seiscientas pesetas diarias.

¿Se puede vivir con eso en Roma?

Se puede.

¿Y cuántos días he de estar allí?

Cuarenta, al menos. Yo, a veces, soy lento.

Usted dirige, claro.

Desde luego. Bueno, ¿qué te parece la oferta?

Tentadora.

Creo, de verdad, que debes decidirte. Y voy a explicarte por qué. Tras esta película tengo ya contratada una norteamericana. Pero, después, para la siguiente, vuelvo a Italia. Con un guión extraordinario y con parte importante en la producción. Podré, pues, imponer a la protagonista y esa protagonista puedes ser tú. Si quedas bien en la primera película, naturalmente.

¿Usted qué cree?

Estoy casi seguro de que vas a ser una revelación, una gran sorpresa.

¿Sí? No sé. Me asusta un poco todo esto. ¿Y cuándo tendría que ir a Roma?

Ya estoy acabando aquí. Dentro de un mes, lo más tarde, empezaré el rodaje de La primavera huele a podrido. Pero, si te decides, tendrás que firmar ya, esta semana. No quiero líos con nadie y estoy seguro de que ya andan algunos queriendo enredar contigo.

Es cierto.

Tú verás lo que haces. Pero el cine español, hoy en día, está en sus principios, dando tumbos de ciego.

Dicen que es culpa del público.

Eso me indigna. Porque no es cierto. El público español va también a ver las películas de Stephen Melville, y mis películas son a veces difíciles. La culpa es de ellos. ¡Hay que ver el engendro que ese pobre Marsal está haciendo! Con un guión bastante bueno.

Acaso no le dejen hacer otra cosa.

Es posible. Pero, en fin, a mí no me interesa. Me interesas tú. A eso vengo. ¿Qué? ¿Te decides?

Creo que sí, que voy a decidirme.

Escúchame bien, escúchame. Si te entregas a mí por completo, haré de ti, en la pantalla, lo que tú eres en verdad, sin máscaras, ya te lo he dicho. Y cuando conozcan tus imágenes, en blanco y negro, nada de tuncolor, siempre en blanco y negro; cuando te conozcan, digo, soñarán tu misterio. Te haré famosa por eso: por el drama que asoma en tu rostro, por el fascinador enigma de tu condición humana. Te lo prometo.

Me da casi miedo.

La belleza produce, a veces, miedo. Cuando es reveladora, dramática. Mira, estamos en una época de crisis. No creemos realmente en nada, carecemos de ideologías, de principios morales. Vivimos desesperados, pero aparentemente engreídos por un progreso que sólo existe fuera de nosotros, aunque sea una criatura de nuestra calculadora y fría inteligencia. De este horror, de todo este horror sólo pueden ya liberarnos la imaginación, la fantasía. Porque la fantasía llega a alcanzar ciertas verdades internas que se le escapan a la inteligencia. Y estas verdades sí que son nuestras, por entero nuestras. Escúchame, escúchame bien.

Le estoy escuchando. Le estoy escuchando siempre.

Es preciso que te enteres de estas cosas. Yo, ¿sabes?, estoy con Karamazov. No acepto el Universo. No puedo aceptarlo tal y como se presenta ante mí. Por eso creo, por eso lo desvelo, por eso lo transformo. Por eso, como Tolstoi, busco siempre las raíces. Pero las raíces están hundidas en el suelo y, para encontrarlas, hay que escarbar. Mi trabajo sé hace, a veces, subterráneo, ¿comprendes?

No. No comprendo. Pero siga hablando, siga.

«¿Qué se hunda el mundo o que yo me quede sin tomar el té?», se pregunta el hombre subterráneo de Dostoievski. «Pues que se hunda el mundo y que el té no me falte», decide. Ésta es la gran verdad de nuestro tiempo, lo que, realmente, decidimos todos, lo que mancilla nuestra condición humana. Pero es el resultado de haber llegado a comprender que la vida es una burla triste y exasperante, y que ya no nos podemos engañar con ilusorias realidades. Con realidades ficticias que se derrumban siempre repentinamente, por eso, porque son ficticias. Sólo existe el Hermes bicéfalo de Pirandello, que con una cara ríe de lo mismo que llora con la otra. Tú también llorarás y reirás de lo mismo, de esta burla que es la vida, y contigo llorará y reirá mucha gente. Yo me ocuparé de ello. Yo me ocuparé de desasosegar a los sosegados, de despertar a los dormidos. Yo soy el insomnio, no el sueño. Yo soy la tribulación y la congoja. Contigo despertaré, haré sufrir

a mucha gente. Que, así, sufriendo, se enterará de que está aún viva, de que puede hacer algo más que dormir sobre los laureles de la ciencia.

No me gusta hacer sufrir. Van a cogermé manía.

No temas, tonta. Te adorarán. Irán detrás de ti, en manada. Pero no te fíes de los aplausos. No te fíes de nadie. No te fíes, tampoco, de mí.

¿De usted tampoco?

No, no, no. Yo estoy aquí metido a traición en este cuerpo adiposo, pesado, que no admito. En este cuerpo que come, que bebe, que fuma, que defeca y que fornicar. Que fornicar todo lo que puede. Y que, como el de Kierkegaard, tiene una astilla clavada en su carne. Pero yo soy otra cosa más oscura y más ágil que mi cuerpo, más cruel y roedora. No te fíes de mí, te lo advierto.

¡Bah! Los hombres me dan poco miedo.

Se calló, para mirarme con sus ojos grises, acerados, escrutadores, que el alcohol no parecía nublar aún. ¿Para qué me hablaría como me hablaba aquel hombre? Porque de sobra tenía que saber que yo no alcanzaba gran parte de sus palabras. Y, sin embargo, era curioso, me gustaban. Me sonaban ecos enigmáticos, claro, pero más atrayentes que la charla sobre aquellas sardinas, aquellas maderas, aquellos barquitos o aquellos tejidos que llenaban las palabras de Sindo. Cuando no estaban ocupadas por las cifras del dinero.

Melville necesitaba hablar. Era, al parecer, uno de esos hombres que vomitan las palabras que les suenan dentro, aunque no se les entienda. Les gusta, por lo visto, escucharlas y se desahogan así. Por mí, claro está, podía hablar cuanto quisiera.

Uno de los más grandes personajes de la literatura universal. Un ente de ficción que es más real que muchas realidades, vuestro inmortal Caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mancha, confiesa en cierta ocasión: «Yo sé quién soy». Sí, el hidalgo sabe de su locura y de su cordura, sabe muy bien quién es, aunque no lo parezca. Pues yo, yo no puedo decir lo mismo. Yo no sé quién soy. Rechazo este cuerpo, ya lo dije, estoy desavenido con él, y no sé, en verdad, quién soy, cómo soy. Por eso te repito que no te fíes de mí.

No se preocupe. No me fiaré.

Estamos ya tan civilizados que comenzamos a degradarnos. Se ha dicho, con razón, que la supervivencia de unos hombres débiles, de unos hombres que antes caían en la inexorable selección de la especie y que ahora la civilización y la ciencia mantienen vivos, están produciendo una sociedad decadente, degradada, corrompida y, como ellos, débil. Por eso huele a podrido.

¡Ah! ¡Ya está! La primavera huele a podrido. Ésta es la razón del título. No, si todavía yo acabaré siendo... ¿cómo los llaman, hombre...?, siendo una intelectual, eso es.

Rió Melville con ganas mi salida. Y su cuerpo, en verdad pesado y blando, tembló con la risa sus mantecas.

Me gustas, muchacha. Me gustas como mujer, y tu personalidad, que tienes mucha, me resulta sorprendente. ¿De dónde sales, hija?

Ya se lo contaré algún día.

Tienes razón. Hablaremos, hablaremos mucho... Pero, ahora, he de decirte aún una cosa.

Dígala.

No le tengas miedo a la podredumbre. Puede ser, también, a su modo, bella. Mira: cuando Freud descubrió el subconsciente, produjo el terror en las personas mediocres. Pero después, poco a poco, se ha ido comprendiendo la riqueza, la belleza, sí, de este yo inconsciente, turbio, rencoroso, podrido, a veces, pero interesante y grandioso en su oscuro drama, como parte esencial del hombre.

No soy cobarde. ¿No se ha dado cuenta todavía? Acepto las cosas como vienen, aunque vengan mal. Y me gusta la primavera, aunque pueda oler a podrido.

Pues yo no. Yo no acepto el Universo, ya lo he dicho. Protesto, protesto, protesto...

Bueno. Ya discutiremos eso.

Haremos algo mejor. Haremos una buena película juntos. Ya lo verás, muchacha. Y, después, otras cosas importantes.

¿Cuándo se firma lo mío?

Te avisaré muy pronto.

Se alzó Melville de uno de los sillones de mi tresillo. Ya no había nada que hablar y no se habló más. Le acompañé hasta la puerta de mi piso, le subí el ascensor y vi bajar enjaulado a aquel hombre desavenido con su cuerpo, como él decía. Un cuerpo, sí, incómodo, torpe, que humeaba el mejor de los tabacos, como una chimenea.

Firmé pocos días después, recibiendo correctamente mi dinero. Antes, había tenido una larga explicación con Sindo, al regreso de su viaje.

El trance fue desagradable, porque, a su modo, aquel hombre se había portado bien conmigo y yo le tenía, si no cariño, sí una indudable simpatía. Pero, aunque no perdió la corrección, se colocó en una actitud despectiva que me dolió mucho.

No quiero traer aquí aquella conversación, porque, la verdad, no vale la pena. Sindo era un águila para los negocios, no lo discuto, pero, como la mayoría de estos hombres organizados para hacer dinero, tenía unas limitaciones estrechísimas y resultaba, a veces, de una vulgaridad inaguantable.

En realidad ocurrió lo que ya me había anunciado don Carmelo Vicent, cuando habló conmigo. Que a Sindo le gustaba tener junto a él a una vulgar rapaza, que además fuera como yo soy, para distraer sus ocios. Y que si esta pobre rapaza dejaba de serlo, o, por lo menos, lo intentaba, adquiriendo una cierta personalidad, su compañía le incomodaba. Acaso se sintiera entonces juzgado, valorado. Y, como buen gallego, era harto receloso para llevar a su lado a una criatura independiente, insometida a la tiranía de sus caprichos.

Nuestra explicación fue muy sincera por mi parte, porque yo, la verdad, no hacía nada malo aprovechando aquella oportunidad que se me ofrecía, ni ofendí en nada su vanidad, ya que quedó bien advertido de que aquello no significaba ni el apartarme de él, ni el dejarlo, si no quería. Pero, según dije, Sindo se sintió oscuramente ofendido por mi independencia, por el camino que se me abría y, con un tono despectivo, me advirtió que aquellas «tonterías cinematográficas» significaban el fin de nuestras relaciones. Porque a él no le interesaban. Todo, claro está, acompañado de algunos injustos reproches, pues debía haberle consultado y haber hecho lo que me aconsejara. ¡Vamos, el seguir de puta, en este caso, de rapaza!

Después se quejan los hombres y dicen que las mujeres somos egoístas. Pues, ¿y ellos? ¿Cómo son? ¿Es que cabe un mayor egoísmo que el manifestado por Sindo en aquella ocasión? La verdad, tuve en la punta de la lengua el hablarle de su duquesa, a la que seguramente, por el hecho de serlo, le consentiría todo. Pero me callé la boca, pues no me gustan las disputas y, además, me entristeció saber que aquel hombre, después de andar conmigo un cierto tiempo, no me tenía el menor cariño. ¡Ay, Dios! Todos son más o menos despreciables, ninguno merece el menor de los sacrificios. Pero estos ricos, estos poderosos, son los peores. Creen que todo les es debido y que nada tienen ellos que dar, a no ser algunos de esos puercos billetes que les sobran.

En fin, una desilusión más. Porque a mí me hubiera gustado quedar amistosamente con Sindo Ferreiro.

Por lo que se refiere a Yáñez, su satélite, un día intentó abordarme. Pero qué mirada le echaría yo que salió huyendo por un pasillo del estudio.

Por cierto, y antes de que se me olvide, diré que el final de aquella desdichada película fue chusco. Apenas terminado el montaje y cuando todavía andaban poniéndole la música, «Discinasa» suspendió pagos y don Carmelo se largó de la empresa, para aparecer al frente de la joven «Fumosa». Sindo se quedó, por lo visto, con un paquete de letras incobrables, que importaban más de dos millones. De manera que todos sus pretenciosos cálculos resultaron fallidos, y, como era de temer, el cine le costó dinero. ¡Habría que ver cómo andarían él y su Yáñez con aquel desastre! Y eso que el de Bande había logrado hacer la película con menos cuartos que los del presupuesto. Confieso que este final me hizo reír con ganas, pues como no era hombre que se arruinara por aquel tropiezo, le estuvo bien empleado a Sindo perder allí algún dinero. Por creer que se las sabía todas, cuando el único listillo del cotarro era don Carmelo.

Creo que, para mayor castigo, ni Marsal llegó a cobrar lo suyo por completo. Que la película no interesaba a nadie y que, al cabo, se estrenó en un cine de provincias, sin éxito. ¡Cosas del cine español de aquellos tiempos!

La firma de mi contrato, a la que Melville quiso dar publicidad, fue un acontecimiento cinematográfico. Yo, como tengo mis recelos, no presumí de ello, pero mi cautela aumentó más el jaleo. Había opiniones y noticias para todos los gustos en las lenguas y en las revistas del gremio.

Salí con Melville un par de veces, antes de dejar Madrid. Y una soleada mañana fuimos a comer a Las Rozas con el autor. ¡Dios, lo que hablaron aquellos hombres! Yo, claro está, no puedo traer aquí toda su conversación, pues apenas la entendía. Sólo recuerdo que el autor aseguraba que por estas tierras andaban muy mal las cosas y que el director respondía que el error y la agresividad estropeaban el mundo. El autor temía innumerables catástrofes y Melville las aumentaba, que si el paro, que si los precios, que si la bomba, que si la guerra fría, que si Nasser, que si Indochina... ¡Qué sé yo la de amenazas que encontraban!

A mí, ya quedó dicho, no me asustan estos agoreros. Claro está que de vez en cuando aciertan y entonces nos gibamos todos. Y que hay algunos que sufren las consecuencias de la situación más que otros. En Madrid, por entonces, todavía se encontraban numerosas chabolas, mientras por otras partes corría el dinero que daba miedo.

Porque se estaba formando, con los negocios sucios, una casta de nuevos ricos de asco, por su ordinariez y desprecio hacia todo lo que no fueran cuartos.

Recuerdo también que después se pusieron los dos a charlar de sus cosas, es decir, del cine y de la novela.

Hay que confesar que nuestra novela apenas existe. La censura la enñoñece y encanija. Hay temas prohibidos, problemas humanos que no pueden novelarse. Pero créame, Melville, no es sólo la censura la culpable de esta situación. Porque hay algunos críticos y muchos novelistas emperrados en imponer el realismo social, en acabar con la transfiguración, con la fantasía. Y así caen en esas estúpidas vanidades del mensaje revolucionario. La novela es, por estas tierras, algo muy pequeñito, de tan corto alcance que no conmueve a nadie.

No hay que ser pesimista, hombre.

No es pesimismo. Es la verdad. La novela, seamos sinceros, sirve, sobre todo, para ser leída. Pero esto, como todas las verdades, no puede decirse en voz alta. Y menos aquí, en una coyuntura tan desamparada como la nuestra. Los novelistas españoles necesitamos, en este momento, agarrarnos a lo que sea para salvar nuestra angustia, nuestro aislamiento, nuestra inferioridad. Y de ahí eso del mensaje, del tremendo y apocalíptico mensaje que hasta el último y más ignorado novelista cree llevar dentro.

Se me antoja que es usted un tanto anarquista.

Tal vez. Por aquí eso florece fácilmente.

Pues yo creo todavía en el marxismo.

Escribir al dictado del partido, de acuerdo con los dirigentes comunistas, me resultaría insoportable.

En el marxismo cabe una cierta heterodoxia.

Claro, porque usted no trabaja en Rusia, ni tras el telón de acero. América, Italia, la India... Así, se puede ser marxista.

Se enredaron en su discusión y allí estuvieron, dale que te pego, tratando de lo divino y de lo humano, pues ya dije que los dos rajaban lo suyo. Pero, aunque discutieran, la verdad es que se entendían, que eran de la misma tribu. Y, además, el autor estaba tan satisfecho de mis éxitos cinematográficos que los hacía suyos.

Yo, naturalmente, me había dado cuenta de que a Melville le gustaba como mujer. Y, la verdad, le facilité las cosas. ¿Por qué no iba a acostarme con él, que era un genio, si lo había hecho con tantos idiotas? Fui, pues, a su hotel que, como era un establecimiento de lujo, no ponía reparos a esas cosas, y pasé allí algunos ratos. ¡Pobre Melville! En la cama tenía el vergonzoso pudor de los gordos, de los mantecosos. Las carnes se le desbordaban, cierto es, y él trataba de esconderlas todo lo posible.

Fui tan amable y lo comprendí tan bien que el hombre, entusiasmado, me propuso que me fuera ya con él a Roma, antes de lo convenido, y de que corrieran mis dietas. Ya que mis gastos serían de su cuenta.

Así, me vi un día junto a Melville sobrevolando Madrid en un avión estupendo. Tenía mi miedo, claro, pero al verme subir y subir, dejando tan pequeñita a la capital, pensé que para una pobre incunera de Almería no estaba nada mal tomar esta altura. Y, sin saber por qué, me acordé de aquellas parejas de empleadillos idiotas que tanto nos compadecían a las hospicianas en nuestros paseos dominicales, en filas de a dos, por el puerto.

Melville, que se había tomado un *whisky* doble en el bar del aeropuerto, se durmió con el puro en la boca. Yo, con el ruido de los motores, me quedé también traspuesta. Y soñando con el ciego Escorpión que, con las manos tintas en sangre, le sacaba al cuerpo desnudo de Melville las mantecas.

Mientras tanto, mientras sacaba mantecas, el ciego continuaba recitando con su vozarrón el romance, el «Pasmoso y horroroso crimen de Navapija de las Hoces»:

¿Quién llama a mi ventana?

Gente de paz, corazón.

Estoy sola, a nadie abro,
vuelva en mejor ocasión.

Ábreme, paloma mía,
abre y dame tu amor,
que llegué solo a tu puerta
y nadie venir me vio.

Me verá Dios en el cielo.
Me verá Nuestra Señora.
Me verá mi santa madre,
y Pedro y Pablo, los dos.
Siga, pues, el caballero.
Siga, don Carlos, adiós.

Arremete con la puerta,
raja el roble con furor,
huye la Inés María,
corre y salta en el salón.

Pero don Carlos la agarra
y la tumba con ardor

junto a un piano callado
y a una dama silenciosa
que algún pintor retrató.

Soy doncella, caballero,
y mi honra no la doy.
Muerde y araña la moza,
pidiéndole compasión.

Don Carlos rasga el corpiño,
sube el halda con vigor.
La Inés aprieta los muslos,
¡antes muerta, santo Dios!

La garganta, nacarada,
los pechos como palomas
con picos de oro las dos,
el vientre, de miel romera,
las venas, ríos azules
que corren hacia el amor.

Ciego de ira, don Carlos,
y sin cumplir su intención,
que el candado de los muslos
se lo veda con tesón,
la degüella sobre el suelo
para lograr su pasión.

Allí lo encuentran, pasmado,
loco de sangre y amor.
El alma de la doncella vuela,
pura, hasta el Señor.

En Badajoz, en la plaza,
a garrote vil murió,
un alba fría de marzo
de mil novecientos dos.

Muchas misas le dijeron,
que muchas necesito.
Don Carlos Suárez de Zafra,
criminal sin corazón.

Ultimas palabras

Estábamos en mi piso, con toda la tarde por delante. Sosegados, como dos amigos viejos.

A Darío se le notaba más quieto, sin aquellos fuegos de antes. Pero aún no se había dejado esos bigotes que lo envejecen tanto. Yo, en plena forma, defendiéndome a fuerza de cuidados.

Sí, estuve con Melville, ya lo sabes. Hasta que se fue de Roma.

¿Y qué?

Personalmente, un desastre. Era un hombre trastornado, roído por una profunda amargura. Llegaba una a volverse medio loca a su lado. En fin, dicen que los genios son así.

Algunos, no todos. Pero hiciste bien en aguantarlo. Porque tu película fue una de las mejores de nuestro tiempo. Tu interpretación resultó, además, sorprendente, sensacional.

La viste, claro.

Sí, un par de veces. Fuera de España. Aquí no pudo proyectarse.

Oye, Darío. Dime la verdad.

¿Qué verdad?

¿Entendiste la película? ¿Sabes lo que quiere decir todo aquello?

Sí. Más o menos, creo que sí. Pero no podría explicártelo.

¿Lo ves, lo ves...? Yo no entendí nada, nada. Y, sin embargo, todos dicen que estuve muy bien.

Mejor que bien, Lola, mejor que bien.

¿Cómo es posible esto? Que sin entender... Mira, voy a contarte. Empezamos por la secuencia más difícil. Era una secuencia larga, de pocas palabras, pero de una tremenda intensidad.

Se ha hecho famosa en el cine de nuestro tiempo. La recuerdo bien. Tu secuencia con Marcelo.

Ya todo dispuesto en el plató, Melville me dijo: «Tú vas a entrar por esa puerta. La vas a abrir despacio, muy despacio. Marcelo está allí, al otro lado de la estancia, fumando un pitillo, esperándote. La estancia es fea, grandota,

fresca. Fuera hace mucho calor, porque estamos en el verano de una ciudad mediterránea. Algo así como en la Almería de Italia, ¿comprendes? Bien, tú abres la puerta y entras. Miras a Marcelo, vas hacia él. Marcelo, ya lo sabes, te desea, pero no te ama. Ni te amará nunca, nunca. Tú amas a Marcelo, pero no lo deseas. Tu cuerpo se te ha ido, se ha separado de ti, se ha llenado de sensaciones misteriosas. Tu carne está invadida por los olores, por los aromas de las flores en la noche; de todas las flores que hayas olido alguna vez. Pero detrás de todos estos deliciosos aromas te llega, de cuando en cuando, un olor a podrido. Un olor a gato muerto, a perro muerto, a burro hinchado por la muerte, que se está pudriendo al sol. Tú lo hueles todo, ¡fíjate bien!: las flores en la noche y el olor a podrido, que te echa encima su asquerosa ráfaga. Por lo demás, tu cuerpo está lleno de vida, lleno de alegrías, lleno de confusos deseos. No estás cachonda, nada de eso, ni deseas a Marcelo, ya te lo he dicho. Tu cuerpo está poseído por las delicias sensuales de la vida. Por las delicias de pasar a la sombra cuando se ha sudado al sol; por el gusto de beber un agua fresca cuando abrasa la sed; por el placer de la brisa en el rostro, del calor del fuego en la chimenea, del buen vino en la boca, de un perezoso duermevela, de un bocado exquisito en el paladar. Tu cuerpo está invadido por todo eso y por cuantos goces puedas acumular. Pero, al mismo tiempo, no lo olvides, ¡por Dios!, al mismo tiempo algo falla en él. Sufre una zozobra, un ligero dolor en un ovario, en el hígado, en el bazo, en el intestino. Me es igual. La congoja está ahí, mordiendo tu carne, en una amenaza premonitoria de su fragilidad, de su podredumbre. ¿Me entiendes? Sí. Estoy seguro de que me entiendes... Anda... vamos a rodar. Y cuando abras la puerta de la estancia todo esto vivirá en ti, para pasar después, implacablemente, al espectador. Gracias. Sé que la secuencia va a salir muy bien».

Se iluminó el plato. Me puse en situación, tras la puerta. «Silencio pidió Melville. Motor». Escuché el golpe seco de la claqueta. «Acción», siguió el director. Abrí la puerta lentamente. En el silencio del plato sonaba, tan sólo, el ruido del motor. Comencé a moverme. Pero, como había ocurrido ya antes, en las pruebas madrileñas, no era yo la que se movía. Era alguien que había nacido de mí, que conservaba una cierta relación conmigo. Me sentía fascinada, ida a otro mundo, al mundo de mi personaje, el mundo que había nacido Melville para mí. La secuencia era larga, difícil, pero salió de un tirón. «Corten ordenó el director. No se repite. Señores, celebren el nacimiento de una gran actriz».

La gran actriz era yo. Yo, que me había desplomado sobre una silla y que lloraba, histérica, sin escuchar los elogios. Hasta que Melville hizo que me

llevaran al camerino y que me dejaran reposar, porque aquel día no rodaría yo más.

Fue una buena película. Y tú la revelación.

Toda la rodé así. Salida de mí misma, hechizada por Melville, por unas fuerzas misteriosas que se apoderaban de mí. Después la he visto varias veces. No la entiendo, Darío, no la entiendo, ya te lo he dicho. No me entiendo a mí. A aquella mujer que ocupa la pantalla. ¿Cómo es posible esto? Por favor, explícamelo.

Es difícil de explicar, Lola. Y resultaría pedante y probablemente equivocado hacerlo. Hay cosas misteriosas. Mira, García Lorca advertía que el poeta puede incluso transmitir el misterio poético sin conocerlo, ignorándolo. Acaso el propio Melville no pudiera explicar, como tú pides, su película. Seguramente sabría que nuestra época padece la grave enfermedad de querer explicar, de querer razonar el misterio. Y lo que logra, si lo explica, es convertirlo en un problema. Nada más equivocado. Porque en el misterio vive siempre algo fascinante, algo enigmático. Y el problema es concreto, claro, exige una solución. Y, por tanto, una decisión. Ante el misterio, naturalmente, no caben ni soluciones ni decisiones. Pero, hablando de otra cosa, dime: no he comprendido nunca, no lo ha comprendido nadie, cómo no has hecho más cine después. Después de aquel éxito mundial tan estruendoso.

Sí. Me buscaron mucho.

¿Entonces?

Acabada la película, Melville se marchó a Norteamérica, donde tenía que cumplir un contrato. Antes, encargó a su agente en Roma que se ocupara de mí y me aconsejó que no firmara nada sin condicionarlo a una prueba de la nueva película. Prueba que yo debía ver y aceptar.

Se dijo que ibas a rodar con uno de esos famosos directores italianos terminados en «ini».

Sí. Uno con más nombre que nadie. Ampuloso, amanerado, que sólo sabía hablar de sí mismo. Con grandes dotes para la publicidad personal, como todos los italianos. El guión me gustó y me dispuse a rodar una película con él.

¿Por qué no se hizo?

Exigí las pruebas a que me daba derecho el contrato. El italiano se negaba, diciendo que ya me había visto en La primavera y que él era mejor director que Melville. Pero yo insistí. Y se hicieron, claro.

¿Desconfiabas? ¿No te sentías segura?

El tipo no me gustaba. Era famoso, muy famoso, pero no sabía hechizarme, no lograba sacarme de mi realidad. Se limitaba a explicarme las cosas que tenía que decir y que hacer, ¿comprendes?, explicármelas, mientras que Melville no me explicaba nunca nada así, de esta manera. Con Melville yo me movía fascinada: el italiano todo lo razonaba. Y las pruebas fueron una catástrofe. Dignas de una actriz vergonzosamente mala. Era yo, yo, forzada en la pantalla. Me negué a rodar la película y el hombre se enfadó. Dicen que es un gran director, pero yo no lo creo. Tiene mucho mucho cuento, y demasiada publicidad. La gente se atonta con la publicidad. Cree toda lo que le dicen y ya no puede juzgar libremente.

Pero te saldrían otras oportunidades, ¿no?

Sí, claro. Americanadas con un final feliz, virguerías que me hubiera dado vergüenza hacer. De todo hubo. Además, había quedado en rodar otra película en Italia, con Melville. Como protagonista. Y decidí esperar. Pero ya sabes lo que ocurrió.

Murió, ¿no?

Se suicidó. Estaba terminando su película norteamericana cuando se puso muy malo. Lo hospitalizaron. Y él era médico, no lo olvides.

¡Ah! Es verdad.

Tenía una cirrosis muy avanzada. De tanto alcohol, ¿comprendes? Bebía cada vez más. Algo increíble. Pero, como era un tipo serio, se repuso un poco y terminó como pudo su película. Después se inyectó una dosis tremenda de morfina y se largó. No era hombre para soportar una enfermedad. Me dejó unos renglones.

¿Sí?

Para darme las gracias por mi actuación en *La primavera huele a podrido*, una de sus mejores películas. Y para decirme cuánto sentía no poder repetir nuestra colaboración. Pidiéndome que sólo hiciera cine cuando subiera algún escalón. Que no bajara nunca, nunca, ningún peldaño de mi escalera. Esta carta y el desastre de una prueba con un director inglés, más soso que una caca de pavo, me decidieron a dejar los estudios por el momento y volver a Madrid. Entonces era algo famosa, pero pronto se olvidaría mi éxito.

¿Y aquí? ¿No probaste?

Me dieron mucho la lata. Ya sabes cómo somos por estas tierras. Palabras, palabras y palabras... Y mediocridad, siempre mediocridad cinematográfica. No, no quise probar.

Quizá demasiado orgullosa.

En este caso, creo que fue más bien dignidad. Acababa de alcanzar algo nuevo para mí, tenía cierto nombre, ya no era una mujer de la vida y me sentía muy satisfecha de ello.

Tienes razón. Después de aquel éxito...

Además, todo hay que decirlo, no me hacía falta dinero. Tenía para vivir bien durante algún tiempo. Un commendatore milanés, que estaba en la industria de las pastas, se había encargado de ello.

Nada, nada, ya camino del éxito financiero de estos últimos años.

Sí. A Melville, a sus pruebas, a aquel viaje y al cine debo el cambio completo de mi vida. Por eso he interrumpido en esta ocasión mis recuerdos. Además, ya son bastante largos, ¿no crees?

Quizás hubiera sido interesante continuarlos. Tu experiencia italiana, tu vuelta y algunas de esas cosas importantes que después has vivido.

Tú sabes que no podría referirme a las más interesantes. No me hubieran dejado.

Pues no sé. Están cambiando mucho las cosas.

Pero yo tampoco quiero líos.

¡Ah! Ésa es otra cuestión. Te estás aburguesando.

Las putas siempre somos de derechas. Y casi siempre monárquicas. Hay algunas rojillas, pero son las baratas.

Tú ya no eres una puta, Lola.

Hombre, algo me queda. Ahora que estamos solos no hemos de engañarnos. Pero, en fin, vamos a lo nuestro.

Vamos.

Recuerda que me prometiste no retocar mi obra.

No la he retocado. Pero...

¿Pero qué?

Me gustaría ordenarla un poco. Separar sus episodios. Ponerles incluso algún titulillo.

Ya estás a vueltas con tu orden. En fin, si no es más que eso.

Date cuenta de que has narrado tus recuerdos hablando, no escribiendo. Como un juglar en la plaza de un burgo medieval, como un narrador árabe en un zoco. O como Shahrazada durante sus mil y una noches. Y que, ahora, al aparecer escritos, cambian.

Bien. Ordénalos un poco. Pero poco.

Gracias.

Y dime, Darío: ¿qué te parecen?

Podría decir muchas cosas sobre ellos. Pero es preferible que las digan los demás.

Desde luego. Siempre que no salgan algunos despistados con sus idioteces, como la otra vez, cuando se publicó Lola, espejo oscuro.

¿Por qué lo dices?

Primero, porque atribuyeron mi personalidad a varias mujeres de la vida que nada tenían que ver conmigo. ¡Qué disparates se dijeron! Estuve a punto de descubrirme y decir que era yo, yo... Y, después, por aquellas influencias de La Romana, la novela de Moravia, que creyeron encontrar algunos críticos en nuestra obra. ¡Pero si la puta de Moravia es una puta filósofa! Y yo, ¿qué tengo de eso?

Es que hay ciertos críticos obsesionados por descubrir influencias. Para exhibir su cultura que, precisamente, suele quedar así a ras del suelo; En este caso, por lo visto, sólo alcanzaba hasta el italiano. Que es un alcance muy corto. No llegaba, no, ni a la Nana, de Zola, ni a la Molí Flanders, de Defoe, ni tan siquiera a nuestra Lozana andaluza o La ingeniosa Elena, putas mucho más familiares a Lola, espejo oscuro que la Adriana de Moravia. Pero, en fin, lo dijo algún sabihondo y otros más, sin leer ninguna de las dos obras, lo repitieron. Porque el eco se da mucho en nuestras letras. Aunque, claro está, hay que añadir en justicia que los críticos solventes y los lectores rechazaron toda semejanza.

Y alguien más que tú ignoras.

¿Sí?

Parece ser que el propio Moravia.

¡No me digas! A ver, explícate.

Cuando estuve rodando en Roma conocí a un escritor muy amigo suyo. Le dije algo y le entregué un ejemplar de nuestra obra, en su edición italiana.

Una edición preciosa, con una señora fenomenal en la portada.

La compré en una librería y se la di a mi amigo escritor. La leyó él primero y, según me dijo, se la dejó después al mismísimo Moravia. Éste la leyó también y... No sé si decírtelo. Acaso no te guste.

Dilo, dilo. Ya estoy curado de espantos.

Dijo que las obras no se parecían en nada. Y que su novela era mucho mejor que Lola.

No me sorprenden sus palabras.

Quizá todo fue una broma de mi amigo. Porque era un tío guasa.

¡Cualquiera sabe!

Oye, sinceramente: ¿te gusta más Lola, espejo oscuro, o te parecen mejor estos mis Nuevos lances y picardías que van a publicarse ahora?

No soy yo quien debe establecer comparaciones. Es el lector quien ha de hacerlo. Pero sí te diré que, entre otras cosas, hay algo que me satisface en estos Nuevos lances.

¿Qué?

En sus páginas creo yo que se notan los veinte años transcurridos desde la aparición de nuestra primera novela hasta la publicación de ésta. La novela, como espejo que es de la vida, ha evolucionado también, durante estas dos décadas. En sus técnicas, en su tempo, en su lenguaje. Tú ya no puedes ser la misma en las dos obras. Ahora has recreado tus recuerdos de aquellos años, deformándolos, transfigurándolos en un presente acaso más dramático.

Sí. Los años me han cambiado.

Por cierto, ya que hablas de los años. Encuentro en tus recuerdos cierta confusión en lo que al tiempo se refiere. Hay hombres y episodios diferentes que, en alguna ocasión, parecen surgir y producirse en fechas muy próximas, incluso simultáneas.

¿Pero es que he sido yo mujer de un solo hombre? ¿Acaso has olvidado ya aquel pasaje de la Alhambra, aquel famoso pasaje con dos puertas, donde yo vivía? De sobra sabes que cuando en la calle de San Marcos me esperaba uno, salía por la de Augusto Figueroa con...

Ya sé, ya sé. De todos modos, aprecio en estos lances cierto embrollo cronológico.

La vida es un embrollo. Y yo, como cada quisque, tengo el mío. De manera que eso no vas a desembrollarlo. ¡Cuidado!

Como quieras, Lola, como quieras. No te enfades. Son resabios realistas, difíciles de olvidar.

Es que tú asomas siempre la oreja y esa oreja me saca de quicio, ya lo sabes. Te gustan las cosas claras, ordenadas. Pues no, hijo, ahora no. Porque, ahora, Lola soy yo.

Bien, dejémoslo ya. Y traigamos aquí unas palabras de Nietzsche. El hombre anda otra vez de moda y siempre da lustre cerrar las cosas con una cita pedante.

¿Y qué dijo ese tío? No sé quién es.

Ni falta que te hace. Dijo, con razón, que «cuando la obra empieza a hablar, el autor debe callarse». De manera que ya sabes.

Callemos, pues.

Sí. Ahora toca callar.



DARÍO FERNÁNDEZ-FLÓREZ (Valladolid, 1909 - Madrid, 1977).
Narrador español.

Pertenciente a la generación de posguerra, se convirtió en un autor de éxitos populares en los que retrató la sociedad madrileña contemporánea.

Al joven Darío, una desgracia adolescente le hizo perder una pierna, condicionando su etapa de formación, aliviada con frecuentes viajes por Europa.

Escalonó los estudios desde los jesuitas de Burgos a la universidad de Grenoble. En Madrid cursó Derecho y Letras, dirigiendo la revista universitaria *Cuadernos*. Sus primeras novelas respiran aquel ambiente cosmopolita de entreguerras: *Inquietud* (1931) y *Maelström* (1932).

Más tarde, los destrozos de la contienda, que pasó recluido en Madrid, rebajaron su ambición al retrato más pedestre del entorno, aunque sin renunciar a cierto pujo intelectual. Luego sería uno de los felones («el pseudoescriptor Darío Flórez») que denuncian a su compañero de facultad Julián Marías, provocando su detención y presidio en 1939. Lo cuenta Javier Marías en *Tu rostro mañana*. Enrolado en el ministerio de Propaganda, como director de ediciones, compartió unas cuantas sinecuras de menor cuantía con

el próspero negocio avícola de una granja de pollos y ponedoras en Torrelodones.

En la posguerra trabajó para la Vicesecretaría de Educación Popular de la Falange. Ese empleo en la propaganda propició una secuencia de libros y breviaros que alcanzan desde los cantares de gesta hasta la huella hispana en los Estados Unidos. También menudeó antologías de clásicos para las ediciones azules, que tenía bajo su control. *Zarabanda* (1944) se anunció como apertura de un ciclo sin continuidad. Novela de estructura compleja, mezcla cartas y diálogos en un relato que enlaza con la novela deshumanizada y maneja su experiencia en los medios estudiantiles españoles pensionados en Europa para subrayar la brecha cultural.

En el ministerio y en la radio, Darío Fernández-Flórez vivaqueó durante más de una década, hasta el ascenso a ministro en 1951 de Arias-Salgado, que nunca le perdonaría el escándalo precedente de su novela *Lola, espejo oscuro*. Los censores eclesiásticos se hacían cruces ante aquella manga ancha con un plato tan fuerte para la estricta dieta del Régimen. Pero él sabía en qué cestas había que poner los huevos. Los censores de sus libros eran subalternos, como Leopoldo Panero o Valentín García Yebra, mientras él perseguía con ferocidad a los notables, como Baroja, que trataban de ir sacando a flote su obra. Pérez-Embú (1918-1974) puso veto al libro en los cincuenta hasta la llegada de Fraga.

Lola había quedado finalista del Nadal que ganó el leonés José Suárez Carreño. *Lola, espejo oscuro* encaja en la tendencia neopicaresca que prospera esos años (Cela, Sebastián Juan Arbó, Sánchez Ferlosio) y cultiva el parentesco con la *Pícaro Justina*. Su relato recoge la confidencia de una prostituta que desnuda la corrupción del Madrid de los cuarenta, «entregado a la codicia y a una lujuria vergonzantes».

Después de *Lola, espejo oscuro*, Darío Fernández-Flórez hizo la travesía de los cincuenta con varias novelas, algunas colecciones narrativas y la autobiografía fantasiosa *Memorias de un señorito* (1956), pero sin alcanzar ya su éxito. *Frontera* (1953) dibuja la angustia de los exiliados ante la barrera de los Pirineos. El relato se asfixia en elucubraciones y celajes, que apenas alivia la frescura del paisaje. Personajes y episodios aparecen tintados con brocha inclemente. *Alta costura* (1954) aliña con moralina un testimonio expresionista que desvela las máscaras de la moda.

El fracaso comercial de *Los tres maridos burlados* (1957) y de la donjuanesca *Yo estoy dentro* (1961) conduce al autor a una década de silencio. Lo rompe diez años más tarde resucitando a la protagonista de su éxito: *Nuevos lances y picardías de Lola, espejo oscuro* (1971), donde utiliza el recurso de la transcripción magnetofónica (presente entonces en novelas de Delibes y Torbado) para enlazar nueve relatos; *Asesinato de Lola, espejo oscuro* (1973); y *Memorias secretas de Lola, espejo oscuro* (1978).

También trata de reconciliarse en las postrimerías con su linaje liberal. Pero sus nuevas *Lolas* ya no escandalizan a nadie.